"Una lectura adictiva, equilibra el encanto jugoso de *Los siete maridos de Evelyn Hugo* con la empatía de *Bailar lento*. Un placer de leer de principio a fin".

—MELISSA ALBERT, autora *bestseller* del *New York Times*

LAS TRES VIDAS DE CATE KAY



KATE FAGAN

AUTORA *BEST SELLER* #1 DEL *NEW YORK TIMES*



NADIE SABE QUIÉN ES CATE KAY.
NADIE, EXCEPTO UNA MUJER.

Anne Marie sueña con triunfar en Hollywood. Junto a Amanda, su persona favorita en el mundo, planean dejar atrás su pequeño pueblo olvidado para perseguir una vida llena de brillo y glamour.

Cass Ford está huyendo y no solo de su pasado. Un terrible accidente la ha impulsado a dejar todo atrás y empezar una nueva vida. A todo, excepto a la culpa y a los fantasmas de aquellos a quienes ha traicionado.

Cate Kay está en la cima del mundo. Es la escritora del momento, su serie de libros es un éxito rotundo y las adaptaciones cinematográficas rompen récords de taquilla. Sin embargo, su identidad es un secreto inviolable, desconocido incluso para las más altas esferas del mundo artístico.

SOLO UNA DE ESTAS TRES MUJERES EXISTE.

¿Cuáles son los límites de la ambición?
¿De qué serías capaz para alcanzar la gloria?

Cuando el pasado golpee la misteriosa puerta de Cate Kay, revelando grandes secretos impronunciables, la autora se verá obligada a abrazar el poder de su propia historia, romper por fin su coraza…

Y contarle al mundo la verdad sobre el icono. Sobre la leyenda.
SOBRE CATE KAY.



KATE FAGAN

Es una periodista ganadora de un premio Emmy y exjugadora profesional de baloncesto. Como autora llegó a ser número uno del *New York Times* y semifinalista del premio PEN/ESPN de Literatura Deportiva.

Actualmente, vive en Charleston con su esposa, Kathryn Budig, y su perro, Ragnar. *Las tres vidas de Cate Kay* es su primera novela.

@katefagan3

FOTO: © FAY/MONEY

LAS TRES VIDAS DE CATE KAY



KATE FAGAN

Traducción de Vanesa Fusco

EDITORAS

A Kathryn.

PRÓLOGO

27 de febrero de 2014
Charleston

Hace casi un año, llegó un paquete al porche de mi casa en Charleston, Carolina del Sur. No suelo recibir mucho correo personal, supongo que por todas las veces que cambié de nombre.

Una saga, en realidad, lo de mi nombre. He tenido demasiados. Nací Anne Marie Callahan, pero de niña mi mejor amiga me decía Annie. Unos años después, cambié mi nombre legal a Cass Ford. Más adelante, publiqué con el seudónimo Cate Kay. Ojalá fuera más sencillo. En serio, me encantaría. Para crear una nueva vida (o vidas) se necesita una cantidad arrasadora de energía, de imaginación. Y he echado de menos oír mi nombre verdadero.

Así que este paquete era una anomalía en mi mundo. Eché un vistazo a la dirección del remitente: Mason, Cowell & Collins, el bufete de abogados de Sidney Collins. Sidney no solo era la arquitecta de mi imperio literario, es decir, la manager de todo lo relacionado con Cate Kay, sino que también mi exnovia.

Abrí la caja con cuidado. Dentro había una pila de carpetas azules y, encima de todo, una nota de ella escrita a mano. Me explicaba que con el envío de todos esos papeles renunciaba al control comercial de Cate Kay y enmendaba errores del pasado (bueno, uno de ellos). Lo que no se habría imaginado fue que ese paquete, y la carta, pusieron en marcha una serie de sucesos que alterarían la trayectoria de mi vida para siempre.

La firmó:

Pensaré en ti… con cariño.
Besos, Sidney.

Me alegró que su tono fuera conciliatorio. No quería tener a Sidney de enemiga. Ni de amiga, en realidad. Prefería no tener ninguna relación en absoluto con ella. No hablábamos desde hacía siete años, desde aquella noche mucho tiempo atrás en la que, desesperada, me había tomado un vuelo nocturno de Los Ángeles al apartamento que compartíamos en Harlem.

Pero no nos vayamos por la tangente, quedémonos con las carpetas.

Antes de cerrar la última, vi una segunda nota escrita a mano en un papel de buena calidad. El membrete correspondía a mi agente literaria, Melody Huber. La nota estaba dirigida a mí, con fecha de cuatro años antes. Leí las palabras de Melody con mucha curiosidad. Me invitaba, con cierto tacto, a salir de mi escondite. Su idea: unas memorias. Se notaba que ya había sugerido eso en otra oportunidad, pero el mensaje nunca me había llegado. El éxito sería mío, había escrito, a pesar de que el nombre no lo fuera.

Me quedé mirando sus palabras. ¿Unas memorias? Me gustaba la idea… la idea de liberarme. Pero sabía que no había forma de que se concretara. Un libro me obligaría a enfrentar mi pasado, algo que no tenía ninguna intención de hacer. Quizá algún día cambiaría de opinión, pero no en un futuro cercano.

Una semana más tarde, todo cambió. Las palabras de Melody se habían quedado rondando en mi cabeza:

Podrías contarle al mundo la historia completa, hasta el más mínimo detalle.

Siempre pensaba en la última frase: "hasta el más mínimo detalle". Recordaba tantos. Me inundaban la mente, un caleidoscopio de rayos de sol, de cabello castaño revuelto, de nosotras soplándonos las manos para calentarlas. ¿Tal vez Melody tenía razón? Tal vez ya era hora.

Llamé a su oficina y, por primera vez en mi vida, oí la voz de la mujer que muchos años antes había sacado mi trabajo de la pila de manuscritos no solicitados.

En esa primera llamada, le dije a Melody que no podía contar esta historia yo sola. Había vivido dentro de ella demasiado tiempo. Era mejor abrir las ventanas y mostrarla desde todos los ángulos, para bien o para mal. Dentro de estas páginas, leerán lo que pasó desde mi perspectiva y también desde la de aquellos cuyas historias chocaron con la mía.

Así es como llegamos aquí, a este libro que ahora tienen en sus manos. Mis memorias. O más que eso. Un monumento, tallado a partir de un cúmulo de malas decisiones, egoísmo y, por mucho que me pese admitirlo, crueldad. Sin embargo, deseo que ustedes me amen de todas formas. De nada sirve fingir que no.

Ya no oculto quien soy.

Hace mucho que no logro decidir si soy buena o no. Y ahora aquí están ustedes, para dar el voto decisivo.

Solo les pido que lean con el corazón abierto.

Annie Callahan
alias Cass Ford
alias Cate Kay

CAPÍTULO 1
ANNE MARIE CALLAHAN

1991
Bolton Landing

El recuerdo más antiguo que tengo es del verano en el que usé mi camiseta preferida durante todo un mes sin que mamá se diera cuenta. Iba a cuarto año y mi madre pensaba que, si yo ya había entrado al sistema de escuelas públicas, bien podía dejarme sola cuando hiciera falta. Eso estaba tan aceptado socialmente que incluso tenía un nombre en inglés *"latchkey kid",* o niño con llave de casa.

Vivíamos en un edificio de apartamentos que antes había sido un motel. La cocina consistía en un horno eléctrico y un microondas. Mamá limpiaba habitaciones en el Chateau, un complejo turístico de primera a orillas del lago George. Estábamos en el norte del estado de Nueva York, muy al norte, donde había una mezcla compleja de obreros locales y la élite urbana que iba de vacaciones. Mamá y yo, como habrán imaginado, pertenecíamos al primer grupo.

Mi madre tenía muchos ex. Extrabajos, examigos, exnovios, un exmarido, que también era mi padre, aunque nunca había sido nada parecido. Aparentemente, había querido ser responsable y casarse con ella (ojos en blanco), pero unos meses después de mi nacimiento decidió que en realidad no tenía *tantas* ganas de serlo.

La camiseta, mi camiseta de *Tom y Jerry*, era blanca con los personajes estampados en el frente. Me encantaba. Me quedaba tan bien que me olvidaba de que la tenía puesta, y eso era lo único que

me interesaba de una prenda: que desapareciera. Cuando usaba otras camisetas, me la pasaba tironeándolas y acomodándolas, pero a esta no. Además, la llevaba puesta cuando empezó esta historia, el día en que me infecté con el deseo de comerme el mundo.

Era un día de verano, muy caluroso y húmedo. Estaba aburrida y moverme combatía la languidez de esas tardes interminables, así que tomé la bicicleta y me fui pedaleando hasta el pueblo, que estaba atestado de veraneantes, tal y como esperaba. Incluso de niña sabía quiénes eran citadinos con dinero, por cómo sostenían las llaves del auto, como si fueran un accesorio sexy, y por cómo se tocaban con delicadeza los bordes de los lentes de sol. Me sentaba en el banco de afuera de la heladería y observaba.

Esa tarde, el cielo era de un azul nítido con alguna que otra esponjosa nube blanca. Así imagino que sería un papel tapiz del cielo. Estaba sentada en el banco cuando alcé la vista y me encontré con un mar de color aguamarina. Me visualicé penetrando el azul, atravesando el ozono para salir al espacio exterior, y después me imaginé yendo más allá del espacio exterior para salir a… ¿qué? La idea disparó un momento de pura desconexión, así es como lo llamaría ahora, y me embargó una rara sensación de "el universo es todo lo que hay, no hay nada fuera del universo". No era un pensamiento ateo, no tenía que ver con el Cielo. El adjetivo más cercano para describirlo era "misterioso", pero elevado a la enésima potencia.

Me quedé sentada en el banco, sin moverme, hasta que la sensación pasó, lo que no tardó mucho. No era una sensación a la que una pudiera aferrarse, ni tampoco una que se pudiese olvidar. Cuando volví a mi casa esa tarde, me parecía que me había tragado un agujero negro que exigía ser llenado.

***

Mi mamá llegó tarde esa noche. Yo estaba despierta en mi ruidosa cama de una plaza, debajo de la ventana. Había estado escuchando con atención para ver cuándo llegaba, mientras contemplaba las

gotas de lluvia en el vidrio; las perlas de líquido insistían en unirse antes de que yo estuviera dispuesta a perderlas.

Oí unas pisadas en la grava, que siempre era el primer sonido que anunciaba su llegada. Luego, unos segundos más tarde, la llave en la puerta, que ella giraba despacio porque pensaba que yo ya estaba dormida… Bueno, si es que pensaba en mí, cosa poco probable.

–Hola, mamá –le dije mientras colgaba su bolso. Quería que supiera que seguía despierta. Así tal vez consideraría sentirse mal por haberme dejado sola en la oscuridad tanto tiempo, necesitando un abrazo con urgencia.

–Ah, hola, mi amor –dijo con ternura, lo que me dio la pauta de que había parado en el bar de camino a casa a tomar unas cuantas copas de vino blanco. Dejó las llaves en la encimera, después se acercó a mi cama y se arrodilló para rodearme con sus brazos. Yo me acurruqué, olvidando por un momento la desconexión del día, sumiéndome con alegría en su calidez. Mamá era hermosa. Tenía el pelo castaño y el cuello largo, pómulos marcados, una sonrisa traviesa. La gente decía que nos parecíamos, lo que me entusiasmaba y aterraba a la vez. Veía cómo la miraban los hombres: como si tuvieran hambre.

Cuando me abrazaba, olvidaba todo lo demás y vivía en un universo alternativo por unos segundos. Seguridad, amor, tiempo... muchísimo tiempo juntas. Pero más que nada, disfrutaba de la sensación de que le importaba, de que me había elegido a mí antes que a cualquier otra cosa.

Se apartó con un gesto abrupto, pero mantuvo las manos en mis hombros. Entornó los ojos, olfateó.

–¿Cuánto hace que llevas puesta esta camiseta? –Empezó a tironearla por mi cabeza, con torpeza y saña. El momento cálido que había estado viviendo por dentro implosionó.

Casi todos los recuerdos de mi infancia son borrosos, de la consistencia de los sueños. Salvo este. Este me sorprende por su intensidad: los colores de mi camiseta de *Tom y Jerry*; el cielo de papel tapiz antes de que el universo me reprogramara el cerebro; la presencia y la repentina retirada del amor de mi madre. En los

muchos años que siguieron, he pensado en ese recuerdo como un plano que podría servir para explicar la vida que construí después.

–Carajo, Anne Marie –gruñó mamá. Aún puedo oírla arrastrar apenas las palabras mientras me quitaba mi camiseta preferida. La tela me dejó el cabello castaño crespo por la estática.

Nunca volví a ponérmela.

Anne Marie. Siempre lo decía a modo de regaño y nunca pude oírlo con otra intención. Jamás me sonó como una brisa cálida, ni como una puerta abierta. Siempre sonaba cortado y virulento, como si me advirtiera que no volviera a dar un paso en falso. No sé cómo les suena el nombre a otras personas que se llaman igual, espero que lo lleven bien. Para mí era un castigo. Y, de niña, siempre pensaba en cómo deshacerme de él.

La primera oportunidad llegó ese mismo verano, cuando vi un folleto de un campamento de teatro gratuito coordinado por la escuela secundaria. Pensé que era una señal del universo. Y tenía razón. Fue allí donde conocí a mi mejor amiga, Amanda, quien me enseñó a estar siempre atenta a las señales, tanto tangibles como metafóricas.

Cuando empecé la secundaria, ya había pasado unos meses felices como Scarlett (*Lo que el viento se llevó*), Rosalinda (*Como gustéis*), Blanche (*Un tranvía llamado deseo*), pero el primer paso hacia una vida distinta se produjo sutilmente cuando Amanda empezó a llamarme "Annie".

CAPÍTULO 2
ANNIE

1991
Bolton Landing

Lo que necesitan saber acerca de Amanda y de mí es que jamás existió una amistad como la nuestra. Básicamente redefinimos el medio, lo elevamos a una forma de arte. En serio, así nos sentíamos. Como todos los jóvenes en ese sentido, estábamos absolutamente convencidas de que estábamos revolucionando la experiencia humana. ¡Todos los modelos antiguos fracasaron! ¡Vamos a mostrarles cómo se vive de verdad!

Voy a ponerlos en contexto: 1991. Verano en el norte del estado de Nueva York. Campamento de teatro en un pueblito. Mañana de inscripción. Estaba haciendo la fila para anotarme. La niña que estaba delante de mí tenía unas sandalias de goma. Se las halagué. Ella me miró a los ojos.

–Gracias por notarlas –dijo, me impresionó la compostura con la que habló. Teníamos nueve años.

Amanda Kent, damas y caballeros.

Resulta que la vida en la casa de Amanda era apenas mejor que en la mía. Su madre había muerto dando a luz a su hermana menor, Kerri, y su padre pasaba cada hora del día bajo el capó de autos en su taller mecánico en el pueblo de al lado. Amanda y su papá se llevaban bien, pero él era más un tío que un padre, así que ella era muy cercana a Kerri, que tenía cuatro años menos. No se parecían casi en nada: su hermana tenía el pelo claro y le encantaba jugar

con muñecas. Amanda era prácticamente la muchacha de ojos café sobre la que canta Van Morrison en su canción.

Otra cosa para saber sobre ella: le encantaba la ropa. Cuando éramos niñas, me invitaba a su casa a jugar a disfrazarnos. Su padre había guardado todas las cosas de su madre en una caja en el armario del pasillo. Ropa, maquillaje y otras cosas importantes para las mujeres adultas, como las pantimedias, que para mí parecían una especie de método de tortura medieval. No era muy adepta a disfrazarme. Pero me llevaba un libro y me sentaba cruzada de piernas en la alfombra a los pies de su cama. A Amanda nunca le molestó mi indiferencia, en realidad solo quería tener público.

Mientras se metía en el baño del pasillo, yo leía unas páginas. Después Amanda aparecía en el vano de la puerta, daba una vuelta, desfilaba y entraba y salía de la habitación pavoneándose. No había nada sutil en su espectáculo. Para ella la ropa tenía sentido y, según me explicó una tarde, ese era el objetivo de la moda.

Creo que estábamos en séptimo año. Yo acababa de reaccionar a una de sus combinaciones. Se había puesto unas perlas falsas que le daban un aire a primera dama en un evento con gente carenciada y las había combinado con una chaqueta de cuero barata. El contraste quedaba muy bien.

–Te queda perfecto –le dije.

–Bien. –Se echó sobre la cama–. Estuve leyendo el último número de *Cosmo* y había un artículo sobre cómo entender tu estilo. Y el consejo era básicamente "haz que tu imagen externa combine con cómo te sientes por dentro" y para mí eso tiene mucha lógica.

Combinar lo externo con lo interno no parecía nada fácil.

–¿No hace falta mucha ropa para eso? –dije.

Amanda seguía echada en la cama, emitió un "¿Eh?". Cerré los ojos y traté de estudiarme por dentro, pero solo conseguí sentir mi mente, el remolino de pensamientos. ¿Qué tipo de ropa combinaba con eso?

Volví a intentarlo:

–O sea, ¿acaso alguien sabe cómo se siente por dentro?

Un segundo después, se estrelló una almohada contra mi cabeza.

–Ven, vamos a la tienda de ropa usada –dijo–. A ver si podemos lograr que combines lo externo con lo interno.

Ya se había bajado de la cama para tomarme de la mano. Y su mano jamás se rechazaba.

***

Después de pasar unos minutos dando vueltas por la tienda de segunda mano, algo cautivó la atención de Amanda y se fue derechito al mostrador principal. Detrás de la cajera había unos bolsos colgados de la pared. Más que nada bolsos pequeños. Y los bolsos pequeños, por si no lo adivinaron aún, no me interesaban. Pero Amanda señaló una bolsa de lona con las palabras THE STRAND NYC: 18 MILLAS DE LIBROS impresas en el frente.

–¿Podemos ver esa? –preguntó.

–Entran todos los veranos –dijo la mujer, dándole la bolsa–. Las traen los que vienen de la ciudad, las usan para traer cosas hasta acá y antes de que partan ya las vemos en la tienda.

–Ah, sí, esta es para ti –señaló Amanda, sosteniendo la bolsa a la altura de mi hombro.

–¿Por qué es para mí?

–Eres ingeniosa y *grrr* –ahí gruñó como un tigre–, como una neoyorquina… ¡y además te encantan los libros! –Se encogió de hombros y agregó–: Tiene mucho sentido.

Pero cuando me la quiso dar, retrocedí.

–Nah, no me gusta mucho –dije, aunque sí me gustaba. Amanda tenía toda la razón. Pero no tenía dinero en ese momento, ni siquiera un dólar, que era lo que costaba la bolsa.

Ella me miró un segundo.

–Bueno, la compro yo –dijo. Ya sabía cada matiz de lo que acababa de pasar, de por qué yo había dicho que no. En una milésima de segundo, supo que si me preguntaba si era por el dinero, las dos cosas que yo pensaría serían: "Ojalá mi mamá se acordara de darme la mesada" e inmediatamente después "¿por qué

ya no me quiere?". Y esa no era una línea de pensamiento muy sana.

Amanda tenía cuatro monedas de veinticinco centavos encima. Las sacó y las puso en la mano extendida de la mujer.

Cuando salimos, yo iba adelante con la cabeza gacha y las manos metidas en los bolsillos. Mi amiga me alcanzó y me apoyó un brazo sobre los hombros. Me mostró la bolsa, como diciendo "es obvio que la compré para ti", pero le dije que estaba bien, que debía quedársela ella.

Amanda entornó los ojos, otra vez tratando de leer mi letra chica.

–Está bien, Annie linda –dijo después de unos segundos, colgándose la bolsa del otro hombro–. Pero quiero que sepas que cada vez que la use, voy a pensar en ti.

Usó un montón esa bolsa de Strand. Aunque no había dudas de que era de Amanda, siempre la consideré mía. Así que años después, cuando la encontré en la parte trasera de mi auto, me pareció que me correspondía quedármela.

Todavía la tengo.

CAPÍTULO 3
ANNIE

1995
Bolton Landing

Amanda era setenta y tres días mayor que yo. Alcanzaba los hitos primero y reportaba desde el frente de batalla. Yo era especialista en analizar todo demasiado, así que me aliviaba contar su prueba beta de la vida y tener los inconvenientes resueltos antes de llegar. Por ejemplo, había pensado que cumplir trece sería importante, porque ¡cómo nos entusiasmaba empezar la adolescencia!

–¿No sientes nada distinto? –le pregunté. Estábamos en el garaje de su casa buscando una pelota de fútbol americano (no pregunten). Ella se detuvo, cerró los ojos. Se estaba llevando a cabo un escaneo interno.

–No, para nada –respondió unos segundos después, con los ojos aún cerrados–. Me siento como si tuviera doce años y un día.

La tomé de los hombros y solté un quejido.

–¡Vamos a ser niñas para siempre!

–Pa-ra siem-pre –dijo ella como un robot.

Incluso entonces estábamos impacientes por disfrutar de las libertades de la adultez. Más tarde por fin, por fin, llegó el decimosexto cumpleaños de Amanda. Sacamos turno para que diera el examen de conducir ese mismo día, no había tiempo que perder. Había comenzado la primavera, era el primer día cálido, y el lugar del examen estaba en la misma calle que el taller mecánico de su padre, así que él nos llevó, le dio un beso en la frente, le deseó

suerte y se fue caminando al trabajo. Cuando se marchó, Amanda se volteó y me miró con los ojos abiertos de par en par, sacudiendo las llaves como diciendo "por fin está pasando".

–Ay, por Dios, Amanda –le dije–. Hazlo bien, ¿sí?

–Coordinación entre mano y ojo, relaciones espaciales… Vamos, ya está aprobado –aseguró ella. Se tenía confianza. Pero como toda persona que se tiene confianza, la actitud era auténtica solamente en un ochenta y siete por ciento. Solo que la duda vivía en las afueras de la ciudad en lugar de en el centro, como ocurre con todas las demás personas.

–¿Amanda Kent? –llamó un hombre que se acercó a nosotras, tablilla en mano. Le deseé suerte y troté al otro lado de la calle para esperarla, impaciente. Me subí a la pared baja de adoquines que estaba frente a la iglesia metodista, mis pies casi rozaban el suelo. En el bolsillo tenía unos caramelos duros de sandía, el único sabor que valía la pena, y me metí uno en la boca. Me encantaba usar el dulce pegajoso como adhesivo entre las muelas, a veces de verdad parecía que se me habían pegado los dientes.

Seguía haciendo eso una hora después cuando Amanda, al volante de la camioneta de su padre, volvió a aparecer por la calle con el supervisor en el asiento del acompañante. Esa camioneta azul descolorida, siempre me había encantado verla acercarse: una descarga de dopamina y Amanda… cerca.

La miré aproximarse hasta que al fin pude verla bien por el parabrisas. Sonrió y me saludó con la mano. *No hagas eso*, le dije mentalmente, ¿y si el supervisor la reprobaba por no tener cuidado?

Pero no la reprobó. Amanda aparcó, le estrechó la mano al hombre –un gesto *muy* de adulta– y cruzó la calle a zancadas para sentarse a mi lado en la pared. Lanzó las llaves unos centímetros en el aire y las atrapó. Estaba disfrutando el momento de verdad. Daba el mejor tipo de performance: fingía, pero a la vez no.

–Vayamos a la fiesta de Tommy esta noche –me dijo, alzando las cejas. Amanda sabía que Tommy –alias el señor mariscal de campo de la secundaria– gustaba de ella, pero me decía que eran imaginaciones mías. A mí él no me caía muy bien.

Ir a una fiesta no era precisamente lo que quería hacer con nuestra nueva libertad, pero el entusiasmo de Amanda era contagioso. Me toqué el bolsillo, sentí el bulto del casete con el compilado de canciones que le había hecho como regalo para felicitarla. Lo había titulado *Vuelta libre*. Hasta le había hecho una tapa de cartulina. Mi plan para esa noche había sido que saliéramos a dar una vuelta, escuchando el casete. Quería ver cómo reaccionaba con cada canción. Pero, bueno, podríamos hacerlo al día siguiente.

–Okey –dije, bajando de la pared para cruzar la calle–. Sé mi chofer.

Ella me alcanzó al trote y preguntó:

–¿Nos preparamos en mi casa?

No respondí. La pregunta era retórica, su ropa era mucho mejor.

***

Pasamos la mayor parte de la fiesta en la terraza de la casa de Tommy, yendo de un grupo a otro, riendo y charlando. Amanda bebía, yo tomaba sorbos imaginarios de un vaso de plástico rojo, perfeccionando mi técnica escénica con cada movimiento. Al terminar la noche, mientras veía a mi amiga beber el trago número no sé cuánto, de repente me di cuenta de que no teníamos a nadie que nos llevara a casa, que ella era la que conducía. Me enojé conmigo misma, generalmente la logística era mi especialidad. Fui hasta la cocina y la llevé al pasillo.

–Hola –dije.

–Hola. –Me dio un abrazo–. Es un buen día.

–Sin dudas ha sido un buen día –dije–. Pero tenemos un problema.

–Uh, oh –soltó ella, con el ceño fruncido. En la escala del uno a ebria, parecía estar en el siete. En ese momento pasó Tommy, quien me tomó del brazo y me llevó de vuelta a la cocina, donde me encontré con un grupo de compañeros de clase.

–¿Verdad o reto? –preguntó uno y, como me gustaba tener público, acepté de inmediato.

–Reto –respondí y regresé a la terraza con los demás. Pasé unos minutos afuera, haciendo un reto tan tonto que daba vergüenza ajena, luego me acordé de Amanda y me asomé adentro. No estaba.

Al principio no me preocupé. Pero cuando no la encontré en el baño de la planta baja ni en la sala de estar, me sobrevino una sensación de urgencia. Subí corriendo la escalera, abrí todas las puertas cerradas, encontrándome con habitaciones oscuras y vacías, hasta que solo quedó una al final del pasillo. La abrí y entré a un baño, allí estaba Amanda, sentada con la espalda apoyada en la tina. Me miró, se encogió de hombros, y luego se inclinó y vomitó en el inodoro.

En realidad, fue un alivio. Pensé que iba a encontrarla con Tommy.

–Perdón –dijo, escupiendo en la taza–. No es muy agradable.

Me arrodillé y le sujeté el pelo en una coleta.

–Ese último trago que me dio Tommy –explicó, arrastrando las palabras–… no fue buena idea.

–Vámonos de aquí –propuse–. ¿Puedes caminar?

Ella asintió con la cabeza. La tomé de la mano y bajamos la escalera para ir al auto. La ayudé a subir al asiento del acompañante y le puse el cinturón de seguridad.

Me senté al volante y lo aferré con ambas manos, acomodándome.

–Bueno, sí, puedo hacerlo –dije en voz alta, mirando a Amanda, que tenía los ojos cerrados, la cabeza contra la puerta. Quizá estaba más en un ocho o nueve de la escala de ebriedad.

Había escondido el casete en la consola para escucharlo mientras volvíamos, así que lo saqué, lo metí en la casetera y subí el volumen.

Tommy vivía al otro lado del lago y el viaje a casa era largo. Con gusto descubrí que conducir no era tan difícil. Por suerte, la camioneta del padre de Amanda tenía caja automática. Me quedé dentro de las líneas sin sobrepasar el límite de velocidad y me detuve por completo en cada señal de alto. La noche tenía un brillo

inusual, la luz amarillenta de la luna se reflejaba en el lago. Sentía como si hubiera llegado de un salto a la adultez.

Tenía sentimientos adultos también, cortesía de mi casete. Como tercera canción, que es donde va la mejor de todo compilado, había elegido la nueva de Sarah McLachlan. El tema me revolvía todo lo que sentía por Amanda. Una mezcla etérea de deseo y devoción, de dicha y melancolía. Un cóctel casi mortal.

Cuando empezaron a sonar los primeros acordes, estiré la mano hasta la casetera y casi pulsé la tecla de avance rápido, para salvarme de mí misma. Pero no lo hice. Sino que subí el volumen aún más fuerte y dejé que me poseyera la música. Que cobrara más y más intensidad, una sinfonía de olas rompía en mi interior, al tiempo que nuestra diosa Sarah llegaba al verso que finalizaba con que hay que permitirse creer.

Lo loco era que no sabía si en la canción yo le hablaba a Amanda o si era al revés. O quizá una combinación. Cuando terminó, parecía que la camioneta aún irradiaba el resplandor que había dejado la música. Fue en ese momento que Amanda, con la cara aún apoyada contra la ventanilla, murmuró algo.

Se me dispararon los ojos.

–¿Qué dijiste? –pregunté.

Pero ella solo sacudió la cabeza y se hundió aún más en la puerta. Extendí la mano y apoyé los dedos sobre sus nudillos, los dejé allí un segundo entero, y después volví velozmente al volante.

Durante los siguientes setenta y dos días, pedimos prestada la camioneta azul siempre que pudimos. Luego, en la noche de mi decimosexto cumpleaños, un poco ebria y sin regalo, mi mamá me ofreció las llaves del Honda Civic rojo modelo 1991 que mi primo mayor había restaurado y dejado en nuestro complejo de apartamentos. Se había tomado el tren a la ciudad después de la secundaria y no había vuelto, ni por el coche ni por nada más. Le pusimos "Brando" a nuestro nuevo transporte, porque había visto días mejores. Recién comprado habría tenido su encanto, pero se le había ido el lustre. Estaba despintado, tenía el paragolpes abollado, el cuero gastado y una falla que no era original, pero sí la que más nos gustaba: el espejo retrovisor partido, como si los dioses se

hubieran cansado de que Amanda viera su propia belleza. O los coches de atrás.

Había ocurrido en el tercer año de la secundaria, en una mañana de frío brutal. Corrimos al auto durante una hora libre para dar una vueltita y nos metimos adentro soplándonos las manos. Brando estaba cubierto de una finísima capa de nieve, lo cual me gustaba, me daba la sensación de que estábamos en una cueva.

A Amanda le encantaba conducir, así que ella estaba al volante e intentó encender el motor, pero no lo consiguió. Unos segundos después, volvió a intentarlo y el auto cobró vida con un rugido. Enseguida puso la calefacción. Yo acerqué las manos a las rejillas, lista para recibir el aire cálido. Después la oí chillar y volteé la cabeza a la izquierda: estaba sujetando el espejo retrovisor, con el cuerpo un poco levantado para verse mejor en el reflejo destrozado.

–¿Qué… carajos? –dijo, estirando cada palabra.

La miré con ojos de "eh, explícate, por favor" y, en respuesta, giró el espejo lentamente hacia mí y señaló la rajadura. Se me escapó un gritito. ¡Un espejo roto! Parecía dramático y adrede, como cuando en las películas alguien se mete en una casa pero no se lleva nada salvo una única obra de arte.

–Bueno, los dioses han hablado –dije.

–¿Lo habrá hecho alguien? –Miró alrededor con los ojos entornados, aunque las ventanillas estaban tapadas de nieve.

–Sí, seguro fue Vanessa –afirmé–. Ya viste lo mucho que te envidia y la habilidad que tiene para los gestos íntimos pero profundos… –Le mostré una de mis miradas preferidas: una ceja arqueada, ojos fulminantes de burla, y continué–: Amanda, esto no lo hizo *alguien*, lo hizo *algo*, el frío.

–Annie, linda –dijo ella, con tono pseudoserio–, tienes que dejar de leer tantos libros. Te estás volviendo demasiado lista para mí con todo ese conocimiento.

–Jamás. –Estiré la palabra unos segundos de más porque quería empaparme de su halago. Solía tener la idea de que era especial, de que estaba destinada a hacer grandes cosas. Sin embargo, una voz en el fondo de la cabeza cada tanto me aterrorizaba y me disparaba un pensamiento que me atravesaba la psiquis: *Es todo mentira; no*

eres nadie y siempre serás nadie. Los halagos de Amanda ayudaban a extinguir esos incendios.

–Así que dices que fue el frío. ¿Estás segura?

–Fue eso –respondí–. Aunque me encanta la idea de que alguien se hubiese metido en Brando y solo rompiese el espejo retrovisor para jodernos la mente.

–Tiene un poco de genialidad, la verdad –señaló ella con una sonrisa.

–Me gustaría ser su amiga –dije.

–Pero no amiga de verdad verdadera, ¿no? –preguntó Amanda con cara de pocos amigos.

–Ah, no, no, no, conocidas no más. ¿Quizá de esas amigas con las que te juntas a comer pizza una vez cada dos semanas? –Me gustaba este intercambio, en especial cuando se mezclaba con el reconocimiento de lo profundo de nuestra relación. No necesitaba a otras amigas como la necesitaba a ella.

–¿O una vez cada tres semanas?

–Una vez por mes, digamos. –Le guiñé un ojo, esperando que se viera bien y no cursi, y así debió ser porque quitó la mano del espejo y me la apoyó en la mejilla un segundo. Se sentía tibia, agradable, nos miramos unos segundos hasta que ella se apartó y dijo:

–Menos de dos años y después…

–El futuro. –Hice un gesto como si imaginara las palabras en una marquesina: "El futuro, con Anne Marie Callahan y Amanda Kent". Hablábamos de eso a cada rato, sin parar, de nuestro plan de viajar a Los Ángeles con Brando después de graduarnos. La propuesta, en nuestra mente, era única e imbatible. Seríamos un combo: ella interpretaría a la morena de infarto que igual posee un impecable sentido de la comedia, y yo, a la compañera estrafalaria con verdadero talento actoral que le roba todas las escenas en secreto.

No le había dicho a Amanda que el gran agujero negro que tenía dentro cada vez quería más y que mi cerebro estaba constantemente pensando en ideas para satisfacerlo. No le había contado ni una sola vez sobre mis pensamientos desleales: que quizá necesitaría más que comedias de mejores amigas. Que quizá necesitaría una prestigiosa carrera solista y que después tal vez sería

guionista y productora, después directora, y luego pasaría al siguiente nivel, fuera cual fuera. Eso lo tenía claro. Sería una búsqueda interminable de la llave dorada que abriría la mejor versión de la vida y me haría sentir plena.

Escuchar a mi mente era agotador. Recién ahora cuestiono su sabiduría, recién ahora me pregunto si tiene en cuenta lo que es mejor para mí. Pero ¿en ese entonces? Una idea era una realidad. ¿Y cómo le dices a tu mejor amiga que tu mente imagina que en algún momento crecerás y la dejarás atrás, que ni siquiera es una elección sino una necesidad?

CAPÍTULO 4
KERRI

1999
Bolton Landing

Yo la idolatraba a Amanda. Me encantaba todo de ella. Una vez, a los trece años, estaba sentada en el sofá de la sala de estar, mirándola prepararse para salir, cuando se inclinó para ponerse unas Converse de caña alta. Perdió un poco el equilibro, pero lo hizo de una forma encantadora, como saltando unas veces con el pie derecho, y lo recobró con los brazos extendidos como alas. Me miró y puso una cara graciosísima.

–¿Cómo es posible? –pregunté.

–¿Cómo es posible qué? –Ahora estaba arrodillada, atándose el calzado.

–Eso, lo que acaba de pasar, que… que hagas que todo parezca genial.

Amanda sonrió, se acercó y me dio un beso fuerte en la frente. A ver, imagínense. ¡Era inevitable! Yo era su hermana menor, ya predispuesta a querer su amor. Y ella lo hacía muy fácil con esa calidez suya.

Nos distanciamos una sola vez, que comenzó después de su baile de graduación del tercer año. Me había quedado despierta hasta tarde y vi por la ventana que estaba llegando con Annie. Un chico las había dejado en el comienzo de la entrada para autos. La forma en que caminaron hasta la casa, como si fueran imanes tratando de no unirse, me puso la mente a mil por hora. Unos minutos después,

cuando oí que Annie se había ido al baño, fui derecho al cuarto de Amanda y cerré la puerta.

–Eh, ¿hola? –dijo ella, pero no de mala manera.

–¿Estás enamorada de Annie? –solté yo.

Ella se tapó las orejas con las manos y gritó:

–¡Ahhhhhh! ¿Por qué todo el mundo piensa eso?

La miré como preguntándole qué estaba ocurriendo. Tal vez tendría que haberlo pensado bien antes de hablar, pero a Amanda generalmente le gustaba mi actitud de hermana menor, mi curiosidad, el hecho de que exigiera respuestas sobre las cosas importantes (como si se mastica goma de mascar mientras se besa a alguien). Esto a mí no me parecía tan distinto.

–No, no estoy enamorada –respondió–. O sea, sí, por supuesto que la quiero, pero no en ese sentido. –Hizo una pausa, se corrió el cabello al otro lado en un movimiento lento–. Eso es lo que preguntas, ¿verdad?

Asentí con la cabeza.

–Es que… no –continuó, parecía apenarla decirlo–. No estoy… No me pasa eso.

–¿Le pasa eso a Annie?

–No vamos a hablar de esto –dijo agachándose para quitarse los tacones–. Vuelve a la cama, por favor.

CAPÍTULO 5
ANNIE

1999
Bolton Landing

La noche previa al baile de graduación del tercer año, mamá y yo estábamos sentadas en los sillones verdes de plástico que estaban fuera del apartamento.

A medida que cambiaban las estaciones, los sillones me servían de guía para estimar cuánto faltaba para que hiciera calor. En invierno, si bien estaban debajo de un alero, el viento revoleaba la nieve y la acumulaba en el asiento y los apoyabrazos. Siempre había una semana en que los sillones se mojaban por la nieve derretida, todas las noches me impacientaba y los secaba con toallas de papel. Acababa de hacer eso y ya me había sentado, hecha un ovillo, con la sudadera *oversize* estirada sobre las rodillas, cuando vi a mi mamá caminando por la calle. Aunque estuviera oscuro, sabía que era ella. Era capaz de reconocer su silueta en cualquier sitio. Había pasado toda la infancia buscándola.

–Hola –dije en voz baja cuando se acercaba.

–Hola, nena. –Se echó sobre el sillón vacío antes de que pudiera advertirle y chilló cuando la humedad fría le empapó los jeans. Maldije el agua, rogué que eso no la hiciera irse–. Carajo –dijo sin levantarse, yo exhalé lentamente.

–¿Qué tal tu día? –le pregunté, dándole un vistazo. Tenía la cabeza apoyada contra el sillón, con los ojos cerrados. La luz, un brillo tenue que provenía de la lámpara principal, tenía la belleza de

las películas de antaño y se le reflejaba en los pómulos. Amanda y yo nos habíamos obsesionado con las películas, tanto que a veces yo fingía que estaba en una.

Mamá abrió los ojos de repente y yo enseguida aparté los míos.

–A ver –me dijo–, ¿qué edad aparento?

Incluso en ese entonces, sabía que la pregunta no tenía nada que ver conmigo. Apoyé el mentón sobre las rodillas y miré hacia el césped mojado y las calles que venían después. El lago estaba a solo un campo de fútbol de distancia, quizá menos, y siempre podía sentirlo. Ominoso, en cierto modo, místico, en otro, creando kilómetros de espacio abierto, con el aire encima del agua esperando a que yo lo llenara, pero no sabía cómo ni con qué palabras.

–Tuve un día de locos –dijo mamá finalmente. Cuando no continuó, giré la cabeza y vi que estaba fulminándome con la mirada–. Bueno, ¿acaso quieres que te cuente… *Anne Marie*?

Se me tensaron los brazos alrededor de mis rodillas.

–Mmhmm –fue todo lo que me salió.

–Me encontré a dos tortilleras en la cama –dijo y tembló de forma exagerada antes de continuar–. Supongo que no me oyeron golpear la puerta. –Un segundo después, agregó–: Me dio mucho asco.

Me quedé helada, con los ojos fijos en el aire encima del lago. ¿Por qué me contaba eso? ¿Porque Amanda y yo éramos muy unidas? La química entre nosotras era evidente para mí, así que tal vez ella había percibido algo. Pero, por otro lado, yo pensaba que mi anhelo por el amor de mi mamá era inconfundible; sin embargo, ella nunca lo había percatado.

No respondí. Después de un minuto, ella se paró.

–No sé qué pensar de ti, Anne Marie.

Me estremecí cuando entró, cerrando la puerta más fuerte de lo necesario.

***

A la noche siguiente, el gimnasio de la escuela secundaria estaba repleto de guirnaldas amarillas. Amanda había pasado la velada

bailando con su cita, Ben, que fue elegido rey del baile, lo que nos causó gracia durante semanas… Todo muy cliché. Mi cita se llamaba Joe y, fiel al significado de su nombre en inglés, no tenía nada de especial.

Cuando sonó el último acorde de una canción lenta, Amanda me tomó del brazo, miró a Joe y preguntó, en un intercambio que para ella era irónico y, para Joe, serio:

–¿Me prestas a tu dama un momento?

Él aceptó con un tartamudeo, Amanda hizo una reverencia para luego llevarme a toda prisa al fondo del gimnasio, a un rincón ensombrecido por las gradas.

–Pensé que nunca me rescatarías –le susurré con una sonrisa–. Qué estúpidos de mierda.

–Finjo que somos las protagonistas de una película –dijo ella–. ¿Tú no?

–Eh, sí, claro –respondí–. Uno de esos éxitos de taquilla con dos horas de incomodidad y un elenco de chicos que apenas pueden comunicarse. Es una película muy buena, la verdad.

–Concuerdo. A ver, quizá hasta llevemos… –Volteó la cabeza a la pista de baile–. ¿A Joe? ¿Se llama Joe? Tal vez nos lo llevemos a Los Ángeles.

–Me *encantaría* atravesar el país en coche con Joe.

Me dio un abrazo apretado, yo supe exactamente por qué. Ella estaba enamorada de nosotras. De nuestro ingenio, de nuestros intercambios, de nuestras bromas internas, de todo lo que nos hacía nosotras.

Aparté la cabeza para poder verla bien.

–Necesito hacerte una pregunta.

–Bueno, este es el momento perfecto, claro –dijo ella, riendo. En los ojos tenía ese brillo que te dice que, sin dudas, la persona que tienes delante no piensa en nada más. Los ojos se nos ponían así muy seguido cuando hablábamos entre nosotras.

–Es una pregunta en serio, ¿sí? No hacen falta respuestas graciosas.

Ella asintió con un gesto solemne de la cabeza y luego, incapaz de contenerse, agregó un saludo militar. La miré con cara de pocos

amigos.

–Está bien, está bien. –Dio un paso hacia atrás, sacudió por completo su cuerpo y después dijo–: Okey, ya estoy lista.

Lo loco fue que… podía ver que estaba lista.

Algo que había aprendido con mi madre, además de pedir aparte el condimento de las ensaladas y untarlo con el tenedor para ahorrar calorías, fue a disimular la verdad. Para que quede claro, mamá no disimulaba; eso lo hacía yo. Ella disparaba las palabras como si fueran flechas, por lo general apuntándome al corazón. Pero yo enterraba vivos mis sentimientos, los asfixiaba y ya. Después llegó Amanda y parecía que para ella era un honor que le compartiera fragmentos de mi caos interno.

–Bueno, tenemos planeado viajar a Los Ángeles después de graduarnos, ¿verdad? Y vamos a hacer las audiciones juntas y, por supuesto, triunfaremos protagonizando comedias sobre mejores amigas.

Amanda esperaba pacientemente a que yo llegara a la idea.

–Bien –continué–. Mi pregunta es ¿alguna vez pensaste en lo que viene después?

Mi amiga, que siempre pulía su lado cómico, esperó un momento antes de responder:

–¿Quieres saber si pienso en lo que viene después de que nos graduemos de la secundaria, me vaya a Los Ángeles con mi mejor amiga –hizo una pausa y me guiñó un ojo–, que eres tú, por si no lo sabías, encontremos un lugar para vivir y triunfemos en el cine?

Bueno, si lo dices así, pensé. Dios, qué mente trastornada tenía. No podía relajarse nunca y desplegaba kilómetros y kilómetros de escenarios, esperanzas y sueños sin fin. "Pensamientos grandes y jugosos", como a veces los llamaba Amanda. Cuando me dispersaba, ella decía: "¿Tienes muy ocupada esa mente tuya, con todos esos pensamientos grandes y jugosos?". Yo me imaginaba un dulce de fruta. Caramelos rellenos de jugo. El eslogan: "No dejes que nadie te trate como a un caramelo común y corriente. Tienes jugo".

–Peeero –continuó– creo que lo que dices en realidad es que *tú* tienes un plan para después de TODO ESO. –Amanda no parecía

haberse molestado, sino que le había resultado gracioso. Irradiaba gracia, lo encontraba *típico de Annie.*

»¿Qué ha estado pasando ahí arriba? –Se golpeteó la sien.

Y ahí estaba de nuevo, esa versión de mí que daba miedo. No había logrado nada y ya quería más. ¿Cómo se llamaba eso? Ser insaciable, quizá. Pero ese era un término muy terrenal, asociado al sexo, a la comida. Lo que yo ansiaba era la grandeza cósmica.

Al otro lado del gimnasio, el DJ puso otra canción y los primeros acordes volvieron locos a todos. Las chicas fueron a buscar a sus amigas y salieron corriendo a la pista de baile. Pero Amanda, bendita sea, tenía los ojos puestos en mí.

–Cuéntame del plan maestro que tienes para nosotras –dijo.

–He estado pensando en lo que pasará después de todo eso, digo, después de que nos vayamos de aquí y hagamos películas juntas. He estado pensando en que necesitaré seguir por mi cuenta y hacer películas dramáticas prestigiosas… Tengo que ganar un Oscar… y después quizá escribir guiones, o producir, además de dirigir.

Amanda ladeó la cabeza, apenitas, con una sonrisa casi imperceptible. Se sacudió un poco y luego se detuvo. Se me vino una palabra a la mente "compungida". ¿Estaba usándola bien? Lo que veía era tristeza mezclada con pena. Me repetí la palabra, esperando recordarla más tarde.

–¿Dices que a mis sueños les falta ser más soñadores? Annie Callahan, jamás he conocido a nadie que sueñe tanto como tú.

Lo que recuerdo de ese momento es la forma en que dijo mi nombre. Lo dijo como si fuera un animalito que necesitaba proteger. Y así me sentía, en el fondo. Lo mucho que me conocía me provocó una punzada, el golpe repentino de un tambor, que me reverberó por el pecho.

Me acerqué a Amanda y le tomé la mano, me la llevé a la boca, la besé con ternura.

–¿Sabes? –dije–. De verdad, de verdad, te quiero.

Mis ojos eran recipientes abiertos e hice lugar en su interior para que Amanda se vertiera en ellos. Inhalé profundamente, exhalé como diciendo "listo, se ha dicho lo que nunca se había dicho".

Sin lugar a duda, estaba declarando algo un poco distinto de lo que siempre nos decíamos, y ella lo entendió porque vi una sutil oleada de pavor pasar por sus ojos.

Luego me tomó las manos con ternura y las apretó contra mi corazón, como si me devolviera a mí misma. El gesto fue amoroso, dulce e innegable.

Bajé la cabeza y toqué con la punta del pie una guirnalda amarilla. La música volvió con un sonido envolvente mientras comenzaba a sonar *No Scrubs* de TLC, un tema irresistible que le encantaba a Amanda, así que enloqueció al oírlo y me tomó de la mano para llevarme de vuelta a la pista de baile.

***

Unas semanas después, Amanda y yo estábamos caminando para un lado y otro del pueblo, haciendo tiempo. De repente, ella se desvió de la calle principal y se dirigió al lago, pidiéndome que la siguiera por encima del hombro. Pronto estábamos paradas en un muelle que parecía estar a punto de desintegrarse en el agua. Mi amiga dio un giro completo.

–Sé que está por aquí –dijo. Apoyó las manos en la cintura y me miró–. El bote, ese del que te conté.

El dato me resultaba vagamente conocido, así que entorné los ojos como si fuera a ayudarme a recordar.

Amanda y yo nunca habíamos estado en el lago. Habíamos estado en la orilla, por supuesto, pero nunca *en* el lago. Las familias de algunos de los chicos más adinerados de la escuela tenían barco, pero aunque a veces fuéramos de fiesta con ellos, nunca nos invitaban a los planes más lujosos. Es que el inevitable choque de clases los incomodaba. Y seguramente más a sus padres.

–Síííí. –Chasqueé los dedos–. Sí, sí, sí… ¿El que estaba construyendo tu papá o algo así?

–Sip –dijo ella, ahora girando hacia el césped y los árboles poco tupidos que rodeaban las cabañas–. Creo que lo veo.

Arrastramos el bote al agua y, después de debatir un largo rato, Amanda y yo nos sentamos una frente a la otra, suponiendo que así se mantendría mejor el equilibrio. Empezamos a remar, aunque parábamos a cada rato para comentar lo torpes que parecíamos.

–Pero ¿qué estamos haciendo? –rio ella.

–Es posible, tal vez, que la vida en barco no sea lo nuestro –dije, encogiendo los hombros.

–¿Y qué sería lo nuestro? Además del teatro, claro.

–Tenemos muchas cosas –respondí–. Por ejemplo, tenemos a Sarah McLachlan.

–Ah, sí, esa es buena –dijo ella–. No hay dudas de que somos especialistas en Sarah. Ah, y también tenemos la ropa… Aunque eso es más algo mío, creo.

–Cuenta igual –asentí, sintiéndome generosa.

–Mmm, bueno, también nos gustan las películas. –Inclinó la cabeza al cielo. Un momento más tarde, pareció divertirla una idea y comentó–: No nos olvidemos de que nos tenemos la una a la otra.

–Awww –exclamé, apoyándome una mano en el corazón–. Qué tierna.

–Sí, soy adorable –respondió–. Y, ah, ah, ah… ¡sabemos de tartas!

Un agregado inesperado a la lista, pero correcto. Era cierto que nos considerábamos entendidas de tartas, en especial de las de lima, que era el postre preferido de Amanda y el segundo preferido mío. (Soy fan de las galletas de avena con pasas, la galleta predilecta de los marginados). En la tierra de las manzanas, que te gustara la tarta de lima era ir contra la corriente, y eso daba cuenta de que no pensábamos como el resto. Además, tenía algo de exótico.

Después de los bailes de la escuela, pasábamos por la cafetería de la zona para comprar una porción y llevábamos el recipiente y el tenedorcito descartable hasta una banca a la vuelta de la esquina. Saboreábamos cada bocado. Siempre que alguna de las dos aparecía con un recipiente de tarta y un tenedor, la otra tenía la obligación de decir: "Más vale que esa no sea alguna mierda con manzana".

Nuestra primera vez *en* el lago fue mágica. Los colores parecían de mentira: el celeste del cielo, el azul marino del agua, el verde de

los árboles y la ladera de la montaña.

Amanda habría estado pensando algo similar porque dijo:

–Ahora un poco la entiendo. –Y cuando la miré para que se explayara, agregó, echando la cabeza hacia atrás–: La obsesión de algunas personas con la naturaleza.

Cuando bajó la vista, nos miramos unos segundos y después las dos empezamos a reír sin poder parar, hasta que nos chocó la estela de algún otro bote. Asustadas, nos sujetamos de los bordes.

Navegamos un rato a la deriva, con el sol acercándose al horizonte. No nos hablamos mucho. Nada más nos quedamos asimilando todo, dejando que transcurriera el día. El amarillo del sol finalmente se encontró con la montaña y el cielo se llenó de rosado y violeta.

–Guau, qué atardecer –dijo Amanda, a medida que se extendían los colores

Era bonito, así que dije:

–Sí, ¿no?

Y un minuto o dos después, mi amiga, que hasta donde yo sabía nunca se había puesto a mirar un atardecer en su vida, dijo:

–La gente no aprecia los atardeceres de Nueva York como debería. –Como si se hubiera pasado la vida evaluando la calidad de los atardeceres y el puesto que ocupan en la conciencia pública.

Solté una risita.

–¿Así que ahora eres especialista en atardeceres? –pregunté.

Ella me fulminó con ojos de "vete a la mierda".

–Kerri sale a ver el atardecer todos los domingos por la noche, ¿sabías? –dijo–. Y casi todas las veces, cuando vuelve a entrar, dice "los atardeceres de Nueva York son los mejores". A esta altura ya es una broma interna de la familia.

Familia. De repente me dieron ganas de llorar, pero no quise arruinar ese día que, por lo demás, había sido perfecto.

CAPÍTULO 6
RYAN

Octubre de 2006
Los Ángeles

Me he habituado demasiado a ser Ry Channing, la estrella de cine. Es fácil ser ella. Es segura de sí misma, desenvuelta, exitosa. Cuando soy ella, siento todas esas cosas. Pero Ry Channing no es una persona, es un personaje. Y en el fondo sé que esos sentimientos son pasajeros, un poco peligrosos. Camuflan una verdad: que me siento mejor conmigo misma cuando finjo ser alguien más.

Mi verdadera yo no es más que una chica tímida de Lawrence, una ciudad de Kansas, a la que de niña le encantaba deambular por el museo. Aún odia leer en voz alta (pero le encanta leer en silencio) porque las sílabas juegan a la rayuela en su mente y equivocarse le da mucha vergüenza. Si bien no se la diagnosticaron, tiene dislexia, que en sí es una palabra cruel. "*Dixlesia*" es como siempre me sale decirla. Y, además, lo que es muy relevante para esta tarea que se me ha encargado, es la chica que empezó a imitar el estilo de Hemingway después de leer *Fiesta* en la secundaria. Las oraciones sencillas me reconfortan. Pido disculpas de antemano. Trataré de liberarme de vez en cuando.

No me malinterpreten, también me encanta ser el centro de atención.

Llevo un universo dentro.

Cuando "Cate Kay" me pidió hacer esto, pensé en cuál de mis yo debería plasmar en la página. ¿A la brillante y reluciente o a la de ortodoncia en los dientes y ceceo? Mi manager me dijo que, si quería, podía conseguirme a alguien para que escribiera mi parte. Que después podía aprobar el texto. Pero rechacé la idea en cuanto ella empezó a pronunciar las palabras. Si seguía alimentando la fachada de Ry Channing, pronto tendría que vivir dentro de ella a tiempo completo. Y no es un lugar para quedarse. Créanme lo que les digo.

Así que aquí vamos. Sin escritor fantasma. Solo yo.

***

Recuerdo el momento en que comenzó todo. Estaba en mi tráiler esperando la siguiente escena, lo que a veces podía tardar horas, cuando me llamó mi agente. Se llamaba Matt. Me avisó que me estaba enviando un libro por mensajería privada.

–Léelo –me dijo–. El texto está bien logrado, la historia es genial y al parecer la autora, Cate Kay, usa un seudónimo y nadie pero nadie sabe quién es. Está causando todo un revuelo. Están todos enloquecidos por el libro. Lo promocionan como "la versión ligera de *La carretera* de Cormac McCarthy". Creo que tendrías que interpretar a Samantha.

Le dije que esa descripción era lo más hollywoodense que había escuchado, pero que la idea me parecía fantástica.

Unos segundos más tarde oí un repiqueteo en la puerta del tráiler. Un mensajero. Era alto y desgarbado, y llevaba un casco de bicicleta sin abrochar. Miré el resto del set (estábamos en un pueblito en las afueras de Atlanta), pensando en dónde estaría el personal de seguridad. Protegiéndome a mí no, eso estaba clarísimo. Después de todo, estaba quinta en la orden de rodaje.

La película que cambiaría todo, *Bajo la misma luna*, iba a estrenarse dentro de tres meses. Todavía era la actriz que la gente trataba de ubicar chasqueando los dedos y pensando mucho. "Ah, sí, la mejor amiga de ese programa de televisión". Entonces salió *Misma*

luna. Y después de eso aparecieron los fans chillones, las fiestas de los Oscar, un sinfín de guiones. Yo más que nada traté de refugiarme en mi casita de Los Feliz en Los Ángeles.

Pero antes de eso, en este breve período previo, estaba parada en la puerta de mi tráiler aceptando una bolsa de papel. Saqué un libro de tapa dura. *Los últimos de todos*. Esa cubierta que ahora es icónica: mitad negra, mitad canela, con el cartel del metro desmoronado. Lo que me gustó de ella fue que evidentemente sería una historia fuerte, pero parecía insinuar que iba a contarse con ternura y muchos matices. Y en una tipografía que contrastaba con el fondo, abajo estaba el nombre de la autora. Pero ¿quién era esta Cate Kay?

Abrí el libro y leí el texto de la sobrecubierta:

EL MUNDO RECORDARÁ SUS NOMBRES.

2000: Samantha Park y Jeremiah Douglas son mejores amigos y tienen un mismo sueño: copar las noticias. A ambos les encanta trabajar en el turno de noche en American News Corporation. Cuando la ciudad explota por una bomba nuclear, son los únicos sobrevivientes del canal. Así que recae en ellos la tarea de informar desde los escombros y contarle al mundo la historia de la ciudad.
2025: Perséfone Park nunca conoció a su madre. Para todos los demás, Samantha Park es una heroína caída; para Perséfone es un agujero negro que no puede llenar. Cuando Perséfone, perdida y a la deriva a pesar de la fama que ha heredado, se entera de que existe El Núcleo, abandona la comodidad de su vida de inmediato. Atraída al lugar donde se gestó la leyenda de su madre, se unirá al grupo de marginados que buscan construir una vida donde antes se alzaba la ciudad…

Eché un vistazo al lugar donde debería estar la foto y la biografía de la autora. No había foto, solo una oración:

"Esta es la novela debut de Cate Kay".

Me senté en el sofá del tráiler y empecé a leer.

Capítulo 1
La Gran Manzana

A Samantha Park le encantaban los recovecos de Nueva York, el hecho de que la ciudad la obligara a hacerse pequeñita y a la vez le prometiera grandiosidad. Por eso, Nueva York era perfecta para una mujer que pensaba mucho en lo humilde que seguiría siendo cuando se volviera grandiosa. La fama corrompía a las personas, eso lo sabía, pero ella sería distinta. Iba a seguir siendo buena y generosa; iba a detenerse para hablar con sus fans, siempre, por más ocupada que estuviera. Ese era el trato que había hecho con el universo.

En la noche previa a que cambiara el mundo, estaba caminando con Jeremiah por las últimas calles hasta el trabajo, mientras la luz del día escapaba de la ciudad. Samantha alzó la vista y contempló los tonos anaranjados del atardecer neoyorquino. Casi todos los anocheceres, se sorprendía con la belleza de la última hora de luz de la ciudad. *La gente no aprecia los atardeceres de Nueva York como debería,* pensó, aunque no lo dijo. La semana anterior, Jeremiah le había señalado que ella decía eso, o algo parecido, casi siempre mientras caminaban al trabajo.

–¿Ah, sí? –le había dicho ella, sorprendida de verdad. Pero todos los días desde entonces, había notado cuando se le venía la idea a la mente.

Jeremiah vio la sonrisita; se le acercó para tener menos frío y dijo:

–¿Qué pasa?

Eran dos chicos de California que no podían acostumbrarse a las bajas temperaturas.

–Nada –le respondió ella.

–A ver si adivino, ¿la gente debería apreciar más la luz de Nueva York?

–¡Claro! –Samantha enganchó el brazo en el de Jeremiah y lo empujó con un gesto juguetón.

–Creo que tú la aprecias más que suficiente –dijo él–. Todas las noches, la verdad. Un aprecio sin fin.

Ahora ella lo miraba mientras esperaban a cruzar una calle. Él se llevó el café a la boca y sopló por el pequeño orificio de la tapa, echándole un vistazo a Samantha. Después sonrió de oreja a oreja y caminaron los últimos metros hasta los estudios de ANC, un edificio de ventanales relucientes a orillas del río Este…

Cuando el asistente de dirección me llamó para hacer la siguiente escena, ya había leído dos tercios de *Los últimos de todos*. Pensaba que Matt se había equivocado: no debía interpretar a Samantha Park. Debía interpretar a Perséfone, la hija. Samantha me daba curiosidad, su ambición interminable y las decisiones valientes (o temerarias) que había tomado en el tiempo posterior a la explosión.

Pero el mundo que habitaba Perséfone me encendía todos los sentidos. Era un personaje delineado a la perfección. Los problemas con su madre, la necesidad de demostrarse algo a sí misma, la curiosidad y sus idas y venidas. A mí me encantaban las caricaturas de *Tom y Jerry* cuando era niña y Perséfone aparecía con una sudadera gastada del dúo animado que bien podría haber usado yo. Además, me daba curiosidad el escenario de El Núcleo.

He oído a periodistas hablar de los beneficios de que los manden a cubrir noticias en lugares remotos. Dicen que la historia llega a escribirse sola por lo peculiar del trasfondo. A los actores nos puede pasar lo mismo. Si un actor encuentra a un personaje ambientado en un mundo interesante y bien definido, por lo general consigue encontrar formas más sencillas y claras de reflejar su humanidad. Eso era lo que me había pasado a mí, al menos. La razón por la que mi interpretación en *Luna* alcanzó otro nivel fue por la intensidad del concepto. Unos científicos renegados, completamente afuera del sistema, que probaban posibles curas en pacientes. Lo que mi papel como la paciente cero no necesitaba era que yo lo interpretara cada vez con más potencia y todo pasara a ser una película de terror de bajo presupuesto. Sino que necesitaba calma y disciplina frente a la locura.

Veía una oportunidad similar en *Los últimos de todos*. Siete premios Oscar y 4.000 millones de dólares recaudados después[1], creo que podemos decir que tuve la razón en algo.

–Perséfone –le dije a Matt, que me llamó mientras iba al set–. Samantha no. Quiero a Perséfone.

–¿Entonces te gustó el libro? –Parecía complacido.

–El Núcleo es el escenario más interesante que he leído en mucho tiempo –dije.

–Sí, pienso lo mismo. Y además es muy visual: los botes de madera podrida que llevan por el agua, la zona de contaminación y la última estación del metro. Tremendo…

–Justamente por eso tengo que ser Perséfone –lo interrumpí.

–Pero Samantha es sin dudas la protagonista aquí –dijo Matt. Sabía que él pensaba en que la protagonista ganaría mucho más

dinero y entonces su comisión sería mucho más grande, pero fingía que era una cuestión de *contenido*–. Imagina el set que se construirá para su mundo, para atravesar una Manhattan humeante con una cámara. Sin dudas es un personaje movido por la ambición, pero es aclamada en todo el mundo como una mártir. Te explota la cabeza. Es muy, muy… *alegórico*.

Le encantaba usar palabras rebuscadas y fingir que le importaba el mensaje social de las películas.

–Sin dudas tiene algo de parábola –señalé. Quería que supiera que podía seguirle el juego.

–Pero…

–Quiero a Perséfone.

Debo reconocerle que no vaciló, solo dijo:

–Ya me encargo.

Y esa fue la primera conversación que tuvimos sobre *Los últimos de todos*. Que se terminó convirtiendo en una trilogía de libros y de películas que rompería récords de taquilla. Pero para mí, el legado de este fenómeno cultural no tiene nada que ver con ser una de las actrices más destacadas, ni con la popularidad ni los números. Siempre que se menciona este proyecto, enseguida pienso en una sola cosa. O, mejor dicho, en una persona: Cass Ford, o Cate Kay para el resto del mundo.

Y en cómo ella me rompió el corazón.

1 Nota de Cate: Esto me da cierta aprensión. Hacer alarde (¡y encima de dinero!) es antiético para mi educación católica irlandesa, incluso si el alarde lo hace otra persona. Pero entiendo la necesidad de destacar los libros y las películas, para ponerlas en contexto. Así que incluyo aquí una cronología sin mucho adorno de la trilogía *Los últimos de todos*: el primer libro salió en 2006, el segundo en 2009 y el tercero en 2011. Cada película salió un año después: 2007, 2010 y 2012, respectivamente. Respiro hondo. Bueno, continuemos.

CAPÍTULO 7
ANNIE

1999
Bolton Landing

En el otoño de nuestro último año de secundaria, fui a ver al profesor Riley, que coordinaba el departamento de teatro. No le avisé a Amanda. La oficina se parecía mucho a lo que suponía que sería la oficina de un teatro de Broadway: pequeña, con el espacio justo para un escritorio chico y una silla, y paredes negras cubiertas de fotos y carteles de obras de teatro.

–Anne Marie, qué sorpresa –dijo el profesor, alzando la vista cuando golpeé la puerta negra a pesar de que estaba abierta. Era un hombre corpulento, de barba entrecana muy cuidada, que casi siempre llevaba un pañuelo ascot.

–¿Tendría un minuto para hablar? –pregunté, viendo una silla plegable de metal apoyada contra la pared. Antes de que el profesor pudiera responder, me acerqué a ella, lo que lo hizo reaccionar.

–Ah, por supuesto. –Entonces se levantó, abrió la silla y me hizo lugar–. ¿Busco otra para Amanda?

–Vine sola –respondí. La suposición de que estaría con Amanda cortó un hilo en mi mente y empecé a tirar de él: ¿solo me veía como un complemento de Amanda? ¿Qué pensaba de mí por separado?

–Claro, claro. –Parecía nervioso. Probablemente no sucedía muy a menudo que una estudiante pasara por su oficina. Después del despliegue de movimiento, volvió a caer en su silla con una

exhalación, como para recargar energía. Se golpeó las rodillas con las manos y dijo–: Bueno, ¿qué tienes para contarme?

La forma en que interactuaba con los estudiantes, con aire informal, como si fuéramos personas reales, había hecho que me cayera bien desde el principio, desde aquel primer campamento de verano.

–¿Ya ha elegido una obra?

–Nop, no me decidí aún –respondió él, estirando la mano para tocar una pila de papeles sobre el escritorio–. Pero no te preocupes, solo estoy evaluando obras que tengan al menos dos papeles protagónicos fuertes y que compartan mucho tiempo sobre el escenario. –Me guiñó un ojo y agregó–: Voy a aprovechar nuestras fortalezas.

–De hecho, por eso vine –expliqué–. Quería saber si este año estaría dispuesto a hacer algo distinto. –Tenía la mochila a los pies, abrí la cremallera y saqué un libro pequeño de tapa blanda. *Noche de reyes*. Lo había leído durante el verano y quería interpretar a Viola, una joven que naufraga y se disfraza de hombre, Cesario. En aquel entonces, pensaba que estaba cambiando un poco las cosas. Pero ahora veo que estaba poniendo una cuña entre Amanda y yo, y a la vez preguntando al universo "¿soy suficiente?".

Creía que estaba dispuesta a aceptar la respuesta.

El profesor Riley tomó el libro.

–Un clásico y tiene unos papeles fantásticos –comentó, pasando las páginas. Golpeó el libro contra la palma abierta–. ¿Puedo preguntar por qué?

Me miró fijo. Mmm, qué decir.

–Creo que tiene que ver con mi zona de confort –respondí– y el hecho de que quiero salir de ella.

Al oír eso, asintió con la cabeza en señal de aprobación, como si hubiera dicho algo maduro, lo cual me alegró porque ese era mi objetivo. Pensé que decir la justa verdad "Quiero ver a quién le dará el papel de Viola, si a mí o a Amanda", no sería tan bien recibido.

–Me parece muy sensato –dijo él–. Gracias por traerme esto. –Después alzó el ejemplar de *Noche de reyes* y agregó–: ¿Te molesta si me lo quedo para volver a familiarizarme con el material?

–No, sí, quédeselo –respondí.

Nuestro intercambio no había tomado mucho tiempo, no lo suficiente para el trabajo que le había costado abrir la silla. Así que, tal vez para prolongar el encuentro y justificar que ambos estuviéramos sentados en la oficina, el profesor Riley dijo:

–¿Has pensado en lo que harás cuando te gradúes? Tienes mucho talento, sería una pena que se desperdiciara.

Esa frase, "que se desperdiciara", evocó imágenes de un contenedor de basura chorreando líquidos asquerosos. Planeaba no dejar que nada que yo poseyera –en sentido figurado o no– se desperdiciara. Planeaba maximizar cada gota.

–Todavía no sé –respondí–. Pero cuando sepa, le voy a contar.

Al parecer, eso satisfizo su deseo de que lo viera como mentor, de ayudarme a ser todo lo que podía ser, o lo que fuera, así que volvió a golpear las manos contra las rodillas y se puso de pie de un salto, marcando el final de nuestro encuentro.

–Sé que no siempre ha sido fácil para ti –dijo, ahora revoloteando en el vano de la puerta. Yo había tomado la mochila y me había detenido fuera de la oficina. Esa era la primera vez que mencionaba, aunque fuera indirectamente, todas las idas al teatro que no pude pagar. Sujeté la mochila con más fuerza y apreté los labios todo lo que pude. Tal vez se dio cuenta del cambio de energía, enseguida cambió de tema–: En fin, nada más quería decirte que ha sido un gusto… –Abrió la palma de la mano y me señaló de los pies a la cabeza–… que hayas venido sola.

Le agradecí y me fui.

El profesor Riley eligió *Noche de reyes* para interpretarla ese otoño. Amanda sufrió un breve disgusto con la elección "¡Esto nos enfrenta a las dos!", y quedó un poco confundida al ver que yo lo aceptaba de inmediato y lo defendía con mesura. "Va a ser bueno para nosotras, más allá de a quién le toque el papel de Viola", le dije. Pero no fue así.

La tarde en que se anunciaron los papeles en una hoja de computadora sujeta a un panel de corcho, lo vimos juntas. No dejaban de pasar chicos a nuestras espaldas. Ella recorrió la lista con el dedo índice, asimilándola toda, y se detuvo primero en su nombre

y después en el mío. Yo me había acercado, siguiendo el dedo con la vista, pero en realidad ya había logrado espiar unos minutos antes y después me había ido al baño a recobrar la compostura antes de encontrarme con Amanda y fingir que lo veía por primera vez.

Amanda había conseguido el papel de Viola/Cesario, a mí me habían dado el de Olivia. Ambas tenían mucho tiempo sobre el escenario, pero Olivia era un personaje bastante menos interesante para mí. ¿Había pensado que los papeles se asignarían al revés? Sí. Amanda es como es y no le creí en las audiciones cuando estaba vestida de Cesario, una chica haciendo de una chica que hacía de chico. Interpretó a Viola con poco cuidado, para hacer reír, pero cuando se anunciaron los papeles, me di cuenta de que yo me había compenetrado demasiado con el personaje, de verdad poniéndole el cuerpo a ese cambio de género de una forma en que Viola quizá no lo había hecho y que Shakespeare no habría buscado.

Dentro del cubículo del baño, me senté en el inodoro y controlé el ardor detrás de los ojos, tragándome las lágrimas. Me pregunté a dónde se irían. ¿Me correrían por detrás de las mejillas? Las lágrimas deben derramarse. Abrí los ojos lo más que pude para que se secaran. Sentía como si me hubieran acuchillado el alma. No era tan buena como pensaba, de eso no había duda, y quizá no era buena para nada.

Tal vez Amanda me había considerado su compañera por lástima, porque eso era todo lo que podía imaginar para mí. Los pensamientos comenzaron a chocar y mezclarse, después se separaron, y volvieron a mezclarse hasta que formaron un solo hilo largo: *no eres buena, eres un chiste, este sueño es absurdo, fracasarás y terminarás limpiando baños en el Chateau y viviendo en un apartamento sucio de dos ambientes y BASTA BASTA BASTA.* Me puse de pie, levanté el mentón al techo e imaginé que los pensamientos se derramaban de la parte de atrás de la cabeza, junto con las lágrimas.

–¡Mi Olivia! –chilló Amanda después de leer los nombres de ambas. Me estrechó en un abrazo–. El dúo dinámico lo logra de nuevo.

Me sorprendió que ella nunca hubiera considerado la posibilidad de que me dieran el papel de Viola a mí.

CAPÍTULO 8
RYAN

Diciembre de 2006
Los Ángeles

Me había encantado vivir en Kansas. Tenía un hermano y una hermana que adoraba, y padres que nos inundaban de amor. Todos los años actuaba en la obra de teatro de la escuela con mis mejores amigas. Mi familia asistía con una sonrisa, aplaudía y me llenaba los brazos de flores. Y pensaba que, si llegaba a tener éxito en Hollywood, pasaría lo mismo aunque a una escala más grande. Pura dicha, supuse. Más amor, más alegría, más amigos, más fiestas.

Cuando alcancé el éxito de verdad, lo que me sorprendió fue el aislamiento. Quedé excluida de todas las pequeñas alegrías que dan sentido al día a día. Los saludos por la mañana en el café del vecindario. La conversación con el barman de mi restaurante preferido. Incluso el gesto típico del Medio Oeste, automático pero igual amable, de asentir con la cabeza cuando pasas por al lado de alguien en la calle.

Las horas inmediatamente posteriores a haber conseguido el papel de Perséfone, que fue tan solo dos semanas antes del estreno en cines de *Bajo la misma luna*, son un momento que recuerdo con cariño. Mi casa de Los Feliz era gris pizarra, con persianas rojas y un patio muy lindo con una piscina angosta. Vivía a tres calles de un café llamado Gem. Las mañanas en las que no estaba en un set, caminaba hasta allí con mis Vans, pantalones cortos de jean, una

sudadera de los Kansas Jayhawks y el cabello atado en un moño descuidado.

Sarah, la muchacha que trabajaba en el café en el turno matutino, había estudiado en la Universidad de Kansas. Hablábamos de básquetbol. Ella sabía más que yo, pero me defendía con lo básico: Roy Williams, Paul Pierce, el torneo de la NCAA. A ver, la casa de mi infancia estaba a la vuelta de la de James Naismith, el inventor del juego.

Pero volvamos a Sarah. Tenía ojos de color avellana y brazos fuertes. Cuando yo estaba allí, ella dejaba de prestar atención a todas las demás bebidas que debía preparar. A veces, otro barista se ponía a hacerlas y ella se hacía a un lado con tranquilidad y seguía charlando conmigo.

Hablarle era una experiencia interesante para mí. Toda mi vida me habían dicho que era hermosa. Cabello caoba, algunas pecas, ojos azules que al parecer estaban separados lo suficiente para que mi rostro fuera interesante en lugar de básico. Además, medía un poco más que el promedio de las mujeres: un metro sesenta y siete. A los directores de reparto les encantaba que yo "encajara" con casi cualquier actor. Pero mientras hablaba con Sarah, me preguntaba qué vería ella. Esperaba que lo que tanto parecía atraer a los hombres y los directores de reparto le resultara atractivo a ella también.

Antes del estreno de *Luna*, tuvimos una serie de reuniones por la gira de promoción. Mi equipo había organizado la mayor cantidad posible en mi casa. Una mañana, a mitad de semana, fui a Gem antes de la primera de esas reuniones. No me avergüenza admitir que había escogido la ropa pensando en Sarah: una camiseta *vintage* del campeonato de la NCAA de 1988, una gorra con visera de malla negra puesta hacia atrás. Era el día.

Gem estaba en una callecita lateral con el frente cubierto de hiedra. Entré y sentí alivio al ver a Sarah en la máquina de expreso, concentrada espumando leche. Hice mi pedido y fui al otro lado de la barra para esperar a que me notara.

Finalmente alzó la vista, me vio, bajó la mirada y después enseguida volvió a levantarla y sonrió. Tenía puesta una camiseta sin

mangas, admiré la suavidad de su piel bronceada. Terminó la bebida que estaba preparando, la puso sobre el mostrador y se volteó hacia mí.

–Sarah –Asentí con la cabeza, en un gesto oficial pero en broma. Mi intento de un saludo con estilo.

–Vaya, hola, Ryan Channing, ¿qué tal tu mañana? –Me gustaba cuando decía mi nombre completo. Me recordaba a cuando era niña, y solo tengo buenos recuerdos de mi infancia. Casi todos en Hollywood me llaman "Ry". Y en los carteles de todas y cada una de las películas que hacía decía "Ry Channing" porque, y aquí cito directamente las palabras de los publicitarios, "Ryan es nombre de hombre, pero Ry tiene la cuota justa de misterio para ser perfecto".

–Ahora, mejor –respondí y lo dejé ahí. ¿Me refería a verla, al café recién hecho que tenía en la mano o a las dos cosas? Eso lo decidía ella.

–Yo también –dijo con un guiño. Sabía lo que hacía. Ya me había acompañado a mi casa una vez la semana anterior. Ese día, cuando llegamos a la puerta trasera, se despidió y después dio unos pasos hacia atrás, mirándome a los ojos. No había duda de su intención. Esa mirada decía "Ahora te toca a ti".

Acepté el desafío. No soy de quedarme en las palabras. O al menos eso intento.

Me acerqué a ella, bebí un sorbo de mi café, ladeé apenas la cabeza.

–¿Qué te parece si el sábado que viene tomas algo conmigo? –dije después.

Estaba orgullosa de no haber usado ninguna de mis muletillas: "quizá", "no sé", "eh". Fui directo al grano, fui clara, concisa, sincera. Un buen comienzo para lo que fuera esto. No me avergonzaba que me gustaran las mujeres, pero había negociado (conmigo) un límite claro: que nunca se mezclara con mi trabajo y terminara afectándolo. Por eso Sarah era perfecta para mí.

–Sí –dijo sin dudarlo–. Cuándo quieras, dónde quieras.

Volví flotando por las tres calles de regreso a mi casa. Ni siquiera me desanimé cuando vi dos autos en la entrada, que me recordaron la reunión por la inminente gira publicitaria que no quería hacer. Mi

manager, Janie, tenía la llave de mi casa así que ella y Matt, mi agente, junto con Maxine, la directora de relaciones públicas del estudio, ya se habían instalado en mi sala de estar.

Delante de mi sofá de terciopelo verde había dos sillones individuales, con una mesita de café circular en el medio. Saludé con un alegre "¡Hola, chicos!" y fui a la cocina a buscar un vaso de agua. Estaba pensando en Sarah y en el momento en que dijo "cuándo quieras, dónde quieras" con un dejo de amenaza. Como si la hubiera desafiado a pelear. Pero lo dijo de tal manera que insinuaba deseo. Ya estaba mojada de solo reproducir el intercambio.

Sumida en mi pico de dopamina, llevé el agua a uno de los sillones individuales. Janie estaba sentada en el de al lado. Matt y Maxine estaban enfrente, en el sofá. Recuerdo la reunión como si hubiera sido ayer, fue cuando Hollywood me arrancó mi primer pedazo. Maxine tenía un marcado corte bob negro y llevaba una falda ejecutiva y una blusa blanca, que parecía el atuendo correcto para una persona tan desilusionada con la humanidad. Ya esperaba lo peor de su parte.

–¿Qué tenemos para hoy, equipo? –pregunté, buscando que la reunión fuera eficiente. En otras palabras: muéstrenme el itinerario, prepárenme para los medios y después lárguense a la mierda y déjenme seguir fantaseando con Sarah.

–Una sola cosa, en realidad –dijo Maxine y ahí fue cuando percibí cierta intranquilidad. Pero solo de parte de Janie. Maxine ya había destrozado mil almas a esa altura. Matt me consideraba un activo, no un ser humano. Pero Janie, ella sabía lo que era para mí. Era diez años mayor que yo (así que tenía treinta y cinco) y las dos veníamos de pueblos universitarios del Medio Oeste. Yo la consideraba una hermana mayor y valoraba su opinión. La notaba intranquila en el sillón.

Me incliné hacia delante y ofrecí un "bueeeeeno" estirado.

–Escucha, Ry –comenzó Maxine. Claro que iba a ser ella, la que menos me conocía, la que me daría la noticia–. Ayer tuvimos una reunión general importante en el estudio, estuvimos viendo la proyección de ganancias para *Luna* y a todos nos parece que

tenemos que jugar una carta más, solo para inclinar las cosas un poquito más a nuestro favor.

–¿Reunión general? –repetí, sin ánimos de que fuera una pregunta. Fue más un clic derecho para resaltar. Había mucho de esa oración que me molestaba. Para empezar, la frase "reunión general", la idea de que durante una semana que yo me había dejado libre para reuniones hicieron la "importante" sin mí. Y, por último, esa actitud de mierda de la industria del cine de ostentar poder según a quién invitan a determinadas reuniones y a quién dejan afuera para decirle más tarde lo que le depara el destino.

Algo que se aprende en Hollywood es a microgestionar todo. También se aprende a reunir poder mediante pequeños gestos, como quién hace el llamado telefónico y quién lo recibe. Películas enteras han vivido y muerto por tal frivolidad. La gente dice que el poder es embriagador, tú dices que serás la primera persona en mantenerse sobria. Pero ya les digo, todos se emborrachan. Así que, cuando piensen en nuestra sanidad mental aquí en las colinas de Hollywood, recuerden que prácticamente ya la hemos perdido todos.

Miré a Janie. Levantó las manos como declarándose inocente. Miré a Matt, que inclinó la cabeza hacia Maxine para pedirme que prestara atención a lo que decía. El vaso de agua estaba en el apoyabrazos del sillón. Bebí un trago bien grande.

–Bueno, dímelo y ya. –Lo dije con aplomo y confianza, pero me daba miedo oír lo que fuera a decir. La necesidad de complacer a la gente era una aflicción que no había logrado dominar. (Aún no la he dominado). Más allá de lo que fuera a decirme, algún pedido de los capos del estudio, ya sentía el consabido "Bueno, lo haré" trepándome por la garganta.

–Es por una única vez, pero pensamos que tú y Johnny deberían mostrarse juntos antes del estreno del viernes…

Maxine continuó hablando, explicando la "estrategia", que consistía en que yo pasara una noche glamorosa (entiéndase: escandalosa) con Johnny Muir, mi coprotagonista en *Luna*. La idea era dar la impresión de que éramos más que coprotagonistas. No una relación a largo plazo, me decía, nada por el estilo. Solo lo

suficiente para conseguir la publicidad gratis que una película oscura y llena de matices como *Luna* necesitaba en este mercado difícil.

Me reí. No pude evitarlo. Me imaginaba la reunión "general" del estudio, con todos los peces gordos sentados alrededor de una mesa de conferencias, indagando en lo más profundo de la creatividad, llenando la pizarra blanca, ninguna idea tonta por aquí, amigos, hasta que, por fin, por fin llegan a la idea revolucionaria de que debería… fingir estar acostándome con mi coprotagonista.

Maxine parecía sorprendida por mi risa, lo cual tenía sentido, porque yo también me sorprendí. Matt puso cara seria y me fulminó con la mirada. Janie se acercó y me apoyó una mano en el antebrazo. Me estremecí.

Ella sabía. Janie sabía que yo no quería fingir que salía con mis coprotagonistas. Pero, además, desde un lugar más íntimo, sabía que no quería salir con ningún hombre. ¿Acaso el gesto tierno era un pedido de disculpas? Quité mi brazo poco a poco. Ella pareció dolida. *No es mi culpa, ni tampoco mi problema,* intenté pensar. Pero un segundo después, me acerqué y le apreté la mano para tranquilizarla.

–¿Una noche? –me oí decir.

Maxine se reclinó contra el sofá, se cruzó de brazos y dijo:

–Por supuesto. Nada más. Solo un juego para llegar a la primera plana. Es una película tan hermosa e impresionante. Odio que tengamos que hacer estas cosas, pero a veces es necesario.

¡Haz que tenga sentido!, quise gritarle. Pero Johnny estaba bien. Era divertido y adorable con su aire desaliñado y tristón. Y era solo una noche, unos titulares tontos y ya.

–Les hicimos una reserva en U-Turn, el lugar nuevo de Marcelo Gutiérrez, y un miembro del equipo avisará antes a la prensa para obtener el máximo rédito.

–He oído buenas críticas sobre U-Turn –fue lo que dije después, por Dios santo.

Miré a Janie, parecía aliviada. Me dio una palmadita en la mano y gesticuló que todo estaría bien, supuse que sería así.

Empecé a trabajar con Janie Johnson después de leer un artículo sobre ella en el que hablaba de llevar sus valores del Medio Oeste a

Hollywood. La primera vez que nos reunimos a tomar un café, ella pidió un moca y un *croissant*, y yo quise darle un abrazo. Fue en esa misma reunión que le conté que salía con mujeres, pero que nadie podía enterarse. Para ser la cara de todo, yo no podía ser esa.

Más tarde esa mañana, de pie en el vano de mi puerta, Janie dijo:

–Tú puedes, RyRy. Cuando tengamos el poder, nosotras pondremos las reglas, ¿sí?

CAPÍTULO 9
ANNIE

2000
Bolton Landing

Nos graduamos en junio, pero Amanda no quería irse antes del cumpleaños de Kerri. Pensaba que sería el último en el que estaría presente en mucho tiempo, así que acepté. Amanda le había contado de nuestro plan de mudarnos a Hollywood, no le ocultaba nada a su hermana menor.[2] Kerri veneraba a Amanda, aún más después de que le contara de nuestros grandes sueños. Dijo que cuando ya estuviéramos instaladas, quizá nos iría a visitar.

Así que esperamos a que pasara el verano y empezara el otoño. La semana anterior a nuestra partida a Los Ángeles, Amanda y yo comenzamos a cargar el auto. Cosas que no queríamos olvidar, como las bolsas de dormir, ropa, nuestros libros preferidos, todo lo que fuera inmune al calor o al frío. Y cada vez que guardábamos algo en la cajuela de Brando, nos mirábamos y sonreíamos como locas. A esa edad el tiempo va despacio, parecía que hacía como cien años que hablábamos de eso. Ahora, finalmente, estábamos haciéndolo.

Pero me seguía pasando la misma cosa horrible desde hacía muchos meses: había empezado a imaginar la vida sin Amanda.

Era una de esas cosas de las que nunca supe cómo hablar, ni siquiera de forma abstracta. Pero siempre estaba ahí, cada vez que charlábamos sobre el viaje al oeste y nuestro futuro. Mientras metíamos cosas en la cajuela de Brando, un hilo de pavor envolvía el momento.

(*¿Cómo, cómo, cómo voy a enamorarme de otra persona con ella cerca?*, era lo que se preguntaba la voz que intentaba silenciar dentro de mi cabeza).

Un sábado a la tarde, pusimos unos suéteres en la parte de atrás del auto. La cajuela se iba llenando poco a poco, pero el Civic tiene mucho más lugar del que uno imagina. Estábamos paradas, hombro con hombro, mirando nuestra colección cada vez más grande y entonces apareció la *necesidad* de poner distancia entre nosotras.

–¿Alguna vez tuviste un plan diferente? –pregunté.

Quería introducir la idea de estar separadas, hacerla pensar en por qué yo lo preguntaba. Pero también lo dije con la voz más tenue y cálida posible, para que quizá no captara la profundidad de la pregunta y la aceptara en sentido literal. Tenía las manos encima de mi cabeza, sujetando el borde de la cajuela, sobre la que estaba apoyada. Amanda estaba unos centímetros a mi derecha y me miró con los ojos entornados. Me di cuenta de que estaba decidiendo cómo tomar mi pregunta. ¿Cómo quería yo que la tomara? Quizá deseaba que se fuera hecha una furia, con un "vete a la mierda, Annie", pero a la vez quizá no.

–¿Un plan diferente? –dijo con vacilación, como si temiera hacia dónde iba con la pregunta–. Ya sabes que este siempre ha sido mi plan.

–Bueno –dije, dándole a mi voz una cualidad que transmitiera lo contrario. "Sí, claro", dijo mi tono, pero me arrepentí inmediatamente después. ¿Por qué estaba buscando pelea justo antes de irnos?

–¿Y eso qué fue? –Como siempre, Amanda me había interpretado bien.

–Absolutamente nada –respondí y esta vez mi voz sonó sincera porque así fue. Todavía parecía desconfiar de mí y se echó un poco hacia atrás cuando la miré; me entornó el ojo izquierdo como diciendo "¿Qué estás tramando?". Pero me abrí camino entre la energía rara que yo misma había creado, bajé la puerta de la cajuela con un golpe y le rodeé el hombro con el brazo, acercándola.

–¿Estás lista para la aventura? –Pensé que iba a decir "nuestra", *nuestra aventura*, pero no fui capaz de pronunciar la palabra.

2 Nota de Cate: Amanda y yo nunca lo dijimos en voz alta, pero creo que no le contamos a nadie de nuestros planes porque no queríamos sumarnos presión. Si un año más tarde volvíamos con el rabo entre las piernas, queríamos tener la posibilidad de reescribir la historia de a dónde nos habíamos ido, qué habíamos hecho y por qué habíamos regresado.

CAPÍTULO 10
RYAN

Diciembre de 2006
Los Ángeles

Mi cita con Sarah fue la noche después de lo de U-Turn. Llegué al restaurante, Jack's, un poco antes y ocupé dos asientos al final de la barra, donde más me gustaba sentarme. Quedé dándole la espalda al resto del restaurante y la cara al barman, era como tener mi propio espectáculo privado. Me daba la impresión de que Sarah era de las que les gusta sentarse en la barra. Informal pero íntimo. Se oía un lindo murmullo. No muy fuerte como para no poder oír lo que decía el otro, lo cual comprobé cuando el barman se acercó y me preguntó que quería pedir. Me gustaba el ambiente en el que ella iba a entrar.

–En realidad estoy esperando a… –Ay, ¿qué debería decir? Por mi mente pasó un remolino de opciones y sus consecuencias en lo que deseaba fuera un instante–. Alguien –terminé diciendo y me pregunté si habría fallado una prueba que me había hecho a mí misma.

¿Qué habría dicho Sarah si se hubieran revertido los papeles? Por la impresión que ella me había dado, imaginaba que no le importaría en absoluto que los demás supieran que iba a tener una cita con una mujer. Yo deseaba ser así.

–Pero me encantaría tomar agua carbonatada con lima por ahora –agregué. El barman repiqueteó los nudillos contra la madera y fue

a buscar un vaso, pero después pareció darse cuenta de algo. Se dio vuelta y me preguntó:

–¿Estás esperando a Sarah?

Oírlo decir su nombre me llenó de una sensación de calidez, como si los tres nos conociéramos y se hubiera creado una hermosa burbuja de intimidad. Creo que sonreí un poco, con cierta timidez, por lo que sentiría vergüenza un segundo después.

–Sí, *sí*, estoy esperando a Sarah –dije.

–Entonces, ay, mierda. –Hizo un giro rápido como si estuviera tratando de recordar dónde había dejado algo, finalmente fue hacia una pilita de notas junto a la caja registradora. La mayoría eran recibos–. Vino antes y me pidió que te diera algo –me dijo por encima del hombro. Después buscó entre los papelitos, encontró lo que estaba buscando y me lo trajo.

Era un sobre blanco. Dentro había un recorte de diario plegado. Lo saqué, desconcertada. Lo primero que pensé fue en que no quería mancharme los dedos con tinta, pero eso desapareció cuando me di cuenta de que era una de las fotos que nos habían sacado los paparazzi a Johnny y a mí la noche anterior. El pie de foto decía:

¿NUEVA PAREJA? RY CHANNING Y JOHNNY MUIR, COPROTAGONISTAS DEL PRÓXIMO ESTRENO *BAJO LA MISMA LUNA*, ESTUVIERON MUY JUNTITOS EN EL CLUB U-TURN.

Antes de ver la nota que me había escrito Sarah en el margen, me detuve un momento para apreciar la facilidad con la que el estudio y Maxine habían conseguido cientos de miles en publicidad gratis para la película. Con razón estas cosas siempre formaban parte de los planes publicitarios. Después la vi, en lápiz, en la columna derecha: "Ryan: Seguramente habrá una historia interesante detrás de todo esto, pero estoy en un punto de mi vida en el que no quiero dramas. Sarah".

El barman, que estaba mezclando la bebida de otra persona, hacía de cuenta que no me observaba leer la nota. La doblé enseguida y me la metí en el bolsillo. De repente, sin razón, parecía que todos en el bar me miraban.

Tal vez había esquivado una bala con Sarah, me dije mientras caminaba las dos calles de regreso mi casa. Por ahí era posesiva y controladora y querría que yo saliera del clóset mucho antes de

cuando estuviera lista. Pero también había una sensación molesta debajo de mi dolor: ella había expresado cómo me sentía. Hacer ese ardid publicitario con Johnny tenía algo de enfermizo. Por supuesto, por supuesto, *por supuesto*, que ella debía escapar de la locura de la industria en la que yo trabajaba.

Pero supongo que cuando te dejan plantada abruptamente por ser una actriz dispuesta a hacer cualquier cosa por la fama, lo mejor es ir a fondo y hundirse más en las fauces de la bestia. Así que me acurruqué con *Los últimos de todos*. Ya había leído el libro dos veces y estaba leyéndolo de nuevo con notas autoadhesivas. Estábamos a principios del invierno y el rodaje iba a empezar dos meses después, en febrero, en Charleston. En una ciudad donde convertir un libro en película suele llevar una década (o muchas décadas), esta cosa había pasado de ser el libro buscado por todos a estar en producción en tan solo siete meses.

La gente estaba obsesionada con el mundo futurista que había imaginado Cate Kay. La historia tenía un poco de todo. Una protagonista queer, algo inédito para la época, y un coprotagonista negro. Gracias al tremendísimo potencial para ser un éxito de taquilla y ganar en los Oscar, los ejecutivos del estudio estaban enloquecidos. Pero más allá de todo eso, lo que en verdad generaba una atención sin precedentes era que nadie conocía a la autora. No estaba por ningún lado. Ya había perdido la cuenta de la cantidad de artículos de diarios y revistas con el titular "¿QUIÉN ES CATE KAY?" sobre una ilustración misteriosa. Un verdadero enigma. Todos estaban atónitos. ¿Quién, en un país con hambre de fama, no va a indigestarse de ella cuando se la ofrecen?

Esto último era en lo que no dejaba de pensar, acostada esa noche en la cama. Me acababan de rechazar por mi propia forma desvergonzada de buscar fama. Antes del asunto del U-Turn, había experimentado con todo tipo de pensamientos. ¿Qué estaría dispuesta a hacer por un papel importante? No mucho, suponía. Pero Hollywood era un bastardo artero, que se metía por la puerta lateral y te arrebataba la bata cuando menos lo esperabas. Sin embargo, esta tal Cate Kay había elegido quedarse vestida.

Pasé las páginas, pensando en la historia que había escrito la autora y preguntándome si incluiría pistas de quién podía ser ella (¿o él?). Era difícil, considerando que el relato iba y venía entre dos períodos: Manhattan, en las horas previas y posteriores a un ataque nuclear, y 2025, cuando la isla ya no era habitable.

Pero entonces recordé una breve escena:

> Se conocieron en el segundo año de la secundaria mientras trabajaban en el periódico escolar. Dos años después –Samantha siempre se había reído al pensar en esto–, Jeremiah seguía sin saber que ella era lesbiana. No sabía cómo podía ser que él no supiera. Le había presentado a su novia al menos seis veces, cada vez que ella pasaba a llevarles la cena mientras ellos maquetaban el periódico.
>
> Una noche a fines de año, el chico había intentado besar a Samantha. Sus sillas estaban arrimadas a una computadora. Toda la noche, Jeremiah había prestado atención a cada vez que se rozaban sus rodillas, cada vez que se pegaban cuando Samantha se estiraba a señalar una imagen en la pantalla. Después ella lo había vuelto a hacer: se cruzó a su espacio para escribir una palabra, y él extendió la mano derecha a su mejilla, después la deslizó al mentón. Ella le había correspondido el beso por un largo segundo. Recordaba el momento a la perfección: las manos fuertes sobre su piel. Él era tan apuesto, inteligente y bueno.
>
> Cuidada, así recordaba haberse sentido. Pero después se había apartado y lo había mirado a la cara. Él sonreía con aire soñador y los ojos aún cerrados.
>
> –Espera –le había dicho ella–. ¿Acaso no conoces a mi chica?
>
> –¿Tu chica? –Él había abierto los ojos de golpe. Parecía sorprendido de verdad.
>
> –Sí, la chica que ha estado viniendo todo el año, mi novia. –Samantha se había alejado para mirar bien a Jeremiah, a ver si fingía no saber nada. No fingía.
>
> Un segundo después, él empezó a reír sin control. Cuando recobró la compostura, le explicó que cuando era niño pasaba casi todas las tardes con su abuela, que invitaba a sus "chicas" todos los jueves a jugar a las picas. Él siempre había pensado que "chica" significaba "amiga".
>
> –Pensaba eso –había dicho, echándose hacia atrás–, hasta este instante.
>
> Se habían reído un largo rato esa noche. Sin embargo, años después, si alguien usaba el término "chica" para referirse a una amiga, Jeremiah la miraba a Samantha con ojos de "¿lo ves?".

Una hetero no escribiría una escena como esa. Eso había salido de experiencia de vida. Arrojé el libro sobre la cama y tomé el teléfono. Sentí un ínfimo segundo de culpa por llamar en la mitad de la noche, pero no lo suficiente para contenerme. Sonó cinco veces hasta que Matt respondió con un "hola" somnoliento.

–Sí, ya sé qué hora es –lo interrumpí, aunque no sabía. Tarde, sí, pero ¿qué tan tarde? Estiré el cuello para mirar el reloj de la mesa de noche y me asombré al ver que eran las dos menos cuarto de la madrugada. Hubiera creído que era medianoche. Continué–: Estoy leyendo otra vez *Los últimos de todos* y necesito pedirte algo, y no, no puedo esperar hasta que sea de día.

Podría haber esperado perfectamente hasta que fuera de día. Pero parecía que acababa de encontrar a otra *queer* suelta y quería hacerle un interrogatorio. Además, era joven y me entusiasmaba mi capacidad de manipular a un hombre (supuestamente) poderoso. Me habían pisoteado el ego ese día, necesitaba recomponerlo.

–Quiero conocer a Cate Kay –dije, y sonó razonable al salir de mi boca, pero el pedido fue recibido por un prolongado silencio. Tanto que le pregunté a Matt si seguía ahí. Suspiró a modo de respuesta.

–¿A qué se debe esto? –preguntó.

–A nada. Para representar a Perséfone como se debe, necesito conocer a la autora. –Al decirlo, pensaba que sonaba como un razonamiento lógico y profesional. Casi me había convencido de que quería conocerla por eso. No porque quería a alguien *queer* en mi vida, un premio consuelo por la decepción de ese día, de ninguna manera.

–Ry, nadie sabe quién es.

–Vamos, Matt, alguien tiene que saber quién es.

–Bueno, una persona sabe quién es, pero no es uno de esos casos en los que el autor usa un seudónimo y todos en la editorial saben quién es en realidad y lo hacen solo para captar la atención de los medios. Aquí nadie, de verdad nadie, ni quien editó el libro, ni siquiera *la agente*, sabe quién es.

Parecía que a Matt lo horrorizaba especialmente el hecho de que la agente, ¡la agente!, no estuviera enterada. Un nivel de secretismo que no podía comprender. En su mundo, el que guardaba secretos

era él, no al revés. Pero lo que oí fue que una persona sabía quién era Cate Kay. Como ya he mencionado, los directores de reparto se derretían por mi cabello caoba y ojos azules apenas separados. Imaginen todas las veces que conseguía lo que quería, lo adictivo que eso podía volverse.

–Entonces habla con la persona que la conoce –dije.

–¿Te detuviste a pensar en que quizá haya una razón por la que prefiere el anonimato? ¿Que no va a venir corriendo solo porque la llama Hollywood?

Lo que Matt no entendía era que yo tenía una conexión personal con Cate Kay. Podía sentirla. Sin dudas Matt, el fogoso Matt del Upper East Side de Manhattan, graduado de las instituciones privadas más destacadas, no podía imaginar un mundo en el que yo deseara a alguien que no fuera el más magnífico espécimen masculino. No había chance de que le dijera la verdad, por lo que no podía confiar en que Matt contactara a Cate Kay con la pasión necesaria. Eso tenía que hacerlo yo.

–Voy a escribirle una carta a Cate Kay –dije–. Y se la vas a dar a la persona que sabe quién es.

–Haré todo lo posible –lo dijo como poniendo fin a la conversación, lo que me fastidió mucho. Esa misma semana se había sentado en mi sala y me había pedido que hiciera algo asqueroso sin siquiera admitir que lo era.

–¿No hice lo que me pidieron en el U-Turn… por *Luna*? –pregunté. Pero no era una pregunta y él sabía precisamente lo que yo quería decir.

***

Las reseñas de *Luna* fueron espectaculares. Incluían palabras como "sombría", "original", "imperdible", "brillante" y un largo etcétera. Fue extraño eso de que me elogiaran, de sentir que mi carrera estaba bien encaminada. Nunca estuve del todo convencida de que pudiera triunfar en Hollywood. Esa seguridad desmedida que notaba en los demás, rara vez la encontraba en mí. (Todavía no comprendía que la

seguridad también se actuaba, como todo en la vida de alfombra roja).

Esa semana, mientras soportaba interminables sesiones de fotos y entrevistas para revistas, imaginaba a Cate Kay a mi lado. Me preguntaba qué pensaría de todo eso. Me había creado la imagen de una persona más grande y sabia, una mentora, pero en el fondo esperaba que fuera sexy y divertida.

Matt me llamó casi una semana después.

–No sé qué escribiste en esa carta, pero se va a concretar –dijo–. Aunque vas a tener que firmar el acuerdo de confidencialidad más absurdo que vi en mi vida.

En ese momento, no pensé que esto fuera el golpe maestro que terminaría siendo. Cate Kay estaba transitando los primeros meses de su fama anónima. Nadie había logrado preservar su privacidad frente a semejante nivel de escrutinio. Suponía que saldría a la luz en unas semanas, que lo mío era solo un adelanto.

Pero Matt tenía razón sobre el acuerdo de confidencialidad. Era ridículo. No podía contarle a nadie, ni siquiera a mi madre, con quien aún hablaba dos veces por semana como mínimo. Además, tenía que garantizar la privacidad en mi casa. Cuando firmé el documento, supe que había prometido privacidad y seguridad, y que guardaría el secreto por toda la *eternidad*, aunque eran promesas que no necesariamente podía mantener. Pero era una de esas situaciones de "veremos qué hacemos cuando suceda". Ni siquiera sabía si podían imputarme la mitad de las cosas enumeraba, pero lo que se me comunicaba claramente en el acuerdo de confidencialidad era que me había equivocado, que la privacidad de Cate Kay no era un ardid pasajero. Y que tenía una abogada excelente.

Acababa de pasar tres semanas promocionando *Luna* sin parar y era casi seguro que se venía una nominación al Oscar. ¿Recuerdan a Jennifer Lawrence después de *Lazos de sangre*? Fue igual. Pasé de "¿quién?" a actriz top en un mes. Si antes me hubieran preguntado cuál era mi sueño, habría dicho ser famosa.

Y entonces, de repente, lo era.

Durante esas primeras semanas, traté igualmente de vivir mi vida. Entrenaba en el gimnasio del vecindario, salía a cenar, leía un libro

en un café. Pero era como Cochino, el personaje de *Peanuts* que andaba siempre con una nube de polvo alrededor, solo que mi nube era de espectadores. Empecé a sentirme cohibida. Me parecía que todo el mundo cuchicheaba sobre que yo buscaba atención, que lo único que satisfacía mi sed era tragar litros y litros de adoración pública todos los días. Ahora entiendo que eso es lo que les pasa a los actores jóvenes que no son conscientes de la vida que han aceptado.

Pronto comencé a echar de menos mi anonimato.

Janie empezó a traerme el café del desayuno. Nos sentábamos en el patio de mi casa, en las sillas a rayas azules y blancas, a veces con los pies metidos en la piscina. Ella también había firmado el acuerdo de confidencialidad. Solo tres personas sabían de mi encuentro inminente con Cate Kay: Matt, Janie y yo. No se permitía un círculo más grande.

–Ayer nos contactó Sidney Collins –dijo Janie una de esas mañanas en el patio. Yo ya me estaba preguntando cuándo nos daría los detalles esa tal Sidney, al parecer, la única persona que conocía a Cate Kay. El rodaje de *Los últimos de todos* iba a empezar el mes siguiente en Charleston, Carolina del Sur. El director pensaba que la zona de marismas podía representar su visión de El Núcleo anegado mejor que cualquier otro lugar.

Bebí un sorbo de mi café e hice una mueca de asco. Mi humor empeoraba con cada trago. Noté que Janie había puesto menos crema y azúcar. ¿Acaso pensó que no iba a darme cuenta? Sabía que no me gustaba el café. Me gustaban la crema y el azúcar, el café era solo la excusa. Levanté mi vaso para mostrárselo.

–¿Qué está pasando aquí? –le dije.

He de reconocerle que no se hizo la desentendida. Solo suspiró y me explicó que el asistente de dirección de *Los últimos* había llamado para decir que necesitaban que bajara a una talla dos, preferentemente una cero, antes de comenzar a filmar. Puse los ojos en blanco por mil razones. La primera era por el trato infantil. La segunda, porque un tipo hablara de mi cuerpo con otra gente. La tercera, porque Janie pensara que podía arruinarme el café de la

mañana sin que yo me diera cuenta. Señalé su vaso, que estaba apoyando en medio de nosotras sobre el borde de la piscina.

–¿Y eso qué es? –pregunté.

–Un café chai con leche entera –respondió y lo levantó, abrazándolo en broma como si fuera algo preciado.

–Dámelo ya. –Hice un gesto para que me lo pasara–. Un sorbo nada más, antes de que me sumerja en el abismo de neurosis corporal que perpetuará un ciclo de vergüenza en cada mujer del planeta.

A regañadientes, aunque jugando, Janie me dio el vaso. Saboreé la esponjosidad de la leche densa y el chai dulce. Me contuve de tragarlo lo más que pude. Luego se lo devolví e hice como si no existiera mientras bebía mi café bien, bien amargo. Sabía que ella no tenía la culpa. Hollywood siempre había sido así. En mis peores momentos, Janie me miraba fijo a los ojos y me levantaba la moral con nuestro lema: "Nuestro juego, nuestras reglas… pronto".

–Sidney Collins. ¿Cómo es y qué dijo? –pregunté. Parecía aliviada de haber salido ilesa de la incómoda conversación sobre la dieta. Enseguida se abalanzó sobre el cambio de tema.

–Es muy reservada –respondió–. De esas que no quieres tener como rival pero que te encanta si está de tu lado. Ha pensado en todo lo que puede salir mal, dejó en claro que no le gusta la idea. Ah, pero hay algo que debo confirmar contigo: al parecer, Cate no desea quedarse en un hotel, dice que es muy riesgoso, quiere dejar la menor huella posible. Insistió en, por lo menos, encontrarse contigo aquí primero.

–Puede quedarse aquí –propuse enseguida. En ese momento, no dejaba ni a un repartidor cruzar el portón del frente para poner algo en el porche, pero en este caso era distinto. Cate era distinta.

–Se quedaría una semana –aclaró Janie, tanteando si eso me hacía cambiar de opinión.

–Perfecto –dije. Si la cosa se ponía rara, que no iba a suceder, podía avisarle a Janie y se encargaría. No era un problema–. Pero espera un momento, ¿has dicho que ella *insistió*? –agregué con tono juguetón. Comenzaba a caer en la cuenta de que ahora podía lograr

que la gente cediera a mi voluntad, y me gustaba pensar que Cate Kay pudiera hacer lo mismo.

–Al parecer, *Cate* insistió. –Janie me codeó como si fuéramos amigas chismoseando en la cafetería de la secundaria. Esos eran los momentos que me hacían quererla–. También dijo que vendría a tu casa este viernes.

–¿Este viernes? O sea, ¿dentro de dos días?

–Sip –dijo Janie–. No tengo permitido estar aquí y Matt tampoco. Nadie puede estar aquí, salvo tú. Obviamente. Ya has leído el acuerdo de confidencialidad.

***

Ese viernes, Janie pasó a dejarme el café, que tenía aún menos azúcar y menos crema. Me contó que Sidney (¡ahora se llamaban por el primer nombre!) había llamado para avisar que Cate llegaría a mi casa "hacia el final de la tarde, primera hora de la noche". Me deseó suerte y se fue enseguida. Pero antes se detuvo en el umbral de la puerta y me confesó la enorme envidia que sentía. Me dijo que sería capaz de pagar una cantidad astronómica de dinero para conocer a la misteriosa Cate Kay.

–Ah, RyRy –susurró, echando un vistazo para procurar que nadie estuviera paseando al perro–. Me estoy conteniendo de una forma sobrehumana para no llamar a *Vanity Fair* y darles la primicia. Esto es de verdad gigantesco.

Puse los ojos en blanco.

–De ninguna manera te contaré nada, bajo riesgo de que me caiga la ley.

¿Era gigantesco? Imaginé qué pasaría si Janie llamara a los medios y cuántas cámaras aterrizarían sobre mi casa. Cientos. Así que sí, era un acontecimiento importante.

¿Cómo me preparo para una tarde con Cate Kay?, me pregunté mientras me sentaba sobre los azulejos que rodeaban la piscina. Metí los pies en el agua y pensé en qué hacer con la comida. El acto de comer venía sucediendo cada vez menos para mí, pero aún era

consciente, con envidia, de que otras personas comían. Una autora sin motivo para restringir seriamente su cuerpo querría cenar. Pensar en la logística me ayudaba a ahogar la creciente ansiedad que me generaba el encuentro.

Supuse que tendría por delante unas ocho o nueve horas de cavilaciones de ese estilo. La mañana estaba fresca y tenía puesta una sudadera con capucha y unos pantalones cortos de básquetbol de los Kansas, que me hacían pensar en casa.

Había dejado mi hogar en el verano posterior a mi primer año en la universidad. La universidad no era para mí. Mi padre dijo que estaba tirando mi futuro a la basura. Mi madre no dijo nada, pero me llevó en auto a Los Ángeles, escuchamos a Maroon 5 todo el camino. Esta casa fue la primera que vimos. Estaba fuera de mi presupuesto, desde luego. En ese momento solo me habían convocado para dos comerciales. Pero la recorrimos, admirando cada detalle. Las molduras de los techos, las bibliotecas empotradas, los azulejos de estilo marroquí de la piscina. Mamá me había llevado a la cocina, lejos del agente inmobiliario.

–Me encanta este lugar para ti –me susurró.

–A mí también, mamá –dije.

Ella me tomó las manos y agregó:

–Sé que es un poco caro para lo que puedes pagar ahora, pero podría ayudarte con la renta. Solo tenemos que prometer que ninguna le dirá a tu padre. Ya sabes cómo se pondría.

La entendía. Mi madre hubiera querido tener una aventura como mudarse a Hollywood. Vivir sola en una casita preciosa. Perseguir sus sueños. Pero la vida no le había salido así.

Llamar a mamá, estaba haciendo una nota mental cuando oí un ruido en el frente de la casa. Me incliné hacia atrás y espié por la puerta corrediza. Entorné los ojos y contuve la respiración, esperando otro ruido. No oí ninguno. Janie sabía que podía entrar por el costado si necesitaba algo.

Me recosté sobre los codos y eché la cabeza hacia atrás, contemplando el cielo despejado. La fama había llegado de repente y me daba miedo. La soledad. No solo el hecho de estar aislada físicamente de la vida cotidiana, sino también la imposibilidad de

comunicar cómo se sentía eso. A cualquiera, incluso a mi familia. Debe de ser como cuando un astronauta describe cómo es flotar en el espacio. Se trata de usar palabras torpes y comunes para transmitir una experiencia que solo puede entenderse al sentirla[3].

De repente, oí un golpecito en el portón lateral del patio. Me levanté de un salto y tiré el café. *Mierda*. Lo enderecé enseguida y conseguí salvar la mayor parte. Los ojos se me dispararon a la cerca, que era más alta que yo y estaba pintada de gris oscuro. La idea de que esa persona pudiera ser Cate Kay ni siquiera se me había cruzado por la mente, pero cuando abrí un poco el portón, vi el bolso grande de viaje que llevaba colgado al hombro.

La mitad de las cláusulas del acuerdo de confidencialidad corrían peligro por el solo hecho de que ella estuviera parada allí. Salí disparada por el camino de lajas, la tomé del brazo y metí a Cate Kay al patio. Mientras le ponía la traba a la puerta, tuve una revelación: *Ah, ahora entiendo, esta mujer no solo* tiene *un secreto* (que hasta ese momento me había parecido muy de cafetería de secundaria, algo que no suponía mucho riesgo). *Ella* es *un secreto.*

Le eché un vistazo rápido, no parecía que la estuvieran buscando… ni acosando. Pero sin dudas ella pensaba que algo la perseguía.

3 **Nota de Cate:** Una vez leí un libro sobre experiencias cercanas a la muerte. Las personas intentaban explicar el momento en que el alma abandonaba el cuerpo, y todas parecían fastidiarse por no encontrar las palabras adecuadas. Se topaban con las limitaciones del lenguaje y terminaban concluyendo que a eso que querían transmitir al lector, no había palabras que le hicieran justicia. Esas partes del libro me hicieron pensar en Ryan, lo cual me pareció interesante: ¿acaso la fama era similar a una experiencia cercana a la muerte? (¿Y, por ende, igual de excepcional?).

CAPÍTULO 11
ANNIE

2000
Bolton Landing

Un día antes de nuestra partida a Los Ángeles, Amanda me pidió encontrarnos en el bote. Yo estaba en mi casa, con la vista fija en una hoja en blanco, pensando en qué debería escribirle a mi mamá a modo de despedida, o en si debería escribirle algo siquiera. Era un día frío de otoño. El lago no era tentador, pero Amanda insistió.

–Tengo algo para mostrarte –dijo cuando comenzamos a adentrarnos en el agua.

Y me disparó el interés. Después de tantos años, en un pueblo tan pequeño, ¿qué quedaba por descubrir? Ella aceleró el motor y, por unos segundos el frente del bote, donde yo iba sentada, se levantó con tanta fuerza que pensé que me caería encima de ella. Enseguida nos nivelamos y mi amiga sonrió de oreja a oreja. Últimamente había estado haciendo eso, una especie de alarde, como si quisiera que le prestara atención.

¿Acaso no sabía que me era imposible soltarme de su órbita? Le eché un vistazo: estaba de perfil, con el cabello ondeando al viento de forma impecable porque así interactuaba con Amanda el mundo, la iluminaba con su luz más favorecedora.

–Falta poco –gritó. Nos acercábamos a una serie de islas pequeñas en el medio del lago. A esa altura ya habíamos explorado casi todas, pero no había más que herbaje y árboles–. Mi prima me trajo aquí la semana pasada. ¡Es la única isla a la que no fuimos!

Apagó el motor y el bote fue acercándose a una pequeña playa con arena. Un segundo después saltó por el costado y nos llevó hasta la orilla. Tenía un estado atlético impresionante.

–Mírate –dije, bajando con torpeza–. Deberían dar trofeos por hacer eso.

Caminamos entre los árboles y salimos al otro lado de la isla. Más adelante había una casa ruinosa, de color rojo oscuro y listones de madera descascarados, con un granero destruido y la hierba crecida, tanto que casi ocultaba un asador oxidado en el patio lateral, con una colchoneta media desinflada detrás. Cada detalle se fue combinando hasta que lo único que vi fue el escenario de una película postapocalíptica. Este era el lugar en que los sobrevivientes buscaban provisiones y encontraban una sola lata de comida para perros sin abrir.

–¡Tienes que ver esto! –exclamó Amanda desde el patio trasero. Me encaminé hacia allí alzando las rodillas para que no me picaran las garrapatas.

Más apocalipsis en el patio trasero: un cable de tirolesa que empezaba en uno de los árboles altos, pasaba por encima de una piscina elevada y terminaba en un porche de madera podrida. La piscina estaba vacía. El recubrimiento azul, descascarado en tiras largas. El porche era una trampa mortal de clavos y tablones hundidos.

Amanda iba caminando hacia los árboles y yo la seguía de lejos.

Unos segundos más tarde, empezó a trepar uno y, al principio, yo no entendí cómo lo hacía tan rápido. Después alcancé a ver los escalones de madera fijados al tronco, que llevaban a una plataforma.

Feliz de abandonar la seguridad del suelo, así era Amanda. Una aventurera de los retos físicos como jamás había visto. Como cuando una vez permitió que la ataran a un arnés y la levantaran a seis metros de altura durante una obra de *Peter Pan*, lo que a mí me revolvió el estómago. Toda la producción estaba a cargo de estudiantes con cero experiencia en balancear a humanos delicadamente en el aire. Por supuesto, todo había salido a la perfección, reforzando la creencia de Amanda de que era invencible.

Estaba pensando en eso cuando llegó a la plataforma y probó apoyar un pie, sujetando el cable con la mano derecha.

–No me parece buena idea –exclamé.

Hizo de cuenta que no me había oído.

–¡Amanda! –grité, con la ansiedad en aumento. Pero ahora ella estaba concentrada desenroscando una cuerda sujeta a algo que parecía el manubrio de una bicicleta.

Una vez yo había halagado su audacia. ¿Por eso lo hacía? ¿Daba un espectáculo… solo para mí?

Desenroscó el manubrio y empezó a apoyar más peso sobre la plataforma. Inspeccioné rápidamente el cable con la vista. Se veía tenso, todo parecía estar sujeto.

Sin embargo, mi corazón se hacía sentir mientras Amanda se paraba por completo sobre la plataforma. Sujetó el manubrio con ambas manos. Acaso… ¿iba a hacerlo en serio?

Ahuequé las manos sobre la boca y le grité que bajara, luego empecé a caminar con prisa hacia ella. Le pareció que mi miedo era gracioso, se rio mientras me saludaba con la mano.

–No, Annie, yo voy para allá. ¡Esa es la idea! –Y un segundo después exclamó–: ¡Qué genial es esto!

Lo último que pensé antes de que Amanda saltara de la plataforma fue: *Guau, en realidad somos muy diferentes.*

Hizo una especie de grito a lo Tarzán cuando saltó. Yo estaba parada entre ella y la piscina, a un cuarto de camino del recorrido del cable. Amanda llevaba un suéter, jeans y unas Converse negras de caña alta. Se veía fuerte al sostenerse en el aire, la silueta de su cuerpo era sorprendente. Dobló las rodillas y me miró con los ojos bien abiertos, la boca hecha una O perfecta. Entonces me di cuenta de que me preocupaba demasiado, no estaba *tan* alto. Quizá podría torcerse un tobillo, golpearse un poco, pero nada más.

Después me pasó por encima y cuando alcé la vista, vi la suela de las Converse, del característico color café con rombos.

El comienzo de todo llegó unos segundos más tarde. La base del cable, clavada al porche vaya uno a saber cuántos años antes, se soltó. El sonido fue como el de un latigazo, como cuando en las películas una tormenta azota un barco y una de las velas se suelta

por el viento. No es un sonido bueno, es terrorífico… Algo que se deshace.

Amanda ya no estaba encima de las leyes de la física, ahora estaba a su merced.

Me volteé al oír el ruido y vi la piscina, por la que Amanda estaba a punto de pasar. Deseé poder llenarla de repente, así saldría empapada y correríamos a los tumbos a darnos un abrazo, nos caeríamos, nos reiríamos de lo cerca que estuvimos. Olvidaríamos lo que había pasado una semana después.

Pero lo único que había dentro de la piscina era mugre y hojas muertas y, debajo, el suelo duro. Alcé la vista a Amanda, pero ahora solo podía verle la espalda. No podía ver si sabía lo que estaba pasando.

Grité su nombre, sintiendo la inutilidad, la impotencia. Pero la energía que mi cuerpo había generado al instante, el miedo absoluto, necesitaba liberarse.

Amanda se contorsionó en el aire. Por un momento pensé que tal vez podría planear hasta el suelo como una paracaidista experimentada, pero contrajo el cuerpo muy pronto, la cuerda se había quedado sin tensión. Giró de costado. Al caer, ahora casi en paralelo con el suelo, se golpeó el pie izquierdo con el borde y el impacto la hizo girar de cabeza en un ángulo escalofriante. Desapareció dentro de la piscina con un golpe seco, el sonido fue absorbido por las hojas húmedas.

No me moví. A mi alrededor el día estaba despejado, el cielo azul y, por un momento, me sintonicé con los sonidos de la isla, la melodía del canto de un pájaro que provenía de los árboles, la percusión de una brisa suave a través de las hojas. El mundo era muy, muy grande… Infinito, en realidad… Y después vino la sensación de que implosionaba por completo y yo salía a toda velocidad por un agujerito minúsculo, otra vez de pie a unos metros de esa piscina espantosa. No salía ningún sonido de ella. Lo primero que pensé fue que, si Amanda no estaba llorando, estaría bien. ¿Tal vez las hojas húmedas habrían amortiguado la caída?

–Amanda –dije ahogando un grito. Estaba al costado de la piscina, avanzando más despacio de lo que quería. Imaginé que si alguien

estuviera mirando me gritaría "¡apúrate, carajo, vamos, vamos, vamos!", pero mi mente me había puesto el cuerpo en cámara lenta.

La piscina tenía casi la misma altura que yo. Apreté los pies contra la hierba, *uno, dos, tres*, y di un salto hacia arriba, extendiendo los brazos sobre el borde para subirme con torpeza. Tenía tanto miedo atravesándome el cuerpo que sentía cómo me temblaba el mentón.

Primero, vi el manubrio y el cable, flojo, colgando por el otro extremo de la piscina como un cable de electricidad caído. Después vi a Amanda, boca arriba cerca de la curva de la pared, con el talón del pie izquierdo subido unos centímetros contra el costado y, mientras contemplaba la escena, sentí alivio.

No estaba destrozada ni había quedado en alguna posición grotesca. Durante una milésima de segundo, pensé que tal vez se había quedado sin aire. Las hojas estaban llenas de lodo y con una capa de vaya uno a saber qué. Pensé en lo mucho que le molestaría a Amanda haberse manchado con esa baba.

Pero luego le vi los ojos, y ahí fue cuando volvió el ciclo de miedo, aún más acelerado. Me arrodillé junto a ella, le toqué el brazo. Sus ojos, qué abiertos estaban. Y había tanto blanco que parecían bolas blancas de billar. Miraba hacia arriba como si fuera la primera vez que veía el mundo.

Después movió los ojos al costado para mirarme y, por cómo sucedió, como si estuvieran separados del resto del cuerpo, sentí una oleada de náuseas tan fuerte que me levanté y vomité a poca distancia. Un momento más tarde, regresé con ella a los tropezones.

–¿Puedes oírme? –Le tomé la mano. La veía mover los labios, pero no salían palabras–. ¿Sientes esto? –Pestañeó. Volví a apretar–. ¿Y ahora? –No pestañeó. La mente me daba vueltas, desesperada por encontrar algo donde apoyarse.

»Amanda, ¿qué está pasando? ¿Qué sucedió? –pregunté, con la voz al borde del colapso, desesperada. ¿Qué significaba que había pestañeado? ¿Qué significaba que no había pestañeado? ¿Significaba algo? No dije nada por un rato que pareció eterno, pero es probable que hayan sido unos segundos, estudiando su cuerpo para detectar señales obvias de huesos rotos. Le apreté la pierna, justo encima de la rodilla, dije–: ¿Sientes esto? –Pero ella se quedó

mirando el cielo. Ese azul infinito que teníamos encima. Vi que le brotó una lágrima en el rabillo del ojo y poco a poco le rodó por la sien para desaparecer entre el pelo.

»Enseguida vuelvo –dije, y me precipité a la escalera, subí, salí de la piscina y fui corriendo al bote.

Durante un breve período, todo lo que hice fue exactamente lo que había que hacer. Arrastré el bote hasta el agua, navegué a toda velocidad hasta el muelle, corrí hasta el motel más cercano y le pedí al encargado que llamara al 911. Este llamó y me pasó el teléfono cuando lo atendieron. Conté todo lo que sabía: la isla pequeña, la casa roja, el cable roto, la piscina, Amanda inmóvil, solo pestañea, por favor apresúrense lo más que puedan.

La operadora me aseguró que los servicios de emergencias ya estaban en camino y volví corriendo al bote. Juro por Dios que tenía toda la intención de regresar con Amanda. Incluso había llevado el bote al agua. Pero luego la mente empezó a darme vueltas y aceleró todo. De repente estaba tratando de tomar aire, pero no conseguía llevar suficiente a los pulmones. Abandoné el bote, lo dejé a medias en el agua, y caminé el kilómetro y medio adonde estaba estacionado Brando, apartándome de la carretera cada vez que pasaba un auto, como si fuera una fugitiva. Poco a poco, se me fue apaciguando la respiración y después me subí al asiento del conductor. Tomé el espejo retrovisor para ver mi reflejo partido, sorprendida de haber olvidado que el vidrio estaba roto. ¿Qué más podría olvidar sin esfuerzo alguno?

Resulta que las últimas palabras significativas que le dije a Amanda fueron “¿Sientes esto?”. Y la respuesta fue que no, no lo sentía.

CAPÍTULO 12
PROFESOR RILEY

1999
Bolton Landing

Recuerdo que una noche, casi una hora antes de que se levantara el telón de *Noche de reyes*, estaba buscando a Annie y Amanda porque había que hacerle una modificación de último minuto a uno de sus trajes. Estaba caminando tras bambalinas cuando oí unos susurros a mi izquierda. Me detuve, guardé silencio, me di cuenta de que las voces provenían de una maraña de cortina, una gruesa tela azul marino que caía del techo al escenario. Al bajar la vista, vi dos pares de pies y reconocí a las chicas por el calzado.

Con mucho pero muchísimo cuidado, di un paso hacia delante, como cuando en las películas enfocan desde abajo al ladrón avanzando de puntillas. Ya más cerca, las oí mejor.

–No sé qué me pasa –dijo una de ellas–. Estoy como asustada y nerviosa. ¿Y si me paralizo y hago un desastre?

Después hubo una pausa. Unos segundos más tarde, la otra dijo:

–Para serte honesta, creo que eso le pasa a todo el mundo en algún momento. Creo que todos fingimos no estar al borde de un ataque, pero a ti te está costando fingir, nada más.

Un instante después, se movieron las cortinas (se estaban abrazando).

–¿Sabes qué amo de ti? –dijo una.

–Adelante –dijo la otra, pendiente.

–Es como… eh… ¿Cómo lo explico? Es como que me mantienes firme, pero sin mantenerme inmóvil.

Tras una larga pausa, la otra dijo:

–Es un honor mantenerte firme.

Aún pienso en ese momento. Ni siquiera esa gruesa cortina azul podía contener la luz que irradiaba su amor.

CAPÍTULO 13
ANNIE

2000
Plattsburgh, Nueva York

Ahí estaba yo, aferrada al volante con los nudillos blancos, saliendo del pueblo sin poder creer que lo estuviera haciendo. Pero moverme era lo único de lo que me creía capaz. Moverme para alejarme del cuerpo estrellado de Amanda, que en mi mente no dejaba de caer del cielo, como en bucle. Solo podía ver el pie golpeando contra el borde de la piscina, ese ángulo espantoso, y me asombraba de la cantidad de adrenalina que podía producir el cuerpo humano. ¿En algún momento se agotaba? Se me habían entumecido los dedos, como si mi anatomía estuviera concentrando todo el calor en el tronco. ¿Acaso estaba en modo de supervivencia, fuera de mi control? ¿O era un monstruo?

Incluso mientras conducía, durante la primera hora, sabía que esa decisión me atormentaría más adelante. Sin embargo, no me sentía capaz de otra cosa. La vida acababa de encabritarse, ya me había dado su primer mordisco. Escapar era un acto reflejo. Pero luego pensé: si escapar era mi acto reflejo, ¿qué decía eso de mí?

Pasó una hora y media como un borrón. Cuando vi un cartel de Plattsburgh, el nombre me llamó la atención. Amanda tenía un tío allí, iba a verlo año por medio en Acción de Gracias. Esos años eran horribles para mí, pero adoraba aquellos en los que se quedaba en su casa y horneábamos pasteles. Descubrimos que a mí se me daba muy bien la pastelería, sabía medir con precisión.

No quería seguir alejándome de Amanda. Y tal vez si mi cuerpo se quedaba quieto, mi cerebro haría lo mismo. Se callaría la boca y me dejaría pensar. (Además, tenía que hacer pis).

Salí de la autopista, seguí los carteles hasta el centro del pueblo. Había bajado la temperatura y la calle se sentía pedregosa porque habían echado sal. Avancé despacio por la calle principal hasta que encontré un café. Me detuve frente a él, espié adentro; estaba vacío, solo estaba el chico que trabajaba ahí.

Estacioné el auto y traté de calmarme y pensar. Tenía en el monedero el dinero que me habían pagado por embolsar compras en un supermercado. Tenía ropa en la cajuela… Mierda, también tenía ropa de Amanda. Y tenía el coche. Podía dormir en él.

No era mucho, pero nunca había tenido mucho de todas formas.

Salí y caminé hasta el café. A mitad de camino noté un cartel en la puerta que anunciaba que buscaban personal. Me paralicé. ¿Acaso era una señal del universo de que debería quedarme? Pero era una idea descabellada. Podía oír a Amanda diciéndome lo trastornada que parecía.

Entré. Lo más barato que había en el menú era café negro de filtro. Lo llené de crema y azúcar y busqué un asiento en el fondo. El lugar era más hippie que cualquier otro en Bolton. Había una pegatina de surf pegada en la pared a mi izquierda y la rocé con los dedos, pensé en el mar de Malibú y las casas en la playa de los productores más importantes de Hollywood.

Lo siento muchísimo, Amanda.

No soportaba estar cerca de la pegatina. Me puse de pie y caminé hasta el frente, pregunté dónde estaba el baño. El chico estaba leyendo un libro, con un codo apoyado en el mostrador. No alzó la vista, solo señaló hacia una puerta al fondo. Su apatía me reconfortó, aquí nadie iba a verme.

El baño estaba al final de un pasillo. Cuando vi que tenía una ducha y lo que hizo mi cerebro con esa información, me di cuenta de lo empeñado que este estaba en forjar una nueva vida. Corrí la delgadísima cortina azul, me incliné hacia delante y abrí el grifo. El agua salió rápido y caliente.

Había un lavabo junto a la ducha. Me lavé las manos y me quedé mirándome en el pequeño espejo cuadrado, que parecía un arma, con los bordes picados. Antes de poder bloquear su llegada me invadió una imagen de Amanda, rota, seguida por un remolino de pensamientos. *¿Cómo está?, ¿dónde está?, ¿está bien?, claro que está bien, pero y si no y si está mue…, no, no, no, tenía los ojos abiertos, está bien, pero ¿cómo pude?, en serio, ¿cómo pude?* Me quedé mirándome tanto tiempo que, como cuando una palabra repetida pierde todo sentido, el rostro se me volvió piel y huesos. Luego miré a través de mí hasta que ya no supe quién era. Volví a entrar en foco. Tenía puesta una sudadera con capucha metida debajo de una chaqueta de jean rota, Amanda siempre había dicho que parecía sacada de *RENT* con esa ropa.

Sujeté los costados del lavabo y me imaginé volver a Bolton Landing. Imaginé como sería la vida: volvería a trabajar en Tops, ayudaría a Amanda con fuera uno a saber qué espanto le había pasado, volvería a vivir con mi madre.

O podría…

¿Ver cómo era esto?

Ver si podía convertirme en una persona nueva.

Y si no funcionaba, me subiría al auto y volvería a casa. Cosa que probablemente terminaría haciendo de todas formas, tal vez al día siguiente.

Pero por ahora, necesitaba un nombre nuevo. Necesitaba tomar distancia de ser Annie.

Pensé en cada obra de teatro que había hecho. En todos los libros que había leído. Los nombres empezaron a llenarme la cabeza. Algunos eran muy antiguos (Blanche) o muy anticuados (Ofelia), pero apareció uno, Cassandra, y era todo lo que quería ser: sofisticada, distinta, con mundo. Y cuanto más extravagante el primer nombre, más sencillo debía ser el apellido. Desde siempre, uno de mis nombres preferidos de estrellas de cine había sido Harrison Ford. Amanda y yo habíamos representado una escena (en su habitación) de *El fugitivo*.

Cassandra Ford.

Cass, para abreviar.

Salí del baño y pedí una solicitud de empleo. El chico bajó el libro y me miró. No iba a levantarse a menos que yo hablara en serio. Le sostuve la mirada, después se encogió de hombros y fue a buscarme el formulario.

***

Esa noche me desperté en el auto, con las rodillas apretujadas contra la palanca de cambios y el cuello duro. Me enderecé y golpeé los puños contra el volante.

¿Por qué, por qué, por qué, por qué, por qué?

Esos arrebatos no eran habituales en mí, pero estaba atravesando una agonía especial. Como si me hubieran hecho un trasplante de corazón y estuviera esperando a ver si funcionaba. Tenía tantas ganas de tener una nueva oportunidad en la vida. Pero también me aterraba la posibilidad de conseguirla.

Pasó un mes así: dormía en el auto, trabajaba en el primer turno del café, siempre a punto de regresar a casa.

Pero corrían los días y yo no regresaba.

CAPÍTULO 14
CASS

2000
Plattsburgh

El encargado del café se llamaba Brett. Una mañana temprano estaba parada detrás de él mientras intentaba abrir la puerta, entumecido por el frío. Sus manos habían perdido toda habilidad.

–Si quieres, puedo empezar a preparar todo antes de que llegues –ofrecí.

–Eh, no, no sé nada de ti. –Brett no se dio vuelta, siguió tratando de abrir la cerradura.

–Vengo siempre a horario y trabajo bien, ¿qué más necesitas saber? –Ya habíamos entrado y cerré la puerta rápido.

–Lo que sea, la verdad –respondió él, encendiendo las luces.

–Soy de Albany. –Un poco mentira, aunque todo el norte de Nueva York podría considerarse Albany–. Solo vine aquí para tratar de hacer algo distinto –agregué.

Cass se había convertido en un personaje fascinante. Era yo, pero más solitaria. Le gustaba esperar y observar, buscando la siguiente puerta que le abriera el universo. Pensaba en qué diría Amanda de ella, si le gustarían las pequeñas modificaciones que había hecho. Siempre decía que pronto iba a volver a contarle todo: que había creado una versión alternativa de mí misma y que la había probado en el mundo real. Una obra de teatro, digamos, pero con funciones limitadas.

Amanda. Deseaba que estuviera conmigo en ese momento, charlando con Brett. Ella sabía todo lo que había que decir, sabía cómo hablarles a los chicos.

–Nunca llega nadie antes de las seis y media, más o menos –dije, siguiéndolo, acomodando sillas–. Si me das la llave, podría venir a las seis menos cuarto y dejar todo listo. Podrías venir a las seis y cuarto, seis y media, a la hora que prefieras.

Dejó de hacer lo que estaba haciendo y me miró. Esta vez con menos desconfianza. Finalmente le había ofrecido algo que quería: más tiempo para dormir. Tener más tiempo para dormir también era mi motivación. Encogí los hombros como diciendo "es muy simple, hermano, vamos", después eché un vistazo al sofá de cuero gastado que estaba junto a la pared al otro extremo, en el que me imaginaba durmiendo durante el tiempo que pudiera quitarle las llaves a Brett.

–¿Y por qué? ¿Por qué voy a querer que hagas eso? –Ahora estaba detrás de la barra, llenando la regadera verde de plástico en el fregadero. Me la dio y la llevé hasta la planta más alta, cerca de la ventana del frente, así tenía un minuto más para pensar.

–Duermo muy mal –respondí, lo cual se había vuelto cierto desde que había abandonado a mi mejor amiga, huido y empezado a dormir en un coche–. Y siempre termino quedándome parada en este frío helado esperando a que llegues.

En mi casa, en mi linda cama de una plaza, podía dormir, dormir y dormir. Necesitaba eso. Si dormía bien, entonces iba a poder pensar mejor. Y si estaba descansada y pensaba con claridad, sin duda iba a tomar mejores decisiones que las que había estado tomando últimamente.

Cuando llegaron los primeros clientes, eché un vistazo al reloj (las 6:44) y miré a Brett para reforzar mi idea anterior. Su respuesta: los ojos en blanco, pero no con mala intención. Fue un rayito de esperanza. Brett se dispuso a atender a los clientes, dos hombres, y les ofreció el "hola" malhumorado de siempre.

Ellos hicieron su pedido y se sentaron en un rincón en el fondo, cerca de la mesa con la crema y el azúcar. La noche anterior, Brett me había pedido que hiciera limpieza entre los panfletos de la pared. Fui y empecé a quitar los de eventos pasados.

–Lo que tiene la escritura… –oí que decía uno de los hombres y se me pararon las antenas. Me detuve con los dedos en una tachuela y me concentré por completo en la conversación–… es que es distinta de otros actos creativos. No pasa por ti, sino por la historia y las palabras. Para ser actor o músico tienes que actuar, te vendes a ti mismo. Pero el escritor no. Por lo general, los lectores ni siquiera tienen en cuenta al autor[4]. Me encanta ese aspecto de la escritura.

Hola, universo. Me pareció que una puerta se abría de par en par. El panfleto que estaba sacando se soltó de la tachuela, se deslizó por la pared y se metió en el zócalo con un golpe seco inesperadamente ruidoso. El hombre se detuvo en plena oración, me miró.

–Disculpen –dije, agachándome para recoger el papel. Me llevó unos segundos sacarlo de la pared. Esperaba que el hombre siguiera hablando, pero justo en ese momento Brett me llamó desde atrás de la barra.

Durante los minutos siguientes, estuve parada detrás del mostrador, mirando el vacío, desplegando mi nuevo futuro. Tenía todo el sentido del mundo. Todos los libros y obras de teatro que había leído. Sabía cómo tenía que ser una buena historia. Además, había pasado años imaginando los pensamientos de Amanda en función de sus actos y palabras. Quizá escribir, no actuar, era mi destino. Quizá eso es lo que habría pasado en Hollywood: primero habríamos protagonizado películas, pero después yo habría empezado a escribir también. Quizá me habría convertido en la primera…

–¡Tierra llamando a Cass!

Dos dedos chasquearon delante de mí y volví a aterrizar detrás de la barra, donde Brett sostenía una jarra de leche y la sacudía para mostrarme que estaba vacía.

–Ah, sí, claro –dije. Me encaminé hacia el fondo, donde los dos clientes estaban levantándose y poniéndose el abrigo. Le di la vuelta a la barra a toda prisa y fui a buscar la leche casi al trote, pensando en qué preguntarle al escritor antes de que se fuera.

Me agaché delante del refrigerador del fondo y corrí los envases de queso crema hasta encontrar un bidón de leche entera. Salí enseguida y alcancé a ver que la puerta del frente se cerraba detrás de los hombres. Brett me esperaba impaciente, le di la jarra al pasar, corriendo para salir al frío helado de la mañana en camiseta y delantal.

–Disculpe –casi grité. Sentí pinchazos en la piel cuando me azotó una ráfaga de viento. El hombre que había hablado de la escritura tenía el auto estacionado frente al café, estaba con las llaves en la mano. Alzó la vista, con un gesto de preocupación que duró un instante. Le habré parecido desesperada. Pero mi superpoder era, y siempre ha sido, una capacidad irracional para creer en mi propio destino manifiesto.

–¿Usted da clases de escritura? –pregunté, lo que debe de haberle despertado interés, porque guardó las llaves en el bolsillo.

–Sí –respondió–. En Plattsburgh. –Y esto último lo agregó despacio, dejando que se colara un "¿por qué preguntas?".

–Quiero ser escritora –dije, pensando en si eso siempre había sido así. El frío estaba volviéndose insoportable con las mangas cortas, pero me di cuenta de que jugaba a mi favor porque lo motivaba a tomar una decisión rápida. Ahuequé las manos y soplé dentro.

Un minuto más tarde, estaba regresando al café con la tarjeta de presentación del profesor, castañeteando los dientes. Brett me miró con curiosidad.

–¿Qué fue eso? –preguntó mientras me le unía detrás del mostrador.

–Solo estoy haciendo realidad mis sueños –respondí.

Al final de la jornada, Brett me llamó cuando estaba por irme. No le presté atención enseguida, supuse que me asignaría otra tarea.

–Están sobre el mostrador, por allí –me dijo mientras limpiaba la máquina de expreso, señalando con la vista a una corta distancia. Adonde poníamos las bebidas de los clientes había un juego de llaves. Qué gloriosas esas llaves, ese manojo pesado de metal que tomé enseguida y arrojé al aire para atajarlo de vuelta con las manos. Miré con disimulo el sofá de cuero donde dormiría esa noche.

–Gracias, Brett –dije, con tono lento y sincero. Y al decir su nombre, me di cuenta de que quizá nunca lo había dicho, que quizá él pensaba que yo no lo sabía.

–De nada, Cass.

4 Nota de Cate: ¿Saben qué es lo que, irónicamente, hace que los lectores quieran saber quién ha escrito un libro? Un seudónimo.

CAPÍTULO 15
BRETT

2000
Plattsburgh

Siempre supe que Cass tenía algo raro. A los pocos días de comenzar a trabajar en el café, la vi en su auto. Ya era de noche y me había olvidado algo en la tienda. Estaba caminando por el callejón de atrás, que desemboca en un estacionamiento pequeño con una valla de tela metálica y esos faroles amarillentos que siempre dan cierto aire ominoso. Miré por encima del hombro y al rato reaccioné: Cass estaba sentada con los ojos cerrados en el asiento de adelante del Honda rojo.

Me detuve, miré mejor. Tenía los ojos cerrados, pero no como si estuviera dormida. Como si estuviera meditando, aunque nadie hacía eso en aquella época. De ella irradiaba un campo de fuerza de energía y no pude resistirme a acercarme un paso más. Entonces alcancé a ver que se balanceaba hacia delante y hacia atrás, de forma casi imperceptible. Enseguida aparté la mirada. No sé, parecía algo… ¿privado? Como si estuviera intentando reunir la energía del mundo para producir un milagro o algo por el estilo.

No quise entrometerme.

Esa noche entendí que esa chica, fuera quien fuera, estaba procesando algo importante. Después de eso, no la vi con desconfianza ni miedo. Cuando finalmente me pidió las llaves, me pareció una solución muy sencilla a un problema grave, que era darle un lugar seguro para dormir. Por supuesto, en aquel entonces

yo era más desgraciado, así que la hice preocuparse un poco. Pero estaba claro que lo que fuera que le estuviera pasando, a la única persona a la que ponía en riesgo era a ella misma.

CAPÍTULO 16
SIDNEY

2000
Plattsburgh

Los abogados tenemos mala fama. Pero solo contamos historias. Lo único distinto es que, a diferencia de un libro o una película, no decimos si la historia es cierta o no. A eso lo deciden otras personas. Además, dicen que cada vez que se recuerda algo, la mente lo altera un poco. Es posible que este recuerdo que estoy por compartir ya no se asemeje a la verdad por todas las veces que lo he repasado. Lo que sí puedo prometer es que no habrá adornos conscientes, solo recuerdos lúcidos.

Recuerdo que el aula en la que vi a Cass por primera vez estaba iluminada por unas fuertes luces artificiales en el techo. Los pupitres eran –como los de casi todas las escuelas– con forma de riñón; sentarse y salir de ellos era todo un arte. Ahora, de adulta, veo esos pupitres y pienso en el dolor de cintura, pero en aquella época me movía con facilidad al retorcerme para tomar la mochila del suelo y levantarme.

Estaba haciendo los cursos preparatorios para la carrera de Derecho y una clase opcional de arte me parecía intrascendente, pero en el buen sentido; algo que se puede probar sin preocuparse por el fracaso. Me encantaba la clase de Introducción a la Escritura Creativa. Todo el mundo siempre hace de sus pasatiempos un trabajo; yo no. Me siguen gustando los giros bien logrados, pero la ley paga las cuentas; y con la ley ya tengo suficiente presión.

Había pasado más de la mitad del semestre cuando se sumó una estudiante nueva. Era una clase pequeña, solo unas doce personas. Poníamos esos pupitres horribles en un círculo para vernos las caras. Había buen ambiente. Cada uno ya había trabajado un texto con el grupo, y todos habían sido considerados y minuciosos con sus comentarios; lo cual puedo asegurar que jamás sucede en la facultad de Derecho.

–Me gusta cómo usas el punto y coma –me dijo una vez un compañero para finalizar su crítica de mi trabajo. Asintió con la cabeza, impresionado. Me ha encantado desde entonces; mi signo de puntuación insignia.

Esa tarde, yo había llegado más temprano que de costumbre. Acababa de acomodar los pupitres en un círculo perfecto cuando entró una mujer. Tenía el cabello castaño claro largo hasta los codos, con raya al medio. Al sentarse, se acomodó el lado derecho detrás de la oreja. Por un momento no me miró, como si no hubiera notado que yo estaba en el aula. Después levantó la cabeza en silencio e hizo contacto visual; ahí contemplé la densidad de sus cejas perfectas, los ojos caídos en las comisuras. Asintió con la cabeza, luego la bajó, volvió a acomodarse el cabello. Lo primero que sentí fue confusión: ¿quién era esta persona? ¿Se había equivocado de clase? Pero de inmediato pensé: *quiero volver a mirarla, más, por un tiempo más largo.*

Me quedé observándola.

Se levantó apenas de la silla y sacó algo del bolsillo trasero de los jeans: una hoja de cuaderno espiralado, plegada en forma de cuadrado. Como una nota para pasar en clase. La abrió una, dos, tres veces, y después la estiró sobre el pupitre; estaba en blanco.

–¿Tienes un…?

–¿Bolígrafo? –la interrumpí, ya rebuscando en mi bolso, porque lo que mejor se me daba era proveer. Me retorcí para salir del pupitre, di un paso grande y me abalancé extendiendo la mano con el bolígrafo. Ella apenas tuvo que moverse; alcanzó con que se inclinara hacia delante. Volví a sentarme y dije (no sabía si decirlo o no, pero al final pensé: *las oportunidades hay que aprovecharlas*):

–Una escritora nunca está lo suficientemente preparada.

–¿Eres…? –Destapó el bolígrafo, hizo un garabato en la esquina superior de la hoja para verificar que funcionara. (Funcionaba)–. ¿Escritora?

–Cuando estoy en esta clase sí, pero no, entraré a Derecho –respondí.

Al decirlo, pensé por un instante que quizá eso la impresionaría, esa cosa muy adulta que iba a ser. Se inclinó hacia atrás como si la hubiera golpeado una brisa fuerte.

–Guau, qué maduro eso –dijo. Yo sentí un cosquilleo de emoción que me subió por la espalda; nuestro cerebro estaba en la misma sintonía. Aunque, por el tono, no podía descifrar si le gustaban las cosas adultas.

–¿Y tú? ¿Eres escritora?

–Bueno… Aún no sé. –Se llevó el bolígrafo a la boca, aparentemente olvidando que era mío, aunque aprecié el gesto porque me hizo notar sus labios: el inferior carnoso, el superior más delgado–. Creo que podría.

–¿Cómo entraste a esta clase? Es muy tarde para empezar –pregunté justo cuando entraba el profesor Moore. Parecía atribulado, aunque con el tiempo me di cuenta de que quizá ese era su estado natural. Él se corrió el pelo de los ojos con la mano.

–Ah, bien, viniste –le dijo a la chica nueva–. Y hola, Sidney –me saludó a mí–. ¿Ya se presentaron? –Nos señaló a ambas.

–Me llamo Sidney –dije–. Prestadora de bolígrafos.

–Yo soy Cass. –Ella hizo una pausa, pude percibir cómo giraban los engranajes dentro de su cabeza; luego, una pequeña sonrisa–. Oyente de clases.

El profesor Moore estaba sacando las cosas de su bolso, pero al percatarse de eso, intervino:

–Sí. Cass va a asistir como oyente al resto de las clases del semestre. –Le guiñó el ojo y, por suerte, el gesto fue más paternal que asqueroso–. Es escritora, pero nunca le han enseñado formalmente.

Entonces Cass me miró, levantó el bolígrafo y la hoja de papel, y endureció el semblante como si estuviera a punto de entrar a una

batalla. Sonreí. Menos mal que estaba el profesor Moore, porque entre él y yo, era evidente que Cass se inclinaba hacia mi lado.

Cuando terminó la clase y empezamos a guardar nuestras cosas, Cass salió primero. Me apresuré a meter todo en mi bolso y saqué un cuaderno espiralado que tenía sin usar. De tapa roja lisa; nada llamativo. Mientras trataba de alcanzarla, casi me detuve, con las palabras de mi hermana mayor resonando en los oídos. "¿Por qué no te relajas? Deja que las cosas vayan a ti para variar". También me dijo que no tenía sentido del humor, lo que era una absoluta ridiculez. Según ella, había sido un "consejo", aunque me sonó a crítica, un sustituto de "eres muy molesta".

Pero mi hermana había dejado la universidad el año anterior y estaba de vuelta en casa reevaluando su vida, mientras que a mí me encantaba lo que estaba haciendo y me iba genial. Me destacaba discretamente en la carrera de grado, ya había enviado mi solicitud para estudiar Derecho en la Universidad de Nueva York, así que ¿por qué me dejaba atormentar por lo que me había dicho en el pasado? Yo no había sido popular en la escuela secundaria; demasiado desgarbada y rara con mi cabello corto y pantalones de vestir. Sin embargo, por lo que pude ver, ser popular en la secundaria era una sentencia a muerte. No sufrías dolor que te sirviera de combustible más adelante.

–¡Cass! –exclamé medio al trote. La chica era rápida, ya estaba dando vuelta la esquina y, no sé cómo, pero a pesar de su increíble belleza, iba mezclándose entre la gente. La clase de escritura se hacía en el centro estudiantil; ella ya se había metido en el salón comedor. Pero no le quité los ojos de encima: tenía puestas unas Vans a cuadros (o unas de imitación), un detalle tan específico de este recuerdo que, desde entonces, jamás he visto a alguien con esas zapatillas sin pensar en ese momento.

Miró por encima del hombro, aminoró la marcha, me esperó.

–Hola –dijo, con cierta cautela, curiosa–. ¿Sidney?

–Sí, o Sid… Cualquiera de los dos.

Todo en su lenguaje corporal preguntaba por qué la seguía. Como respuesta, de inmediato levanté el cuaderno como los carteles con nombres que sostienen los choferes en los aeropuertos.

–Tenía uno de más en el bolso y se me ocurrió que quizá, si aún piensas que podrías ser escritora, ¿querrías usarlo? –En ese momento, me di cuenta de que un cuaderno espiralado barato saldría alrededor de un dólar en el centro estudiantil.

Ella entornó los ojos, pero se le levantaron las comisuras de la boca. Interpretar a las personas era algo de lo que siempre hablaban mis profesores de Derecho. Por qué la gente hace lo que hace, dice lo que dice; cómo los abogados deben estar siempre un paso adelante. Me pregunté si Cass sería de esas personas que rechazaban regalos por pensar que las dejaba en deuda, las hacía sentir inferiores, o si sería de esas que reciben con gusto la generosidad de otras personas. Esta chica bella y misteriosa estaba a punto de darme una prueba de sí misma.

–Gracias –dijo, tomando el cuaderno con delicadeza. Lo apretó contra el pecho–. Es muy amable de tu parte.

–No es nada –respondí, porque en verdad no lo era.

Pasaron unos segundos, después otros, y empecé a sentirme ansiosa. *Ahora qué, ahora qué, ahora qué*. No había planeado nada más que darle el cuaderno. Parecía que a Cass no la afectaba la ansiedad. Después de otros tortuosos segundos, durante los cuales puse en práctica el antiguo arte de la abogacía de dejar que la otra persona hable de más, ella llenó el silencio espantoso.

–Bueno, me tengo que ir.

Levantó el cuaderno como diciendo "gracias de nuevo" y se marchó. Me gustaba cómo caminaba. A esa edad, muchos iban con la cabeza gacha o encorvaban los hombros para ocupar menos espacio. Cass caminaba con determinación. Fue en ese cuaderno rojo que empezó a escribir el primer borrador de *Los últimos de todos*[5].

Justo cuando llegó a las puertas principales, le grité:

–¡Espera! –Corrí al trote para abrirle la puerta y preguntarle–: ¿Dónde puedo encontrarte?

***

Fue necesaria una paciencia sobrehumana para no ir al día siguiente al centro del pueblo hasta el café en el que ella trabajaba. Y cuando sí me permití ir, el día siguiente a ese, traté de ser discreta; me metí sin que Cass se diera cuenta. Entré con la cabeza gacha. Quería buscar un lugar reservado, quizá en un rincón, desde donde pudiera ver con qué estaba lidiando. Eso es por la abogada que llevo dentro. Y lo encontré; un lugar junto a la pared del fondo, entre dos plantas enormes. La decoración de la tienda estaba más cargada de lo que esperaba: almohadones, plantas, anuncios de conciertos y mercados de productores locales, pegatinas en la pared. La onda bohemia no era mi estilo, la verdad.

Cuando me senté, busqué a Cass con la mirada. No había señales de ella. Solo un chico de pelo negro y grasoso que estaba detrás del mostrador. Pero después oí que se habría una puerta a mis espaldas y unos segundos más tarde la vi desde atrás; llevaba un cajón de leche. Estiró el cuello en mi dirección. Por qué, no lo sé, pero con el tiempo supe que, al igual que yo, ella siempre estaba atenta, siempre quería saber qué había en los puntos ciegos.

La sonrisa pícara, los ojos arrugados; característicos de aquellos primeros días. Alzó las cejas, un saludo, y después siguió caminando y puso la leche en el refrigerador. La miré, esperé. Iba a volver, lo sabía. Pero no volvió. Estuvo ocupada detrás del mostrador con distintas tareas durante una hora. Y después la tienda ya estaba por cerrar. Igual me quedé. Me quedé incluso cuando el chico de pelo negro grasoso empezó a limpiar las mesas y apilar las sillas, acercándose con aire ominoso adonde estaba sentada.

–¿Sigues aquí? –Cass volvió a aparecer tras salir del cuarto del fondo, con los brazos por fin vacíos.

–Bueno, vine a verte –dije.

Soy de ir directo al grano. Pensé unas veces en levantarme e irme sin hablarle, porque no parecía interesada en hablar conmigo. ¿Qué me retuvo allí? La creencia de que alguien como Cass debía ser mía; que yo era suficiente para ella; que ella también debería darse cuenta de eso.

Rio por lo bajo. Parecía apreciar mi franqueza y podía percibir que estaba tratando de decidir qué hacer.

–¿Sabes qué? ¿Por qué no salimos al fondo y te sientas conmigo un rato?

Ese otoño, el frío había llegado pronto.

–¿Salir al fondo? –pregunté–. ¿Un… rato?

–¿No eres de por aquí?

–De Burlington –respondí.

–Vas a estar bien, vamos –insistió ella–. A menos que no quieras.

Y por cómo dijo eso último, como si de verdad no le importara lo que hiciera, se sintió cruel; me lastimó un poquito.

–¿Y de dónde eres tú? –le pregunté cuando ya estábamos afuera. La puerta trasera de la tienda salía a cuatro escalones de manera podrida que desembocaban en una hilera de tachos de basura negros y un callejón angosto, rodeado por una valla de tela metálica. Nos sentamos en el último escalón, en el que apenas cabíamos las dos, hombro con hombro; estaba agradecida por eso porque así podíamos darnos calor. Haberme criado en Vermont no quería decir que el frío me resultara más soportable; solo lo respetaba más.

–¿Tienes un cigarrillo? –preguntó Cass. Me reí; justo acababa de pensar, allí sentada mirando el callejón, que parecía el lugar por excelencia para fumar un cigarrillo. Pero no, no tenía. Y después me enteré de que Cass ni siquiera fumaba. Simplemente le pareció que era lo que correspondía decir.

–¿Te parece que fumo? –le pregunté.

–No, no, en realidad, pareces más…

–Cuidado –intervine. No sabía si me gustaría el final de esa oración.

–Iba a decir… –Se detuvo e inclinó la cabeza para verme a los ojos, un gesto en el que me pareció percibir cierto coqueteo–. Iba a decir que pareces la directora de la empresa de cigarros que sabe muy bien que no debe fumar.

Eso me gustó. Ya había desaparecido el escozor de su anterior indiferencia, reemplazado por el subidón que me dio ese halago.

–Bueno, muchas gracias. –Sonreí y le choqué el hombro con el mío–. Me siento comprendida.

–De nada. –Hizo de cuenta que encendía un cigarrillo, le dio una pitada y me lo pasó. Como yo nunca había tomado uno, junté los

dedos, me los llevé a la boca, inhalé con fuerza y se lo devolví. Cass continuó–: La lista de cosas que sé de ti: eres de Burlington, estás haciendo los cursos preparatorios para la carrera de Derecho, te gustan los halagos bien específicos y bebes chocolate caliente.

Era lo que había pedido mientras esperaba que me prestara atención. Supongo que me la había prestado en secreto; volví a sentir el subidón.

–La verdad es que no hay mucho más que eso –dije. Ella tenía razón; el frío no me afectaba para nada en ese momento. Me habría quedado toda la noche sentada con ella. Era capaz de contarle cualquier cosa a esta chica. Tenía un aire despreocupado pero perspicaz, juguetón pero serio, relajado pero con estilo, que resultaba de lo más natural en ella, aunque en otra persona habría parecido odioso y artificial. No parecía ser de la zona. Mi novia anterior (no es que en ese momento pensara en Cass como mi novia), pero mi novia anterior usaba abrigos abultados y borceguíes y siempre parecía reaccionar a su entorno. Cass, por el contrario, se integraba a la perfección. Al menos esa era la sensación que me daba en esos primeros días. Esa noche tenía puesto un abrigo de invierno largo hasta las rodillas, un suéter color crema debajo y un gorro tejido[6], mientras fumaba el cigarrillo imaginario con toda naturalidad.

–¿Qué más necesito saber? –me preguntó.

Pensé seriamente en la pregunta. ¿Qué podría contarle para impresionarla? Fui marcando una lista: tenía una hermana, mi mamá era ama de casa, y mi papá trabajaba en la Agencia de Protección Ambiental. ¿Tal vez que jugaba al básquetbol en la secundaria? Después recordé que había mandado la solicitud a la universidad: *bingo*.

–Bueno, finalmente voy a estudiar Derecho en la Universidad de Nueva York el otoño que viene –dije, lo que aún no era cierto, pero lo sería pronto; estaba segura. Junté los dedos y extendí la mano para tomar el cigarrillo imaginario, entusiasmada por poder demostrarle que, a pesar de tener un proyecto profesional serio,

también podía ser juguetona. Contarle de mi futuro me generó un cosquilleo por todo el cuerpo. ¿Quién era esta chica?

Al oír la noticia, Cass asintió con la cabeza en señal de reconocimiento. Miró un segundo hacia la izquierda mientras daba una pitada; exhaló por el costado de la boca. Fumar cigarrillos imaginarios era un arte y ella lo dominaba.

–Nueva York. –Le dio cierta entonación al final, como si fuera una pregunta que estaba contemplando.

Me pareció que se había inclinado un poco más contra mí, o tal vez fuera solo mi imaginación[7], un deseo, pero mi cuerpo reaccionó como si me hubiera tocado a propósito.

–Interesante –concluyó, apagando el cigarrillo imaginario en el pasamanos.

5 Nota de Cate: Estuve pensando en si dejar una nota al pie aquí o dejarlo pasar, pero en cierto sentido, no podía tolerar el hecho de renunciar a esta parte de la historia de los orígenes de *Los últimos de todos*. La memoria puede ser algo extraño, pero esto es lo que me dice la mía: no recuerdo que Sidney me haya dado un cuaderno. Mi recuerdo es que Amanda lo hizo ("Para poner todos esos pensamientos grandes y jugosos", recuerdo que me dijo) al terminar la secundaria y nunca lo usé, así que lo tenía en la mochila cuando me fui de Bolton Landing. El hecho de haber escrito el primer borrador de mi libro en un cuaderno que me había dado Amanda siempre me alivió de alguna ínfima manera.

6 Nota de Cate: Yo siempre canalizaba a Amanda al vestirme. Actuar con naturalidad, decía Amanda, solo se consigue haciendo un tremendísimo esfuerzo. Otra de esas *Cosmo*-frases, seguramente.

7 Nota de Cate: De hecho, fue solo su imaginación.

CAPÍTULO 17
SIDNEY

2000
Plattsburgh

Tan solo tres semanas después, le pedí a Cass que se mudara conmigo a Nueva York. *Insensato, una locura,* pensaba cada vez que se me venía la idea a la cabeza. Mi lado racional le aconsejaba a mi lado impaciente que era muy pronto, y entonces la idea desparecía un rato. Pero después ella hacía algo, decía algo, que me aceleraba el corazón y ahí volvía: *¡Vamos, pregúntale, hazlo, carajo!*

Habíamos estado viéndonos todos los días porque yo hacía todo mi trabajo en el café. La ayudaba a cerrar la tienda. Desparramaba mis libros en dos mesas, con papeles acomodados dentro, y Cass cada tanto pasaba a ver cómo estaba y me traía cafés de cortesía. Después, cuando ya se habían levantado todas las sillas y fregado el suelo, me iba a caminar con ella, si no hacía mucho frío, o la llevaba a cenar a algún lado y hablábamos. Bueno, hablaba yo, más que nada. Seguía esperando a que me confiara lo que le había ocurrido. El hecho de que algo le había pasado era evidente. *A su debido tiempo*, pensaba, una frase que se terminó convirtiendo en mi mantra.

–¿Tienes ganas de sushi? –le pregunté una de esas noches cuando terminó de limpiar el mostrador. Brett se había ido unos minutos antes, así que habíamos quedado las dos solas; tenía cierto aire de secreto, y eso me gustaba.

–Sushi –dijo Cass, saboreando la palabra en la boca–. ¿Pescado crudo, dices?

–Yo invito –agregué, aunque yo la había invitado a todo lo que habíamos hecho.

–Nunca comí sushi. –Estaba caminando hacia mí y, al decir eso, se acomodó un mechón de pelo detrás de la oreja: un gesto patentando de Cass, que al parecer hacía siempre que se sentía vulnerable. Al verla venir, quise tomarla de la mano y acercarla, pero no lo hice, claro. Aún no nos habíamos tocado de ninguna forma significativa.

»¿Es rico? –me preguntó mientras se quitaba el delantal.

–Si te gusta el pescado crudo, sí –respondí riendo, y ella me echó una mirada sarcástica, no le gustaba quedarse al margen de las cosas–. Nah –dije–. Ni siquiera hace falta que comas pescado crudo. Podríamos comer de langostinos o de aguacate y pepino. Te va a gustar, creo, aunque ¿qué tanto te conozco *en verdad*?

–En este preciso instante, me conoces más que cualquier persona en este mundo –respondió ella, lo que fue interesante.

Quería preguntarle por qué, pero también estaba tratando de no apresurarme, así que dije:

–¿Sushi entonces?

Plattsburgh no era precisamente el mejor lugar para probar sushi por primera vez, pensé con resignación mientras nos sentábamos en una mesa para dos en un restaurante desierto. Nos atendió una joven de piel clara y cabello negro azabache; se acercó a nuestra mesa con rostro huraño para llevarnos dos menús grandes de plástico, sin dudas irritada de que hubiéramos decidido comer allí.

–Bienvenidas a Sushilandia –saludó con la voz más monótona posible, entregando un menú primero a mí y después a mi amiga, quien la miró y, lo juro, fue como si le infundiera energía y luz, como si su atención hubiera reanimado a la muchacha.

–Gracias –le dijo con una concentración como pocas veces le había visto; por lo general parecía distraerse con sus propios pensamientos–. ¿Qué te gusta comer aquí? –Rompió el contacto visual con la mesera para mirar el menú, que tenía muchas fotos–. Necesito ayuda, por favor.

No soy una persona insegura, así que no me avergüenza decir que me dieron celos.

Al llevar a Cass a comer sushi por primera vez, bueno, quería ser yo la que le enseñara y aconsejara, la que le hiciera recomendaciones.

Esa era la idea; compartir algo nuevo juntas. Por el resto de su vida, siempre que comiera sushi pensaría en cuando lo había probado por primera vez: *conmigo*.

–El que más me gusta es el roll de tempura de langostinos –decía ahora la mesera, acercándose un poco a Cass y girando para que ambas vieran el menú desde el mismo ángulo. Incluso se había agachado un poco.

Tempura de langostinos, no precisamente lo que elegiría alguien entendido en sushi, pero tenía bastante razón; era lo que más le convenía pedir a Cass.

–Eres un encanto –le dije cuando la muchacha ya no podía oírnos. Cass estaba estudiando el menú, que había pedido conservar. Se encogió de hombros.

–Sé lo que es trabajar en un pueblito.

Debajo de la mesa, yo retorcía los pulgares. Como mencioné antes, la clave de ser abogado es jugar con los silencios.

O más bien, soportarlos. Si se habla cuando calla un testigo –según explicaban los profesores–, nunca se sabrá si terminarían corrigiéndose; y es cuando se corrigen que se descubre la información importante.

–Antes pensaba que… –comenzó a decir Cass unos segundos después. Me daba cuenta de lo mucho que le costaba formular la idea, compartirla de una forma que tuviera sentido. Apartó la vista y volvió a empezar–: Antes pensaba que iba a actuar, o sea, a actuar de verdad. –Me miró a los ojos por un momento, después volvió a apartar la vista–. Mi plan desde que era niña era mudarme a Hollywood y ser actriz; puede que parezca una tontería, pero es algo que siempre he querido hacer. Actuar consiste en lograr que alguien se enamore de ti para que te siga a todas partes… En el escenario, digo, o en la pantalla. También fuera de ellos, supongo, si lo haces bien.

Dejó de hablar, pero parecía tener la atención puesta en un recuerdo que solo ella podía ver. Me quedé retorciendo mis pulgares hasta que el silencio se prolongó por tanto tiempo que hacía ruido. Finalmente, Cass volvió a mirarme.

–¿Tiene sentido lo que digo? –preguntó.

Respondí, armando la oración a medida que hablaba:

–Entonces… quieres… ser estrella de cine y…

–*Querías* –me interrumpió, marcando especialmente el "ías". Me quedé mirándola, no porque no la entendiera, sino porque me interesaba saber por qué había saltado al oír eso. (Hay que seguir a las personas adonde te llevan). Al ver que yo no respondía, explicó–: La parte de ser estrella de cine. Dijiste "quieres", en presente, pero debería ir en pasado, "quer*ías*".

–¿Ya no quieres ser… estrella de cine?

–No es que no quiero, es que… –Se detuvo de repente.

Y deduje que sabía muy bien cómo terminar la oración, pero había decidido no hacerlo.

–No lo sé –dijo finalmente, sacudiendo la cabeza–. Es complicado.

***

Mientras nos despedíamos en la acera, a cierta distancia, me quedé lejos de ella a propósito. Solo para ver cómo reaccionaría, si el espacio la haría acercarse. Me metí las manos en los bolsillos. Cass me miraba con curiosidad (yo no era tan buena actriz como ella, claro), pero no dijo nada.

–Buenas noches, Sidney –dijo. Justo en ese instante, empezó a sonar el bolsillo de mi abrigo, algo que en aquella época aún era un fenómeno poco común.

Saqué mi teléfono plegable de color plateado (decía "mamá") y se lo mostré a Cass.

Me pareció que una emoción le cruzaba el rostro por un segundo[8]. Cass inspiró hondo, lo que no pude descifrar, y después se volteó y empezó a caminar por donde habíamos venido.

Volví a entrar a Sushilandia, atendí el teléfono. Veinte minutos después, mi madre y yo finalmente estábamos despidiéndonos, lo cual sucedió en el momento justo porque Annalise (la mesera sin igual de Sushilandia) se me estaba acercando. La saludé con un gesto de la mano y salí al frío de la noche.

Mi auto seguía estacionado frente al café. Caminé rápido hacia allí, con el mentón hundido en el abrigo y soplando aire caliente para entibiarme la cara. Hice eso varias veces, aunque mi aliento no era rival para el viento helado, hasta que llegué a la calle en la que estaba el coche. Después alcé la vista y de inmediato me llamó la atención el brillo tenue de la ventana del café. Espié por el centímetro que no estaba tapado por la persiana. Cass estaba sentada en un rincón del sofá, con un cuaderno sobre el regazo. Di un paso hacia atrás mientras mi mente volaba de una explicación a otra, tratando de quedarme con una, después volví a mirar y sí, era Cass. Los juegos que yo había estado jugando antes me parecieron tontos. Golpeé el vidrio. ¿Cómo reaccionaría al darse cuenta de que la había visto?

Alzó la vista, pero se quedó sentada, inmóvil, y su profunda vergüenza me llegó como una onda sonora a través del cristal, para luego desaparecer. ¿Acaso me había parecido? Se levantó del sofá y se acercó con paso suave, descalza en calcetines. Caminó con la cabeza gacha todo el tiempo, así que no pude verle el rostro. Después llegó a la puerta, quitó el cerrojo, la abrió lo justo para asomar la cara.

–Hola –dijo con la voz más tenue que le había oído nunca. Me miró tan solo un segundo, después bajó la vista. Aunque había un montón de otras cosas en las que pensar, no pude evitarlo: mi mente empezó a fijarse en todo el aire frío que se estaba colando en el café. Cass llevaba unos calcetines negros de media caña, unos pantalones cortos blancos de algodón y una sudadera gris con capucha, decorada con un pequeño logo de Champion en el medio del pecho. Parecía estar cómoda, como en una publicidad de ropa interior, y yo quería tocarla; pero primero, había que detener el ingreso de aire frío.

–¿Puedo entrar? –pregunté, ella se hizo a un lado en respuesta. Me metí de costado y la ayudé a cerrar la puerta; un alivio. Sin mediar palabra, ella volvió al sofá arrastrando los pies y la seguí. En esos pocos segundos, el café dejó de ser un comercio y pasó a ser una sala de estar íntima. Nos sentamos, el pequeño halo de luz de la lámpara nos atrapó en su brillo.

Cass miraba el cuaderno cerrado que tenía apoyado en el regazo. Yo estaba sentada un poco lejos y me acerqué, cortando la distancia a la mitad; después me incliné hacia delante y me quité el abrigo para dejarlo a mis espaldas sobre el sofá.

–¿Estoy imaginando esto? –pregunté, girando el dedo en medio de nosotras como si pidiera otra ronda en un bar. Al parecer, tomé a Cass por sorpresa y me pregunté si tal vez habría estado preparando alguna mentira. Ahora estaba haciéndola pensar en otra cosa y no estaba lista. Allí sentadas, la pregunta de por qué estaba descalza en el café después de hora parecía estar conectada con otro sentimiento más grande.

–¿Imaginando qué? –preguntó al fin.

Necesita que lo diga para ganar tiempo, pensé.

–Me da la sensación de que tienes algo enorme en la mente. Hay como una especie de peso, una densidad, que irradia de ti. –Luego agregué, solo para darle una salida fácil si la necesitaba–: Aunque podría ser mi imaginación; es una posibilidad.

Ella negó con la cabeza.

–No, no es tu imaginación. –Podría haberme hecho creer lo contrario, y en parte esperaba que lo hiciera, que dijera algo como "¿Qué? No. No sé de qué hablas".

Bajó la vista nuevamente, corrió el cuaderno a un costado, poco a poco se inclinó sobre las piernas y por un momento pensé que iba a vomitar. Un segundo más tarde, entrelazó los dedos contra la nuca. Se veía como alguien que piensa que el avión está a punto de estrellarse. Luego metió los codos hacia adentro, tironeando del cuello, y vi que apretaba los párpados y fruncía el rostro como si se preparara para sentir dolor; o tal vez ya lo sufría. Un momento más tarde, empezó a balancearse hacia delante y atrás, presionando los dedos de los pies contra el suelo.

Me acerqué más y le apoyé una mano en la espalda para calmarla, para hacerle saber que estaba allí. Observé mi mano subir y bajar; sus respiraciones, profundas y rápidas. Lo que fuera que estaba sintiendo parecía grande y feo, y ella intentaba aguantarlo como podía.

–Aquí estoy, estoy contigo –no dejaba de repetirle, con la voz hecha un susurro en su oído.

Dos veces traté de apoyarme contra su espalda y rodearla con un brazo para calmarla, pero se sacudía muy fuerte; la posición era incómoda. ¿Cuánto tiempo estuvimos así? El suficiente para que yo pasara por todas las explicaciones posibles: muerte, asesinato, violación, demencia, una mezcla de todas o ninguna, alguna otra cosa que mi mente ni siquiera podía imaginar. Ella sollozaba; yo categorizaba. Traté de convencerme de que no necesitaba una explicación, de que la honestidad de su dolor y su vulnerabilidad era suficiente. Pero no era cierto; quería saber.

Con el tiempo, su respiración se fue ralentizando, se volvió más regular. Un minuto después, se soltó el cuello, empezó a enderezarse poco a poco. Tenía los ojos hinchados y le moqueaba la nariz. Se tapó el rostro con una mano, la dejó allí unos minutos, mientras los hombros seguían subiendo y bajando con sollozos más tranquilos. Finalmente, las ahuecó sobre la nariz y la boca, como si enfrentara una decisión terrible y monumental. Yo estaba tocando su rodilla descubierta. Un segundo después bajó las manos y se volteó hacia mí; había tomado una decisión.

–Me fui de casa –dijo–. Ya ha pasado un mes más o menos. He estado viviendo en mi… en mi auto. –Hizo una pausa. Volvió a cubrirse los ojos, pero solo por un momento, para calmarse–. Mi mejor amiga está… está… No sé cómo está; está muy lastimada, quizá peor, no lo sé.

Le caían las lágrimas, pero no diría que estaba llorando. Llorar es una acción. Esto parecía algo pasivo; goteaba.

–Y me fui. Me fui y ya. Me subí al coche y me marché –dijo, como si no pudiera creerlo, como si lo oyera por primera vez, desconcertada de sí misma–. Nos iríamos juntas a Los Ángeles. Era algo que habíamos estado planeando durante años, para

marcharnos de ese pueblo. Cuando eso… ocurrió, me sentí fuera de control, como que tenía que irme. –Me miró de repente, después volvió a decirlo–: *Tenía* que irme.

–Bueno –respondí–. Está bien.

(¿Estaba bien? Aún no lo sabía).

–Toda mi existencia… he estado esperando a que mi vida empezara. Soñaba con un montón de cosas que iba a ser y ahora creo que… –Le dio hipo y me miró como diciendo: "Y ahora me dio hipo, carajo. Ha estallado mi vida entera y ni siquiera puedo explicar cómo porque me dio hipo". Esperó, hipó una vez más, después volvió a empezar–: Y ahora estoy atrapada. De una forma u otra estoy atrapada. Si regreso, mi vida no será nada: solo limpiaré habitaciones como mi madre o trabajaré en el supermercado, trataré de lidiar con lo de Amanda. Pero quedarme aquí creo que es peor porque… porque ni siquiera estoy haciendo esas cosas. Soy como un fantasma o algo por el estilo.

Tenía los ojos enrojecidos y la cara tan hinchada que parecía que la había picado una abeja.

–¿Por qué eres un fantasma? –pregunté.

–Lo reproduzco en mi mente todas las noches: imagino que tengo un éxito tremendo y pienso en qué pasaría si lo lograra, ¿sabes? Amanda me vería, o me vería alguien de mi hogar, y entonces irían a buscarme; no tengo dudas.

–¿Quién iría a buscarte? –Aún intentaba entender si había hecho algo ilegal. Estaba entrenada para pensar así.

Se salteó mi pregunta y continuó:

–Todos sabrían lo horrible que soy. Sería la que hizo esa cosa espantosa. –Cambió la voz a un susurro, como cuchicheando–: *¿Puedes creerlo? ¿Quién puede hacerle eso a su* mejor *amiga?* Y ahora estoy atrapada en mi propia vida. A menos que vuelva, y entonces estaré atrapada en esa otra vida.

–¿Tan malo es?

Me miró de repente.

–Sí –dijo despacio.

–Cuéntame entonces. Puedo soportarlo, sea lo que sea.

Tras decir eso, ella apoyó la cabeza contra el respaldo del sofá y respiró hondo unas veces, calmándose. Después me contó, con lujo de detalles, reviviendo cada segundo de esa tarde: el recorrido en el bote, la casa vieja, el cable, la piscina, todo. Y en cierto sentido, era mejor de lo que había imaginado y también infinitamente peor. Cuando terminó de hablar, giró los hombros y me rodeó con los brazos, apretando nuestros cuerpos. Me preguntó si podía ayudarla, que por favor la ayudara. Le dije que sí; por supuesto que lo haría.

Esa noche en la tienda inspiré el aroma de su cabello, que olía a manzanas[9], y pasé las manos una y otra vez por los largos mechones castaños. Después de un tiempo, cuando ya se veía más tranquila, la separé de mí y nuestros labios quedaron a tan solo centímetros de distancia. Parece trillado, pero acerqué los pulgares a su rostro y le enjugué las últimas lágrimas de los ojos. Estar cerca de Cass me encendió el cuerpo. No pude evitarlo; quería probarla. Incliné la cabeza y despacio, muy despacio, lo suficiente para que ella tuviera tiempo de apartarse, apoyé los labios sobre los suyos. Se disparó una corriente eléctrica dentro de mí y le metí la lengua en la boca, con ganas de que su cuerpo respondiera.

–Ven conmigo –dije, soltándome del momento, con la intención de que Cass supiera que yo iba muy en serio, que estaba comprometida a ser la persona que la ayudaría a superar ese proceso espantoso. Ella se tocaba la boca como si lo que acaba de suceder la hubiera desconcertado. "Funerales" era la palabra que me pasaba por la mente. Era la historia de siempre con el dolor y la tristeza, atraen a las personas. Lo que sucedía entre nosotras no era extraño; era parte de la condición humana.

–¿Qué vaya contigo a dónde?

La sentí apartarse, pero afirmé las manos contra su espalda y la sostuve.

–Me voy a Nueva York al terminar el semestre –respondí–. Ven conmigo. Será un nuevo comienzo, para las dos. Puedes convertirte en lo que sea que quieras ser.

Ella extendió la mano a la mesa del centro. Mis ojos la siguieron, allí estaba el cuaderno espiralado que le había dado después de su

primera clase. Tocó la tapa, la levantó un segundo.

–Quiero ser escritora –dijo.

–Bueno –respondí y después agregué–: Creo que hay algún que otro escritor en Nueva York. –Fue una broma y Cass sonrió. Pude sentir su cuerpo aflojándose contra mí y volví a besarla, ella al fin me besó también.

–¿Entonces eso es un sí? –pregunté.

Ella me susurró al oído, la sensación de su aliento me recorrió la espalda:

–Es un sí.

8 **Nota de Cate:** Al leer esto, me sorprendió muchísimo la perspicacia con la que Sidney había observado ese momento. Lo recuerdo bien, porque desató varias cosas en mí. Leer la palabra "mamá" me transportó a Bolton, que como imaginarán, no era un lugar que quería recordar en ese instante. La mente es rápida y lo que Sidney interpretó como un "segundo de emoción" para mí fue una serie de pensamientos intrincadamente conectados: mamá-infancia-Bolton-Amanda-accidente-huida-cobarde. Ese llamado de la madre de Sidney fue la mismísima razón por la que pasó todo lo que pasó después esa noche. (No del todo desconectado: la envidiaba. Imaginen tener una madre que te llame solo porque tenía ganas de oír tu voz. *Imagínenlo*).

9 **Nota de Cate:** Estaba obsesionada con una línea de productos de perfumería con aroma a manzanas de campo. Hasta el día de hoy, siempre que paso por una tienda, entro y busco esa fragancia porque me transporta de vuelta a Amanda, a quien también le encantaba, hecho que yo odiaba. (Manzanas, Nueva York, cliché, etc.).

CAPÍTULO 18
CASS

2000
Plattsburgh

En mis primeras noches dentro del café, a pesar de que las persianas estaban bajas y el lugar lleno de plantas, solo me atrevía a usar la pequeña lámpara que estaba junto al sofá. No hubiera sido fácil verme sin pegar la cara contra el vidrio.

Pensaba que tenía cierta privacidad. Cada noche me quedaba mirando el cuaderno abierto, esperando a que sucediera algo. A que sucediera la escritura. Pero hasta el momento, nada. Ya habían pasado treinta y nueve días desde que había abandonado a Amanda y me embargaba la culpa. Esta parecía haberse infectado, era como si tuviera fiebre. Necesitaba sacármela.

Así me sentía la noche en que Sidney golpeó el cristal. Yo estaba inquieta y sumida en mis pensamientos, reviviendo el momento. Me había dibujado volviendo a la isla. Una figura de palitos en un botecito horrible, avanzando a toda velocidad por olas garabateadas. Otra figura de palitos, con las piernas en una posición poco natural, dentro de una piscina torcida.

Me quedé mirando la imagen, trazaba las líneas una y otra vez.

Entonces, un golpe en la ventana. Antes de alzar la vista, se me cruzó una idea pasajera: *que no sea Sidney, por favor*, pero claro que era ella. Su rostro alargado pegado contra la ventana. Irradié un profundo fastidio. A la que quería ver allí parada era a Amanda, inclinando la cadera a un costado, o incluso a mi madre, con uno de

sus raros abrazos que buscaban compensar todo lo demás, "¿sí, mi amor?". Caminé con paso suave hacia la puerta, abrí el cerrojo apenas, pero ella igual entró. O no sabía interpretar el lenguaje corporal o se creía capaz de imponerse.

Cuando nos sentamos en el sofá, me di cuenta del pésimo estado en el que ella me había encontrado. Estaba quitándose el abrigo y dejándolo a un costado, cuando sentí con todo la necesidad de hablar. Me había tragado toda esta historia, una vida entera. Y allí tenía a alguien dispuesta a escucharla.

Recuerdo que me balanceaba sobre los talones, tratando de contenerlo todo, de mandarlo al fondo. Pero no era posible. Después empecé a hablar, un torrente de palabras, y empecé a llorar, los ojos hinchados. Finalmente estaba bajando, regresando. Sidney estaba cerca y se sentía bien, como tierra firme. Me sorprendí al sentirme contenta de que estuviera allí. Me gustaba la sensación de su cuerpo contra el mío. Sus labios eran suaves y delicados, como siempre imaginé que serían los labios de una mujer. Me gustó.

–Ven conmigo a Nueva York –me susurró al oído–. Haré esta nueva vida realidad.

Lo que dije: "Sí".

Lo que pensé: "Otra puerta que se abre".

Lo que pasó: un segundo movimiento sísmico en mi historia.

CAPÍTULO 19
SIDNEY

2000
Plattsburgh a Bolton Landing

Mi profesora de piano me preguntó una vez si podía sentir la música. Estaba en su casa, en su piano. Ella estaba sentada frente a mí. Me encantaba tocar. Cada nota correspondía a un movimiento. Una devolución instantánea sobre si lo había hecho bien. Por lo general, sí. Pero no sabía qué significaba esa pregunta; ¿si *sentía* la música? Al quedarme callada, dijo:

–Lo que quiero saber es si tienes una experiencia emocional cuando tocas.

Ella había tocado en la orquesta Boston Pops. Era una señora famosa en nuestro pueblito de Vermont. Siempre usaba unos vestidos sueltos y collares enormes que para mí no tenían sentido, así que no era raro que tampoco se lo encontrara a su pregunta. Sí, claro, podía sentir la emoción de la música, pero esa parte no me resultaba interesante. A mí tocar el piano me daba la satisfacción de la repetición y la práctica. Me gustaba presionar una tecla y ver aparecer la letra correcta, como en una máquina de escribir. Y eso fue lo que le dije. Evidentemente fue la respuesta equivocada; ya que poco a poco dejó de responder los llamados de mi madre para concertar clases.

Tal vez esto sirva para explicar por qué decidí visitar Bolton Landing, porque si aún no había dado en la tecla, con fuera lo que

fuera, entonces necesitaba compensarlo. Necesitaba prepararme por demás. Una abogada debe tener toda la información posible.

Aquella noche en el café, Cass pareció confesar la historia completa –que había abandonado a su mejor amiga, Amanda, destrozada en una piscina, que en realidad se llamaba Anne Marie Callahan–, pero los mejores abogados no se limitan a poseer la misma información que sus clientes; tienen más.

Le dije a Cass que iba a pasar el fin de semana largo con mi familia en Burlington. Sin embargo, fui a su ciudad natal. Ya había empezado a planear su futuro. Y lo que ella necesitaba para escapar de verdad de su pasado era una representante incondicional (entiéndase: yo) que pudiera analizar cada posibilidad y bloquear cualquier obstáculo antes de que la alcanzara.

Por eso necesitaba saber.

Tardé noventa minutos en ir hasta Bolton en coche, casi todo por autopista, y pronto llegué a una gasolinera fuera del pueblo, en la que me detuve para orientarme. Mi primera parada iba a ser la oficina de la escuela Bolton Central, donde me presentaría como una nueva empleada de la universidad estatal. Lo que más sentido tenía era que fuera promotora, pero iría viendo. Solo necesitaba hacer unas preguntas. Nada más adentrarme un poco para comprender al pueblo, su gente, su funcionamiento, y continuar a partir de allí.

La oficina estaba cerca de la entrada principal, asomé la cabeza con un saludo informal. Tenía puestos unos pantalones caqui de cintura alta con pinzas y una camisa azul, porque me parecía que eso era lo que se pondría alguien con mi cargo (¿promotora universitaria?). La mujer que estaba en el mostrador de recepción tenía el cabello castaño crespo. Ya me imaginaba a qué peluquería iría, a ese edificio blanco aislado al lado de la carretera con esas fotos brillantes de mujeres con permanente en el escaparate. Me vio entrar y me esbozó una ínfima sonrisa.

–Hola, soy Sofía… –Me sorprendí al decirlo. La mentira apareció en mi lengua sin premeditación alguna–. Trabajo en la Universidad Estatal de Nueva York en Plattsburgh, en el departamento de Teatro. Me contrataron hace poco como promotora.

–Ajá –fue todo lo que respondió la mujer, lo cual no era problema para mí porque, en realidad, que me prestara toda su atención y recordara mis detalles era lo contrario de lo que necesitaba. Acceso temporal: a eso apuntaba y nada más.

–Quería saber si podré hablar unos minutos con la profesora de Teatro, para contarle sobre nuestro programa –me oí decir. *Bien hecho*, pensaba, *ve directo a la fuente*. Cass había mencionado que Amanda y ella protagonizaban todas las obras de la escuela; no había dicho mucho más sobre la experiencia, salvo que planeaban ir a Hollywood.

–Profesor –corrigió la mujer, alzando la vista.

–¿Cómo dijo? –Ahora estaba parada con las manos apoyadas en el escritorio, que me llegaba a la cintura.

–El que enseña Teatro es un hombre, el profesor Riley. –Apenas me miraba, haciendo varias cosas a la vez, mucho más concentrada en lo que fuera que pasaba en la computadora. Sin apartar la vista de la pantalla, señaló a sus espaldas–. Debe de estar en su oficina detrás del teatro, por el pasillo, después de la puerta doble, a la derecha.

–Gracias –dije, y salí de la oficina. Había pensado que tendría que sortear más obstáculos, pero esto iba a facilitarme la vida.

El profesor Riley, en efecto, se encontraba en su oficina. La puerta negra estaba medio abierta, con un cartel de *Noche de reyes* pegado en el frente. Antes de golpear, me detuve a ver la fecha de la obra: se había hecho el otoño anterior, lo que me hizo sonreír porque sin duda Cass había aparecido en ella. Después el cartel comenzó a caerse, así que me abalancé para sujetarlo a la puerta y el ruido llamó la atención del profesor, quien se puso de pie y se acercó para ayudarme.

–Esta cosa insiste con caerse –dijo–. Quizá deba conseguir un adhesivo más fuerte.

Lo había pegado con cinta de papel, que la verdad era como pegarlo con esperanza, pero no dije nada.

–Habrá sido una obra fantástica –comenté, tocando el cartel.

–Ay, vaya. –Se llevó la mano al corazón con un gesto exagerado–. La historia detrás de esa obra… Si te la cuento, no me creerías. Soy

Richard Riley, por cierto. ¿En qué puedo ayudarte?

Qué buen nombre, pensé. Tenía un aspecto impensado para ser docente de Teatro en un pueblito. Yo me esperaba a una mujer de mediana edad que había visto muchas películas, pero Richard Riley en verdad encarnaba el papel con un suéter de cuello alto, un pañuelo ascot gris y una barba entrecana bien arreglada. Parecía ser alguien que realmente había trabajado en Broadway.

–Soy Sally Carver –me presenté; otra mentira espontánea. En la milésima de segundo antes de empezar a hablar, me di cuenta de que podía conseguir mejor información, y más rápido, si dejaba de ser promotora universitaria–. Trabajo para una consultora de investigación de la ciudad, y nos han contratado para… elaborar una base de datos, una especie de censo, de programas de teatro de escuelas secundarias; a fines presupuestarios del estado.

Desde luego, estaba creando esta realidad sobre la marcha y cada peldaño aparecía a medida que hablaba, pero la idea de ser de una "consultora de investigación" parecía lo bastante imprecisa y "fines presupuestarios" lo bastante serio para que el profesor Riley accediera a responder mis preguntas y, además, le resultara difícil encontrarme en el improbable caso de que intentara buscarme luego.

–¿Y lo están haciendo todo en persona?

–Ah, no, no, claro que no… Mi hermana, eh, vive en el siguiente pueblo –dije. Vaya, qué bien se me daba esto–. Así que venir aquí fue una excusa para financiarme un viajecito a casa.

Me puse un dedo delante de la boca y levanté las cejas. Él rio e hizo un gesto con el pulgar y el dedo índice para indicar que no revelaría mi secreto. Ya tenía su confianza.

Sacó una silla plegable que tenía guardada y empecé a hacerle cuanta pregunta burocrática se me ocurrió: cantidad de participantes, asistencia, presupuestos, promoción, procesos, todo. El profesor Riley se tomó las preguntas en serio e incluso llegó a sacar una carpeta para confirmar unos números. Tenía un cuaderno en mi bolso y anoté todo lo que me contó. En un momento, olvidé que era todo mentira porque de verdad quería saber las respuestas de lo que le estaba preguntando. Si nadie había elaborado esa base

de datos, sin duda deberían. Después cerré el cuaderno, señalando que el trabajo había terminado, y volví a mirar el cartel de *Noche de reyes* pegado a la puerta. Él también lo miró.

–Bueno, ¿ahora sí puedo oír la historia detrás de esa obra?

En serio: estaba impresionadísima conmigo misma. Ahí sentada, a tan solo un metro de él, mi pregunta fue de lo más natural. No sonó entrometida. Ni demasiado indiscreta. ¿Quién iba a resistirse a que le contaran de algún dramón del lugar, en especial si el dramón había sido mencionado por alguien más? En este caso, ¡el mismo Richard Riley! Puede que Cass no quisiera la verdad, pero yo quería hasta la última gota.

El profesor se reclinó sobre el respaldo y entrelazó las manos detrás de la cabeza, sacudiéndola con un gesto de incredulidad.

–Es muy triste –comenzó y luego se detuvo. Antes de continuar, señaló el cartel–. Es probable que esa haya sido la última obra protagonizada por las dos mejores estudiantes con las que he trabajado aquí. Eran las protagonistas cada año y eran mejores amigas, prácticamente inseparables. Incluso hablábamos de eso en la sala de profesores. Siempre estaban juntas, ellas dos y nadie más. Sally, hasta me encargaba de elegir las obras según lo que les quedara mejor a ellas. Jamás hice eso como docente antes. Estaba absolutamente convencido de que tendrían todo el éxito del mundo.

–Vaya –dije; una rápida intervención verbal que esperaba que lo animara a seguir hablando.

–Sí –asintió, después de repente se puso de pie y fue hasta la puerta; asomó la cabeza y miró a un lado y a otro antes de cerrarla–. Todos en el pueblo siguen destrozados por lo que pasó –continuó, volviendo a sentarse en su silla–. Bueno, ellas dos, las dos tenían ese "algo especial", como dicen, pero una se notaba que era una estrella y la otra se aferraba un poquito de los laureles de la amiga. –Entonces juntó los dedos y entornó los ojos para ilustrar la diferencia leve, pero no insignificante, entre el talento de ambas.

¿Cuál era Cass y cuál era Amanda? Una pregunta que quería hacer, pero no podía.

–Pero eso no importa –dijo–. Y no quiero demorarte. Seguro querrás ir a ver a tu hermana.

Mi hermana, mi hermana, mi her… ¡casi la había olvidado! Pero me recuperé y dije:

–Ah, no, tengo unos minutos. ¿Qué pasó? –Infundir en esas dos palabras la cantidad justa de curiosidad era lo que hacía falta, y lo logré.

–Fue algo rarísimo –me contó–. Hará un mes, más o menos, una de las chicas va corriendo al Big 8, un motel venido a menos que está junto a la carretera, y llama a emergencias. Les pide que vayan de inmediato a la isla Hideaway, que su amiga estaba herida, les dice dónde, todo. Por supuesto, mandan ayuda enseguida, encuentran a la chica en el lugar exacto donde les habían dicho que estaría, la llevan al hospital.

Como buen artista, se detuvo ahí: el final del primer acto, un breve intervalo, todos recobran el aliento.

–Ajá –pronuncié la palabra como si fuera una invitación a continuar.

–Bueno –volvió–. Una chica está en el hospital, pero la otra… la que hizo el llamado... *¡PUF!* –Juntó las manos y las separó formando un estallido–. Se marchó. No está por ningún lado; desapareció.

Cass.

–¿Se… marchó? –dije, fingiendo sorpresa, porque me parecía que eso haría alguien que oyera la historia por primera vez.

–Nadie, ni siquiera su madre (aunque, para ser honesto, nunca fue la Madre del Año), ha sabido de ella desde entonces. Se esfumó.

–¿Qué le pasó? –pregunté.

El profesor Riley revoleó las manos, perplejo, y dijo:

–Sabes lo mismo que yo. Se ha rumoreado todo tipo de teorías en el pueblo; dicen que trató de matar a su amiga y huyó cuando no lo consiguió, pero eso no lo creo ni loco. Se amaban. Y además, ¿por qué llamaría a emergencias? Incluso he oído que algunos dicen que esa isla está embrujada y que quizás ella se haya ahogado tratando de volver. La verdad es que es un misterio.

¿Se amaban?, pensé.

–¿Qué dice la policía?

–No tienen idea. Quieren hablar con ella, desde luego, pero como la amiga no murió, para ellos no es más que un accidente

desafortunado.

–Tiene sentido –dije–. ¿Entonces la otra chica está viva?

–Sí, Amanda. Pero paralizada de la cintura para abajo. Una verdadera tragedia. –Volvió a mirar el cartel de *Noche de reyes* y agregó–: Muy shakesperiano todo.

CAPÍTULO 20
SIDNEY

2000
Plattsburgh

En aquel entonces, para mí Cass era una mujer irrepetible. Nunca había ido a Nueva York, no sabía cuántas mujeres más habría para elegir y estaba convencida de que ella era insuperable. Lo que necesitábamos las dos, era dejar de mirar al pasado. Mi regalo para ella sería liberarla del albatros de Amanda. Tendría libertad de verdad. Conmigo.

Fui directo desde la oficina del profesor Riley hasta el café en Plattsburgh. Dos minutos antes de que cerrara, abrí la puerta principal, esperando ver a Cass con el delantal puesto, apilando sillas. Pero no, solo estaba Brett. No me parecía que le cayera bien; en realidad, no parecía que nadie le cayera bien. Señaló la puerta trasera y caminé hacia allí sin mediar palabra. Supuse que Cass estaría sentada en la escalera donde habíamos compartido aquel cigarrillo imaginario, pero tampoco tuve suerte. Seguí al estacionamiento y ahí estaba ella, dentro del Civic rojo deteriorado. Estaba girada hacia atrás, buscando algo en el asiento trasero, así que no me vio. Abrí la puerta del lado del acompañante y me metí.

–No hagas eso –dijo, ahora mirando hacia delante–. Me marcho. ¿Qué haces aquí? Me tengo que ir.

Había estado llorando, tenía los ojos hinchados, volteó la cabeza como si no quisiera que la viera. Como si yo no hubiera atestiguado el momento en el que tocó fondo. Extendí la mano y le toqué el

brazo. Ella bajó la vista a mi palma, fijó los ojos allí un instante, después me miró, sacudiendo la cabeza rápidamente.

–Voy a regresar –anunció, haciéndome una seña para que bajara del coche. No me gustó que me echara de esa manera–. Esto está mal –continuó–. He cometido demasiados errores.

Puse la mano en la manija de la puerta y pensé en bajarme y ya. ¿Por qué dejaba que me tratara así? ¿Qué era ella para mí? Bueno, además de la chica más hermosa que había visto. Le lancé una mirada, dejándole en claro que estaba dolida. Se le hundieron los hombros.

–Perdón –dijo, tranquilizándose un poco–. No es mi intención decepcionarte. De verdad; lo digo en serio. Pero tengo que volver a casa.

Su rostro transmitía sinceridad, yo no tenía dudas de que iba a marcharse. Presionaría el acelerador en cuanto yo saliera del vehículo; un borrón rojo volviendo a toda velocidad a una vida que la atraparía para siempre.

–Ay, Cass –solté, y dejé que se me transformara la cara–. Es por eso que estoy aquí.

–¿Por eso estás aquí? –Parecía confundida.

–Amanda –dije. Me tapé los ojos con la mano. Era pésima actuando. Todo sonaba absurdo, deseaba que mi siguiente oración nos llevara por otro rumbo; pero entonces continué con torpeza–: Hoy fui a Bolton Landing.

–¿Qué…?

–Perdón –la interrumpí–. Pero necesitaba saber para poder ayudarte. Y, Cass, lo que averigüé… Lo siento muchísimo.

Bajé la cabeza y la sacudí despacio, infundiendo absoluta devastación en el movimiento para que entendiera que ese "lo siento" era pena de verdad, por algo mucho más importante que un viaje a escondidas.

Sin embargo, no sabía si podía decir las palabras en voz alta; tejer una existencia completamente nueva para Cass con una sola oración. ¿Tendría las agallas? Entonces sus manos buscaron las mías y eso fue directo a mis venas. Parecía angustiada, sus ojos

imploraban, y me entregué… al momento y a lo que se necesitaba que hiciera.

–Amanda murió –dije–. Una neumonía en el hospital; una semana después del accidente.

Aposté todo. Aposté todo a Cass.

Luego me puse una coraza y reprimí todo pensamiento; no era más que un cuerpo sin alma frente a ella. Me mantuve firme mientras Cass me miraba a los ojos, buscando desesperada una salida. Un segundo, dos segundos, tres. Entonces me soltó las manos y se volteó; se bajó del coche sin decir nada. La observé por la luneta abrir la cajuela y revolver entre unas cosas. Después la cerró de un golpe, pasó por un hueco de la valla y se perdió entre los árboles detrás del estacionamiento.

CAPÍTULO 21
CASS

2000
Plattsburgh

Aún no había tocado las cosas de Amanda. Creo que en cierto sentido pensaba que iba a regresar pronto –¡claro que iba a regresar!–, así que para qué molestarlas. O tal vez no era así. Tal vez pensaba que no usar sus cosas me daba aunque fuera un poco de altura moral, era una línea que ni siquiera yo cruzaría. Y, sin embargo, todo ese tiempo jamás me consideré mala persona. Solo estaba pasando por un mal momento, tratando de ver cómo vivir.

Aunque quizá eso sea lo que piensan las malas personas.

Y entonces llegó esa tarde espantosa. Sidney dijo esas palabras. "Amanda murió", dijo.

Un minuto antes, estaba a tan solo un tramo de autopista de ver a Amanda de nuevo. Ahora, nunca volvería a…

Ni siquiera podía pensarlo. Y por más que mirara a Sidney, suplicándole con todo mi ser, no iba a decirme lo contrario. De repente, necesitaba bajarme del coche. Dejar atrapada dentro de él a la idea de que mi amiga había muerto. Salí y abrí la cajuela, tomé la bolsa de Amanda –la bolsa de lona de Strand–, que estaba en un rincón del fondo. Recién cuando la cajuela estuvo cerrada, exhalé. No podía dejar que más aire del auto, contaminado como estaba, entrara a mi cuerpo.

Dentro de la bolsa había tres suéteres enrollados con esmero, el orden era la única manía obsesiva de Amanda.

Apreté la bolsa contra el pecho y me metí entre los árboles detrás del estacionamiento. Por mucho que traté de evitarlo, la realidad de las palabras de Sidney se había filtrado fuera del coche y, para mi desazón, estaba sobreviviendo al contacto con el mundo exterior. Así que ahora estaba instalada esa idea de que Amanda había muerto. Traté de ignorarla, dejé que fuera una cosa más en el mundo. Como palabras en un cartel tirado por un avión: AMANDA MURIÓ. Algo escrito en las nubes. De una u otra forma, era algo separado de mí, externo a mí. Podía alzar la vista y reaccionar, o no.

Encontré un árbol grande y me senté contra el tronco. Sostuve la bolsa contra el pecho. Esa tontería que Amanda siempre decía sobre la moda no dejaba de sonar en mi mente, lo de combinar lo exterior con lo interior. En ese momento, mi interior se deshacía. Me llevé la bolsa al rostro y grité contra la lona.

–*Perdón, perdón, perdón, perdón.*

***

Alrededor de una hora más tarde, no estoy segura, finalmente me obligué a ponerme de pie. Me sentía débil. Me sentía hueca por todos lados menos en la cabeza, que me estallaba. Estaba caminando con cuidado hacia el coche, donde todavía estaba Sidney. En el mismo lugar en el que la había dejado.

Esperaba sentir molestia, incluso enojo, pero no. Quizá estaba bien que por una vez algo fuera fácil. Que dejara que las cosas sucedieran porque allí estaban de todas formas, y se sentiría bien ser tocada, ser abrazada. Ser envuelta por la calidez de otra persona, con el sonido de su sangre corriendo cerca de tu oído. Entonces Sidney me vio, se bajó del auto y caminó hacia mí.

–Cass –dijo, estrechándome fuerte en un abrazo–. Aquí estoy. Estoy contigo, ¿sí? Estoy contigo.

Tenía el mentón apoyado en su hombro, asentí contra su clavícula. Nos quedamos abrazadas unos segundos. Después llevé la mano a su nuca y guie sus labios hacia los míos. Amanda muerta… Necesitaba ver hacia otra dirección por un rato.

Esa noche, cuando Sidney me llevó a su apartamento, nos fuimos directo a su cama. Ella sabía lo que hacía. Cuando por fin la toqué, metiendo la mano dentro de sus jeans, noté que estaba toda mojada y la miré a los ojos, un acto reflejo.

–Tú me haces eso –me dijo. Noté que eso me excitaba, el ser tan deseada.

Esa noche, Sidney se quedó dormida con un brazo sobre mi pecho. Yo miraba el techo, aterrada por no tener más distracciones, cuando volvieron a aparecer esas dos palabras encima de mí: AMANDA MURIÓ. Unas letras negras, como en una marquesina. Cerré los párpados, pero las palabras ya se me habían marcado en los ojos. Lloré hasta sentir la almohada mojada contra la mejilla.

Más tarde esa noche, empecé a escribir *Los últimos de todos*.

CATE KAY
Los últimos de todos

Jeremiah y Samantha acababan de terminar su turno de la noche en ANC. El sol de la mañana teñía de dorado los rascacielos y a Samantha le dolía perderse el espectáculo, pero Jeremiah había olvidado sus lentes de sol en el coche, que dejaban en un estacionamiento en el sótano del edificio y que solo usaban más que nada los fines de semana. Tomaron el elevador hacia las profundidades del garaje. Bajaron cuatro pisos. El automóvil no era gran cosa, un viejo Mazda verde al que habían apodado "Pacino" porque estaba bastante golpeado. Tenía el parachoques abollado, el espejo retrovisor partido, las alfombras del piso agujereadas. Pero les daba la libertad de salir de la ciudad, escuchar música, sentir el viento en el cabello. Eran chicos de California en el alma, necesitaban un par de ruedas.

Jeremiah estaba inclinado en el asiento delantero de Pacino, rebuscando en la guantera. Samantha esperaba, con la espalda apoyada contra una gruesa columna de cemento. Estaba pensando en el casete con el compilado de canciones que él le había hecho hacía años, justo antes de emprender el viaje hacia el este para perseguir sus sueños. Lo había titulado *Libertad al fin*. Habían dado una vuelta, escuchado las canciones, discutiendo sobre qué lugar debería ocupar el mejor tema en un compilado. Ella decía que el tercero; él decía que el quinto.

Miró su reloj, las 6:44. Ya había salido el sol. Samantha no podía saberlo, pero esos eran los últimos segundos antes de que estallara la ciudad.

Desde las alturas, el Vuelo 1602 estaba descendiendo hacia LaGuardia. Una niña de nueve años, de cabello castaño brillante, con sandalias de goma de todos colores, tenía la cara pegada contra la ventanilla ovalada. Le pareció que algo extraño sucedía abajo, en tierra, y estiró la mano hacia su mamá. Pero justo entonces el avión se sacudió y la madre de la niña la apartó de la ventanilla. Un segundo después, una nube con forma de hongo gigante se levantó sobre los edificios altos, subiendo y extendiéndose, y el piloto les dijo que no iban a aterrizar, que iban a seguir volando. Todas las personas a su alrededor comenzaron a llorar.
En el garaje, Samantha sintió un latido de energía dentro de la columna de concreto. La estructura parecía vibrar contra su espalda, un tremor distante. Pensó que sería un vagón de metro que pasaba cerca de ellos. La vibración era parecida, pero esa energía avanzaba a toda velocidad. Todo su cuerpo se puso en alerta.
–¡Sal de ahí! –chilló con una voz irreconocible. Se lanzó hacia delante, sujetó a Jeremiah y lo sacó del auto. Se refugiaron juntos contra la columna, cubriéndose los oídos. Las luces se apagaron primero. Luego, cayeron partes del techo, unas gruesas losas de concreto que aplastaron a los vehículos que los rodeaban. La puerta de Pacino aún estaba abierta, y Samantha vio un pedazo del edificio aplastar a su auto verde. ¿A quién le importaba ahora que el espejo retrovisor estuviera partido? Apretó los párpados y se aferró a Jeremiah.

CAPÍTULO 22
AMANDA

2000
Bolton Landing

En el verano antes de empezar sexto año, Annie y yo pasamos la primera semana de julio jugando al *Super Mario Bros.* en la Nintendo original. Los videojuegos nos ponían inquietas e irritables, pero no podíamos resistirnos. Mezclábamos unos jugos en polvo y nos acostábamos en la alfombra del cuarto de estar de mi casa, con la cabeza en una almohada, turnándonos y chillando cada vez que un caparazón de tortuga o un salto dado a destiempo hacía que el Mario de 8 bits cayera en picada al inframundo.

Uno de esos días, Annie se levantó de golpe.

–Ya no lo soporto –dijo. Sacó el cartucho de la consola y me miró. Con su mejor voz de Terminator me preguntó–: ¿Permiso para destruir?

Me puse de pie de un salto, contenta con el cambio repentino en la trayectoria del día. Junté los talones como los oficiales que había visto en la televisión, eché los hombros hacia atrás y exclamé:

–Permiso concedido, señor.

Entonces vi a mi amiga revolear el cartucho por la sala como si fuera un *frisbee*. No fue precisamente un plan de destrucción bien pensado, el cuadrado gris dio contra la pared y cayó entero. Annie corrió a buscarlo y lo inspeccionamos, no parecía haber nada roto.

–¿Probamos si todavía funciona? –propuso ella, poniéndolo de vuelta en la consola. Bajó la tapa, presionó PLAY y nos quedamos

mirando mientras el juego intentaba volver después de nuestro intento de asesinato. La pantalla parpadeó, el juego trataba de cargar la manifestación plena de su mundo, pero no podía: se había roto algo interno.

Annie y yo nos miramos. Yo esperaba a que ella me dijera cómo sentirme por haber dañado a propósito algo valioso.

–Era necesario –sentenció mi amiga por fin, encogiendo los hombros–. A veces parecía que estábamos desapareciendo dentro del juego.

Cuento esta historia porque, la mañana en que desperté en el hospital, me sentía como un videojuego que no cargaba bien.

Al principio sentía curiosidad, como si fuera una detective resolviendo el misterio de lo que me estaba pasando. Quién, dónde, cuándo y por qué.

Quién: yo, creo. Sí, yo.

Dónde: poco claro al principio, pero oí un pitido rítmico y el contorno borroso de una máquina me indicó que en el hospital.

Cuándo: rebobinar, rebobinar, rebobinar… El cable, la caída, esos eran los recuerdos más cercanos.

Por qué: estaba herida, pero no estaba lista para pensar en la gravedad.

(A veces, incluso ahora, me despierto sintiéndome igual que esa mañana. Así es como mi cerebro intenta volverme loca. Cuando siento que ocurre eso, me obligo a sentarme y enciendo la luz de la mesa de noche. Después respiro hondo muchas veces y el pánico por lo general se va pasando).

Volvamos a esa primera mañana. Tenía un ojo abierto. Había una persona acurrucada en una silla en un rincón, tapada con una manta muy pequeña. ¿Era Annie? No alcanzaba a ver. En el alféizar de la ventana, junto a la persona que probablemente era Annie, había un vaso de café de Bingo, la tienda del vecindario, y ver el logo del perro pardo con la lengua roja me tranquilizó. La imagen conocida me dio seguridad.

Sentía la garganta seca y dolorida, me preguntaba si tendría estreptococo o laringitis y si por eso estaría en el hospital, y no por lo del cable. Estaba haciendo un esfuerzo enorme para no dormirme

de nuevo, manteniendo el ojo abierto fijo en el vaso de café, pero después volví a hundirme y me sumergí en un recuerdo.

En un recuerdo de Annie. Tenía puesto el abrigo marinero que había encontrado en la tienda de segunda mano, con unos botones que parecían tapones de vino puestos de costado. Teníamos una hora libre en la escuela y siempre íbamos a Bingo cuando había una hora libre. La clave del café, decía Annie, era agregar suficiente crema y azúcar para que se pareciera más a un batido.

Teníamos una relación amor-odio con Bingo. Amábamos que estuviera cerca de la escuela y que sirvieran el café en un vagón de tranvía viejo pintado de azul con detalles amarillos. Odiábamos el nombre y el logo. (El café tampoco era muy bueno, pero en ese entonces no lo sabíamos).

–¿Quién le pone Bingo a un perro? –dijo Annie la primera vez que fuimos, creo que en segundo año–. ¿Se sentaron a pensar nombres y se quedaron sin energía?

–Quizá los abrumó el proceso –opiné. Ella me lanzó una de sus miradas, con una ceja apenas levantada, al ver que estábamos a punto de entrar en una ronda de ingenio.

–No puede ser más abrumador que, bueno, tener un perro, ¿no?

–No lo sé, probemos. ¿Qué nombre le pondrías al tuyo?

Ella echó la cabeza hacia atrás y miró a las nubes en busca de una respuesta.

–Eh… ¿Lucky?... ¿Patch? –dijo unos segundos más tarde. Aparentemente, había visto *101 dálmatas*. Después de una pausa, agregó–: Es más difícil de lo que pensé.

Era raro que Annie no tuviera la respuesta perfecta, la observé divertida apoyarse las manos a los lados de la cabeza y mirarme horrorizada.

–Ay, Dios mío, soy pésima con esto –se lamentó. A ella nunca se le daba mal nada–. Inténtalo tú. ¿Qué nombre le pondrías a tu perro?

Eso era fácil. Mi papá siempre tenía perros en el taller, así que desde pequeña había soñado con tener uno algún día y con el nombre que le pondría. Luego, en un campamento de teatro en la escuela hicimos *Sueño de una noche de verano* y ahí lo supe.

–Puck –respondí–. Le pondré Puck a mi perro.

Annie se levantó de un salto y me miró, impresionada.

–¡Dios mío, es perfecto! ¿Ya lo tenías pensado o fue pura suerte como en el… bingo? –Me guiñó un ojo tras la última palabra, tratando de recuperar algo de genialidad con un chiste malo.

Después de ese día, cada tanto, nos sentábamos en uno de los bancos que parecían rescatados de una estación de tren y Annie, de la nada, decía un nombre: Cicerón, Poe, Enrique V, Hamlet. Las primeras veces que lo hizo, yo no entendía nada y necesitaba más contexto. Le respondía: "Eh, ¿qué?".

–Perséfone –dijo una tarde de marzo del último año de secundaria. Sé con certeza que era marzo porque cuando sopló una ráfaga de viento frío unos minutos después, Annie agregó–: Marzo…

Sacudió la cabeza sutilmente. Yo supe que debía terminar el típico dicho local con un "Entra como un león y se va como un cordero". Chocamos los cinco sin mirarnos. Era nuestra tradición de marzo desde cuarto año, cuando nuestra maestra preferida, la señora Rogers, nos hizo cortar flores y leones de cartulina y pegarlos en el pasillo fuera del salón de clase, debajo del refrán. Un proyecto que nos gustó muchísimo.

En respuesta, fruncí el ceño, lo que ella interpretó como correspondía. Entrelazó las manos detrás de la cabeza.

–Ya sé, ya sé… –dijo–. No es nombre de perro.

–Pero es un excelente nombre para un personaje humano.

Ella asintió. Un minuto más tarde, volvió a intentarlo:

–Dante.

–Mmm –dije, pensando de verdad si podría funcionar. Me lo tomaba en serio–. Un gran candidato, sin duda, pero solo si tienes, digamos, un dóberman.

Annie suspiró.

–Sí, creo que tienes razón. –Después me miró y dijo–: ¿Te parece que les debo una disculpa formal a los dueños de Bingo?

***

Estaba volviendo a despertar y ahora Kerri estaba allí, sosteniéndome la mano. Parecía aliviada y aterrada de que hubiera despertado.

–Hola –saludé con la voz ronca.

Ella enseguida empezó a llorar y me levantó la palma para besarla. Se sentía rara mi mano, como cuando me despertaba en mitad de la noche con el brazo dormido y parecía el de otra persona.

–¿A dónde se fue Annie? –susurré, segura de que había estado antes, acurrucada en la silla.

Kerri solo me miró, no dijo nada.

Y juro que fue en ese momento que el miedo empezó a calar en mis huesos, cuando las piezas empezaron a encajar: el hospital, mi garganta, el cable, la pesadez de mi cuerpo, Annie allí conmigo en la piscina, pero ya no.

Lo grande y feo que habría sido todo como para haberla espantado.

–No sé dónde está Annie –dijo Kerri finalmente.

CAPÍTULO 23
SIDNEY

2005
Nueva York

Supe que *Los últimos de todos* sería un verdadero fenómeno. Cass por fin me había dejado leerlo después de cuatro años de escribir, revisar y reescribir. Durante todo ese tiempo, no supe absolutamente nada del libro, ni la premisa, ni los personajes ni el escenario. Hasta donde yo sabía, bien podría haber estado escribiendo una comedia romántica, aunque lo dudaba, ya que el romance no parecía estar entre sus prioridades, por más tierna que yo intentara ser. También me preocupaba que ficcionara una versión de su pasado. Así que cuando al fin me dio el libro, me sentía nerviosa, y me quedé despierta toda la noche leyéndolo, con miedo hasta el final de que contuviera algo que la delatara. Puse la última página sobre la pila y la miré; dormía de costado, dándome la espalda.

Vivíamos en un apartamento de dos ambientes en Harlem. Cass trabajaba en un café a la vuelta de la esquina y yo me había anotado en un programa intensivo en la Universidad de Nueva York, incluidos cursos de verano, y había logrado graduarme en dos años en lugar de tres; así que para ese entonces ya estaba abriéndome camino en un prestigioso bufete de abogados.

Esa mañana temprano, le toqué el hombro y la sacudí despacio para despertarla. Ella miró por encima del hombro, medio dormida, hasta que vio la pila de hojas sobre mi regazo; entonces se incorporó, atenta de repente.

–Lo leíste –dijo. Percibí esperanza en su voz. Le importaba lo que pensara y eso me hizo sentir mejor por nosotras; siempre había percibido nuestra relación como algo inestable. Aparte de su capacidad para contar historias, el mayor don de Cass parecía ser la ausencia, que pudiera abandonar su cuerpo con facilidad. Casi siempre estaba en alguna otra parte y yo había empezado a tomarlo como una afrenta personal. ¿Acaso no le había dado suficiente?

Al verla esa mañana en la cama, plenamente presente, desesperada por saber mi opinión sobre su trabajo, volví a enamorarme.

–Será un éxito de ventas –dije y, mientras pronunciaba las palabras, juré utilizar todos los recursos a mi alcance para que así fuera.

–¿Tú crees? –preguntó, lo que no era común en ella; no solía buscar refuerzo positivo de mi parte.

–Tenemos que trazar un plan –propuse, sin responder a su pregunta.

–En realidad, ya lo envié –señaló, encendiendo la lámpara de su lado de la cama. Estaba impaciente; siempre había sido así. Quien haya dicho primero la frase "empezar la casa por el tejado" hablaba de una persona muy parecida a Cass. ¿Cómo pudo enviar una copia de este manuscrito sin preguntarme primero? Evidentemente percibió mi malestar porque agregó–: A solo una agencia literaria. Es mi primera opción, Elocuencia.

–¿Y qué nombre usaste como autora?

–Un seudónimo.

–¿Qué seudónimo?

–El que quiero usar…

–¿Cuál? –Estaba molesta y no pretendía ocultarlo.

Ella apretó los dientes y después los relajó.

–A eso iba. Me decidí por Cate Kay.

–Cate Kay –dije, probándolo, tratando de identificar posibles problemas–. ¿Qué significa?

–No significa nada. Tan solo me gusta cómo suena.

CAPÍTULO 24
CASS

2005
Nueva York

Casi cinco años sin Amanda. Un total de 1.825 días. Un número microscópico comparado con la cantidad de veces que había pensado en ella. Estaba en todas partes, en cualquier recoveco. Cada vez que me sentaba a escribir (siempre en un cuaderno de espiral barato, siempre a mano), la oía reírse de que yo estuviera todo el tiempo haciendo *clic* con el bolígrafo. Se acercaba y me paraba la mano. Había detectado todas mis pequeñas manías[10]. La escritura amplificó esos tics. Hacía *clic* con los bolígrafos hasta destrozarlos. De verdad, el resorte salía volando de la parte de arriba. Cuando eso sucedía, pensaba en Amanda, seguido por una fría oleada de culpa. Un doble golpe potente.

Ella estaba conmigo siempre.

La hice parte de mi libro, por supuesto. ¿A dónde más iba a ir Amanda, todos los detallitos que me encantaban de ella, si no a mi libro? No tenía otra forma de canalizar mis pensamientos sobre ella y ya estaban ocupando demasiado lugar dentro de mí, tenía que ofrecer una parte al universo.

Así que escribí una historia sobre dos amigos –compañeros–, que compartían un mismo sueño, pero los terminaba separando una catástrofe. Uno amaba a la otra, pero el amor no era correspondido… al menos no de la misma manera. E hice que la catástrofe que separaba a mis dos almas gemelas fuera grande, tan

grande que el mundo comprendería que no era culpa de nadie. Había sido el universo el que los había alejado.

Escribí, escribí y escribí. El libro era un homenaje, pero también un Ave María. ¿Pensaba que alguna vez se publicaría o sería un éxito de ventas? De ninguna manera, las probabilidades eran ínfimas. Pero también sí, era una certeza. Pensaba ambas cosas. Otras veces, juro que no importaban ni una ni la otra. Lo que importaba era escribir. Pero más que nada, pensaba que el libro era mi vía de escape a otra vida. Y tal vez creía que era posible porque ya lo había hecho en otra oportunidad, escapar a otra vida.

CATE KAY
Los últimos de todos

Roger Riley era el presentador más famoso de ANC. Era conocido por su cuidada barba entrecana y su carácter sereno. Estaba al aire la mañana de la explosión, desde los estudios del canal en Atlanta. A mitad de un típico informe del estado del tiempo, se le metió la voz de su productora en el oído, quien le explicó con urgencia las noticias que llegaban de Nueva York. Roger transmitió todo a los televidentes en tiempo real, tratando de controlar el temblor de su voz. Sabía que este era un acontecimiento que alteraría el curso de la historia. El número de muertos sería impactante.

Detonada cerca del centro de Nueva York, la onda expansiva se sintió en Filadelfia. Las señales de telefonía celular, caídas. Las señales de radio y televisión, caídas. Nueva York estaba aislada de la ayuda y la información.

Esta última parte era lo que más preocupaba a Roger. Los sobrevivientes debían refugiarse donde estaban, el aire era mortal.

Había estado en vivo durante una hora, sin comerciales, cuando la productora volvió a su oído para darle una noticia increíble: dos jóvenes reporteros de ANC habían sobrevivido a la explosión, al igual que la señal móvil de la cadena. Tenían una cámara en buen estado y un micrófono: podían transmitir desde el lugar de los hechos.

–¿La señal llegará a los neoyorquinos? –preguntó él. Al diablo con el protocolo. La productora no estaba segura, pero pensaba que era posible. Él asintió y miró a la cámara–: Acabamos de recibir la noticia de que dos jóvenes miembros del equipo de ANC han sobrevivido a la explosión y están transmitiendo en vivo. Se llaman Samantha Park y Jeremiah

Douglas. Están arriesgando su vida para compartir lo que está pasando en el lugar de los hechos. Vamos con ellos...

***

–Habla Samantha Park, con Jeremiah Douglas detrás de la cámara –dijo con los ojos fijos, manteniendo la voz lo más firme posible–. Estamos transmitiendo en vivo desde el centro de Manhattan. Creemos que se detonó una bomba nuclear cerca del centro de la ciudad a alrededor de las 6:45 de la mañana.
Habían estado afuera durante dos horas y Jeremiah se sentía mareado y con frío. Desde Atlanta les acababan de decir que tenían tres minutos antes de entrar al aire: Roger Riley estaba entrevistando a un experto nuclear en el estudio. Jeremiah trató de mantenerse firme, pero la cámara se inclinó hacia adelante y se estrelló contra el suelo. Se acuclilló, apoyado sobre una rodilla.
–Esto realmente está pasando, ¿verdad? –dijo. Samantha había tenido la misma revelación. Sabía que él hablaba de todo: el día, la explosión, el aire que podían sentir envenenándoles el cuerpo en tiempo real.
Ella corrió, le apoyó una mano en el hombro.
–¿Qué sientes?
–Como mal de altura, pero mucho peor: mareos, dolor de cabeza, náuseas –dijo–. Pero también algo más. Es como si mis entrañas estuvieran... No sé cómo describirlo exactamente.
Justo entonces, una ráfaga de viento (el aire parecía poseído en esas primeras horas) voló un vaso de papel que chocó con el pie de Samantha y ella lo tomó, levantó la vista, y se quedó estupefacta al ver que estaban frente a su café preferido. Dio un giro, tratando de orientarse. ¿Cómo? Miró el vaso que tenía en la mano, lo dio vuelta hasta encontrar el logo: *Bingo*. Se imaginó el vaso con café y suficiente leche y azúcar para que pareciera un batido tibio.
Estaba pensando en todas las noches que había pasado por allí con Jeremiah, al principio emocionados con su nuevo trabajo, luego planeando cómo iban a conquistar el mundo, después quejándose de la burocracia interna. Pensó en cuando Jeremiah había entrado un domingo reciente por la mañana, preguntándose como quien no quiere la cosa si deberían volver a casa. Tal vez eso de la vida en la gran ciudad, los grandes sueños, no era tan bueno como lo pintaban. Samantha se había reído, luego se detuvo abruptamente.
–Espera, ¿hablas en serio? –le había dicho.
Le había prometido que hablarían de eso luego, pero no lo habían hecho.

Ahora, mientras Samantha estaba sumida en sus pensamientos, mirando fijo el vaso vacío, Jeremiah logró cargar la cámara de vuelta en el hombro. Los tres minutos ya habían pasado. Un sudor frío le cubría el cuerpo, pero iban a salir al aire en "tres, dos, uno". Apuntó la cámara al rostro de Samantha: estaba ensimismada. Había notado, segundos antes, que se le había fruncido el gesto, como siempre que trataba de no llorar. Le subía y bajaba el pecho, acunaba el vaso como si quisiera calentarse las manos.

–Sam –susurró Jeremiah, para avisarle que estaban de vuelta en vivo.

Cuando ella levantó la cabeza y vio que él tenía la cámara, abrió los ojos de par en par, hasta que recuperó el foco.

–Lo siento –dijo, mirando al cielo–. En este momento, más que nada, quiero ser profesional, para todos los sobrevivientes que necesitan información, para ustedes en su casa, para todos los que merecen saber lo que está pasando aquí. Pero hemos estado tan desorientados después de lo ocurrido, y acabamos de encontrar Bingo, nuestro café, el mejor de Nueva York. Y nos... me he... quedado sin palabras por un segundo.

Se inclinó y recogió el resto de los vasos blancos desparramados, apilándolos en las manos. Luego atravesó el frente destrozado de Bingo. Jeremiah la siguió, filmándola mientras apoyaba la pila de vasos con delicadeza sobre lo que quedaba del mostrador.

Ella se enjugó las lágrimas y se dirigió a la cámara:

–Aún seguimos buscando los servicios de emergencia y continuaremos nuestro camino hacia el ayuntamiento, donde esperamos encontrar más información y respuestas para todos sobre los sobrevivientes, además de los pasos a seguir. Por ahora, refúgiense todos, por favor. Es peligroso aquí afuera, por muchas razones.

10 **Nota de Cate:** Incluso sabía que, si tenía a mano el envoltorio de un sorbete, lo plegaba hasta formar el cuadrado más diminuto posible.

CAPÍTULO 25
MELODY

2005
Nueva York

Mi papel en esta historia es obvio, soy la agente que rescató *Los últimos de todos* de la pila de manuscritos no solicitados. He relatado lo acontecido ese día como cien veces, en cada cena a la que he ido. El precio de mi invitación. Pero por lo general me contengo un poco, salteo algunos de mis detalles preferidos, no todo el mundo merece saber todo. Pero ahora, aquí, no voy a guardarme nada.

El día en que descubrí el manuscrito, y luego a Cate Kay, comenzó como el peor de mi carrera profesional. Tenía treinta años y había trabajado en la industria editorial, en la misma agencia literaria, durante los ocho años posteriores a mi graduación de Brown. Pasé los dos primeros haciendo una pasantía en Elocuencia, otros dos como asistente y los últimos cuatro como la agente menos productiva en la historia de la agencia. Puede que esté exagerando, pero no creo. En cuatro años, había vendido tan solo cinco libros. Para que tengan una idea, una de mis colegas una vez cerró dos acuerdos en un día y la agente más destacada llegó a vender veintiún libros en un año. ¿Cómo era posible que fuera tan mala en el trabajo que había querido hacer desde niña? No tenía idea.

Era el jueves previo al fin de semana largo del Día de los Caídos, que marcaba el comienzo del verano y de la temporada en que la agencia iba a paso de tortuga.

–Hola, hola, Melody. –Era como el fundador de la empresa, Dempsey Carroll, un hombre blanco canoso que siempre iba impecable, me saludaba cada mañana; y así lo hizo aquella también. Estaba charlando con la mujer de la recepción, yo trataba de pasar junto a ellos para ir a mi cubículo sin tener que mirar a nadie a los ojos. Ser incapaz de vender en una empresa que se dedica a las ventas te va erosionando la confianza, y a esa altura mi ego tenía un tamaño de fuente dos. Suponía que todo el mundo en la oficina estaba igual de avergonzado por mi rendimiento.

–Buen día, Dempsey –dije sin alzar la vista. Llevaba un modesto solero floreado blanco y azul que me llegaba por debajo de la rodilla y unas sandalias básicas. En ese entonces, era una chica promedio por donde me miraran. Por cómo me había saludado Dempsey, como todos los días, no esperaba nada fuera de lo común. En retrospectiva, estoy segura de que todos los demás agentes esperaban que yo renunciara esa primavera en lugar de seguir cobrando mi salario durante el bache del verano. Creían que debía tener un poco de amor propio. Y lo tenía. Me amaba lo suficiente para continuar cobrando mi salario durante el mayor tiempo posible. En especial porque trabajaba duro, aunque no generara resultados.

De camino a mi escritorio, como hacía siempre al final de la semana, tomé la pila de manuscritos no solicitados, lo que me hizo ver como una torpe, desparramando sobres de papel madera por todos lados. Me senté y acomodé el correo en una pila ordenada. Al hacer eso, me sentía como un crupier al terminar de barajar el mazo.

–Hola, pequeña. –Dempsey apareció a mi lado de repente. Y antes de que pregunten, *sí*, odiaba que me dijera "pequeña", pero cuando no vendes una mierda, te cuesta un poco acusar a tu jefe de denigrarte con sus palabras. Al mirarlo, noté una forma rara en su boca–. Oye, cuando tengas un minutito, pasa por mi oficina.

No es el tipo de invitación que se deja para más tarde, así que le di un último golpecito a la pila y dije:

–Puedo ir ahora.

Leer los manuscritos no solicitados era una de las cosas que más me gustaban de mi trabajo. Todas las semanas esperaba con ansias

el momento de tomar la pila y llevármela a casa. También me gustaba ir a ventas de garaje, sentir las posibilidades en cada parada, las dos cosas tenían la misma energía para mí. Por suerte, ninguno de mis colegas pensaba igual, así que el páramo de joyas enterradas era todo mío. Esa mañana, mientras me alejaba del escritorio, miré con anhelo la pila impecable de sobres de papel madera. Tenía muchas más ganas de abrirlos y leerlos que de ir con Dempsey Carroll a su oficina de ejecutivo importante.

–Toma asiento –dijo, señalando una de las sillas frente al escritorio, a la vez que hacía esa cosa molesta de sentarse a medias en la esquina de la mesa. Se alisó la corbata y acomodó las manos sobre el regazo. (Lo primero que pensé: *¿Habrá visto eso en una película?* Lo que pensé después: *Oh, esto no va a ser bueno*).

¿Por qué no conseguía vender nada? Estaba igual de confundida que todos. Leer era lo que más me gustaba hacer, desde siempre. Era meticulosa y tenía buen gusto. Sin embargo, las estadísticas indicaban que me había equivocado de profesión. Y yo comenzaba a creer que quizá fuera cierto.

Quizá. Durante ese último año en Elocuencia, había empezado a pensar que ser agente literaria no tenía tanto que ver con las palabras como de socializar y estrechar manos, algo en lo que, con orgullo, admito que era un desastre. Pasaba casi todo el día en mi escritorio, leyendo, escribiendo cartas a escritores que admiraba, siguiendo las tendencias, haciendo listas. Me encantaba. Los demás agentes nunca estaban en la oficina, se la pasaban en almuerzos interminables o tomando café con autores y editores.

Yo nunca había sido popular. Tenía mala vista (algo genético) y debía ponerme esos lentes gruesos que tienen que usar algunos bebés, así que a medida que fui creciendo, la forma más sencilla de explicar en quién me convertí es volver a esa imagen y decir: "Ahora imagínala adulta". En la hora del almuerzo de la escuela, leía mi libro preferido en un cubículo del baño, e incluso ya en ese entonces mi madre me decía: "¿No deberías intentar hacer amigos, Melody?". Ahora lo veo como un presagio de mis primeros fracasos como agente.

Recuerdo mirar a Dempsey desesperada. Él vio el pavor filtrándose de mis ojos y no le gustó; lo puso nervioso. Sentí un cariño repentino por él en ese momento, aunque cada vez estaba más segura de lo que iba a ocurrir.

–Melody, pequeña –me dijo. (Repito: tenía treinta años)–. Esto no se está dando como queríamos. –Se detuvo allí, esperando que con eso bastara, esperando que yo completara el resto. Tomó un bolígrafo que estaba metido en una ranura del escritorio, eso pareció reconfortarlo. Me sentía como si me hubiera tragado un cubo de hielo que iba derritiéndose poco a poco por la garganta hasta llegar al estómago, congelándome por dentro.

En aquella época, toda mi precaria existencia dependía de ser agente literaria. Me había mudado a Nueva York después de pasar un verano en casa en Chicago, y en todos esos años solo había hecho una amiga: una chica con la que había ido a la universidad que justo vivía en el mismo edificio espantoso que yo y con la que me encontraba una vez por semana para que ambas pudiéramos decir que "teníamos planes" y así convencernos de que nos iba genial en esta metrópolis solitaria. Si Elocuencia me despedía, no solo me quedaría sin trabajo y sin dinero, y sin razón para quedarme, sino también sin el único campo profesional para el cual me había considerado capaz.

Al ver los ojos tristísimos de Dempsey me di cuenta de que tampoco me escribiría una carta de recomendación. Sentía el estómago frío. Miré al techo. Iba a tener que mudarme de vuelta a mi casa y ser bibliotecaria. Ese era el plan B que mi subconsciente había tramado unos años antes, pero al que nunca me había permitido darle forma por completo… hasta ese momento. Una bibliotecaria en mi ciudad natal. No quería imaginarlo. La vida de ratón de biblioteca era para mí, pero esperaba que Nueva York me transformara, a lo Anne Hathaway, en la versión más urbana de mí misma.

–Vamos a pagarte una semana de indemnización por cada año que trabajaste aquí –lo decía con cierto orgullo. Ocho semanas de mi salario miserable.

Y fue así como el agente principal de Elocuencia me despidió sin decirlo directamente. Por supuesto, casi todo en la vida se comunica sin precisión; por eso me encantaban tanto los libros. En ellos, las personas tenían miedo y rara vez decían lo que pensaban, pero los mejores escritores usaban las palabras como espadas para atravesarlo todo.

Dempsey se puso de pie, yo copié sus movimientos para salirme de ese momento incómodo.

–No necesitas quedarte hoy, desde luego. –Él ya estaba en el vano de la puerta, señalando mi cubículo. Yo ya lo había alcanzado, y ahí fue cuando vi la pila de sobres y el resto de los objetos de mi escritorio, casi todo basura. Esos manuscritos serían mi regalo de despedida–. ¿Necesitas ayuda con tus cosas? –Dempsey se mordía el labio por dentro. Si bien la falta de habilidad social era mi sello distintivo, incluso yo sabía que la respuesta correcta a esa pregunta era no.

–Yo me arreglo –dije.

Unos minutos más tarde, todos me vieron salir con esa última pila de manuscritos y nadie intentó detenerme; en todo caso, estarían contentos de que yo hubiera despejado el cuarto de correo una última vez. Lo tomé como un acuerdo tácito de que los manuscritos ahora me pertenecían.

Imagínenme en mi apartamento minúsculo de un edificio sin elevador (quinto piso) del barrio de Hell's Kitchen, tan pequeño que la puerta del baño no abría del todo porque se chocaba con el lavabo. Ahora imagínenme en la mesa redonda de la cocina, con superficie suficiente para un solo plato y un vaso. O para una pila de sobres de manuscritos, que era lo que tenía frente a mí esa noche. ¿Cuánta esperanza guardaba por esos últimos diamantes en bruto? Más de la razonable. De los cinco libros que había vendido, ninguno había salido de la pila de manuscritos no solicitados, aunque de allí sí había conseguido tres clientes con futuro prometedor.

Más de una vez esa noche me pregunté qué hacía abriendo esos sobres. Si llegaba a encontrar algo increíble, ya no trabajaba en Elocuencia. Pero seguí abriéndolos, seguí leyendo, seguí

conservando la esperanza, seguí pensando que si eso llegaba a pasar ya vería qué haría, aunque era probable que no pasara nada.

Cuando la gente me pedía, con el correr de los años, que explicara cómo había descubierto *Los últimos de todos*, no lo pienso como un momento, lo pienso como la última escena de una larga película, que empezó conmigo en el asiento trasero de cada viaje en auto que hice de niña, inmersa en algún libro. Existe un mundo en el que dejo esos manuscritos en mi escritorio de Elocuencia. Esa versión de mi vida no me resulta difícil de imaginar; la he visualizado cada día desde entonces. ¿Soy la agente literaria más exitosa del mundo o estoy a tan solo una decisión del montón de ser bibliotecaria en el condado de Cook? Las dos cosas, siempre.

Diecisiete era la cantidad de manuscritos de la pila. Los conté antes de empezar a abrirlos y aparté uno, como si fuera una carta de tarot. Mi elegido.

Los primeros diez manuscritos que abrí eran todos igual de malos y los dejé en el suelo, a los pies de mi taburete. Me quedaban seis, además del manuscrito "especial" que había separado y dejado apoyado contra una lámpara (de venta de garaje) como si fuera un portarretrato.

Supongo que imaginarán que ese sobre contenía el manuscrito de Cate Kay. No fue así.

Terminé la cena (hecha en microondas), volví a sentarme en el taburete y respiré hondo. Me quedaban unos pocos sobres y era primordial saborearlos todos. Levanté el siguiente y miré el remitente: Cate Kay. Curioso, pero recuerdo haber pensado que era un muy buen nombre. Enseguida se despertó mi interés. La dirección era de Nueva York, de un bufete de abogados cerca de la Universidad de Columbia. Deslicé el dedo con cuidado por debajo de la pestaña y saqué las hojas con delicadeza, como si estas fueran la obra de arte en sí.

Primero, la portada.

Y después, el ímpetu de esa primera oración: "Con el tiempo, Samantha Park llegaría a ser una leyenda". *Bueno*, pensé, *un comienzo potente. Me interesa saber cómo se convierte en leyenda esta mujer.*

Seguí leyendo. En el fondo de mi mente empezó a arremolinarse la esperanza, aunque tratara de calmarme y de pensar que la historia terminaría cayendo en picada. La premisa era ambiciosa. Era poco probable que una autora desconocida consiguiera desarrollarla bien y además lograr un final aceptable. Pero cuando llegué al último párrafo del primer capítulo, me había atrapado.

CAPÍTULO 26
AMANDA

2000
Bolton Landing

Los primeros meses después del accidente, pasaba horas imaginando situaciones alternativas para mi vida: nunca llevaba a Annie a la isla, o ella volvía con los médicos del servicio de emergencia… o, o, o. Vivir en esos mundos alternativos me aliviaba un rato, pero después la realidad, con la rehabilitación interminable y las piernas que no cooperaban, volvía a entrar en foco.

Por mucho tiempo, lo último que veía antes de dormir era el rostro de Annie flotando sobre el mío en los segundos posteriores a la caída. Una de las cosas que recuerdo haber sentido, cuando ella apareció en la piscina, fue alivio. Cubría el sol y yo no podía parpadear por algún motivo, quizá por el shock, así que agradecía que estuviera allí, ese pequeño gesto de misericordia[11].

Después se movió y me volvió a dar el sol. Al principio, pensé que volvería unos segundos más tarde, después pensé que tal vez tardaría unos minutos. Finalmente, supuse que se demoraría más.

Siempre pensaba en la distancia que nos separaba a Annie y a mí. Me preguntaba qué tan lejos estaríamos una de la otra en un momento determinado. ¿Miles de kilómetros, cientos, decenas? No podía estar a tan solo uno o dos pueblos de distancia, ¿no? No, no era posible. Oiría su voz. La sentiría. La olería. Esperando en la fila del supermercado, me ponía a imaginar. Mi mente creaba un mapa del país y ubicaba una figura de palitos de Annie en algún lugar

posible (a veces Los Ángeles, a veces algún sitio al azar como en el medio de Texas) y trazaba una línea mental desde mí hasta ella. Otro tipo de cable, supongo.

Otras veces, para consolarme o torturarme, no lo sé, pensaba en todos los momentos en los que no hubo espacio entre nosotras: una noche en nuestras bolsas de dormir, un beso en su mejilla, mis brazos alrededor de ella. Me había vuelto tan dependiente de su cariño. Pero después sentí que su afecto iba apagándose, imperceptiblemente al principio, innegable después; me había vuelto desesperada. Tonta, imprudente, tratando de ser la versión más genial de mí misma, la que pensaba que más le gustaba a ella. Siempre que mi mente va por ese camino, termino en ese cable. Todos los caminos llevan a él.

El accidente alteró todo mi mundo, incluso me dio una nueva unidad de medida: un cable, que equivalía a casi cinco metros. La distancia de mi caída a la piscina. Me doy cuenta de que siempre termino midiendo el espacio entre las cosas, por lo general entre un objeto y el suelo, pero a veces incluso entre dos cosas, como autos estacionados lateralmente.

En el pueblo hay una pizzería, Iggy's. Casi un año después del accidente, colgaron un cartel nuevo, unas palabras rojas en cursiva trazadas sobre madera, y ahora no puedo pasar por Iggy's ni ver a alguien comer pizza de Iggy's ni oír a alguien hablar de Iggy's sin caer de nuevo de ese cable porque el cartel está, según mis cálculos subconscientes, a la misma distancia exacta de la acera a la que estaba el cable de la piscina. He comprendido que la sensación de esos segundos, de cuando todo mi ser había quedado a merced del universo, jamás va a desaparecer. Lo he intentado. He cerrado los ojos para revivirla, recordándola a propósito cien veces seguidas, con el estómago retorcido como si estuviera en mar abierto, y lo que puedo decir es que la centésima vez fue tan potente como la primera. Finalmente tuve que aceptar que ese recuerdo jamás se diluirá.

Sin embargo, siempre rememoro esos últimos días juntas. Annie creía que podía ocultar sus sentimientos. Pensaba que era difícil darse cuenta de lo que le pasaba. De verdad, pensaba eso. Era una

de sus debilidades, visto en retrospectiva. Pero nunca pudo ocultar la emoción de esos vivaces ojos café. Yo notaba que me buscaba defectos, por su propio instinto de supervivencia, porque quería dejar de quererme. Esa sensación es difícil de ocultar, era como si estuviera espiándome con binoculares desde atrás de una pared.

Y eso era peor, porque veía lo mucho que yo la quería. Cuando se reía, Annie fruncía los ojos, era de lo más adorable. Además, esa mente suya, ese plano superior que ocupaba ella; yo siempre trataba de seguirle el ritmo.

En otras palabras: hacía que mi vida fuera emocionante.

Unos días antes de que pasara eso ("eso"), estábamos paradas delante de la cajuela de Brando, cargando un bolso para el viaje y ella me preguntó:

–¿Tenías otros sueños antes de conocerme?

No supe bien cómo reaccionar. Detestaba haberla lastimado en el baile y deseaba no haberlo hecho, pero también me enojaba que ella permitiera que eso afectara tanto nuestra amistad. Pensaba que lo nuestro era mejor, más profundo, más fuerte.

–Te das cuenta de que no eres la primera persona en el mundo que quiere irse a vivir a Hollywood, ¿no? –La fulminé con la mirada insultándola internamente y después agregué–: ¿Prefieres irte sola? ¿Eso es lo que quieres decir?

Quise cubrirme la boca en cuanto solté eso, volver a meter la pregunta adentro. No quería saber la respuesta. Pero a Annie no le gustaba la confrontación, prefería los mensajes codificados. Es una de las razones por las que le gustaba actuar, los personajes nunca dicen precisamente lo que quieren decir. Eso sería muy aburrido.

–Qué combativa –dijo–. Me gusta.

Me alivió que hubiera pasado la incomodidad. Discutir sobre nuestros sentimientos antes de ir a Los Ángeles parecía cosa de principiantes. Primero debíamos llegar a Hollywood e instalarnos, después hablaríamos.

Annie estaba a punto de cerrar la cajuela cuando le pedí que esperara. Habíamos olvidado las bolsas de dormir, la mía era roja y la de ella era verde, en honor a la Navidad. Nos encantaba la Navidad. Mientras las acomodaba en el fondo, pensé, como muchas

veces, en la noche en que dormimos en mi bolsa de dormir roja en el balcón de un motel durante una excursión con la clase de Teatro. Por algún error administrativo, terminamos quedándonos en un motel en lugar de una cabaña. El cuarto estaba mugriento a un nivel que te disparaba la imaginación: manchas oscuras en las almohadas, manchones en el edredón y el colchón (nos fijamos), sombras amarillentas en la alfombra. Estábamos horrorizadas ante el despliegue de fluidos corporales.

Cuando llegó la hora de ir a dormir, tratamos de acomodarnos sin tocar mucho; nos quedamos quietas boca arriba, mirando el techo. Pero en él había unas manchas oscuras que parecían estar vivas, así que después de un rato, Annie me preguntó si seguía despierta y yo le dije que no había chances de lo contrario.

–¿Quieres dormir afuera en tu bolsa de dormir? –preguntó y me pareció una idea brillante. El cuarto tenía un balcón con dos sillas de plástico, una mesa y un cenicero, así que corrimos todo a un lado y desenrollamos la bolsa de dormir sobre el concreto. Estábamos en algún lugar en el medio del estado de Nueva York, rodeadas de lagos y árboles. Nos acomodamos para poder ver las estrellas brillar encima de nosotras.

Hablamos y hablamos, sobre muchas cosas que no recuerdo, y la noche fue pasando. No teníamos reloj así que vaya una a saber qué hora era. Justo cuando estaba durmiéndome, volví a oír la voz de Annie.

–Ah, sí –decía–. Hay algo que olvidé contarte.

Le di un "mmm" con los ojos cerrados, para que supiera que estaba allí, pero al mismo tiempo en un estado de duermevela. Annie hablaba de la semana anterior, cuando había ido a hacer un trámite.

–Iba pasando por el cine, ese que está junto a la tienda con todos esos muñecos raros en el escaparate, la que siempre nos preguntamos cómo es que sigue abierta… Entonces, iba pasando por ahí cuando me detuve a leer la vieja marquesina. ¿Y qué decía? "*Elizabeth* con Cate Blanchett", pero, por Dios santo, Amanda, lo habían escrito con *K*, "Kate Blanchett".

–Qué idiotas –susurré sin abrir los ojos, pero el relato había cobrado vida en mi mente. Lo estaba imaginando: las letras negras recortadas contra el fondo blanco, el error comprensible pero absolutamente espantoso de escribir "Kate Blanchett".

–No podemos, de ninguna manera, vivir en un pueblo en el que escriben el nombre de Cate Blanchett con *K*.

–No, Annie, de ninguna manera –dije.

La anécdota de Kate en lugar de Cate se convirtió en sinónimo de "tenemos que largarnos a la mierda de aquí". Miles de veces durante los años siguientes, siempre que pasaba algo –como un chico aplastándose una lata de cerveza contra la frente, por ejemplo–, nosotras nos mirábamos y una decía: "Cate con *K*", y la otra respondía: "Cate con una maldita *K*".

Parada detrás del Civic a tan solo días de nuestra supuesta partida, bajé la vista a la bolsa de dormir que había tenido desde los doce años y que ahora llevaría al otro lado del país. Y, como tenía ganas de sentirme como la versión de Annie que estaba tan embelesada conmigo, con nosotras, con nuestros grandes sueños, dije:

–Cate con *K*.

Supe que estábamos en problemas cuando ella no respondió de inmediato, sino recién cuando cerró la cajuela de un golpe.

–Sip –dijo.

11 Nota de Cate: Cuando leí este detalle, tuve que tomarme unos minutos para serenarme. Da la pauta de lo poco que en realidad Amanda necesitaba de mí después del accidente. Yo estaba escapando de la historia que había creado mi mente, pero lo único que ella necesitaba de mí era… que me quedara quieta y le tapara el sol para que no le lastimara los ojos. Y me pregunto cuántas otras cosas habré juzgado tan mal en la vida. Más de las que podría soportar, sin duda.

CAPÍTULO 27
JAKE

2006
Nueva York

La primera vez que vi el nombre de Cate Kay fue en una reseña de su ahora famosa novela debut en el *New York Times*. Acababa de almorzar y estaba volviendo a mi escritorio en *Vanity Fair*, donde era redactor sénior. Mientras pasaba junto al cubículo vacío de un colega, vi la sección de reseñas de libros boca arriba en el borde del escritorio y me detuve al ver el signo de pregunta gigantesco que destacaba en la página. LOS ÚLTIMOS DE TODOS: UN ÉXITO FUGITIVO, era el titular y, debajo, lo que me generaba más intriga, el subtítulo: "La identidad de la autora del éxito revelación sigue siendo un misterio". Leí por encima: "Ni siquiera quien editó el libro sabe quién es la escurridiza Cate Kay".

No puede ser, fue lo primero que pensé. Me llevé la sección a mi escritorio y me senté, el interés me empujaba a levantar el teléfono, pero leí rápido el artículo. Mi conclusión: el libro no era ninguna joya literaria, pero era atrapante y se vendía como pan caliente. Me reí con la ridícula bajada de tapa: "¡La versión ligera de *La carretera*!". (Absurda como era, después tuve que reconocer que transmitía precisamente la esencia de *Los últimos de todos*).

En aquella época, siempre estaba en busca de una historia para proponerle a mi editora, así no me asignaba algún trabajo frívolo. Ella había sido redactora sénior, al mismo nivel que yo, pero de golpe la ascendieron a editora ejecutiva. Cuando fui a la oficina del

jefe de redacción, no para quejarme sino para aclarar el asunto, me dijo que ella ya había publicado dos artículos de portada y yo seguía buscando el primero.

A veces encontrar una historia digna de la portada es cuestión de suerte y de estar en el momento indicado. Uno de los artículos de portada de mi editora fue una breve entrevista (¡una entrevista de mierda, por el amor de Dios!) con la estrella de cine Ry Channing. Su mejor amiga de la secundaria era la manager de Channing, la cuestión no iba a ocupar más que una página cerca del final de ese número, pero resultó que el artículo de portada se había caído y la última película de Channing, *Bajo la misma luna*, estaba tomando vuelo y… *voilà*. Ahora bien, ¿eso fue una hazaña periodística o una dosis gigante de suerte y buenos contactos? Claro, en el periodismo la línea que separa los dos puede llegar a ser muy delgada.

Levanté el tubo del teléfono de mi escritorio, marqué el número de mi hermano y, mientras sonaba, me di cuenta de que muy probablemente esa era la primera vez en mi vida que llamaba a Brian a su oficina. Contestó una mujer y, aunque nunca había visto a mi hermano en el trabajo, me lo imaginé en un escritorio, sin dudas con los lentes de armazón metálico y esos chalecos ridículos que según él lo hacían parecer un erudito.

–Habla Jake, el hermano de Brian. ¿Podría hablar con él?

–Un momento, por favor –dijo la mujer. Después empezó a sonar una música horrible, porque el silencio aterra a las personas. Siempre noto los detalles con los que la sociedad nos protege de la amenaza del silencio, como la música en los ascensores. Los humanos construimos las pirámides de Egipto y conseguimos que se pudiera acceder a toda la información del mundo en un instante, pero parece que si nos quedamos parados en silencio, entramos en cortocircuito y nos derretimos.

–¿Jake? –se oyó la voz de Brian.

–Ajam –dije–. ¿Qué onda, hermano?

–¿Cómo estás?

Una vez leí que, en toda una vida, la mayoría de las personas pasa el equivalente a dos días despidiéndose en fiestas. Dos días completos. No, gracias, yo no. Pero uno de mis amigos, un alto

ejecutivo de Goldman, una vez me dijo que pensara en las formalidades de rigor como los minutos de precalentamiento antes de salir a correr. Quizá era por eso que él tenía un loft de tres millones de dólares en Gold Street y yo alquilaba un apartamento por escalera en Chelsea.

–Estoy bien, estoy bien –respondí–. En el trabajo, tramando algo. ¿Tú cómo estás? –Me esforcé por lograr que la última parte pareciera sincera, pero puede que haya sonado un poco forzada. Por suerte, mi hermano me conocía, así que respondió:

–Todo bien… Y ¿qué tal? ¿Por qué llamas?

–¿Has oído hablar de Cate Kay? –Estaba mirando el periódico, al signo de pregunta gigante.

Él rio.

–¿Que si he oído hablar de ella? –respondió–. Es de lo único que se habla por aquí.

–Desde luego que Cate Kay es un seudónimo, pero me imagino que todos ustedes, en la industria editorial, sabrán quién es. ¿Un tipo que quiso empezar de nuevo? ¿Stephen King, que se puso a jugar o algo así?

Entonces mi hermano me dijo:

–¿Así que supones que un hombre escribió *Los últimos de todos*? –Que es, justamente, algo que él diría: se quedaría con el detalle menos importante de la conversación y lo convertiría en el principal.

–No me jodas –dije. Ahora veo que me inclinaba bastante al estereotipo de hombre hetero: exdeportista en la secundaria, fraternidad en la Universidad Cornell, la carne poco cocida, etc. Pero no quería que nadie adivinara mi secreto. Agregué–: Uso "tipo" como genérico.

–Claro. Bueno, en cuanto a Cate Kay, parece ser un misterio absoluto. Nadie en la industria editorial ha visto nada parecido. Lo loco es que nadie en Atria, ni siquiera quien editó el libro, tiene idea de quién lo escribió. Es muy raro.

–Sí, eso decía la reseña del *Times*.

Con eso esperaba que él leyera entre líneas y entendiera: "¿tienes información que no se haya publicado ya en algún periódico?".

Cuando el teléfono quedó en silencio, resistí la necesidad de llenarlo. Finalmente, él metió la cuchara:

–Me enteré de que el misterio llega más lejos. Parece que ni siquiera su agente, una mujer que despidieron de Elocuencia y que descubrió el manuscrito, sabe nada.

Anoté "Elocuencia".

–Okey –asentí–, pero alguien debe estar cobrando el dinero. Tiene que haber alguna cuenta bancaria en la que se depositen los cheques.

–Esa es más una pregunta para los tuyos, Jakey –comentó mi hermano, y esa fue la señal de que debía abandonar la conversación.

***

Tras dos llamados rápidos, ya sabía quién no se escondía: una mujer llamada Sidney Collins. Primero, hablé con Dempsey Carroll de Elocuencia, que parecía más concentrado en los derechos patrimoniales que su agencia poseía o no de *Los últimos de todos*; él alegaba que el manuscrito se le había enviado de forma espontánea y que una agente llamada Melody Huber se lo había llevado de la oficina el día en que la despidió.

Cuando hablé con Melody, estaba en medio del lanzamiento de su propia agencia, No Solicitados, que, como muchos sabemos, se convirtió en una de las agencias literarias más importantes de la industria. Al teléfono se la oía tranquila y más joven que los treinta y un años que tenía, pero su forma de comunicarse transmitía cierta persistencia y precisión, lo que daba cuenta de por qué era buena agente. Me imaginaba a una mujer de contextura muy delgada y facciones marcadas, en consonancia con su lenguaje quirúrgico. Y cuando finalmente vi una foto de Melody unos meses después, no había estado muy equivocado.

El espíritu de No Solicitados, según me explicó, era priorizar el descubrimiento de nuevos talentos, en lugar de apoyarse en tendencias editoriales y exprimir al máximo a estrellas consolidadas.

Ella y sus agentes se concentraban en leer, no en socializar. Yo ya estaba demasiado hastiado para creer esa estupidez, aunque por la voz de Melody parecía que ella lo creía en serio.

Al final yo tenía razón, aunque también me estaba equivocando. Melody descubrió muchas joyas literarias escondidas… y luego las exprimió al máximo. Como hizo con *Los últimos de todos*, que se convirtió en una trilogía de películas, después en una serie de televisión, después en una línea de figuras de acción, después en un parque temático y en miles de productos más. Una vez vi una línea de canoas pintadas como las de El Núcleo, lo que me hizo pensar en si también habrían vendido la licencia del libro para usar en bombas nucleares[12].

–¿Tiene alguna vaga idea de quién es Cate Kay? –pregunté hacia el final de la conversación, en la que primero había hecho un montón de preguntas sobre No Solicitados, con la esperanza de que Melody pensara que el artículo se centraría en su agencia incipiente.

Se rio al oír la pregunta, después dijo:

–Lo único que sé con certeza es que es una mujer.

–¿Por qué?

–Por lo que escribió –respondió simplemente–. Un hombre se habría centrado en la experiencia de Jeremiah en lugar de la de Samantha.

En ese momento, la observación carecía de sentido para mí porque no había leído el libro aún.

–Tengo muchas ganas de leerlo –dije, haciendo una nota mental de comprar un ejemplar ese mismo día. Tal vez, como insinuaba Melody, habría pistas en el texto. Intervine una vez más–: Una última pregunta, si no le molesta.

–¿Sí?

–¿Con quién trabaja si no es con Cate Kay? Tiene que haber alguien al otro lado de la línea, ¿no?

–Por supuesto –dijo, y nada en su voz indicaba que esto fuera un gran secreto cuando reveló–: Esa persona es Sidney Collins.

Anoté el nombre en mi cuaderno, lo escribí como la ciudad en inglés, "Sydney".

–¿Y está segura de que esta tal Sidney Collins… está segura de que esta persona no es la autora?

–Respecto de Cate Kay, hay solo dos cosas de las que estoy segura: es una mujer y no es Sidney Collins.

–¿Lo sabe con certeza?

–Entiendo que aún no ha hablado con la señorita Collins, ¿verdad?

–No.

–Bueno, ya lo verá.

Esa fue la única charla de ese tipo que tuve con Melody Huber. La siguiente vez que conseguí hablar con ella no fue muy comunicativa. Casi todas sus respuestas fueron del estilo de "No puedo decirle eso, señor Fischer" o "No tengo permitido decirlo", y enseguida entendí que Sidney Collins había llamado a toda persona que intervino en *Los últimos de todos* para pedirles que no colaboraran con ningún medio que intentara revelar la identidad de Cate Kay.

***

Después de llamar todos los días durante tres semanas, por fin convencí a Sidney Collins de encontrarnos en el Blue Star Café de Harlem. Llegué puntual, revisé el lugar una, dos veces. Después oí una voz a mis espaldas, segura y aterciopelada.

–El señor Fischer, imagino.

Me di vuelta y allí estaba Sidney Collins, quien parecía que iría a correr después de nuestro encuentro. No alcanzaba a verle los ojos debajo de la visera que llevaba, pero era alta y ágil. Agradable a la vista, aunque nada de otro mundo.

–Bueno –dije, sentándome en la silla de enfrente–. La famosa Sidney Collins[13].

–Prefiero "infame". –Sonrió con suficiencia y levantó la gorra apenas para rascarse la frente. Entonces logré verle los ojos y eran excepcionales, de un suave color azul. Después volvió a acomodarse la gorra, con el gesto pareció indicar que iba en serio, como un entrenador de baseball viendo a su equipo entrar al campo–.

Escúchame, Jake, vamos al grano. Primero, como dije en la breve conversación que tuvimos por teléfono, todo lo que diga es extraoficial, incluido el comentario que acabo de hacer de que prefería "infame"… –Me guiñó un ojo como diciendo "conozco todos tus trucos" y me sentí en evidencia porque, de hecho, había archivado ese detalle como posible material. Continuó–: Si quiero que algo se haga público, lo voy a especificar. Si tú quieres publicar algo, puedes preguntar. ¿Está claro?

–Ya has jugado a esto –señalé, porque aceptar la dinámica parecía la reacción más adecuada.

–De hecho, no –respondió–. Si te refieres al circo mediático.

Un giro interesante. Decidí darme un poco de tiempo, así que le pregunté a Sidney si quería algo –una galleta o un muffin–, y después fui al mostrador a pedir un café y pensar en cómo seguir. La joven que me atendió era despampanante, de unos destellantes ojos café, con una gorra roja que tenía el logo de la tienda[14]. Me saludó con calidez, lo cual no era común en Nueva York, pero a mí ya no me quedaba espacio mental para interactuar.

Lo que necesitaba era definir algunos datos sencillos que pudiera publicar, cosas básicas que Sidney no se atrevería a rechazar por paranoia, y partir de esa base. Debía anotar un par de puntos, me dije mientras servía crema hasta que el café quedó color hueso. El café negro era para los dementes.

–¿Puedo escribir que tomamos un café? –pregunté al sentarme de vuelta en la silla.

La pregunta pareció sorprenderla, lo que me hizo sentir mejor. No era invencible.

–Sí –respondió despacio, como si aún estuviera tratando de identificar mi estrategia para interceptarme en medio del pase.

–Okey. –Hice de cuenta que anotaba algo en mi cuaderno–. ¿Y puedo escribir cómo te gusta tomar el café?

Me miró con los ojos entornados, giró apenas la cabeza, manteniendo la vista fija en mí.

–¿Por qué eso habría de importar?

–Es un detalle –señalé–. Si no puedo contar nada nuevo a los lectores sobre Cate Kay, al menos puedo contarles cómo toma el café la abogada de la autora… del autor. A todo el mundo le gusta saber cómo toma el café la gente.

Al decirlo, me di cuenta de lo cierta que era esa última parte e hice una nota mental de proponer un artículo que fuera solo una lista de unas diez celebridades y cómo toman el café.

–Sí. –Inclinó el vaso y miró el interior con detenimiento–. Puedes escribir que tomo el café negro.

***

No conseguí prácticamente nada de mi encuentro con Sidney. Cate Kay tal vez era una sola persona, aunque también podrían ser dos o incluso un grupo. Parecía que Sidney disfrutaba de nuestro duelo de ingenios. Yo desmenuzaba cada una de sus palabras para obtener información, y ella las despojaba de su especificidad. Sin embargo, sí logré entender por qué Melody estaba convencida de que Sidney no era Cate Kay. Había muchas razones, en realidad, y supongo que la de Melody tenía algo que ver con la mentalidad de abogada de Sidney, mientras que la mía se basaba en algo más sutil. Sidney tenía un aire de virtud que solo podría existir si estuviera haciendo todo eso por alguien más.

El artículo que terminé publicando en *Vanity Fair* no fue gran cosa. Nada nuevo sobre Cate Kay, solo los mismos caminos vacíos ya recorridos. A partir de ese artículo, el mundo se enteró de algunos lugares de los que sin duda Cate Kay no había salido (por ejemplo, no encontré rastro de ella en las universidades a las que había ido Sidney: la Universidad Estatal de Nueva York en Plattsburgh y la Universidad de Nueva York), pero seguía igual de desconcertado respecto de dónde provenía. Más que nada, el artículo fue una especie de perfil de Sidney Collins, que supongo que será el motivo por el cual ella conservó mis datos de contacto.

Y no, no salió en la portada.

12 **Nota de Cate:** No vendimos la licencia para su uso en bombas nucleares. Pero… entiendo la idea. Admito que di luz verde, o mejor dicho, Sidney lo hizo sin preguntarme, a una cantidad absurda de productos de consumo. Me arrepiento de muchos. La explotación comercial de los libros se debió al hecho de que jamás se me reconociera públicamente por haberlos escrito. El dinero era un sustituto; inferior, por cierto. Prefiero el reconocimiento toda la vida.

13 **Nota de Cate:** Esa fue la única entrevista importante que dio Sidney. Le gustó demasiado toda la atención que recibió. Y además vio que ese único artículo se fue citando, replicando y expandiendo. Ya había establecido su posición como la guardiana pública del imperio Cate Kay. No necesitaba más prensa.

14 **Nota de Cate:** Sip, era yo. Supongo que Sidney estaba haciéndole alguna jugarreta a Jake. Yo no estaba enterada.

CAPÍTULO 28
AMANDA

2006
Bolton Landing

Me habría tomado la terapia de rehabilitación más en serio si el lugar no hubiera sido tan deprimente. Imaginen todos los geriátricos por los que han pasado pensando "Dios, espero no terminar allí" y, bingo, así era el edificio. La rehabilitación ya de por sí es una época difícil, alguna parte de tu cuerpo no funciona como debería. (En mi caso, muchas). Por lo menos podrían tener unos ventanales grandes con vista a los sillones del jardín: una imagen inspiradora para la gigantesca subida cuesta arriba que me esperaba. Pero no, el edificio estaba al otro lado de un estacionamiento lleno de escarcha, detrás de un centro comercial, en el pueblo de al lado. Supongo que si alguien se resbalaba y se caía de camino allí, ya estaba en el lugar indicado.

Pero a Janet la adoraba. Era una fisioterapeuta sin igual. Cabello rubio corto, baja y fornida; más adelante supe que participaba en triatlones los fines de semana y me pareció que tenía todo el sentido del mundo. Me la imaginaba chupando uno de esos geles energéticos mientras se quitaba un traje de neopreno. Durante los primeros meses que trabajé con ella, me generaba escepticismo. Tenía tanta energía, era tan positiva, tan optimista… Rasgos que terminaría adorando y de los que luego dependería, pero no coincidían con lo que sentía yo después de tres meses tremendos en el hospital de rehabilitación. Chocábamos.

Un día, cuando ya llevábamos un año juntas, ella estaba sentada en su silla de cuero con rueditas y se me acercó, con la tablilla apoyada en el regazo.

Odiaba esas tablillas. Estaban llenas de abreviaturas, unas combinaciones de letras aparentemente inocuas que contenían puñetazos devastadores, como LM (lesión medular) o AVD (actividades de la vida diaria). Desde entonces miro las siglas con recelo. Me diagnosticaron cuadriplejia parcial, es decir que todas mis extremidades estaban afectadas, aunque las piernas más que los brazos.

–Hablemos de objetivos –me dijo, con la vista baja. Sin dudas, ese sería nuestro momento de revelación.

Hasta entonces, mi vida había sido puros juegos de palabras con Annie, por lo general cargados de picardía y sarcasmo, así que respondí:

–Mi objetivo es inventar el viaje en el tiempo. Sí, volvería al accidente, pero no es el motivo por el que inventaría los viajes en el tiempo, no. Creo que Estados Unidos tuvo un verdadero momento bisagra con el asesinato de Kennedy, así que volvería a 1963.

Eso la hizo levantar la mirada, pude ver un pequeño destello en sus ojos. Pensé en Annie, por supuesto.

–¿Kennedy? –dijo Janet–. Un poco trillado, ¿no te parece?

Ahí supe que estaríamos bien. Unos minutos más tarde, volvió a concentrarse en la tarea.

–Pero, en serio, Amanda… –dijo–. ¿Qué quieres conseguir de este viaje?

Le respondí, no tan mal como podría haberlo hecho, que por favor no volviera a usar la palabra "viaje". Me traía a la mente viajes voluntarios, a lugares remotos. Yuxtapuesta con mi circunstancia actual, solo servía para recordarme lo tremendamente limitada que me había vuelto.

Ella asintió, pensando en lo que había dicho. ¿Estaba siendo la sarcástica de siempre o tenía razón? Le giraban los engranajes de la cabeza.

Agregué:

–Y no es que no entienda que estoy en una especie de… viaje, para usar esa palabrita de porquería. Es que, si pienso en esto como algo que durará años, en todo el trabajo que me falta, creo que me va a estallar la cabeza. La única forma de no desmoronarme en un mar de tristeza es limitarme a pensar en esta sesión y en lo que vamos a trabajar *hoy*.

–Entiendo –dijo mirándome fijo a los ojos. Y jamás la oí volver a usar la palabra "viaje". Después me preguntó–: ¿En qué quieres trabajar *hoy*?

Enseguida se me vino algo a la mente. Levanté el brazo derecho de la silla y extendí la palma abierta para tratar de tocarme el pulgar con cada dedo, pero los movimientos eran torpes. Después hice como si volteara la página de un libro: esa motricidad fina intrincada, quería recuperarla.

–¿Podemos trabajar en voltear una página? –pregunté. Yo nunca había sido tan adepta a la lectura como Annie, pero eso podía cambiar. Además, si podía voltear una página, entonces también podría abotonarme una camisa, era un dos por uno.

Ella se enderezó en la silla, con el rostro iluminado. Un objetivo simple y alcanzable, que contenía una metáfora potente: estaba hablando en su idioma. Además, casi todas las veces que iba a rehabilitación, la encontraba con las piernas apoyadas en el escritorio, inmersa en un libro.

Despacio, muy despacio, Janet fue mejorándome. Pero creo que yo la mejoré a ella también. (Al menos ya no anda por ahí destrozando almas al preguntarle a la gente por su "viaje"). La rehabilitación se convirtió en el único lugar en el que me permitía un mínimo de normalidad, quizá incluso de optimismo. Era una ironía que hubiera encontrado mi primer atisbo de cielo azul en ese edificio tan triste. Me iba de las sesiones con la tenue sensación de algo distinto, pero después, ese mismo día Kerri llegaba a casa de la escuela, agobiada y estresada por haberme abandonado tanto tiempo. Como si yo fuera un perrito que podría ensuciar la alfombra. Soltaba la mochila con prisa y, más allá de lo que yo le dijera, me obligaba a recordar que estaba drenándole toda su energía vital. Y volvía a hundirme en la oscuridad.

Lo que mucha gente no entiende sobre las lesiones o enfermedades graves es que lo que una está tratando de aceptar no son las limitaciones físicas (aunque también está esa cuestión), sino el hecho de que esas limitaciones alteran tu interacción con el mundo. Al principio, solo puedes tomar. Tomas el tiempo de otras personas, su energía física, sus reservas emocionales. Estás en un estado de necesidad y *tomas*, *tomas*, *tomas* sin dar nada. Y el hecho de tomar sin dar nada a cambio te hace mal a la cabeza. Empiezas a preguntarte qué sentido tiene tu existencia. Te limitas a drenar los recursos del mundo, los recursos de tus seres queridos, nada más.

Pero en algún momento (y puede que eso te lleve años, como a mí), descubres formas de empezar a dar de nuevo. Para ser sincera, se sorprenderían al saber cuántas formas hay de *dar* en este mundo si eso es todo lo que buscas.

Pero basta de eso. Volvamos a mi querida Janet.

Ya habían pasado más de cinco años desde el accidente y estaba claro que nos acercábamos al final de nuestro "viaje" juntas. Habíamos llegado a un punto muerto: yo ya no incorporaba más movimientos ni destrezas, y Janet quería que lo reconociera. Pero no estaba lista. En una de nuestras últimas sesiones, llegué bastante amargada. Ella aún no me había visto porque estaba terminando de leer un libro. Estacioné la silla delante de ella, pero siguió sin alzar los ojos. Después de unos segundos, levantó un dedo, para hacerme saber que sabía que estaba allí. Seguramente estaba en la última página, porque un minuto más tarde, soltó un suspiro de satisfacción y cerró el libro con delicadeza.

–¿*Tan* bueno estuvo? –pregunté. Lo dije con malicia, pero ella lo ignoró y tomó mis palabras en sentido literal.

–Me encantó, me encantó, me encantó –dijo con voz cantarina. Bajé la cabeza para tratar de ver el título, Janet levantó el libro para mostrarme la portada: *Los últimos de todos*. Escrito por alguien de nombre Cate Kay. El título me sonaba, y recordé que Kerri lo había mencionado la semana anterior, se había anotado en la lista de espera de la biblioteca para leerlo.

–¿Ese ejemplar es tuyo? –le pregunté, pensando en Kerri, en que la haría sonreír si le llevaba un regalo. Un obsequio, una forma de

dar, para mantener a raya los pensamientos negativos.

–¿Quieres que te lo preste? –Janet ya estaba dándome el libro, desesperada por fomentar un impulso sano. Lo tomé, miré la portada negra y canela, el cartel desmoronado de la estación de metro. *Cate Kay*.

–Te lo devolveré pronto –le dije.

Ella hizo un gesto con la mano de que no le importaba.

–Los libros son para compartirse –afirmó, después se dio una palmada en las rodillas, lista para ponerse a trabajar, y me hizo la pregunta que me había hecho al comienzo de cada cita en todos esos años–: ¿En qué vamos a trabajar hoy?

–En caminar –respondí sin dudarlo.

Ella se inclinó hacia delante y dijo:

–No… no creo que vayamos a aprovechar bien nuestro tiempo así.

–¿*Nuestro* tiempo? –señalé con crueldad, aunque una de las cosas que más me gustaba de trabajar con Janet era que éramos un equipo. Ella hizo una mueca. Se había levantado una pared.

–Si eso es lo que quieres –respondió, poniéndose de pie.

***

Esa tarde antes de que Kerri llegara a casa, abrí el libro y lo primero que vi fue la inscripción que decía:

Para…

Me desconcertó porque parecía incompleto. *Para… ¿qué? Para… ¿quién?* El televisor estaba silenciado y yo estaba en la sala de estar. Mi padre estaba en el taller y no había nadie más en casa, así que me puse a leer. Capítulo 1: La Gran Manzana. Samantha y Jeremiah están en la Ciudad de Nueva York y están hablando en tono íntimo, como solo lo hacen los mejores amigos, cuando de repente… ¡zas! Ahí estaba. En la primerísima página. El intercambio sobre las puestas de sol de Nueva York me hizo viajar en el tiempo: Annie y yo en un bote en el medio del lago George. Pero igual de rápido,

regresé al presente, un poco perpleja. Volví a leer la escena; misma experiencia. Eso no se sentía mucho como leer, era más como recordar.

Todo el libro fue así, un recuerdo tras otro de distintos momentos con Annie, ¡y entonces llegó esa escena decisiva en la que Jeremiah llevaba unas Converse negras![15] Cuando terminé, no solté ningún suspiro de satisfacción. Dejé que el libro cayera a los tumbos de mis manos, rebotó en una rueda y aterrizó en la alfombra, con el lomo levantado y las páginas dobladas de forma blasfema.

Teníamos unos sobres en la gaveta de la cocina, fui hasta allí en la silla de ruedas y saqué uno. Eso era nuevo para mí, esa necesidad urgente de sacarme algo de adentro. Arranqué con cuidado una hoja rayada de un bloc y escribí una "nota" breve para Annie… Perdón, para *Cate Kay*. La doblé con precisión y la metí en el sobre.

Cuando Kerri volvió a casa ese día, no entendía qué había ocurrido al ver *Los últimos de todos* arrollado como un animal en la carretera en nuestro cuarto de estar. (Puede que le haya pasado por encima de camino a la cocina y de nuevo al regresar). Levantó el libro, trató de alisar las páginas.

Nunca se lo devolví a Janet. Kerri lo leyó, al parecer sin darse cuenta de quién era la autora del libro, y después *Los últimos de todos* quedó en mi mesa de noche para mantener viva mi ira.

Todas las noches, veía el libro y gritaba por dentro. No es ni una metáfora ni una exageración. Me detenía un momento antes de transferirme a la cama (bueno, ¿a quién quiero engañar? Antes de caer como podía) y me quedaba mirando el libro que Annie había escrito en lugar de quedarse conmigo, pensaba en cada fragmento de nosotras que compartió con el mundo en lugar de compartirse a sí misma conmigo. Dejaba que el dolor y la ira crecieran, después me enfurecía con los dioses. Todo sin emitir sonido.

Me la imaginaba sentada en su lujosa casa, rebosante de satisfacción creativa, o quizá tomando un trago con sus nuevos amigos refinados, todos saboreando algún licor añejado servido sobre un enorme cubo de hielo. Típico de los citadinos.

CATE KAY
LOS ÚLTIMOS DE TODOS

Jeremiah se desplomó fuera del ayuntamiento; la cámara se estrelló contra el suelo, dejando a los televidentes con una toma del borde de la acera. Samantha se arrodilló a su lado, le sacudió los hombros, tratando de despertarlo. Pero después oyó el crepitar de unas voces y alzó la vista: dos bomberos, con trajes de protección y máscaras de gas, corrían hacia ellos. Parecían astronautas. Samantha apretó la mano de su compañero, la sostuvo un momento, con la esperanza de que abriera los ojos. Pero un segundo más tarde, los hombres se metieron en su espacio y cubrieron la boca de Jeremiah con una máscara de oxígeno. Ella se puso de pie, retrocedió sin decir nada.

Echó un vistazo a la cámara, que seguía a sus pies, y después al ayuntamiento. Se odiaba por pensarlo, pero sabía que necesitaba continuar, debía terminar la historia que ambos habían empezado. Después de todo, habían llegado hasta allí, ¿no? El mundo necesitaba ver cómo seguía y solo Samantha podría mostrárselo. Se acuclilló y tomó la cámara, la levantó y la alejó, con cuidado de que la lente no apuntara a Jeremiah. Dio un paso hacia atrás, después otro, sin querer tomar esa decisión por completo, pero cuando encuadró una toma del ayuntamiento, se convenció de que el acto era imprescindible, quizá hasta valiente.

El amor no siempre implicaba quedarse. Caminó hacia el ayuntamiento, hablando con los televidentes acerca de lo que esperaba encontrar dentro: una estación de metro en funcionamiento, sobrevivientes, información. Lo que esos cientos de millones de espectadores no vieron fue a Samantha mirar por encima del hombro y atisbar las suelas de las Converse negras de Jeremiah, mientras sus lágrimas se mezclaban con la tierra, el polvo y Dios sabe qué más.

15 Nota de Cate: Una vez le pregunté a Amanda por qué casi siempre usaba esas Converse negras y me dijo que era porque le daban un aire clásico de confianza relajada. "Dieron en el clavo con estas", decía, levantando un pie y admirando su sencillez.

CAPÍTULO 29
CASS

Enero de 2007
Nueva York

Cuando *Los últimos de todos* levantó vuelo, no supe bien cómo sentirme. Traté de convencerme de que el éxito se debía a que Amanda no estaba enfadada conmigo. ¿Cómo iba a estarlo si me ayudaba desde otra dimensión? Pero no siempre conseguía mantener esa lógica.

Cuando cobré mi primer cheque de regalías, fue como si me hubiera ganado la lotería. Un día en mi cuenta figuraban $2.100 del pequeño avance que había cobrado por el libro y mi empleo de barista en Harlem, y al siguiente parecía el número de una calculadora que te habías olvidado de poner en cero. Muchos, muchos números. Y todo era mío. Las cuentas estaban a nombre de mi nueva identidad legal (Cass Ford), al igual que mis tarjetas de crédito. Tenía acceso total. Aunque era el bufete de Sidney el que administraba todo, podía llevar el control tras bambalinas. Ella lo dejó bien claro.

Odiaba que Sidney fuera tan brillante en su trabajo y que el sexo fuera tan bueno, porque la relación tenía mala vibra. Vivíamos en un apartamento de dos ambientes a tres calles del Blue Star Café, donde seguía trabajando a pesar de que *Los últimos de todos* se hubiera disparado a la cima de las listas de los más vendidos. Ella supervisaba mi vida minuciosamente, pero yo aún no había

tironeado de mis ataduras. Así que no fue ninguna sorpresa que Sidney no planeara contarme sobre la invitación de Ry Channing.

Y si no hubiera sido por una nevisca que azotó Nueva York, jamás me habría enterado.

El día estaba frío y gris. Yo trabajaba en el Blue Star, pero para la media tarde el lugar estaba vacío. Ya habían caído veinte centímetros de nieve y se esperaban sesenta. No quedaba nadie en la calle. Se caía de maduro que habría que cerrar temprano.

Limpié, apilé las sillas y cerré la puerta al salir. Afuera era un globo de nieve. Caminé por el medio de la avenida, no había autos por ningún lado. No hay nada como el estremecimiento generado por una tormenta de nieve, e imaginé a Amanda llevándome en un trineo de plástico naranja por la ciudad, haciendo de cuenta que estábamos en una expedición en Alaska. Sin supervivencia garantizada. Después imaginé a Amanda a mi lado, con un gorro rojo tejido, copos de nieve en las pestañas, encantada con la tormenta. Jamás desperdiciamos un solo día en que se suspendieran las clases por la nieve, nos sacábamos mutuamente el jugo aventurero.

Sentí el calor de las lágrimas en las mejillas. Me detuve y eché la cabeza hacia atrás, pestañeé una y otra vez. "Amanda murió", aún escrito en las nubes.

Unos minutos después, cuando entré al apartamento, vi a Sidney sentada en el desayunador, con el teléfono celular abierto y una llamada en altavoz. Era evidente que se había sorprendido al verme y se apresuró a llevárselo al oído, no sin antes oír a un hombre que decía: "Ya has visto la carta que Ryan le escribió a Cate. Piensa que, con un encuentro en persona, la película será imparab…".

–Quiero ver la carta –dije cuando la llamada terminó.

Sidney tomó el bolso del trabajo, sacó un papel. Me apoyé sobre la encimera y empecé a leer:

Querida Cate:

Me pasa que pienso en ti con frecuencia. Lo cual es raro, por supuesto, lo sé. Pero hay razones por las que eso sucede y me gustaría explicártelas si vienes a Los Ángeles.

Me detuve un momento, miré a Sidney. Ella puso los ojos en blanco.

–Una ridiculez, ya lo sé –comentó.

Pero yo no pensaba eso para nada. Seguí leyendo:

> ***La razón principal por la que creo que deberías venir es porque todo el mundo piensa que es una pésima idea. Pero tengo la sensación de que tú no haces caso a lo que digan los demás…***

–Voy a ir –anuncié. Le devolví la carta a Sidney.

–No digas locuras –dijo ella–. Guardar secretos no es justamente el fuerte de Hollywood.

–Tendré cuidado –le aseguré. (Además, ¿qué sabía Sidney sobre Hollywood?).

–No pasa por tener cuidado –intervino ella–. Esa gente te come viva y te vuelve a escupir. No quiero que te ocurra eso.

–No es *Hollywood*, es una sola persona. Voy a ir –insistí. Sidney no me entendía en absoluto–. Y… una pregunta: ¿cuándo pensabas contarme que *la estrella de la adaptación al cine* quería verme?

Ella hizo caso omiso a lo que le pregunté, la interacción selectiva era su especialidad.

–¿Y qué pasa con todo lo que hemos construido con tanto cuidado para llegar hasta aquí? –replicó–. Todo salió tal y como querías. ¿Vas a arriesgarlo solo porque una diva no soporta el hecho de no conseguir lo que quiere?

–Eso no fue lo que leí –respondí, aunque la idea de que Ry Channing quisiera pasar tiempo conmigo no era un factor que no pesara en mi decisión. Ella caminaba con cierto aire fanfarrón y los gestos que hacía con la mano me daban la esperanza de que no fuera del todo hetero. (La que sabe, sabe). Había visto *Luna* y luego todo lo demás que había hecho–. Escribió que reunirse conmigo en persona sería beneficioso para la película. ¿Y acaso no dijiste ayer mismo que la calidad de la adaptación era "fundamental" para que el resto de los libros tuviera éxito?

Se quedó mirándome. Le sostuve la mirada. Finalmente, se puso de pie.

–Solo quieres alejarte de mí –me dijo, tomando el abrigo del respaldo de la silla y poniéndoselo–. Eso es lo que está pasando, ¿verdad? *Todo esto* es por eso. –Recalcó las últimas palabras, trazó un círculo con el dedo–. Bien, ve a arruinar tu vida de nuevo –agregó–. A ver si me importa.

Después se fue, dando un portazo.

***

Tenía la cara pegada al óvalo de plástico mientras aterrizaba el avión. Los Ángeles, por fin. Con más idas y vueltas de las esperadas, pero finalmente allí estaba. No dejaba de pensar en Amanda. Encendí el teléfono mientras el avión carreteaba hasta la puerta de embarque. Tenía siete llamadas perdidas de Sidney. Esa mañana, había salido de la cama y del apartamento sin despedirme. Se la oía triste y decepcionada en el primer mensaje, luego enojada en los siguientes. Apagué el teléfono y lo metí en el fondo del bolso.

El sol, la luz… Pasé todo el viaje en taxi sacando la mano por la ventanilla para sentir la brisa, pensando en Amanda. ¿Se habría desvanecido toda esa incomodidad entre nosotras durante el viaje a Los Ángeles? ¿Estaríamos protagonizando comedias románticas en ese momento, quejándonos con gusto de lo absurdo de la industria del cine, o nos habríamos gastado todo el efectivo, empezado a trabajar de meseras y convertido en dos amargadas por nuestros sueños frustrados?

Estaba segura de que a Amanda le habría encantado el sushi, aunque no tanto el sushi en sí como lo que revelaría sobre su personalidad el hecho de disfrutarlo, igual que las fiestas en las colinas de Hollywood, de las que yo solo había leído, y el champagne ilimitado, que le habría fascinado, pero más que nada le habría encantado descubrir que Champagne era una región, no una variedad de uva. Me la imaginaba contándoselo a la gente como si fuera un dato curioso de aquellos, hasta darse cuenta de que casi

todo el mundo ya lo sabía y entonces se habría reído de su ingenuidad y habría incorporado eso a la historia también.

La Amanda de Los Ángeles se me hizo real. Seguía siendo divertida, como siempre (mejor dicho, como siempre *había sido*), pero en Los Ángeles se avivaría. Y tenía tantas ganas de conocer esa versión de ella, de maravillarnos juntas ante nuestra antigua imbecilidad. Había aceptado el hecho de su muerte, pero solo a nivel intelectual: un truco que me había evitado ese dolor que no te deja salir de la cama.

En el asiento trasero del taxi, abrí un cuaderno de espiral barato (a esa altura, ya había usado decenas) y escribí para revivir a mi amiga.

CAPÍTULO 30
RYAN[16]

Enero de 2007
Los Ángeles

Allí estaba, a tan solo unos centímetros de Cate Kay. Había aparecido tan repentinamente que lo único que podía hacer era mirarla confundida. Aunque ella ya conocería mi aspecto, igual pensaba en qué vería y si la verdadera yo le agradaría. Aún no me había lavado la cara ni cepillado los dientes. Llevaba la ropa que había usado para dormir. Esas fueron las cosas de las que tomé consciencia de repente mientras asimilaba a la mujer que estaba en mi patio.

–Hola.

Saludó con la mano como si trazara un arcoíris. Sonreí porque el gesto era torpe a propósito, casi irónico, y ya me caía bien por señalar la rareza del momento. Discretamente (creo), la escaneé con la mirada. Lo que vi de los pies a la cabeza: zapatillas Puma de gamuza, jeans azules, camiseta blanca, chaqueta de cuero gastado, cabello castaño claro recogido en un moño despeinado, ojos agridulces.

Lo que digo es que… era naturalmente cool y me costaba creer que fuera Cate Kay. *Imposible*, pensaba. Era imposible que la autora del libro más exitoso del mundo también tuviera mejillas bronceadas, el mentón marcado de una modelo y estuviera parada en mi patio con una expresión que podría describirse como una sonrisa socarrona. Como si estuviera esperando a que yo procesara

todo. O tal vez era un mecanismo de defensa. Como fuera, necesitaba decir algo.

–Hola –fue lo que conseguí decir. Después, un segundo más tarde–: Llegaste muy, muy temprano. Tanto que ni siquiera me he cepillado los dientes.

–Estaba entusiasmada y no podía dormir, así que tomé un vuelo más temprano… Bueno, en realidad, *el* vuelo más temprano. El primero del día, el de las cinco y veinte.

Bajó el bolso y recordé de pronto que los anfitriones hacen ciertas cosas por sus invitados y yo no estaba haciendo ninguna. Entré en acción y levanté el bolso, rozándole el brazo al pasar.

–Te ayudo a instalarte –dije. Pero mi mente se quedó reproduciendo el roce, preguntándome por qué lo había hecho. Hasta donde podía entender, fue para introducir la idea de… "me alegra que hayas aparecido temprano en mi puerta".

El cuarto de invitados estaba en el pasillo, frente a mi habitación. La estrella del espectáculo era una alfombra turca purpura oscuro, colocada en ángulo frente a una cama baja de madera. Encima había un edredón blanco y seis almohadas de colores. "Nunca son demasiadas almohadas", había dicho mamá dos años antes. Y, en aquel entonces, no se puede decir que yo tuviera una opinión formada al respecto.

–Este será tu cuarto –dije, apoyando su bolso con cuidado sobre la cama–. Yo estoy enfrente.

Ahora que ya había cumplido con mi deber de botones –y demasiado rápido–, me puse a pensar en qué ofrecerle a continuación. Espacio, sí, tal vez necesitaba espacio.

–Te dejo para que hagas lo tuyo –dije–. El baño está ahí, en el pasillo, por si eres de esas personas que se duchan después de viajar en avión. Yo estaré afuera con mi horrendo café.

–¿Tú eres una? –Ahora estaba frente a mí, al otro lado de la cama, abriendo su bolso. Pareció notar que yo no había entendido su pregunta, me dio un segundo más para rebobinar a lo que había dicho antes de lo del café. ¡Ah!

–No, pero de verdad me gustaría serlo[17].

–Nunca es tarde. –Ella estaba rebuscando en su bolso, pero levantó los ojos para mirarme: eran de un vívido tono café, brillantes como diamantes si estos fueran de ese color. Ser la primera en apartar la vista se hubiera sentido como un fracaso, así que hice un esfuerzo por sostenerle la mirada. Mantuvimos el contacto visual durante muchos segundos, y juro que pareció que ninguna de las dos quería ser la que le pusiera fin. O tal vez a ella no le ocurría eso. Pero cuando volvió a bajar la vista al bolso, tuve la sensación de haberle demostrado algo[18].

–Estaré afuera –volví a decir mientras me iba de la habitación. Tomé el borde de la puerta para cerrarla al salir.

–Ryan –dijo ella, me volteé, aún sujetando la puerta.

Levanté las cejas con un "¿mmmh?". Ella tenía su neceser de baño en la mano. Resistí el impulso de mencionar que me gustaba oír cómo mi nombre salía de su boca, algo que diría un personaje en alguna película dramática mal escrita. No en la vida real.

–Me llamo Cass, por cierto.

Cass. Ahí estaba. El nombre verdadero de Cate Kay era Cass.

–Hola, Cass –dije con una sonrisa.

16 Nota de Cate: A Ryan no le gustará haber quedado fuera de escena (¿o de página?) durante un tramo tan largo de la historia, pero ya regresó. Prestémosle toda nuestra atención.

17 Nota de Cate: Si no son de los que se duchan después de viajar en avión, y nunca han pensado que les gustaría ser esa clase de personas, entonces se parecen más a Amanda.

18 Nota de Cate: La primera vez que leí esta parte de Ryan, me sorprendió que recordara ese momento. Yo también había pensado que apartar la vista sería un fracaso, y recuerdo sentir que yo era la que había fracasado. Pero ella se equivoca respecto de por qué comenzó. No estaba poniéndola a prueba, era tan hermosa que me debo de haber quedado mirándola.

CAPÍTULO 31
CASS

Enero de 2007
Los Ángeles

La estrella de cine más sexy del mundo estaba descalza en su patio, con unos pantalones cortos de básquetbol y el cabello rojizo atado. Tenía los ojos separados, algunas pecas, no era del todo simétrica y por eso era aún más impresionante. Al verla así parada, aparentemente sin vanidad alguna, me pregunté cómo habría sido yo si me hubiera convertido en una actriz famosa, cuánto me habría importado cómo me veía la gente. Esperaba que en ese universo alternativo fuera tan relajada como parecía ser Ryan.

El ambiente era distinto en Los Ángeles. Se sentía el mar en el aire, lo que me recordaba al lago, lo que me hizo pensar en Amanda. Me quité el bolso del hombro y lo apoyé a mis pies. Sentí que me había quitado una carga de encima por primera vez en seis años, atisbé por un segundo el sentimiento que había perseguido, anhelado, cuando había huido de Amanda. Espacio abierto. Una sonrisa me tironeó la comisura de la boca. Intenté reprimirla. No quería ser la loca que sonreía en el patio de una estrella de cine. Una estrella de cine que parecía alguien de quien me habría hecho amiga en otra vida. (¿O tal vez en esta?).

Cuando Ryan tomó mi bolso, sentí que sus dedos me rozaron el codo y se me encendió el cuerpo, pero mi cerebro creó una explicación: quizás había sido sin querer, o quizás solo un gesto de cortesía.

Vi los movimientos de Ryan, estudié sus piernas al caminar, los dedos al sujetar la puerta corrediza, las manos, que terminaron en los bolsillos después de guiarme al cuarto de invitados. Su cuerpo daba pistas de quién era, de qué quería… Solo esperaba estar interpretándolas bien. La sutileza era electrizante y agotadora a la vez.

–Estaré afuera –me avisó, bajando apenas la cabeza, girando para irse.

–Eh, ¿Ryan? –dije, justo antes de que ella cerrara la puerta. Se detuvo, se inclinó hacia mí, apoyándose en un pie.

Guau. Me había lanzado al abismo. Me sentía como la que era antes, tanto que casi me presento como Annie.

CAPÍTULO 32
RYAN

Enero de 2007
Los Ángeles

¿Cuánto tiempo se quedaría Cass? Había dicho una semana, pero una semana no parecía suficiente. Le dije que podía quedarse todo el tiempo que quisiera, que no tenía nada programado hasta el mes siguiente, cuando comenzaría el rodaje de *Los últimos de todos* en Charleston.

Quería que se quedara lo más que pudiera. Pasamos los primeros días pidiendo comida a domicilio, echadas afuera leyendo junto a la piscina, hablando hasta tarde. Charlamos tanto, y de temas tan profundos, que me di cuenta de que ella estaba desesperada por hablar, por compartirse con alguien más. Y también de que yo había estado igual.

Contarle cómo es una "en realidad" a algún periodista era la conversación más íntima que podía llegar a tener. Mis historias preferidas de la infancia, o las más feas, eran demasiado sagradas para que las publicaran en una revista. Iban a terminar robadas y "embellecidas" en algún sitio online incipiente, y luego incluidas en mi página de Wikipedia. Con el tiempo, esa tarde transformadora en la que me atraparon robando el nuevo casete de Mariah Carey en el bolsillo de mis pantalones cortos (de verdad) se convertiría en el dato curioso que contaría siempre algún desconocido. Y ya no me pertenecería en absoluto.

La de los pantalones cortos fue una de las historias que nos contamos una noche Cass y yo, sentadas en mi sala de estar, bebiendo vino tinto. Desentrañando el ovillo de nuestra vida. ¿Cómo fue que terminamos en el mismo sillón de terciopelo verde, con las piernas dobladas debajo (Cass) o extendidas sobre la mesa de centro (yo)?

Sabía que ella tenía secretos, sabía que *ella* era un secreto, pero también sabía que todo lo que me contaba era cierto. Demasiado detalle y demasiado dolor. He leído suficientes guiones para detectar una vida inventada. La de ella tenía la cuota justa de monotonía para ser real, el punto justo de dramatismo para ser cautivante. Una infancia desgraciada en un pueblito a orillas de un lago en Nueva York. Un padre ausente, una madre ensimismada (por decirlo de buena manera), una obsesión con largarse de allí. Y después algo horrible y desafortunado que aún no me había revelado del todo.

Ninguna de las dos sabía mucho de vino, salvo que parecía lo más refinado para beber. Nos decidimos por un *cabernet sauvignon* en lugar de un *pinot noir* porque la descripción del *pinot* decía que a veces era "delicado" y, al leer eso, nos miramos, dijimos "nah" y nos echamos a reír. Las descripciones del *cabernet* decían que era intenso y opulento. Eso nos gustó más.

La botella estaba en la mesa del centro. Me incliné hacia delante, me serví otro poco, le ofrecí más a Cass. Ella extendió la copa y canalicé todas y cada una de las escenas que había visto en las que se servía vino. Incluso giré la botella al final para que no goteara en el sofá. *Bien ejecutado,* pensé.

Cass no había empacado suficiente ropa al no saber que las noches en Los Ángeles podían ser bastante frías. Para mí eso no era problema porque ahora ella estaba sentada en el sillón con mi sudadera gris con capucha de los Kansas Jayhawks. En una mano tenía la copa, con la otra retorcía uno de los cordones de la sudadera.

Cuanto más informal se vestía, más hermosa se ponía. Tenía una risa sonora que le salía fácil. Lo que más me gustaba era que se le entornaban los ojos al reír.

Me preguntaba qué observaba ella en mí. Si me veía tan compleja y dinámica como yo la veía a ella.

Aún no habíamos hablado del libro. Yo quería, pero no sabía si ella quería también. El libro parecía estar conectado con esa parte misteriosa de su vida. Por unos segundos, no dijimos nada. Cada una bebió un sorbo de vino, fingió entender y paladearlo.

–¿Sabes…? –dijo Cass después. Inyectó esteroides en la oración diminuta, para darle robustez. Esperé. Ella apoyó la cabeza contra el respaldo del sillón y miró el techo–. Yo quería ser tú –me confesó–. En realidad, sigo queriendo ser tú.

–¿Yo? –No entendía a qué apuntaba. ¿Quería ser yo en el sentido de *Mujer soltera busca*? Si bien lo descarté al instante, una ola de miedo me resonó por el cuerpo. (Muchas gracias, fama).

–Me refiero a ser actriz –aclaró ella enseguida, percibiendo mi incomodidad–. Por eso acepté de inmediato venir aquí. A pesar de que Sidney dijo, y cito sus palabras, que era la estupidez más grande del mundo, quería conocerte y ver cómo podría haber sido mi vida si no se hubiera descarrilado por completo como pasó. Por supuesto, a Sidney le da pavor que ahora, después del cuidado que tuvimos, yo haga mierda todo.

Al decir esa última parte, me miró con la cabeza aún echada hacia atrás y el cabello desparramado encima del respaldo del sillón.

–Estoy hablando demasiado –dijo, levantando la copa. Sonrió con dulzura.

¿Estaba coqueteando? Quería tocarle el pelo, pasarlo entre mis dedos.

Cómo respondo, cómo respondo, cómo respondo… Quería algo que nos mantuviera en este camino pero que no la espantara.

–¿Quieres… hacer mierda todo?

–Quiero. –Me sostuvo la mirada al decirlo. Y se detuvo. ¿Eso era el principio de una oración o el enunciado completo? Ambos, quizás. Seguíamos mirándonos, un segundo, dos. Después sus ojos se dispararon hacia arriba y a la izquierda. Empezó a sacudir la cabeza, sutilmente–. Quiero tantas cosas que ya no creo que pueda tener, y estoy tratando de… avanzar en medio de todos esos deseos.

Querer cosas, podía identificarme con eso. Muchas veces deseé una vida en Lawrence que pudiera satisfacerme. Pero necesitaba más. No era solo por el dinero y la fama, era por algo más.

–Grandeza cósmica –susurró Cass. Me quedé mirándola, pasmada. ¿La había oído bien?

–Espera –dije–. Repite eso.

–No lo sé, es solo… –empezó a decir, pero la interrumpí.

–No, digo, ¿qué acabas de decir?

–¿Grandeza cósmica?

–Por Dios –susurré, mirándola a los ojos. La frase definía tantas cosas sin nombre en mi interior–. Es exactamente eso.

–Lo sé –dijo ella–. *Lo sé*.

–¿Hay cura? –pregunté.

Cass negó con la cabeza.

–Ninguna de la que se tenga conocimiento.

–¿Así que estamos condenadas?

–Así parece. –Bebió un trago largo de vino.

Nos miramos la una a la otra por encima del marco de nuestros lentes, después pregunté:

–¿Y por qué piensa Sidney que el hecho de encontrarnos arruinaría todo… y qué es "todo"? –Quería más información sobre esta Sidney Collins.

Nadie excepto Janie y mi hermana sabía que yo era lesbiana. Matt, si le hubiera contado, se habría reído, me habría dicho que tenía un sentido del humor morboso. Mi mamá, mi papá y mi hermano, de ninguna manera. Estaban demasiado metidos en la clase media tradicional del Medio Oeste para entenderlo. Habrían pensado que era algo de Hollywood en lugar de lo que había sentido desde que vi a Julia Roberts en *Notting Hill* cuando era niña. Al verla allí parada, tan solo una chica, pidiéndole a un chico que la amara, me di cuenta de que deseaba que estuviera pidiéndole a una chica que la amara. Y que deseaba que esa chica fuera yo.

Pero eran los 2000 y, con el cabello corto y trajes de chaqueta y pantalón, no iba a ser la chica mimada de Estados Unidos. Hice lo necesario: usé vestidos de alta costura y maquillaje de ojos ahumados. Pero cada vez que caminaba por la alfombra roja, me

imaginaba (y me da vergüenza admitirlo) que las cámaras eran Julia Roberts y mi objetivo era lograr que ella me deseara.

Ahora quería que Cass me deseara. Se había esfumado mi idea de una conexión platónica. ¿Ella sabía que yo la deseaba? ¿Y cómo podía asegurarlo? Eso era lo que me pasaba por la cabeza mientras bebíamos la botella de vino.

–Sid, bueno, las cosas con ella son imposibles de describir. –Cass volvió a incorporarse. Cambió la pierna sobre la que se sentaba y apoyó el brazo en el respaldo. Fue inevitable ver que su mano ahora estaba mucho más cerca de mí. A tan solo unos centímetros de mi hombro izquierdo. Evidentemente, ese había sido el objetivo del reacomodo, ¿no?

Me moví un poco para poder acercarme a la punta de sus dedos. Las uñas no estaban pintadas; las manos, bronceadas[19] y delicadas.

–¿Qué es todo? –continuó–. Eh, supongo que "todo" es un muro que hemos construido entre yo, quién soy, mi identidad, y el libro y todo lo demás. Hay una serie de capas para que sea imposible identificarme como la autora. Sid es la única que lo sabe, bueno, hasta ahora. Dijo que la única forma en que podría enterarse la gente es por un error humano.

–Y supongo que le preocupa que tú –intervine, señalándola– seas la humana que cometa ese error, ¿no?

El gesto era multipropósito. Alcanzó todo su potencial cuando mi mano levantada le rozó el antebrazo. Dejarla apoyada allí me pareció muy atrevido, así que permití que se deslizara de vuelta al respaldo. Ahora nuestros antebrazos se encontraban en paralelo, separados por tan solo unos centímetros. Ella volvió a hablar, pero mi concentración y mis ojos estaban fijos en el espacio que nos separaba. Imaginé una regla midiendo la distancia a la que estábamos, imaginé un lapicito detrás de mi oreja para anotar el número. ¿Eran cinco centímetros exactos? Quizá incluso menos.

Volví a prestar atención cuando ella iba por la mitad de una oración.

–… dice que es por el negocio, pero yo creo que en realidad puede que sea por ti.

Mierda. Esa era una oración que desearía haber oído por completo.

–Espera. –Sacudí la cabeza. ¿Quizá era mejor ser honesta?–. Estaba, bueno, mi mente se distrajo un momento. ¿Puedes repetir eso?

Ella alzó las cejas. Insinuante, sí, casi seguro insinuante. Me mordí el labio de un modo que esperaba fuera sutil y sensual, no vulgar. La gente se muerde el labio por todo tipo de razones.

–Nada más decía que tal vez su preocupación por que yo eche a perder mi anonimato es tan solo una fachada, y que en realidad Sid se oponía a este viaje porque está celosa.

–¿De… mí?

"Las dos sabemos la respuesta a esa pregunta", dijo la cara que puso Cass. Me la merecía, había dicho eso buscando un halago. Las piezas del rompecabezas empezaban a formar una imagen. Quizá Cass y esta Sid habían sido algo la una para la otra. Quizá aún lo eran. Y quizá venir a conocerme, a ver cómo era la vida en Hollywood, no tenía que ver solamente con el libro y la película. Quizá Sidney era hermosa y brillante y todo lo que Cass quería, pero me daba la sensación de que no.

Entra en escena: Ry Channing.

Una relación pública no era posible. El encanto de Cass, además de su sensualidad, estaba en su compromiso con el anonimato. Justo después de Sarah, ella era la anti-Sarah. Mi mente iba a toda marcha, avanzando tan rápido que no podía analizar cada idea. Lo siguiente que salió de mi boca fue:

–A ver, ¿qué tan grave pudo haber sido eso de lo que te estás ocultando?

Descendió una helada gélida sobre mi acogedora sala de estar. Fue una tontería decir eso. Pero en esos breves segundos, imaginé nuestra relación de principio a fin. Llegaría el momento en que el trasfondo misterioso de Cass y su necesidad de mantenerse anónima se volverían un problema. Quizá quería quedarme tranquila de que todo era una exageración. Éramos las dos jóvenes, tendíamos a sobredimensionar las cosas. ¿Tal vez esta cuestión parecía algo importante ahora, pero luego ella se daría cuenta de que no era así?

Si no, que saliéramos quedaba descartado.

Cuando la última palabra abandonó mi boca, percibí que Cass emprendía la retirada. Luego lo vi: el brazo que se levantaba del respaldo del sillón y se cruzaba con el otro apoyado contra el pecho. A pesar de que me pagan para cautivar a millones de personas con una mirada, había conseguido alejar a Cass con tan solo unas palabras equivocadas.

–Creo que voy a irme a la cama –fue lo que dijo en lugar de "¿Por qué carajo arruinaste la noche?".

–Espera, Cass, no. –Yo estaba en plena retirada también–. Perdón, fue una tontería preguntarte eso, no me debes ninguna explicación.

–No es eso –mintió–. Es que… estoy agotada. Es tarde para mí.

Se puso de pie, extendió los brazos por encima de la cabeza. Soltó un gran bostezo que sonó genuino y me hizo bostezar a mí también.

–¿Lo ves? –dijo. Parecía contenta de que mi cuerpo hubiera confirmado sin querer su razonamiento falso.

Cuando llegamos al pasillo, cada una en la puerta de su cuarto, ella ya se había ablandado de nuevo. Traté de quitarme la energía rara pero no pude. La metí en mi caos interno.

–Perdón por haberte preguntado eso –repetí. Señalé la sala de estar con el pulgar, donde las dos copas de vino a medio beber quedarían hasta la mañana siguiente–. Sé lo molesto que es cuando la gente se entromete.

Esto último era cierto. Ella ya estaba sacudiendo la cabeza y quitando importancia a mis palabras con un gesto de la mano. Bajó un poco la cabeza y me miró directo a los ojos, después se acomodó un mechón de pelo detrás de la oreja. Tal vez estaba esperando a que yo me acercara, pero no podía ser la que hiciera eso. No después de haber tropezado de semejante manera un minuto antes.

Un segundo, otro segundo. Sus ojos, buscando en los míos. Cuando no encontró nada, dijo:

–Bueno, buenas noches, Ryan.

Y se metió en la habitación. La puerta se cerró sin hacer ruido. Imagínenme ahí parada por un minuto completo, preguntándome si ella estaba al otro lado de la puerta, si también aguardaba, con la esperanza de que yo golpeara.

19 Nota de Cate: Una vez mi madre me explicó que nuestra tez era morena porque éramos "Black Irish", cortesía de unos comerciantes españoles que se habían asentado en Irlanda mucho tiempo atrás. Me bronceo enseguida.

CAPÍTULO 33
CASS

Enero de 2007
Los Ángeles

Nunca hablamos sobre el libro ni la película, ni sobre nada relacionado con nuestro trabajo[20] en realidad, salvo cuando le pregunté cómo era ser estrella de cine.

–Como ser una persona, pero engañada –me dijo.

–¿Engañada en qué sentido?

Ella comenzó a golpetear sus dedos.

–Siempre estás creyendo algo que en realidad no es cierto.

Después se zambulló en la piscina y tomé eso como una señal de que no iba a explicar nada más.

La deseaba. Pero tenía miedo. Y mis temores cambiaban constantemente de forma. ¿Ella se sentía como yo? ¿Actuaba como si yo le gustara? ¿Yo merecía esto, este estado de asombro, o era una desgraciada por volver a sentirme liviana? La verdad era que esas semanas en Los Ángeles había pensado menos en Amanda y nada en Sidney, a menos que me viera obligada.

Ryan dijo que quería que me quedara.

–Todo el tiempo que quieras –había dicho. Le mandé un mensaje de texto a Sidney para avisarle que el estudio me había pedido que extendiera mi visita porque estaba ayudando mucho a Ryan. Dijeron que mi aporte era invaluable. Le escribí sobre lo mucho que estábamos haciendo, lo bien que iba todo. Ella sabía que era mentira, y yo sabía que ella sabía que era mentira. Pero no me

importaba, quería unas semanas con Ryan más de lo que quería una vida con Sidney.

Sus respuestas fueron mecánicas. Agradecí la existencia de los mensajes de texto y la distancia emocional que ofrecían, con una excusa incorporada para ser breve. Y todo el tiempo me recordaba a mí misma que ella no era mi dueña.

No del todo.

20 **Nota de Cate:** No estaba pensando en el trabajo.

CAPÍTULO 34
RYAN

Enero de 2007
Los Ángeles

La primera noche después de que Cass extendiera su visita, yo estaba despierta en la cama. Había pasado una hora, después otra. Estuve todo el tiempo preparada, siempre a punto de salir de la cama y golpear a su puerta. Tenía los sentidos aguzados. Estaba escuchando con detenimiento. Cada crujido de la casa, cada rama que golpeaba una ventana me hacía pensar en si ella estaría viniendo a mi cuarto.

Tenía puesta tan solo una camiseta y una tanga, y mi piel había cobrado vida con el roce de las sábanas. Imaginaba lo que pasaría si ella se metía en la cama junto a mí. La energía se sentía como un tornado, conmigo en el centro. Enseguida pensé que era mi imaginación y también que era lo más real que había sentido en mi vida. Al otro lado del pasillo, ella seguramente estaría escuchando si yo hacía algo, atenta a mis pisadas. Era lo único que tenía sentido.

Después, por fin, como en un sueño, salí de la cama. El reloj decía que era la 1:57. Sentía la madera fría bajo los pies y me estremecí, nerviosa. Con cada paso que daba hacia ella, no podía creer que pudiera mantenerme erguida. El manto de la noche me volvió curiosa. ¿Yo era real? ¿Esto era real? Me la pasé convenciéndome de que sí.

Golpeé despacio a la puerta. Bajito para que, si estaba dormida (aunque no podía ser que estuviera dormida), no me oyera. Apoyé la

oreja contra la madera. Pasó un largo segundo.

–Pasa –dijo la voz de Cass desde el interior, apenas un susurro.

Giré el picaporte con cuidado, entré en la habitación, y no lo solté hasta que hube cerrado la puerta. Mis ojos empezaron a hacer foco. Pude ver a Cass en el lado izquierdo de la cama, con la pierna derecha por encima de las sábanas. Me dirigí al otro lado de puntillas, al acercarme ella levantó las sábanas y yo me acosté enfrentándola. El cabello le caía por encima de los ojos. Extendí la mano y se lo acomodé detrás de la oreja, como la había visto hacer mil veces y yo había fantaseado con hacer también. Le apoyé la mano en el cuello, sentí la tibieza de su piel y suavicé lo más que pude la mirada para que tal vez ella viera lo mucho que deseaba esto… Que la deseaba a ella.

Mi cuerpo era un cable suelto. Resistí la urgencia de enroscarme a Cass. *Espera, espera, espera,* me dije muchas veces. Quería que todo fuera perfecto. Nos quedamos mirándonos varios segundos, el latido de mi corazón parecía resonar en toda la habitación. Después ella movió su cuerpo hacia el mío. Estábamos a tan solo unos centímetros de distancia, pero el único lugar en el que nos tocábamos era donde tenía mi mano apoyada en su cuello. Se inclinó hacia mi oído.

–¿Por qué tardaste tanto? –susurró.

Entonces acercó más los labios, que quedaron suspendidos junto a los míos, a una molécula de distancia o menos. Y la esperé quieta, y esperé un poco más. Pero entonces ya no pude contenerme y posé la boca en Cass, que exhaló de una forma que no me dejó dudas de que me deseaba tanto como yo a ella.

Lo que recuerdo de esa noche es que no hubo ninguna señal de alto. Ni siquiera una de ceder el paso. En cuanto nuestros cuerpos se juntaron, sus pezones duros contra mi piel, nos turnamos para ir por más. Ella apoyó la mano izquierda en mi pecho. Yo le tomé la cadera. Ella movió despacio la mano derecha, con la que me había tomado el cuello por un momento, y la bajó por mi cuerpo; luego detuvo la palma abierta sobre mi estómago mientras presionaba sutilmente su cadera contra la mía, después siguió su camino hasta quedar justo fuera de mí. Arqueé la espalda (quería que sintiera lo

mojada que estaba), hasta que ella entró. Le exhalé despacio en el oído.

–Ay, mieeeerda –gemí.

Ella me giró el mentón con la mano libre y me miró directo a los ojos. Empezó a moverse dentro de mí, rítmicamente.

CAPÍTULO 35
CASS

Enero de 2007
Los Ángeles

Casi todas las noches de esa primera semana, después de que cada una se iba a su habitación, me quedaba despierta susurrando por lo bajo, una y otra vez:

–Ven aquí, ven aquí, ven aquí.

Creyendo con todo mi cuerpo que, si emitía suficiente deseo, ella lo sentiría desde el otro lado del pasillo.

Finalmente, vino. Y a ese deseo, al borde de la intensidad absoluta, nunca lo había sentido antes.

Lo que hice fue atrevido, pero cuando guié su mano hacia abajo para que me sintiera, tenía la boca abierta junto a su oído y pensé por un momento que no sería capaz de pronunciar palabras, que toda mi fuerza vital se había concentrado en el centro, dejando sin funcionar todo lo demás. Pero entonces por fin tomé el control.

–Tú eres lo que quiero –susurré, dejando que las palabras se mezclaran con mi aliento de modo que fuera más un sentimiento transmitido que una oración dicha.

Fue la mejor noche de mi vida[21].

21 Nota de Cate: Nada se compara con esa primera noche con Ryan. No nos dormimos hasta el amanecer y, después, solo por una o dos horas. La suavidad de su cuerpo desnudo enroscado al mío. Estar acostada despierta, asombrada por lo bien que se sentía, pensando en que había estado lo más cerca posible de ella, incluso dentro y, sin embargo, en que lo único que quería era acercarme más. Recuerdo que esa noche pensé: *¿Cómo puedo acercarme aún más?* (El segundo mejor día de mi vida fue cuando el periódico local reseñó la obra que habíamos hecho en tercer año y dijo que Amanda y yo éramos "dos estrellas poderosas"; pasamos horas sentadas en el muelle, con los pies colgando sobre el lago, leyéndonos la crítica la una a la otra).

CAPÍTULO 36
SIDNEY

Enero de 2007
Nueva York

Construí todo el mundo de Cate Kay. El laberinto de contratos y cuentas bancarias y acuerdos de confidencialidad; todo imposible de rastrear hasta Cass. Un día, Cassandra Ford no era más que un nombre inventado; al siguiente, una ciudadana estadounidense con acceso discreto a recursos prácticamente ilimitados. Pensé que al garantizar la privacidad de Cass lograría acceder a su amor. Razonamiento fallido de abogada; ahora lo veo. Ella nunca apreció la genialidad de lo que había creado, cómo me ocupé de cada vacío legal y le tejí un universo nuevo por completo. Pero mis habilidades nunca le quitaron el aliento a Cass, un hecho que me negué a ver durante demasiado tiempo.

Ella me prefería en la cama, en la oscuridad; no en público. Pero justo una semana antes de que viajara al otro lado del país para ver a Ry Channing (sin siquiera mirar atrás, debo agregar), habíamos tenido una de las noches más tiernas de nuestra relación. Cada vez que me ofrecía toda su atención, me sentía como uno de esos animalitos de esponja mágicos que se expanden rápido y al instante con solo agregarles un poco de agua. La versión más plena y poderosa de mí misma.

Esa noche estábamos cenando en un restaurante de sushi del centro, ubicado en el sótano de una típica casa neoyorquina, y

estaba tan oscuro que el arroz relucía en la mesa. Teníamos que acercarnos para vernos las caras.

Después del sushi, estábamos sumidas en una burbuja de calidez mientras subíamos por la escalera que llevaba a la calle. Sin embargo, me estaba preparando para que estallara; en cuanto nos separáramos un poco, Cass se alejaría inmersa en pensamientos, a los que rara vez me invitaba. Pero esa noche mientras caminábamos hacia el metro, se acurrucó en mí, entrelazando un brazo con el mío, apoyándose en mi hombro. Miré nuestros brazos entrelazados; tomé una foto mental. Una oleada de dopamina me encendió.

Luego, en la cama, ella se inclinó y me besó en la mejilla, sin que se lo pidiera.

–Gracias por la cena y por todo lo que has hecho por mí –dijo.

Todo estaba bien en mi mundo.

Así que, imaginen mi... ni siquiera sé cuál es la palabra correcta; ¿tristeza, ira, decepción?, cuando una semana después Cass dejó todo para aceptar la invitación de Ry Channing. Yo siempre fui la más madura; traté de actuar con altura. La dejé ir. La dejé tener su espacio. Se comunicaba, pero se notaba que lo hacía por obligación. Ojeaba las novedades que me mandaba en mi BlackBerry y me preguntaba cómo una actriz tan buena, al menos según su profesor de teatro, era tan mala para fingir.

En mi profesión aprendes que la gente siempre construye una red de mentiras alrededor de un grano de verdad y la hacen pasar por honestidad; pero es transparente. Así que, cuando Cass trató de convencerme de que el viaje a Hollywood era sobre la película, bueno, no soy estúpida. Si hubiera sido por *Los últimos de todos*, habría estado fuera unos días, reunida en salas de conferencias de algún estudio. Incluso podría haber contemplado invitarme. Sabía que se había ido a Los Ángeles en busca de algo; un romance, sin duda, y una versión de su vida que esperaba que aún pudiera existir.

Estaba furiosa.

Un socio de la firma notó mi descontento mientras Cass estaba de viaje. Había pasado por mi oficina dos veces y me encontró mirando por la ventana. No era necesariamente una posición inusual en la que encontrar a una abogada, pero ni siquiera oí que tocara a la

puerta. Tuvo que ponerse delante de mí para romper el trance. El segundo día que me encontró así, se sentó frente a mí.

–Mañana al mediodía, estate lista –me dijo–. Te voy a llevar a un lugar para exterminar lo que sea *esto*.

Dijo "esto" con desdén.

–¿Llevarme a dónde? –No tenía la costumbre de acompañar a hombres en aventuras misteriosas, menos en plena jornada laboral. Este tipo, Jonathan, no era mi jefe, pero tampoco era alguien a quien se podía rechazar.

–Jugaste al básquetbol en la preparatoria, ¿verdad? –preguntó.

Me dio curiosidad.

–Sí...

–Y te he visto corriendo, así que te va a encantar esto. –Ya volvía a ponerse de pie–. Ponte lo que te pondrías para entrenar.

Entonces agregó, golpeteando la puerta al marcharse:

–Al mediodía. Estate lista.

***

–¿Soul... Cycle? –dije, tratando de descifrar qué significaban las palabras "alma" y "ciclo" combinadas. Estábamos en una esquina del Upper West Side, acercándonos a una reluciente fachada blanca con detalles dorados. Nunca había visto a Jonathan tan emocionado, caminaba hacia atrás para observarme mientras me acercaba. Una primeriza, asimilándolo todo.

–Te va a fascinar –dijo, abriéndome la puerta. Hablaba a mil por hora, señalando los casilleros y los vestuarios y explicando la transformación que ocurriría dentro del espacio oscuro al final del pasillo.

Jonathan me había malinterpretado. No me gustaba hacer ejercicio en grupo. Me gustaba supervisar mi propio castigo físico y nunca había encontrado una clase grupal que no fuera más que tiempo perdido. Además, no me subía a una bicicleta desde que era niña y ponía tarjetas de béisbol en los rayos, y no tenía ningún

deseo de estar atada físicamente a una. Pero allí estaba. Metí los pies en ese calzado raro y me fui haciendo ruido por el pasillo.

El salón ya se había llenado; la gente estaba expectante como si nos encontráramos en un concierto. Jonathan estaba en la fila de atrás, ya pedaleando, y agitó una toalla para llamar mi atención. Avancé de costado y me disculpé como diez veces hasta que terminé parada junto a un reluciente aparato de tortura. Él comenzó a señalar el frente del salón, pero yo estaba concentrada en descifrar cómo montarme. Los pedales giraban desenfrenadamente, una metáfora muy apropiada de cómo me sentía.

Sentí una mano en mi hombro y escuché una voz sonora y aterciopelada que decía:

–A ver, déjame ayudarte.

Miré hacia mi derecha, donde se erguía una diosa. Hombros fuertes, el cabello rubio oscuro trenzado como si fuera vikinga. Solo le faltaban el arco y la flecha. Esbozó una sonrisita.

–Te prometo que no es tan malo como parece –me dijo.

Después me tocó la cadera; midiéndome para ajustar la bicicleta. Giró algunas perillas y manipuló con gracia el manubrio.

–Prueba así –indicó, sosteniéndome el antebrazo mientras yo intentaba enganchar los pedales.

Mi resistencia se desvaneció, apreté los dedos de los pies hacia abajo hasta que oí con satisfacción un *clic*, luego otro. Incluso cuando era niña, mi madre detenía a la gente y decía: "Ah, Sidney puede resolverlo sola". Siempre les decía a los demás que yo era tan competente que nunca tendría que preocuparse por mí. Pero a veces es agradable que se preocupen por ti. Aunque solo sea que te regalen una toalla para el sudor o que te rocen unos segundos al ajustarte el asiento.

–¿Se siente bien? –me preguntó la chica. Bajé la vista. Sin razón aparente, tenía la mano apenas apoyada sobre mi muslo.

–Se siente fantástico –respondí. Y así era, nunca nadie me ayudaba a resolver *mis* propios problemas.

–Genial –dijo y se marchó.

Me volteé hacia Jonathan.

–Yo sabía que te iba a fascinar este lugar –soltó antes de que yo pudiera decirle algo.

Fui todos los días durante un mes.

CAPÍTULO 37
RYAN

Febrero de 2007
Los Ángeles

—¿Es Hollywood todo lo que soñabas? –le pregunté a Cass uno de los últimos días antes de que tuviera que irme a Charleston. Era temprano por la tarde. El sol estaba a pleno. Ella se sumergía en la piscina. Yo estaba acostada sobre los azulejos estilo marroquí, con el brazo derecho colgando en el agua. Cass apretó los labios contra la parte interna de mi codo y deseé llevarla a la cama de nuevo, pero el sol me había puesto en una especie de coma y me sentía inmovilizada.

–Veamos. –Ella cruzó los brazos sobre los azulejos y acomodó el mentón sobre las manos–. Estoy junto a, literalmente, la mujer más hermosa del mundo, el sol está radiante, podemos tener todo lo que queramos y hace semanas que el trabajo ni se me ha cruzado por la mente… Sí, creo que es todo lo que soñaba.

Yo tenía muchas maneras de responder a eso. Pero, por supuesto, no pude pasar del cumplido. Me hizo pensar en cuántas otras mujeres, si las había, habría amado Cass. Así que le pregunté cuánto tiempo llevaba sabiendo que le gustaban las chicas. Reclinó el rostro sobre las manos y me miró.

–¿Desde hace cuánto lo has sabido *tú*? –me retrucó. Lo dijo con tono ligero y coqueto, así que no me importó responder mi propia pregunta.

–Mmm –dije, con los ojos cerrados alzados el sol, más relajada de lo que había estado en años–. ¿Fuera de *Notting Hill*? –Abrí los parpados lo justo para guiñarle antes de continuar–. Creo que en quinto año. En Kansas. Tendríamos una excursión escolar y los niños estaban invitando a las niñas a sentarse con ellos como si fuera la versión de primaria de un baile o algo así.

El sol me tenía como drogada. Mientras contaba la historia, me sentí de vuelta allí: el aula de quinto año con mapas del mundo en las paredes, el albor de mi conciencia sexual.

–Un niño llamado Mark me preguntó si quería sentarme con él y tuve una reacción física, como diciendo "de ninguna manera", porque la única persona con la que quería sentarme era con una niña de mi clase llamada Ashley. Éramos medio amigas, pero yo quería ser, ya sabes, mejores amigas, así que le dije a Mark que ya tenía compañera de asiento, Ashley. Luego me volví hacia ella y le dije "¿verdad?".

–Ay, Dios, me preocupas, Ryan. –Cass se inclinó y me tocó los labios con los suyos, un escudo contra mi devastación inminente–. ¿Y qué dijo tu único amor verdadero?

–Dijo, y no bromeo, lo recordaré por el resto de mi vida: "Creo que me sentaré con Mark". –Sacudí la cabeza despacio, como reviviendo el dolor.

Cass fingió una puñalada en el corazón, luego se deslizó lentamente bajo el agua: una muerte silenciosa y enamorada. *Sin duda podría haber sido una estrella de cine*, recuerdo haber pensado en ese momento. La miré hundirse y luego resurgir con el cabello mojado y gotas de agua pendiendo de la punta de las pestañas.

–Mierda –dije–. ¿Tienes idea de lo sexy que eres?

–No y sí –respondió ella, luego sonrió–. Aunque creo que esa fue una pregunta retórica.

–Sí, pero me gusta cuando respondes a todas mis preguntas, sean retóricas o no. –No estaba pensando en la *única* pregunta que ella había dejado sin responder (para todo el mundo), pero en cuanto dije esto, la sentí tensarse apenas un poco. Saqué la mano del agua y le rocé el labio inferior con el pulgar; lo dejé ahí hasta que abrió la boca despacio y me dejó entrar. Me miró todo el tiempo. Una vez

que la tensión se liberó, dije–: Tu turno, por favor. ¿Desde cuándo lo has sabido?

Bajó la cabeza. El labio inferior quedó apenas sumergido y la boca medio llena de agua de la piscina. Esperé. Estaba dispuesta a ser paciente por esa respuesta. Después de unos segundos, se levantó unos centímetros. El agua le llegaba al mentón. Cada vez que decidía contarme algo sobre sí misma, me sentía aliviada. Estaba un pequeño paso más cerca de conocerla del todo. (Pero siempre estaba rondando el *¿por qué, por qué, por qué necesitaba ser anónima?* ¿Qué había pasado todos esos años atrás?).

–Desde el campamento de verano de teatro, creo que era un poco más joven que tú en la excursión. Detrás de una biblioteca, cerca del lago, había un pequeño teatro al aire libre. Nos dividíamos en grupos y al final de la semana montábamos una obra. Eso era todo el campamento, era grandioso.

Aquí hizo una pausa y volvió a sumergir el labio inferior en el agua, llenándose la boca. Otra vez esperé, observándola con detenimiento y deseando poder estar dentro de su cabeza. Era muy cuidadosa con todas sus palabras. Me preguntaba si yo debería ser más cuidadosa con las mías. Pero al ver a Cass, me daba cuenta de que ella estaba esposada de una manera indescriptible.

–Amanda –dijo después de un rato. Al oír ese nombre y la manera en que lo dijo ("reverencia" es la palabra que me viene a la mente) supe que me contaba algo importante. Había estado dejando que el sol me aturdiera, pero ahora me apoyé en un codo, de la forma más sutil posible para evitar asustarla y que volviera a guardar silencio por tener toda mi atención. Continuó–: Ella se llamaba Amanda y esa semana fue lo único en lo que pude pensar. Cada mañana me despertaba temprano y saltaba de la cama solo porque sabía que la vería. Tenía unas sandalias transparentes de goma, que había pintado ella misma con una especie de arcoíris, y eran lo más genial que había visto en mi vida.

Por cómo hablaba Cass, con tanta precisión, estaba hipnotizada viendo sus labios formar las palabras. La lengua rosada (¿eran todas las lenguas tan rosadas?), que se asomaba entre los dientes.

Cuando mencionó las sandalias de goma, cerró los ojos, y supe que las estaba evocando en su mente.

–Después de ese primer campamento de verano, nos volvimos inseparables –continuó–. Fue la única amiga que necesitaba y, la verdad, la única que quería, en ese pueblito. Hacíamos todo juntas, pero nunca fuimos... Ella nunca... Éramos amigas. A ella no le pasaba lo mismo.

–¿Estás segura? –No podía imaginarme estar cerca de Cass y no querer tocarla, hacerla mía. Quizás esa chica, Amanda, aún no lo sabía en ese momento.

–Sí, estoy segura –dijo ella, luego se dejó deslizar bajo el agua de nuevo. Me incliné sobre el borde para verla, las ondas distorsionaban su imagen, pero me pareció ver sus manos apretadas contra los ojos. *Amanda* era importante, se notaba. Quería saber más, pero no quería que Cass volviera a desaparecer dentro de sí misma. Debatí qué decir después. ¿Debía preguntar o no?

Mi curiosidad pesó más que mi precaución. Cuando Cass salió a tomar aire, esperé un momento, después pregunté:

–¿Qué pasó… con Amanda?

Ella se pasó las manos por el cabello. Sacudió la cabeza hacia la izquierda y la derecha, quitándose agua de los oídos. Pude sentir la energía espesa del remolino de su mente.

–Hubo un accidente. –Alzó los ojos y me miró a los míos, brevemente, antes de bajar la vista de nuevo. Comenzó a tomar agua con las manos ahuecadas–. Tuvo un accidente.

–¿Está bien?

Inhaló hondo.

–No, mu…

Pero justo entonces se oyó un golpe desde el fondo de la casa. Janie apareció en la puerta corrediza, abriéndola. Llevaba en las manos una carpeta gruesa. Mientras caminaba hacia nosotras, la sostuvo en alto y la sacudió de un lado a otro como diciendo "¡Aquí está!".

Era el último guion de *Los últimos de todos*. Janie no preguntó si era buen momento. Tampoco le importaría. Se sentó en la mesa del patio y comenzó a hojear las páginas.

Cass salió de la piscina, se envolvió una toalla alrededor de la cintura y fue con ella.

–Guau, así que está pasando de verdad –dijo, se le notaba en la voz lo feliz que estaba de cambiar de tema.

Cass y Janie ya habían interactuado algunas veces. (Perdón, acuerdo de confidencialidad). Durante su visita más reciente, Janie me había acorralado en la cocina.

–¿Qué está pasando entre ustedes dos? –me había preguntado y en respuesta yo di el mordisco más grande que me entró en la boca a mi pan tostado. Mastiqué despacio, luego me encogí de hombros.

–Hombreee –había dicho Janie, lo que me hizo reír. Me gustaba que me dijeran "hombre". Ayudaba a equilibrar la hiperfemineidad que tenía que exhibir en casi todas partes. Además, a este "hombre", lo dijo como una exhalación, tenía toda una carga interior. Si Janie hubiera preguntado, yo podría haber enumerado todo lo que había infundido en esa palabra. En cambio, mientras aún masticaba, dije:

–Te preocupas demasiado. No va a pasar nada.

Ella soltó un resoplido.

–¿Sabes lo famosa que eres ahora? Sé que has estado aislada aquí adentro, pero afuera están todos locos por ti. –Señaló el mundo exterior, yo me imaginé un frenesí de paparazzi y persecuciones en auto–. ¿Me estás diciendo que has decidido salir con alguien cuya meta en la vida es mantener su identidad en absoluto secreto? ¿Y piensas que me preocupo *demasiado*?

¡Bueno, puesto de esa manera! Dije algo como "tienes razón", pero mi cerebro estaba bajo los efectos de la droga del amor y sin duda lo estaba distorsionando todo. Algún que otro obstáculo, no había más que eso. Lo resolveríamos.

Janie se acercó.

–Para que quede claro –susurró–, lo único que me preocupa eres tú y tu hermoso corazón. –Luego me arrebató el pan tostado con mantequilla de maní y dijo–: Tienes prueba de vestuario la semana que viene, colabora un poco[22].

22 Nota de Cate: Agradezco que Ryan haya incluido estas partes sobre perder peso para *Los últimos de todos*. Nunca hablamos de eso, pero ver que no comió casi nada durante semanas me hizo cuestionar si yo habría disfrutado de ser actriz tanto como había supuesto de niña. Nunca había pensado en el lado oscuro, solo en las partes brillantes.

CAPÍTULO 38
CASS

Febrero de 2007
Los Ángeles

Esos últimos días antes de que Ryan se fuera a filmar a Charleston, esperaba que me pidiera que la acompañara. Una locura, sí, lo sé. Solo habían pasado unas semanas. Pero sencillamente lo quería todo: a ella, esa vida, esa ciudad. Todo, todo eso. Los Ángeles parecía ser tal cual como Amanda y yo nos la habíamos imaginado durante esos largos inviernos del norte de Nueva York. Y sabía que también me encantaría estar en el set de la película.

Temprano en la mañana de nuestro último día, con cuidado de no despertar a Ryan, me escabullí de la cama. Caminé de puntillas por el pasillo, me encerré en el baño y me senté en el inodoro con la vista fija en mi teléfono plateado. Lo abrí, lo cerré. Abierto, cerrado, abierto, cerrado.

–Ah, a la mierda todo –dije en voz baja, luego llamé a la aerolínea y cambié mi vuelo de Nueva York a Charleston. Empecé la casa por el tejado, sí, pero pensé *¿por qué no meterle presión al universo?*

Me armé de valor. Sabía lo que se venía. Dos horas después de que apareciera el cargo en la cuenta, Sidney lo vería. ("Eh, porque no soy una idiota imprudente", me había respondido cuando una vez le pregunté por qué revisaba mi cuenta de American Express *dos veces al día*). Entonces sonaría mi teléfono y no pararía de sonar hasta que contestara. Mejor llamarla directamente y terminar con eso de una vez.

La llamada fue directo al buzón de voz, una bendición. Escuché la voz autoritaria de Sidney decir: "Este es el teléfono celular de Sidney Collins, abogada, por favor deje su mensaje después de la señal". Qué poca gracia tenía, ni siquiera una pizca de complicidad en su tono de voz. Respiré hondo.

–Sidney, soy yo –dije–. Quería avisarte que no voy a volver a Nueva York por ahora. Me voy a Charleston con Ryan para el rodaje. Podemos hablar de todo esto cuando regrese. ¿Está bien? Bueno. Espero que estés... Espero que todo esté bien allí.

Me pregunté si alguna vez regresaría a Nueva York. ¿Existía un mundo en el que nunca volvía a ver a Sidney? Mi rodilla izquierda rebotaba sin cesar. Me incliné entre las piernas y apreté los párpados. Una capa de miedo, pero debajo emoción.

Un minuto después, caminé de puntillas por el pasillo, volví a meterme en la cama y me pegué contra la espalda de Ryan, agradecida por su calor después de las frías baldosas del baño.

***

Pasamos el día en la cama, no revisé el teléfono. Finalmente, al atardecer, me escabullí para cambiarme para la cena y lo saqué de mi bolso. Estaba preparada para ver llamadas perdidas de Sidney, que era la única que me llamaba, pero no había nada de ella. Sin embargo, allí mismo, allí mismo en esa pantallita, había un número que no reconocía. Me había llamado tres veces y, entre ellas, me había dejado un mensaje de voz.

Se me subió el corazón a la garganta tan de golpe que se me nubló la vista por un momento. Jamás había recibido una llamada de un número desconocido en ese teléfono. Mi mente empezó a galopar, finalmente había llegado la policía. Escuché de inmediato. Una voz de hombre.

"Hola, señorita Ford, esto es urgente. Por favor llámeme al 212-555-3463".

No podía darme tiempo para entrar en pánico. Mientras más rápido terminara eso, fuera lo que fuera, mejor lo pasarían mis

órganos internos. Marqué el número y presioné "llamar", rogando que el hombre contestara.

–Hola.

–Habla Cass Ford –dije. Estaba entregada.

No se oyó más nada del otro lado de la línea y eso casi me hizo enojar. O sea, ¡vamos!, ¡al punto! Mientras más espacio abierto tuviera mi mente, aunque fueran solo unos segundos, más horrible iba a ser el escenario que crearía. (No era la policía, era el FBI… No, no, debía de ser la CIA...). Por fin él se aclaró la garganta.

–Gracias por llamarme –dijo–. Sé que es hora de cenar en Los Ángeles, así que iré directo al grano.

Un momento, ¿cómo sabía que estaba en Los Ángeles? La única ventana del cuarto daba al patio trasero, pero me salí de la vista por las dudas.

Hice una lista mental de quiénes sabían dónde estaba: Sidney, Janie, Ry…

Recordé el día anterior, en la piscina de Ryan, hablando de más sobre Amanda y el accidente, mareada por el sol y el embeleso.

Pero entonces él empezó a hablar:

–Tenemos una fuente aquí en el *New York Times* que confirma que usted es la escritora detrás del seudónimo Cate Kay y que estuvo involucrada en una muerte en su pueblo natal.

La piel se me volvió una brasa caliente. Bajé la vista a los hexágonos en blanco y negro del suelo. Sí, le había contado a Ryan sobre Amanda, pero… No, no había forma de que ella… Dejé que mis ojos recorrieran la línea entre las baldosas, siguiendo el patrón, buscando una salida. Pero no había ninguna.

Colgué el móvil. No dije ni una palabra más. Simplemente lo cerré de golpe para cortar las preguntas del hombre y lo que todo eso significaba. Miré el teléfono plegable e imaginé al desastre completo, al desastre de mi vida, ahora atrapado dentro de la carcasa brillante.

Todo lo que había pasado las semanas anteriores con Ryan se esfumó. Justo esa mañana había estado contemplando una estrategia de salida, para desprenderme del seudónimo y volver a mi vida. Había pensado que tal vez podría publicar los libros siguientes con *mi* nombre. Me había entusiasmado, tenía el control. Pero esto

parecía una invasión. Me imaginé los titulares, los artículos en los periódicos, los susurros. Y, lo peor de todo, el nombre de Amanda impreso… pero sin Amanda que pudiera leerlo.

Llamé a Sidney. La necesitaba. Siempre había arreglado mis errores. Contestó al segundo timbre.

–Hola, Cass –dijo con la brusquedad que sabía que me merecía.

Me salté las cortesías y le expliqué lo de la llamada telefónica, lo que había dicho el periodista, lo que estaba pasando.

–Sidney, por favor, ayúdame –susurré–, ¿qué hago?

Me pidió que repitiera todo, despacio, y la calma de su voz me tranquilizó. Hice lo que me pidió, luego esperé.

–Sabía que este viaje era mala idea –dijo–. No se puede confiar en nadie en Hollywood.

–¿Crees que Janie tuvo algo que ver con esto? –No quería decir el nombre de Ryan otra vez, y menos a Sidney.

–Janie no. Ryan. No me sorprende para nada. Los actores son adictos al drama. ¿No estuvo saliendo hace poco con el coprotagonista de una película? Allí la verdad es un espejismo.

Me estremecí ante la insinuación de que yo era solo una más en la larga lista de conquistas de Ryan, pero deconstruir la psicología de la industria del cine no era lo que necesitaba en ese momento.

–¿Qué hago? –pregunté.

Por suerte, ella continuó:

–Bueno, voy a ir personalmente a las oficinas del *New York Times* para frenar esta noticia, cueste lo que cueste. Deberías tomar un vuelo nocturno a casa. Sal de esa locura.

Apreté los párpados y presioné la palma de la mano contra el ojo derecho hasta que vi estrellas. Dejar a Ryan, no quería eso... No estaba lista para comprometerme a hacer eso.

–¿Cómo, cómo... cómo pasó esto?

–Ya sabes cómo –dijo Sidney–. Pero ven a casa y lo resolveremos.

–Está bien… Sí… Está bien –respondí, después ella me dijo que me amaba, yo colgué y no recuerdo si le dije que la amaba también.

Ryan tenía una computadora en el pasillo, me abalancé sobre ella. Una pila de casetes se precipitó al suelo cuando quise apretar el botón de encendido.

–¿Todo bien? –Ryan gritó desde la cocina.

Tenía la sensación de estar a gran altitud, como si no me llegara suficiente aire. Tuve que hacer una pausa a propósito y respirar una vez antes de responderle a los gritos.

–Sí, solo tengo que revisar un segundo mi correo electrónico.

Aunque yo no era de esas que necesitan revisar un segundo su correo electrónico. De hecho, no lo veía nunca.

¿Qué había encontrado ese periodista? Escribí en Google "Amanda Kent y Anne Marie Callahan", luego me detuve. Los dedos quedaron suspendidos sobre el teclado. Un momento después agregué rápidamente "muerta, Bolton Landing" e hice *clic* en el botón de búsqueda, sintiendo pavor por los resultados.

Apagué la mitad de mi cerebro, que es como siempre lidiaba con los pensamientos sobre la muerte de Amanda, y revisé cada resultado. Solo uno era relevante: el periódico del pueblo estaba construyendo un archivo digital y había subido hacía poco su reseña de nuestra obra del tercer año, *Rosencrantz y Guildenstern han muerto*, en la cual Amanda y yo interpretamos ("como dos estrellas poderosas") a los personajes principales, dos roles tradicionalmente masculinos. Nada más. Solo ese resultado ofrecía prueba de nuestra existencia. Estaba a punto de hacer *clic* en la reseña, leerla de nuevo, cuando desde el otro extremo de la casa, Ryan se asomó al pasillo.

–¿Llegamos bien a cenar a las siete? –gritó. Entrando en pánico, busqué a tientas el mouse y cerré los resultados de búsqueda.

CAPÍTULO 39
AMANDA

Febrero de 2007
Bolton Landing

Aunque no salía mucho, de vez en cuando me juntaba con algunos amigos de la secundaria para tomar algo… o muchos, muchos algos. Nos encontrábamos en un bar del pueblo que estaba alfombrado, lo que da buena cuenta de lo que era el lugar. Sí, había una rocola antigua. No, los tragos no estaban buenos.

La última vez que fui con ellos fue un viernes a finales del invierno. Kerri había venido a casa el fin de semana desde la Universidad Siena, cerca de Albany, donde se había ganado una beca que a cada rato amenazaba con abandonar para volver a cuidarme. Hablaba en serio, eso me daba pavor. Sabía que necesitaba poner mi vida en orden para que ella pudiera seguir adelante con la suya, pero no lo lograba. Tal vez mi agitada vida social calmaría sus preocupaciones.

–¡Amanda! –gritaron casi al unísono mis amigos cuando aparecí esa noche en la entrada del bar. Su saludo exaltado era, al menos para mis oídos, un intento de equilibrar el pensamiento terrible que sin duda todos acababan de tener: "Gracias a Dios que no soy yo". Uno de ellos ya se estaba apresurando para sostenerme la puerta.

–¡Hola, chicos! –los saludé, sonriendo como si estuviéramos en la escena inicial de alguna comedia televisiva.

En el grupo éramos cinco, entre ellos Tommy, que podría haber sido la inspiración detrás de *Glory Days* de Bruce Springsteen.

¿Sabíamos que lo habían nombrado jugador estrella en el último año de la secundaria? Era un dato que surgía con más frecuencia de la que una imaginaría posible.

Éramos los únicos chicos de nuestra pequeña clase que nunca se habían ido del pueblo. No lo habríamos admitido, pero todos teníamos resentimientos. Estábamos plagados de inseguridades. Cuando llegué a la mesa, pedí el primero de siete vodkas con arándanos.

Dos horas después ya estábamos todos ebrios. Cerré un ojo y di un sorbo grande y largo a través de la diminuta pajilla negra. ¡Tan angosta! ¡Tan cruel! ¿Acaso estaba diseñada para que los borrachos no pudieran meterse alcohol en la boca tan rápido como querían? Probablemente.

Vi que Tommy empezó a reclinarse hacia atrás, mirándome con los ojos entornados y los labios fruncidos. Entonces dijo:

–Bueno, a la mierda, voy a preguntar.

Y con eso se desprendió una energía rara. Los demás lo miraron fijo, luego intercambiaron miradas y percibí que sabían muy bien lo que estaba a punto de preguntar. Parecían horrorizados y entusiasmadísimos por el descaro de su amigo.

–Tú y Annie –siguió él, luego hizo una pausa, llevándose el vaso justo debajo de los labios–. Ustedes dos alguna vez... eh... –Levantó una ceja–. ¿Tuvieron sexo?

Tomó un sorbo lento de su trago de un modo que sin duda pretendía ser seductor, pero resultó ser de puro imbécil.

Nadie había dicho su nombre frente a mí. Nunca, ni una sola vez en seis años, habíamos hablado de ella. Creo que lo hacían por cortesía, pero era algo más que le robaban a mi antiguo yo, que consistía en casi un noventa y dos por ciento de recuerdos e historias de Annie. Durante seis años fingimos que ella nunca existió. Seis años de decoro mal juzgado que se fueron por el caño porque Tommy se embriagó y no pudo resistir el impulso de preguntar sobre la posibilidad de que hubiera habido acción entre chicas. (Qué gente de mierda, ¿no?).

Por supuesto, eso de ninguna manera justifica lo que hice después, que fue tomar una de las botellas de cerveza vacías y

estrellarla contra el costado de la mesa. El cristal se hizo añicos, salpicando por todos lados. Mis amigos se echaron hacia atrás como si peligrara su vida, lo cual me pareció un poco exagerado, casi teatral. Al fin habían encontrado un motivo para ya no volver a invitarme.

Cuando llegué a casa, me puse a chocar la silla contra todo y Kerri salió frotándose los ojos.

–¿Amanda? –lo dijo como lo había dicho Annie parada encima de mí en aquella piscina vacía: mi nombre como una pregunta, aunque no lo era. Ambos tonos helados, llenos de terror.

Volví a pensar en aquella tarde y me pregunté lo de siempre: ¿era posible que mientras estaba allí tirada, sobre esas hojas mojadas, esperando a Annie, supiera que ella volvería en cualquier momento, pero también que se había ido para siempre?

–¿Amanda? –repitió Kerri, esta vez con más fuerza. Miré a mi hermana menor. Parecía cansada del mundo, con los hombros caídos. Odiaba ser yo la culpable. Como siempre, ese sentimiento, como todo lo que sentía, fue devorado al instante por el monstruo "Culpa a Annie", una bestia insaciable. Todo era culpa de ella.

Necesitaba llegar a la cama, apagar la cabeza. (¿Cómo haría Annie para vivir con ese cerebro que no paraba nunca? El mío estaba volviéndose así, no dejaba de dar vueltas. Era insostenible). Me impulsé con torpeza hacia adelante, me aplasté la mano entre mi silla y la mesa de centro. El dolor fue punzante.

–¡Es todo una mierda! –grité, echando la cabeza hacia atrás, sosteniendo la *a* de *mierda* como la cantante de una banda de heavy metal. Fue primitivo. Pero también se sintió bien, y de repente me di cuenta de que tal vez gritar de rabia podría ser el primer paso en mi camino hacia la libertad. En *mi viaje*, por así decirlo.

Kerri, sin embargo, no estaba al tanto de este lado positivo con el que me había topado. También había llegado al límite de su paciencia. Tal vez gritar, como bostezar, es contagioso, porque un segundo después ella soltó un rugido feroz. (Papá había salido a jugar al póker).

En algún momento, me callé y la observé. Tenía las manos hechas puños a los costados, los párpados apretados. Sonaba como si

estuviera en la peor parte de una montaña rusa, emanaba más profundidad de su menuda figura de la que habría esperado. Unos segundos después se quedó sin aire, tomó una gran bocanada y gritó, con lo que debe describirse como amargura.

–¡ODIO A ESA ANNIE CALLAHAN DE MIERDA!

Luego redobló la apuesta:

–¡La odio, la odio, LA ODIO!

Enseguida se agotó y nos sumimos en un silencio extraño.

–Kerri, no vuelvas a decir eso jamás –dije con una firmeza que me sorprendió–. Nunca, jamás. –Luego, después de un momento, agregué con un tono más gentil–: ¿Me lo prometes?

Ella parecía pasmada.

–¿Qué? –logró decir al fin, sus puños se volvieron palmas abiertas–. ¿Por qué la defiendes?

–No la defiendo –respondí, porque, en rigor, así era. Pero algo se había soltado dentro de mí.

–Eh, sí –me contradijo cruzándose de brazos–. Sí la defiendes.

¿Qué estaba sintiendo? La presencia repentina de una pelota atorada en la garganta. Y la certeza de que, si Annie hubiera entrado a mi casa en ese momento, me habría lanzado hacia ella, sollozando "perdón, perdón, perdón". Había sido tan tonta e imprudente ese día en la isla, tan insegura de quién era. La había puesto en una posición horrible. Ella había estado enamorada de mí… durante años. Pero en lugar de soltarla, de compartirla con alguien más, había hecho lo mínimo indispensable para mantenerla conmigo: una mano en la mejilla, un beso en la frente, un abrazo extendido unos segundos de más.

Lo que finalmente pude reconocer, en esa terrible noche de borrachera, era sencillo:

Annie también debía de estar sufriendo.

A la mañana siguiente llamé a la Biblioteca Pública de Bolton y pregunté cuándo y dónde era la próxima reunión de Alcohólicos Anónimos. Me dijeron que era esa tarde en la iglesia.

CAPÍTULO 40
KERRI

Febrero de 2007
Bolton Landing

Nunca odié a Annie. Tengo un recuerdo de ella de cuando yo era pequeña, tan pequeña que todavía andaba con una muñeca en la mano. Fue después de la escuela, estoy segura porque Annie estaba en la cocina de casa preparando el bocadillo que solían comer con Amanda: un plato de nachos con queso derretido. La cúspide de la sofisticación de los primeros años de la secundaria. Tenía el rostro pegado al microondas, con las manos ahuecadas alrededor de los ojos.

–¿Puedo comer yo también? –pregunté. Recuerdo que en realidad no quería nachos, solo deseaba ser parte de lo que hacían. Mi hermana se encontraba en otra habitación, sin duda preparando alguna cosa divertida. Siempre hacían algo divertido. Si el tiempo era bueno, iban al patio lateral para armar alguna escena de acción con autopartes viejas de papá. Si no, hacían un desfile de modas en la habitación de Amanda, o se ponían a pensar las reglas de algún juego que habían inventado.

Annie estaba tan ensimismada en el queso derretido que no respondió. No era raro. Ella era así: a veces pensaba en una cosa y nada más. Siempre que la veía leyendo sola, sabía que no debía molestarla. Era muy diferente a Amanda en ese sentido.

Unos segundos después abrió el microondas y sacó el plato. Yo estaba parada en el vano de la puerta, preocupada de que tendría

que volver a preguntar y eso ya era casi rogar. La vi pasarme por al lado como si fuera invisible, con el plato de nachos en la mano. Me di vuelta, desanimada. Entonces, ella tomó el barandal con la mano libre y se detuvo, volteándose hacia mí.

–¿Vienes, pequeña? –preguntó, guiñándome el ojo. Sonriendo como loca, solté la muñeca y la seguí escaleras arriba.

Con el tiempo, me daría cuenta de que eso era típico en ella, actuaba cada escena hasta conseguir causar el máximo efecto, aumentando la tensión, ajena a los segundos extra de incomodidad que le generaba a la otra persona. O tal vez pensaba que la recompensa valía la pena.

–Nos he contratado una asistente –anunció al entrar al cuarto de Amanda, quien estaba sentada en el suelo, toqueteando la videocasetera que debía de haber traído de abajo. Levantó la vista y yo busqué señales de molestia en su cara, pero no encontré ninguna. Me encantaba esa actitud relajada suya, de las dos.

–Pongamos a trabajar a la niña –dijo mi hermana. Yo estaba lista para cualquier trabajito ínfimo que esperaran que hiciera. Annie se sentó frente a Amanda, puso el plato en el medio sobre la alfombra, con los nachos cubiertos en una telaraña anaranjada.

–Trae la película. –Annie me codeó, señalando hacia la cómoda. Encima había un VHS del videoclub del barrio.

–¿Qué es? –Se los llevé y me senté cerca, pero no demasiado: no quería suponer que estaba en igualdad de condiciones.

–Ven aquí. –Annie me tomó del brazo y me acerqué.

–Este es el plan –dijo Amanda, empezando a conectar la videocasetera al pequeño televisor que se había comprado ese año con sus ahorros–. Cada una tendrá un papel, pero primero tenemos que conseguir nuestros diálogos.

–A esto lo llaman "transcripción" –explicó Annie, dándome un cuaderno barato de tapa roja.

Amanda echó un vistazo.

–No, ese no, lo estoy reservando[23] –dijo. Señaló uno diferente y su amiga me lo cambió.

–Iremos escena por escena –explicó Annie–. Primero, transcribiremos, luego actuaremos. No te preocupes, te vamos a ayudar. En realidad, es bueno que estés aquí, Kerri, porque necesitábamos que alguien hiciera de Helen.

–¿Quién es Helen? –pregunté.

–Helen Kimble –respondió mi hermana, estirándose para tomar el estuche del video.

Al abrirlo vi la película: *El fugitivo*.

–Yo seré Harrison Ford, obviamente –dijo Amanda, metiendo la cinta en la videocasetera.

Enseguida miré a Annie, que puso los ojos en blanco y casi me reí, pero me contuve. Esta era una actuación seria.

Doce años después, cuando desperté al oír a Amanda ebria, estrellándose contra todo en la sala, solo pude pensar en lo cansada que estaba y esperar a que mi hermana volviera a encontrarse a sí misma. Luego, esa noche, cuando grité que odiaba a Annie, no fue porque nos hubiera dejado. Era como si estuviera furiosa de que alguna vez la hubiéramos tenido, furiosa de que existiera directamente.

¿Conocen ese dicho "es mejor haber amado y perdido que nunca haber amado"?

Esa noche opinaba todo lo contrario.

23 **Nota de Cate:** Eso que oyen es mi exhalación: ese, *ese*, es el cuaderno en el que escribí el primer borrador de *Los últimos de todos.*

CAPÍTULO 41
JANIE

Febrero de 2007
Los Ángeles

Después de mi primera reunión con Ryan, estábamos paradas en la acera de West Hollywood. Me abrazó calurosamente y dijo:

–¿Tal vez podrías ser mi familia de la Costa Oeste?

En ese momento, Ryan solo había conseguido un par de papeles pequeños en televisión, nada masivo, y nadie en mi empresa pensaba que valiera la pena trabajar con ella, pero a mí me atrajo. Tenía calidez y una mezcla de confianza y vulnerabilidad poco común que proyectaba con naturalidad en la pantalla.

Terminamos siendo familia. Me tomé muy en serio esa parte de mi trabajo. No era fácil formarse una comunidad en Los Ángeles, algo de lo que Ryan y yo hablábamos seguido, así que decidí desde el principio que la trataría como si fuera mi hermana menor. Consentir no era lo que hacía una hermana mayor, pero ser leal y proteger sí, y así era como me manejaba con Ryan: con lealtad y protección, ante todo.

Cuando le pregunté en esa primera reunión qué quería de su carrera, me respondió:

–Todo.

Le había dado un mordisco demasiado grande a mi *croissant* y me llevé la mano a la boca mientras masticaba.

–¿Qué entiendes por "todo"? –le pregunté.

Ryan era muy joven en aquel entonces, no creo que supiera lo que le costaría *todo*. Pero me alegró ver que estaba tomándose la pregunta en serio. Pensó de verdad en la respuesta.

–Sé que la actuación me llevará al centro de la escena... –dijo después de unos segundos.

–A *algunas* escenas –interrumpí. No tenía sentido suavizarlo.

–A *algunas* escenas –concordó ella–. Pero eso es justamente lo que quiero decir. No quiero estar en la escena nada más, quiero decidir quién más va a estar conmigo.

–¿Quieres dirigir? –Necesitaba saber qué montañas íbamos a escalar.

–Dirigir, producir... todo.

Me habían servido el moca en una taza de porcelana ancha, cada sorbo era inestable. La levanté de nuevo, tomándome mi tiempo, y Ryan me observó con atención. Pedir un moca y un *croissant* había sido una movida táctica. Sabía que transmitía calidez y confianza. Mi objetivo era lograr que Ryan quisiera trabajar conmigo. El primer paso era lograr que quisiera las cosas que me rodeaban. Suena maquiavélico, pero era estrategia básica, como vestirse elegante para una entrevista de trabajo.

Tragué el chocolate cremoso, me incliné hacia adelante y apoyé con cuidado la taza en el platillo.

–Te pregunto algo –dije.

–Lo que quieras. –Tenía los codos sobre las rodillas, con toda su atención puesta en mí.

–Si trabajáramos juntas, ¿entenderías que yo haría jugadas en tu nombre tras bambalinas?

Se veía sorprendida pero enseguida se adaptó.

–O sea, ¿sin avisarme?

–Tal vez, quizás –respondí–. Si fuera lo más lógico para nuestro plan a largo plazo.

La vi iluminarse ante la palabra "nuestro". No dudó en responder:

–Lo entendería, sí.

Familia es lo que Ryan y yo hemos sido desde entonces. Y fue por eso que llamé a los paparazzi esa última noche, la noche en que ella y Cass salieron a cenar. La carrera de Ryan acababa de dispararse,

era una de las actrices más buscadas de Hollywood, otro paso en nuestra escalada por la montaña.

Enamorarse de Cass, quedarse escondida en su casa, no iba a llevarla adonde dijo que quería ir. Sabía que, aunque fueran solo unos cuantos flashes, Cass volvería a Nueva York si de verdad quería ocultarse. Y aparentemente ese era el caso.

CAPÍTULO 42
RYAN

Febrero de 2007
Los Ángeles

Mi plan para nuestra última noche juntas en Los Ángeles era pedirle a Cass que me acompañara a Charleston durante el rodaje. Janie me había alquilado una casa muy, muy antigua en el corazón del centro. De esas con patio, los pisos bajos y vigas expuestas del siglo XIX. Cass podría escribir durante el día. Caminar por la orilla. Contemplar la historia. Pedirle que fuera a Charleston no era una propuesta de matrimonio, pero quería que estuviéramos en un lugar más memorable que en el patio de casa con comida a domicilio.

Al fin habíamos salido de la cama para comer algo (era casi la hora del almuerzo) cuando mencioné la posibilidad de salir a cenar. Noté que Cass tenía ganas de aceptar la idea, así que insistí.

–Es un lugar de la zona, no uno de esos sitios pretenciosos –dije, recordando aquella noche en Jack's en la que Sarah me había dejado plantada. Tenía ganas de crear un recuerdo mejor ahí–. Me pondré una gorra de béisbol y seremos superdiscretas.

Cass estaba parada frente al refrigerador abierto buscando algo para comer. Se decidió por un puñado de uvas. Le hice señas para que compartiera y ella las protegió contra su pecho.

–Janie no lo aprobaría –señaló–. Las uvas tienen azúcar.

–Hablando de cosas que Janie no aprobaría –dije, contenta con cómo había logrado regresar al tema de la cena–. Jack's, esta noche, ¿por favor? Pediremos una mesa en un rincón, hay plantas por todas

partes. Solo dos amigas que salieron a cenar. Nadie nos verá, te lo prometo.

–Eres temeraria –señaló Cass. Pareció juguetón. Sabía que estaba doblegándola a mi voluntad. Me beneficiaba del hecho de conocer su profundo deseo de probar la fama. Y como yo aún no conocía la historia completa de lo que le había pasado, no podía calcular el costo de la exposición.

Le tomé la mano libre y la giré hacia mí. Presioné mi cuerpo contra el suyo.

–Por favor, por mí, *necesito* salir de esta casa –le susurré cerca de los labios apenas entreabiertos.

–¿Te vas a poner una gorra de béisbol? ¿Y seremos discretas? ¿Y me prometes que no se enterará absolutamente nadie?

No podía prometerle semejante cosa. Pero igual dije que sí.

***

Pasamos el resto de la tarde en la cama. Una hora antes de nuestra reserva, Cass fue a cambiarse. Yo estaba en la sala de estar y la vi caminar por el pasillo. Debe de haber sentido que tenía los ojos puestos en ella porque miró hacia atrás, me vio mirándola, y alzó las cejas dos veces, rápido. Dios mío, esta mujer. La deseaba de nuevo. Me miré la muñeca, a un reloj imaginario.

–No –dije–, de ninguna manera hay tiempo para lo que estoy pensando.

Ella me miró con ojos de interés.

Cuando salió del baño media hora después, la oí encender mi computadora de escritorio.

–¿Llegamos bien a cenar a las siete? –grité hacia el pasillo.

Cass entró a la cocina un minuto después y percibí un cambio. Su mente estaba a miles de kilómetros de distancia. Estaba parada junto a la encimera mirando el teléfono. Me acerqué por detrás, metí las manos en sus bolsillos, apoyé los labios en su cuello.

–Estaba pensando en esto… –le susurré, tratando de volver a la idea de que yo la deseaba antes de cenar.

–Okey. –Giró para mirarme; saqué las manos de sus bolsillos–. Deberíamos irnos.

***

Me había puesto la gorra de los Kansas Jayhawks con la visera curva encima de los ojos. Los actores siempre salen con gorras de los Dodgers o los Yankees. Me da risa. En cuanto alguien ve a una persona con una de esas gorras en Los Ángeles, lo primero que hace es mirar mejor, como pensando "Espera, ¿qué famoso es ese?". Pero ¿una gorra de los Jayhawks? Nadie se voltea al ver a un equipo del Medio Oeste.

En Jack's tenían el mejor chianti y la mejor berenjena a la parmesana, cosa que le comenté a Cass, aunque yo iba a pedirme un agua gasificada y la ensalada de la casa con el aderezo aparte. El menú era pequeño y estaba impreso en cursiva, lo que transmitía la vibra del lugar. Mesas rústicas, fotos familiares en las paredes, plantas en cada rincón, luz tenue. Nos habíamos acomodado en un rincón, yo estaba contenta con todo el panorama.

Cass aún parecía distante, pero me convencí de que tenía sentido. Salir juntas implicaba tener más ojos encima, por lo que alguien podría reconocerme y después se preguntarían quién era la mujer que tenía delante. Pensarían en si era alguien que deberían conocer. Les recuerdo que Los Ángeles es una ciudad grande, pero Hollywood es un pueblo pequeño. Estábamos asumiendo un riesgo calculado, pero si Sidney Collins había hecho su trabajo como dijo, entonces no había manera de que una cena conmigo fuera a voltear todo el castillo de naipes de Cate Kay.

–Aquí estamos –dije, sonriendo. Cass llevaba una camiseta verde de cuello en V. Me encantaba su clavícula. Quería estirar la mano por encima de la mesa y pasarle los dedos por el borde.

–Sí –dijo ella, jugueteando con la servilleta.

Apareció el mesero, dándonos la bienvenida. Un chico joven, de cabello rubio peinado con gel hacia atrás. Traté de mantener los ojos ocultos bajo la gorra. Tenía la sensación de que él pensaba que yo

era alguien reconocido. La gente no es tan discreta como piensa. Le susurra a otra persona. Luego, cuando esa persona piensa que ha pasado suficiente tiempo, te mira unos segundos de más. Después le confirma a su acompañante, y empiezas a sentir un entusiasmo que emana de su rincón del mundo. Solo queda rezar para que no se acerquen a preguntarte si eres fulana de tal.

–Me sorprende –dijo Cass cuando él se fue.

–¿Qué te sorprende? –Trataba de enfocarme de lleno en ella, pero tenía la atención puesta en otro sitio. Seguí con los ojos al mesero, que volvió a la barra donde, sí, estaba susurrando algo al oído del barman. *Mierda*, pensé, *va a delatarnos para ganarse unos billetes*. Al final, ir a ese lugar había sido una estupidez, pero el romance es riesgo.

–¿Ryan? –Cass me miraba raro–. ¿Qué pasa?

Aparté mi atención de la barra. Tenía que soltar. No podía controlar lo que hiciera ese tipo.

–Nada, todo bien –dije–. ¿Qué decías que te sorprende?

–Tú –respondió, entonces sí me olvidé del mesero y el barman. Ahora Cass estaba hablando de nosotras, mi tema preferido.

–¿Por qué? –pregunté con el tono más seductor posible. ¿Ahora estábamos coqueteando? Eso sí podía hacerlo.

–Hablo en serio –dijo–. Pensé que querías conocerme por la película. Porque querías más información del libro, los personajes y todo eso.

Me apoyé en el respaldo. Sufrí un momento de pánico al darme cuenta de que pronto empezaríamos el rodaje y Cass tenía razón, no me había preparado. Demasiado sexo, cabernets intensos y opulentos, y noches escuchando música hasta tarde.

–Sí, fue por eso que pedí conocerte –reconocí–. Al menos eso fue lo que le dije a mi agente y a Janie para que trataran de conseguirlo. Pero también era otra cosa, algo que observé en el libro.

–¿Qué cosa?

–Mucha gente aquí, en Hollywood digo, está convencida de que quien escribió *Los últimos de todos* es hombre. Probablemente porque los hombres suponen que todas las cosas exitosas las hacen otros hombres, pero también por la premisa del libro: la ciudad de

Nueva York, su destrucción, la crudeza de la vida en El Núcleo. Es una premisa fuerte. Y los hombres tienden a exagerar las cosas más que las mujeres.

–Pero los dos personajes principales son mujeres y una de ellas es *queer* –señaló Cass.

–Una jugada "inteligente" para "equilibrar" la historia. –Hice comillas con los dedos alrededor de esas palabras y usé mi mejor voz de ejecutivo de estudio importante para que supiera cómo funcionaba la lógica dentro de esta industria retorcida–. Sin embargo –continué, con el codo derecho apoyado sobre la mesa y levantando el dedo índice–, incluiste ese breve intercambio entre Samantha y Jeremiah, de cuando estaban en la secundaria… ¿El malentendido sobre la palabra "chica"? Cuando leí eso, lo supe.

Tenía la certeza de que ella estaría orgullosa de mi perspicacia y encantada de que hubiera leído su trabajo con tanto detenimiento. Pero me preguntó:

–¿Supiste qué? –Había cierto filo en su voz. Se volvió a apoyar contra el respaldo. Ladeé la cabeza, confundida. Aún más cortante, agregó–: ¿Qué pensaste que sabías?

Repasé lo último que había dicho, revisando cada oración en busca de errores, de una razón para este cambio abrupto de energía. No pude identificar mi traspié y se me disparó el corazón. La respuesta salió lenta, un tartamudeo. Fue más que nada "yo, eh, eh, me…". Antes de que lograra decir una oración completa, lo que ni siquiera sé si iba a pasar, Cass saltó con otra pregunta. Se inclinó hacia adelante y bajó la voz:

–¿Por qué me invitaste aquí?

La cena se había descarrilado muy rápido. Se me había trabado la lengua.

–¿Qué está... pasando? –Esperaba que mi desconcierto se percibiera como sincero.

Ella miró alrededor del restaurante, nerviosa, y después bajó la vista al regazo.

–Cass –dije con brusquedad, esperando recuperar su atención. Por el rabillo del ojo vi que el mesero regresaba con las bebidas. Aparté

apenas la cabeza, para que no pudiera confirmar ni negar que yo era la estrella de cine que sospechaba que era.

Un vaso alto, empañado por la condensación, ahora estaba sobre la mesa. Y las burbujas de mi agua gasificada subían rápido a la superficie, una metáfora perfecta para la que fuera una a saber qué mierda le había pasado a la conversación. Pasaron por mi mente imágenes del mes anterior. Las reevalué, preguntándome si Cass había sentido algo distinto que yo. ¿Acaso había ignorado su descontento? Había oído historias de terror de lo que la fama podía hacerle a tu sentido del derecho, del derecho a las cosas, sí, pero también a las personas. ¿Había hecho eso con Cass? ¿Acaso estaba perdiendo la conciencia de mí misma?

Cass estaba rígida. Tenía la cabeza derecha, pero la vista baja. Estiré la mano por encima de la mesa, con la palma hacia arriba.

–¿Linda? –dije. Bajé la cabeza un poco para tratar de levantarle la vista.

Observé sus manos, deseando que se acercaran a las mías, pero permanecieron en su regazo. Levantó los ojos. Estaban llenos de lágrimas. Se me infló el pecho. Un malentendido, eso era todo esto. Estaba volviendo a mí. Tragó saliva.

–No, por favor –dijo, entonces. Empujó la silla hacia atrás, se levantó.

–¿A dónde...?

–Tengo reservado un vuelo nocturno de regreso a Nueva York. Mandaré a buscar mis cosas. –Dejó la servilleta en la mesa, un borrón blanco que miré por un segundo, con la mente confusa.

Después Cass empezó a alejarse mientras yo aún estaba procesando lo que había dicho. ¿Tenía un vuelo reservado para esa noche? ¿Era un plan de último momento, un plan de respaldo o el plan que siempre tuvo? Me puse de pie y la seguí por el restaurante. Me concentré en calmar mi energía y mantener la cabeza gacha. Lo único que atrae la atención más rápido que una celebridad es un escándalo público. Cass caminaba rápido, esquivando mesas. Sin querer hice contacto visual con el mesero y estaba a punto de esbozarle una sonrisa tranquilizadora falsa, pero él desvió la vista. *Ay, no.* Conocía esa mirada.

–Cass, espera –grité susurrando–. Espera, espera, espera.

Pero ella ya estaba saliendo por la puerta del frente. Ahora que he tenido tiempo, años, en realidad, para pensar en ello, por supuesto que no debería haber salido tras ella. Pero ese día fue una terrible seguidilla de malas decisiones.

–¡Allí está! ¡Oye, Ry, aquí!

Por la mirada avergonzada del mesero, había anticipado decenas de cámaras. Pero eran solo dos hombres. Hice una nota mental de llamar a Janie en cuanto llegara a casa. Pero primero necesitaba llegar a Cass, hablar con ella, traerla de vuelta a mí.

Una SUV negra se metió en la calle y disminuyó la velocidad para detenerse en el restaurante. Cass aceleró el paso, dirigiéndose a la puerta del asiento trasero. Estaba pasmada por la coordinación. ¿De dónde había salido ese vehículo? ¿Cómo sabía Cass que estaba llegando y cuándo lo haría? Tomó la manija de la puerta y tiró para abrirla y meterse en él.

Por un momento pensé que iba a subirse sin siquiera voltearse a verme. Pero en el último segundo, sujetando la puerta con el brazo, se levantó, apoyó el mentón sobre el marco negro, y miró hacia atrás. Y juro por Dios que articuló con los labios "lo siento". Pero en realidad no lo sé, la verdad es que no lo sé.

CAPÍTULO 43
CASS

Febrero de 2007
Los Ángeles

No podía ser que esas semanas no hubieran significado nada para Ryan. Tal vez podía lograr que sus ojos se llenaran de amor, o que su cuerpo emitiera deseo, o que sus palabras fueran perfectas frente a la cámara. Pero ¿las tres cosas, todo el tiempo, todos los días? Solo el amor, no su imitación, podía producir eso.

Estaba pensando en ello mientras caminábamos hacia Jack's, como parte de una campaña más amplia para convencerme de que la cena era buena idea. Apliqué la lógica inversa: si quería confiar en Ryan, cosa que quería hacer, entonces necesitaba confiar en ella por completo.

Y me propuse que, si algo parecía raro, me iría de inmediato. Sidney me había mandado un mensaje con la información del vuelo. Dijo que cuando necesitara el auto, solo debía enviarle la dirección, que tendría uno en espera en el vecindario.

Plan A: Ryan.

Plan B: Marcharme.

Estaba inquieta en mi silla. Delante tenía un individual de lino y un posavasos, pasé unos segundos moviéndolos hasta que quedaron centrados en la mesa. Cuando miré a Ryan, tenía la vista baja y la cabeza apenas inclinada, llevándose los dedos a la sien derecha. Si pensaba que el movimiento era sutil, no lo era.

Tomé mi servilleta y me la puse en el regazo, metí el teléfono abierto entre los pliegues. Lo ridículo de esconder el teléfono me impactó. Pero ¿qué estaba haciendo? ¿Por qué estaba siendo tan imprudente?

Entonces, allí sentada, me invadió un pensamiento aplastante: *desde que pasó lo de Amanda, no he sido más que una visitante en el mundo de otras personas.* El de Sidney en Nueva York; el de Ryan en Los Ángeles; el de Samantha y Perséfone en *Los últimos de todos*. Había abandonado a mi mejor amiga, la había perdido para siempre, ¿para qué? ¿Para *no* descubrir quién soy?

Mantuve la vista baja, seguí reacomodando la servilleta para tapar el teléfono. Por suerte el mesero todavía estaba explicando los platos especiales.

–Me sorprende –le dije a Ryan cuando él se fue. Tal vez debería haber sido directa, haberle dicho: "Sidney piensa que me vendiste a la prensa". Eso es lo que habría dicho mi madre o incluso Amanda. Directo al grano y sin rodeos. Pero yo no. Solo podía andar de puntillas, entrar con cautela en las conversaciones.

–¿Qué te sorprende? –Ryan intentaba estar presente, pero sus ojos no dejaban de desviarse. *Por favor no*, pensé, *basta de cosas raras, basta de señales de alarma*.

En mi mente, yo hablaba con claridad: ¡dime tus verdaderas motivaciones para contactarme! Pero en cambio, de alguna manera, llegamos al tema del libro, la película, y Ryan empezó a contarme sobre cuando lo leyó por primera vez, mirando a cada rato hacia la barra mientras hablaba. Seguí su mirada. El mesero estaba susurrándole algo al barman.

No, no, no.

Cuando llegaron nuestras bebidas, Ryan apenas levantó la vista. ¿Estaban los dos confabulados? ¿Estaban tendiéndome una trampa como Sidney me había advertido? Entonces ella estiró las manos sobre la mesa, esperando las mías. Pero yo ya estaba yéndome.

Escapar era mi configuración por defecto. Necesitaba darme un poco de espacio para respirar. Espacio para pensar.

Debajo de la mesa, le mandé un mensaje a Sidney: "Jack's, Av. Hillhurst 2030". Después me oí diciendo cosas con tono cortante, me

levanté y salí del restaurante, con Ryan siguiéndome. Los fotógrafos no me sorprendieron, pero la energía de la interacción sí. Siempre había imaginado a los paparazzi como algo atractivo, emocionante. En cambio, se sintió como cuando alguien abre la puerta del baño que te olvidaste de trabar: una invasión.

Caminé a toda prisa por la calle.

***

Si me hubiera subido a esa Escalade en cualquier otro momento de mi vida, habría quedado impresionada. En el portavasos había agua embotellada, los asientos eran de un grueso cuero negro y se reproducía un video musical en una pequeña pantalla desplegable. Un divisor de vidrio me separaba del conductor. Este lo deslizó para hablar conmigo.

–Al aeropuerto, ¿verdad?

Asentí.

Eché un vistazo al asiento trasero: el piso aspirado hasta el último detalle, ni una pizca de polvo a la vista. Mi vehículo soñado, Hollywood por excelencia. Y sin embargo todo estaba mal. Ni los coches más lujosos, ni el vino más fino, ni todos los reconocimientos del mundo eran rival para lo que me dolía. Deseaba estar en mi Civic destartalado porque al menos entonces lo externo combinaría con mi interior.

¿Y no era eso lo que Amanda siempre quiso para mí?

Eché la cabeza hacia atrás y traté de calmarme. Tomar decisiones con el corazón desbocado como un animal enjaulado era un hábito terrible que al parecer no conseguía romper. Entrelacé las manos en el regazo, cerré los ojos e inhalé hondo tres veces.

¿Qué quería mi interior? ¿Qué me decía?

Reproduje los últimos momentos en la mesa con Ryan. Ella estaba tratando de tomarme las manos, pero ¿qué estaba diciendo… con sus palabras y sus ojos? Apreté los párpados más fuerte y me concentré.

¿Amor?

Visualicé a Ryan en ese momento: muy confundida, aparentemente dolida por cómo me comportaba.

Reproduje las últimas semanas, imaginé que Ryan había tramado un plan siniestro para lograr que yo fuera a Los Ángeles, para seducirme y desenmascararme. No conseguía encontrar un motivo. Pero, si no, ¿cómo se explicaba el orden en que se dieron los hechos? Un día menciono a Amanda y al siguiente me está llamando un periodista.

Pensé en Sidney, en el día en que salió el artículo de *Vanity Fair* unos meses antes, cuando recién se había publicado el libro y todo el mundo se había vuelto loco. Estábamos sentadas en la mesa de la cocina de nuestro apartamento en Harlem y ella cerró la revista.

–¿Sabes? –dijo–. Ser la guardiana de un secreto cultural es bastante divertido.

Rara vez Sidney hacía público su monólogo interno y, parecía disfrutar de tan pocas cosas que no, de ninguna manera Sidney estaría dispuesta a abdicar el trono.

Volví a respirar hondo. ¿Qué tal si la verdad era esta?: Yo había sido imprudente, había abierto la puerta al error humano. Había ampliado el círculo de personas que conocían la verdad sobre mi seudónimo y estaba pagando por ello. Tal vez Ryan no tuvo nada que ver con el periodista ni los paparazzi. Podría haber sido Janie o el agente de Ryan o algún publicista de poco fiar que buscaba promocionar *Luna*.

Me incliné hacia delante, silencié el video musical. El asiento trasero quedó en silencio. Miré por la ventanilla y contemplé las palmeras, los semáforos y el sinfín de luces de freno. Si lo que pasaba estaba igualmente fuera de mi control, entonces quizá debería dejar que eligiera el universo.

Se coló una idea en mi mente: si el conductor conocía a Ry Channing, me quedaría. Si no, me tomaría el vuelo. Ya estaba golpeando el cristal. El panel se abrió.

–¿Conoce a Ry Channing?

El hombre me miró en el espejo retrovisor, tratando de interpretar por qué le hacía esa pregunta, después respondió:

–Sí, sí, la de esa película nueva. Eh, ay, nunca me acuerdo el nombre. Es… *Aullidos a la luna*, o algo así.

Sonreí y dije:

–*Bajo la misma luna*.

Él chasqueó los dedos y me señaló en el espejo.

–Esa, sí.

–Cambio de planes –anuncié. Estábamos esperando en uno de esos semáforos únicos de Los Ángeles que dejan pasar un auto a la vez a la autopista. Por una milésima de segundo, me dio miedo de que Sidney le hubiera dicho que me llevara al aeropuerto y nada más, pero su respuesta fue tan indiferente que me desilusionó.

–¿A dónde vamos? –preguntó, mientras estiraba el cuello por encima del hombro en busca de coches y después de vuelta a la subida a la autopista.

Estaba claro que el hombre no entendía las decisiones transformadoras que estaban contemplándose en el asiento trasero. Le di la dirección de la casa de Ryan y me relajé sobre el cuero suave. ¿Qué debería decirle a Ryan? ¿Tal vez solo me convenía empezar por el principio: "Conocí a Amanda cuando tenía nueve años…" y contarle todo? Ella podría ayudarme a pensar en qué hacer, si frenar la noticia o salir de mi escondite. O sea, sin dudas ella podría entender las variables de mi decisión.

Durante los minutos siguientes, cada luz amarilla en la que el conductor se detenía, cada carril lento que elegía me robaba un trozo de mi alma. Cada segundo parecía vital, como si el universo me hubiera puesto un límite de tiempo. Finalmente, el coche estaba deteniéndose frente a la casa de Ryan y abrí la puerta antes de que parara.

–¿Necesita que la espere? –me preguntó.

–Deme un minuto –le dije por encima del hombro. El corazón me empujaba hacia delante, mientras que el resto de mí trataba de seguirle el paso. Fui al trote hasta el portón del fondo, procurando que cada paso cayera en el centro de cada laja del sendero para la buena suerte.

Pero después oí algo y me detuve abruptamente. Contuve la respiración. Se oían unas voces provenientes del patio. En silencio,

me acerqué y espié entre las tablas de la cerca. Una blusa de seda amarilla fue lo primero que vi. Sin dudas era Ryan. Estaba de espaldas a mí, sentada en la mesa de afuera, de cara a una mujer despampanante que no conocía. La mujer sonreía, destapando una botella de vino. La definición de sus brazos era tan impresionante que me dio un poco de envidia, extendió uno y tocó la mano de Ryan, lo que me resultó tremendamente íntimo. A mí me encantaban las manos de Ryan.

Retrocedí. Me había quedado sin aliento de repente. Sin aire. Así nomás, nada. Ahora mi objetivo era volver al coche sin que nadie me viera. Lo hice a toda prisa, me subí y enseguida cerré la puerta.

Lo segundo que pensé fue: *supongo que Ryan es de verdad una actriz maravillosa, me hizo creer en nuestro amor.*

Lo primero fue: *sola, otra vez.*

–Perdón por la demora –le dije al conductor, haciendo de cuenta que todo estaba perfecto–. Vayamos al aeropuerto.

CAPÍTULO 44
RYAN

Febrero de 2007
Los Ángeles

Volví a los tumbos a casa después de Jack's, abrumada por el vacío. Calor detrás de los ojos, la garganta con un puño dentro. Todos los síntomas de corazón roto que hasta entonces solo había interpretado en películas se agolparon como fiebre. Mi costado actoral estaba tomando notas, en puro modo de observación, mientras que el resto de mí quería que el sentimiento desapareciera y se moría por tener a Cass de vuelta. Gracias a Dios que no tenía forma de contactarla. Sin duda habría quedado como una tonta. La habría llamado mil veces, golpeado a su puerta, si tan solo hubiera sabido cuál era.

Sin embargo, en cuanto llegué a mi casa llamé a Janie y le conté lo que había pasado. Lo que más me preocupaba eran los fotógrafos. Me aseguró que tenía una amiga en *Vanity Fair*, "Genevieve Smith, a la que le diste esa entrevista", que seguramente compraría las fotos por más dinero a cambio de algún favor más adelante.

–Bueno, sí, lo que sea, claro, gracias –mascullé al tubo del teléfono.

Del resto, dijo Janie, podíamos encargarnos al día siguiente. Después preguntó:

–Pero lo más importante, Ryan, ¿estás… bien? Nunca te oí así.

–No, me siento aplastada –respondí, echándome en la cama. Al usar esa palabra, me di cuenta de que era precisamente como me

sentía. Como si un médico invisible estuviera tratando de revivirme, apretándome tanto las costillas que estaban al borde de quebrarse.

Janie empezó a decir algo que sin duda esperaba que fuera tranquilizador. Pero justo en ese momento oí que alguien golpeaba al portón del fondo donde había aparecido Cass unas semanas antes.

–Después te llamo, me tengo que ir –dije, levantándome de la cama para salir al patio. Dentro de mí se alzaba la esperanza de tener un final feliz. La última escena de la película, en la que la música se intensifica, los malentendidos se aclaran y la historia de amor continúa.

Abrí la puerta de golpe y allí parada, con una botella de vino tinto, estaba… Sarah. La aparición sorpresa de esta otra mujer, por la que había estado entusiasmadísima tan solo un mes antes, me desorientó. Qué rápido se reprograma el cerebro.

–Me llamó un amigo que atiende la barra de Jack's –dijo–. Hace tiempo que quiero hablar contigo. ¿Puedo pasar?

–No sé si es buena idea –respondí, molesta conmigo misma al oírme decir eso. "¿No sé?". ¿Qué me pasaba? En una ciudad de incertidumbres, donde todo estaba en un constante estado de derrumbe hasta que milagrosamente dejó de estarlo, mi única certeza era que ella no era la mujer que debía estar en el portón.

–Solo cinco minutos, por favor –insistió–. Escúchame.

El hábito, una vida de decir que sí, me hizo dar un paso al costado. Y entonces ella entró.

CAPÍTULO 45
AMANDA

Febrero de 2007
Bolton Landing

La iglesia de Bolton Landing se anunciaba como no confesional. En la escuela secundaria, a Annie y a mí nos daba curiosidad el lugar, así que fuimos a una misa de domingo pero nos marchamos en el entretiempo, que es como llamábamos al momento en que terminaba el sermón y nos pedían que formáramos una fila para consumir el cuerpo y la sangre de Jesucristo. El pastor había dejado en claro que creían que el Antiguo y el Nuevo Testamento eran la "palabra de Dios, infalible y libre de error", y mientras estábamos sentadas una al lado de la otra en el banco, nos miramos como diciendo "eeeh, bueno". Después de escabullirnos, fuimos hasta el monumento a los veteranos del pueblo.

–A ver, Amanda –dijo Annie–, si dentro de quinientos años la gente rindiera culto en la Iglesia de Amanda, ¿qué ofrecerías como tu cuerpo y tu sangre? –Estaba de pie y leyendo, quizá por milésima vez, la placa junto al cañón de guerra dorado. Sin alzar la vista, agregó–: Todos están frente al altar, con las manos ahuecadas, y la autoridad de tu iglesia dice: "El cuerpo de Amanda…" ¿y qué es? ¿De qué está hecho tu cuerpo?

–Supongo que de patitas de pollo –respondí.

Ella sonrió porque le encantaba cuando yo entendía el juego, después dijo:

–¿Y la sangre de Amanda?

–Salsa de mostaza y miel para completar la experiencia.

–Dios santo, ¡la tuya sería la iglesia más popular de la historia!

–La gente peregrinaría desde los confines de la Tierra –dije y empezamos a reírnos ante lo absurdo de la idea. Después pregunté si nuestra conversación era blasfema.

–Está en el límite –respondió ella. Y eso nos hizo acordar a una canción de Madonna que se llamaba *Borderline* y nos fuimos por esa tangente.

***

La noche siguiente a la que estrellé la botella, terminé volviendo a esa iglesia en la silla de ruedas. Poco después del accidente, papá sacó el asiento del pasajero de una furgoneta que estaba abandonada en su taller e improvisó un vehículo para trasladarme, que hemos usado desde entonces. Me dejó en la entrada y dijo que estaba orgulloso de mí. Yo le dije que no se enorgulleciera, que aún no había hecho nada. Y no sabía si haría algo.

Al entrar a la iglesia y ver la alfombra roja descolorida, los paneles de madera y la insipidez general, ya estaba pensando en el tequila que me serviría después. La reunión de Alcohólicos Anónimos era en una sala secundaria, con linóleo barato y sillas plegables de metal. Si hubiera sabido que ella estaría allí, o si la hubiera visto antes de que me viera a mí, jamás habría entrado a esa sala. Y pienso en eso todo el tiempo: en que muchos de nuestros instintos humanos apuntan a sabotearnos a nosotros mismos. Dicen que buscar la incomodidad es lo que lleva al progreso, pero cuando ya se ha tenido de sobra (incomodidad, no progreso), ¿por qué una va a querer buscar más?

Patricia Callahan, o la mamá de Annie, como siempre la había conocido, estaba charlando en un pequeño grupo. En cuanto aparecí en la entrada, me miró como si hubiera estado esperando mi llegada. Incluso me saludó, al principio con convicción pero a medida que la mano iba y venía, pareció que ella empezaba a atar

cabos y a perder confianza, la bajó despacio y después se excusó del grupo.

Seguía siendo hermosa. Incluso más bonita de lo que la recordaba, tuve que reconocer muy a mi pesar. Ahora llevaba el cabello corto, así que se le enroscaba alrededor de las orejas y le quedaba bien, le resaltaba los pómulos. Tenía un suéter y unos jeans azules, lucía cómoda en un sentido profundo. Me di cuenta de que en todos los años que la había visto desde que era niña, jamás me había parecido que estuviera presente de verdad, siempre estaba en otro sitio. De hecho, cada vez que había pronunciado mi nombre me había tomado por sorpresa, como si lo hubiera dicho una desconocida.

Detenida en esa puerta, me sentí atrapada. Atrapada y con la madre de mi ex mejor amiga acercándose, como si charlar un rato fuera a arreglar la zona de desastre en la que me había abandonado su hija. Una situación en la que Patricia Callahan tampoco era inocente. Sabía lo ausente que había estado en la vida de Annie, lo mucho que Annie deseaba demostrarle al mundo lo que valía, aunque en el fondo y más que a nadie, quería demostrárselo a su madre.

Pero allí estaba ella, acercándose cada vez más hasta agacharse para abrazarme, golpeándome la boca con su collar dorado. Se me vino a la mente el ejemplar de tapa dura de *Los últimos de todos*, aún en mi mesa de noche, y me invadió un subidón de adrenalina por este dato que poseía, que podía usar como un arma de ser necesario.

–Hola –dijo–. Qué alegría que hayas venido –agregó, abrazándome más tiempo del que me habría gustado, aunque en realidad habría preferido que directamente no me abrazara.

–Solo vine por *hoy* –aclaré. Y al decirlo, estuve segura de que no volvería. En los años posteriores al accidente, a pesar de vivir en el mismo pueblito, nunca me había cruzado con Patricia Callahan. Tampoco era ninguna sorpresa si tenemos en cuenta que apenas la había visto cuando aún estaba Annie. Lo que no necesitaba, y de lo que no me creía capaz, era evitar el alcohol y *además* sanar mi

relación con una de las Callahan. Una cosa o la otra podía ser, pero las dos no.

–Solo por hoy me parece perfecto –dijo, manteniendo la mano sobre mi hombro, me contuve para no quitármela de encima. Miré de reojo a Patricia, traté de estudiar su cara, el cuerpo… ¿Sabía esta mujer que su hija perdida había escrito uno de los libros más famosos del mundo?

***

Me senté en el fondo durante la reunión. Por suerte, las sillas estaban todas dispuestas hacia delante, no en círculo. Así era más fácil perderse, en los pensamientos o de otra manera. Además, absorber el contacto visual directo de todos los demás mientras escuchaba los testimonios habría sido demasiado para esa primera noche. Patricia estaba sentada en la segunda fila, unos asientos más al medio, cruzada de piernas. Asentía en los momentos indicados, dos veces le susurró algo a la persona que tenía al lado y las dos compartieron una risa cómplice. Incluso apoyó la mano sobre la pierna de la mujer cuando una historia se puso intensa.

La actriz que yo llevaba dentro quería dirigirse al grupo, estremecerse al recibir toda su atención, pero la idea me pareció trastornada. Las únicas palabras que tenía eran las que había oído decir a otros en las películas. Ninguna era mía. Bajé la vista cada vez que hubo un momento de silencio, cuando el grupo esperaba a ver si alguien más quería compartir algo. Durante uno de ellos, hacia lo que parecía ser el final, estaba viendo la lona negra de mis Converse cuando oí la voz de Patricia.

–Hola a todos –dijo, metiéndose el pelo corto detrás de las orejas, un gesto que me hundió una pelota de golf en la garganta: había mucho de Annie en ese movimiento–. Gracias por venir. Soy Patricia Callahan, cuatro años sobria.

Todos aplaudieron y ella bajó la vista, soportó la atención.

–Pero en realidad hoy no pasé al frente por mí –continuó y empezó a mirarme, con la cabeza apenas inclinada, los ojos llenos

de calidez y bondad. *Qué carajos*. No sabía que mi cuerpo podía entrar en erupción con tanta rapidez. Pasó de inactivo a irradiar calor en un instante. Le sostuve la mirada y negué con la cabeza, con la mayor vehemencia posible sin dejar de ser sutil. Ella parecía confundida, pero siguió hablando, y no esperé a ver lo que tenía para decir. Empujé las ruedas de mi silla para salir en tan solo unos segundos, un récord personal de velocidad en tierra.

CAPÍTULO 46
SIDNEY

Febrero de 2007
Nueva York

Cuando Cass volvió de Los Ángeles, estaba alterada. Nunca la había visto tan afectada. Y eso ya es decir algo. Traté de tranquilizarla asegurándole que no se publicaría la noticia. Eso pareció aliviarla, pero solo por un momento.

No había anticipado esta respuesta de su parte, alicaída, así que me demoré en reaccionar, distraída por la satisfacción de haber ganado, de haberla sacado de Los Ángeles para tenerla de vuelta conmigo. Ahora podíamos volver a la normalidad. Ya me había ocupado de todo, incluso de cambiar su número de teléfono celular. Cuando le dije eso último, pareció molestarse.

–¿Sin preguntarme?

–No había alternativa –respondí–. Era un riesgo conservarlo.

Supongo que calculé mal; Cass empacó sus cosas y se fue al día siguiente. Me dijo que no sabía a dónde iría, pero que me enviaría una dirección para reenviarle el correo. Cuando estaba yéndose del apartamento, y ambas sabíamos que era para siempre, me abrazó.

–Gracias, por todo –dijo–. Pero las dos sabemos que esto está roto.

Debe de haber sido lo más sincero que me dijo en todo ese tiempo.

Pensé en seguirla hasta el pasillo, decirle que cometía un error, pero no tenía pasión suficiente. Ahí fue cuando supe que ella tenía

razón; lo nuestro había terminado. Hiciera lo que hiciera, ella no me amaba. Y yo me había cansado de intentarlo.

Al menos sí disfruté el hecho de haber arrancado a Cass de las manos de Ry Channing. En Hollywood, las personas se creen dueñas del mundo. Piensan que solo necesitan querer algo para conseguirlo. Cass no se merecía ser el premio de nadie, otra prueba irrefutable del carisma y la simpatía de una estrella de cine de talla mundial.

Además, SoulCycle me tenía ocupadísima, trabajando duro.

Empezaba a pensar en que quizás lo que me gustaba de nuestra relación no era Cass realmente, sino Cate Kay.

CAPÍTULO 47
RYAN

Febrero de 2007
Los Ángeles–Charleston

Janie fue a buscarme a la mañana siguiente para viajar a Charleston. Una pila de huesos dentro de una sudadera con capucha sería la mejor forma de describirme. Estaba pesada y torpe, inestable. Janie me sujetó y prácticamente me cargó hasta el auto como si fuera una deportista lesionada a la que ayudan a abandonar el campo de juego. Y así me sentía: como si hubiera quedado lisiada jugando el juego de la vida.

Pasé las vaya una a saber cuántas horas siguientes mirando en silencio por ventanillas. Primero la del auto de Janie, después la del avión. Ella trató de hablarme, de preguntarme cosas con delicadeza; incluso me ofreció un paquete de galletas que dijo que podía quedar entre nosotras. Rechazarlas fue una tortura en sí misma, pero necesitaba que entendiera que estaba enferma de amor, por una cepa de lo más virulenta.

Charleston era una belleza, muy a mi pesar. Espié desde debajo de la capucha los faroles a gas, el musgo español y los colores pastel. La ciudad era tal cual como esperaba y por eso el hecho de que Cass no estuviera conmigo fue aún más devastador. Tenía tantas ganas de compartir ese lugar perfecto con ella. La primera noche tuvimos una cena de bienvenida en el salón del fondo de un oscuro restaurante de carnes. Mi actitud distante combinaba a la perfección. Estar sentados a una mesa sin comer y fingiendo interés en los

demás es un arte perfeccionado por quienes trabajan en la industria del cine. Janie se hizo cargo de la mayor parte de la conversación. Yo estaba sentada junto a ella, igual de desanimada que los otros actores. La noche siguiente era la primera de tres meses de filmaciones nocturnas, así que estábamos todos de duelo.

Cuando volvimos a la casa, que estaba en un rincón del barrio francés y tenía un patio muy pintoresco, Janie me pidió que me sentara con ella un minuto. Me acerqué a una de las cuatro sillas de hierro forjado que rodeaban un espacio para fogata. Encima colgaban unas guirnaldas de luces. Janie se fijó en cómo encenderlas y después se sentó enfrente de mí.

–¿Puedes quitarte la capucha ahora? –me preguntó.

–No… no puedo –respondí con tono dramático.

Ella ladeó la cabeza y me miró fijo.

–¿Qué es lo que pasará si te quitas la capucha? –indagó.

–Tendré que sentir cosas –dije. Sabía que pensaba que mi actitud era infantil, y quizá lo era, pero la capucha me protegía. Si me la quitaba, enseguida percibiría el mundo más amplio que me rodeaba. Mis pensamientos saldrían disparados como un radar, tratando de localizar a Cass en la inmensidad. El propósito de dejármela puesta parecía evidente.

–Pero ¿no es tu trabajo sentir cosas? –Janie estaba tratando de encender la fogata, no me gustó. ¿Cuánto tiempo pensaba que estaríamos allí afuera? Las luces encendidas ya eran más ambiente del que necesitábamos para una interacción breve antes de dormir.

–No, mi trabajo es hacer que *los demás* sientan cosas –respondí, contenta de que se me hubiera ocurrido ese giro. Aunque sabía que era mentira. Incluso entonces entendía que el público nunca sentía una emoción a menos que yo la sufriera primero.

–Bueno –dijo ella.

Me daba cuenta de que no le gustaba mucho esa versión mía. La sensación de no caerle bien a alguien me estremeció. Me reacomodé en la silla una vez, después otra. Janie me observaba, no decía nada. Finalmente, me quité la capucha de un tirón.

–¿Contenta ahora? –dije.

La sensación de quitármela fue tan desagradable como había imaginado. El mundo, sus sonidos y la atmósfera ya no estaban apagados. La realidad entró en un foco bien definido. Fue una especie de hora de la verdad. Me llevé las manos al rostro y rompí en llanto. Janie puso su silla a mi lado, la acercó hasta que se tocaron nuestros brazos, después me frotó la espalda.

–¿Qué quieres hacer al respecto? –me preguntó con voz tenue. No respondí. Saber qué hacer era su trabajo. El mío era llevar mi cuerpecito lindo y encantador adonde ella me dijera. Lo que necesitaba era que me dijera cómo arreglar esto. Esperé a que lo reconociera. No dejó de frotarme la espalda incluso cuando ya había parado de llorar. Después dijo–: ¿Y si…? –Pero se detuvo.

Me enderecé, dejando al descubierto la cara hinchada. Ella se acercó y trató de enjugarme una lágrima de la mejilla. (Cuando la gente se pregunta cómo será ser representante de actores, ¿se imaginará que hay que lidiar con funciones fisiológicas? Porque la verdad es que el noventa por ciento del trabajo consiste en eso).

Aparté su mano con cariño, ella la apoyó con delicadeza sobre mi rodilla para mantenernos conectadas. Era una manager integral y la querré toda mi vida, pero en ese momento solo me importaba Cass, *Cass, Cass*.

–¿Y si qué? –pregunté, para que continuara la idea.

–¿Y si qué, qué? –dijo ella. Al oír el sinsentido, puse los ojos en blanco y le di la risita que sabía que estaba esperando–. ¡Ahí está!

Janie se reclinó contra el respaldo y juntó las manos. Las alzó por encima de la cabeza, como una heroína victoriosa.

–Basta, qué ridícula eres –dije, manoteándole los brazos para que los bajara. Me hizo caso al instante. No era de armar espectáculos. Le sostuve una mano con las mías y la apretujé, la miré directo a los ojos y pregunté:

–En serio, Janie, ¿qué hago?

–¿Y si le escribes una nota y le cuentas lo que sientes?

Lo que esperaba era que de repente apareciera un aparato para viajar en el tiempo. O que Cass estuviera escondida en la habitación de invitados como la revelación final de una artimaña muy

elaborada. Mi ideal era un arco completo de redención que se resolviera en dos horas.

Pero Janie parecía optimista. Como si lo de la nota pudiera ser lo que hacía falta.

–RyRy –me dijo–, deberías escribirlo todo, cómo te sientes, y haré lo posible para que le llegue. Lo prometo.

Le solté la mano y me deslicé en mi silla con torpeza hasta que terminé como una drogadicta despatarrada en el sofá. Incliné la cabeza hacia atrás y me quedé mirando el cielo nocturno.

–Una nota –dije.

Esperaba que Janie reconociera lo inadecuada que era su sugerencia. Cuatro sílabas miserables. Al ver que no respondía, giré la cabeza hacia ella y vi que también estaba mirando el cielo.

–¿Viste algo bueno ahí arriba? –pregunté y, por unos segundos, pareció que ella había hecho un descubrimiento. Algún mensaje cósmico brillante que estaba descargándose en su conciencia. Pero se limitó a negar con la cabeza despacio, sin mirarme.

Nos quedamos así sentadas un rato, hasta que finalmente dije:

–Bueno, una nota.

Así que entré a la casa, arranqué media página de un guion y busqué un bolígrafo en el bolso de Janie. Escribí desesperada, sin que me importara nada. Después doblé el papel al medio y volví a salir. Ella seguía con la cabeza echada hacia atrás. Cuando me sintió cerca, se enderezó y aceptó la nota con la reverencia que merecía: las palmas abiertas.

–Parece una pista de un juego de charada –dijo, después de bajar la vista.

Cuando le miré las manos, tuve que reconocer que tenía razón.

***

Aunque la alarma hubiera sonado a las dos de la madrugada, estaba agradecida por el comienzo del rodaje de *Los últimos de nosotros*. No solo me mantenía la cabeza ocupada, sino que me hacía sentir cerca de Cass. Cuando ya me había acomodado en mi tráiler, en mi

rutina, Janie viajó a Nueva York para entregar mi nota en mano. No sé cuánto pensaba que demoraría un recado como ese, pero ella regresó rapidísimo. Estaba en el patio bebiendo un café negro espantoso hecho con unos granos molidos que parecían haberse tostado antes de que yo naciera. No era la mejor parte de despertarme, hacía una mueca con cada sorbo.

Se oyó un ruido en la puerta y vi a Janie caminar hacia mí. Al principio no pude interpretar su lenguaje corporal. Me di cuenta de que me había aferrado a la esperanza de que volviera con Cass, pero estaba sola. Cuando me vio, torció los labios con una expresión negativa y se reacomodó el bolso en el hombro. *Mierda*. Me subí la capucha de la sudadera y até los lazos lo más fuerte posible hasta que quedé como Kenny de *South Park*.

Janie me apoyó una mano sobre la cabeza. Después se arrodilló frente a mí, comenzó a desatar poco a poco el nudo que había hecho y me quitó la capucha. Se lo permití. Se le cayó el bolso del hombro. Parecía que fuera a proponerme matrimonio. Me preocupaba su rodilla apoyada en el suelo húmedo, pero después empezó a hablar y las palabras fueron formando algo que no era bueno, así que pasé de escucharla activamente a hacerlo de forma pasiva, un truquito que he usado mil veces desde entonces.

La sinopsis: "Cass desapareció y no quiere que la encuentren". Janie metió la mano en el bolsillo del abrigo y sacó la nota que yo había escrito. Me la puso en la mano. Bajé la vista.

–¿Qué hago con esto? –pregunté.

–Quédatela –dijo ella–. Tal vez te recuerde cómo se siente el amor de verdad. Tal vez te inspire en alguna interpretación con la que ganes el Oscar.

(Pasé por alto la última parte).

¿Acaso quería que algo me recordara ese sentimiento? Las lágrimas parecían variar en densidad. Las que estaban formándose en ese momento eran de las robustas. Abrí la nota y la leí en voz alta:

Cass, esto es de verdad.
Nosotras somos de verdad.

Lo sé porque de alguna forma estás en todos mis recuerdos, incluso en los de antes de conocernos. Cuando pienso en el primer baile de la escuela secundaria, tú estás conmigo, tomándome la mano cuando empieza a sonar The Lady in Red para que podamos señalarnos y derretirnos al bailarla. O en el viaje que hice a Roma antes de empezar la universidad, cuando me perdí una hora en esas calles antiguas, solo que ahora en mi recuerdo ya no estoy preocupada porque nos perdimos juntas y eso es mejor que encontrarse sola. Al parecer, Cass, mi mente ha construido una vida contigo sin que yo lo supiera.

Te amo.

Plegué la nota y me la metí en el bolsillo. ¿Cuántas veces la he leído en estos años? Las suficientes para que ahora parezca lo que en el departamento de utilería llaman "*vintage*". Un trozo de papel de una guerra de antaño.

CAPÍTULO 48
JANIE

Febrero de 2007
Charleston a Nueva York

De camino al aeropuerto de Charleston, leí la nota que Ryan le había escrito a Cass. Tenía un boleto reservado a Los Ángeles, para una reunión por una película que quería conseguirle. Abrí el papelito, más que nada por curiosidad, y al leer supe que tenía que entregarla de verdad. Viajé a Nueva York y traté de arreglar lo que había hecho al llamar a los paparazzi. No sabía que Ryan sentía todo eso por Cass. No siempre, aunque a veces, yo ponía su calidad de vida por encima de todo lo demás.

Me desvié a LaGuardia y tomé un taxi al bufete en el que trabajaba Sidney Collins, quien me hizo esperar tres horas y me llevó a una sala de conferencias, donde nos sentamos a una distancia nada habitual. Lo intenté todo, pero fue categórica: Cass se había ido de la ciudad y no quería ser encontrada.

Consideré dejarle la nota a Sidney. Ella tendría más chances de contactar a Cass que yo. Pero presentía que ella no era neutral en este asunto y, al final, la guardé para devolvérsela a Ryan.

CAPÍTULO 49
CASS

Febrero de 2007
Nueva York a Charleston

Cuando Amanda y yo debatíamos sobre si preferiríamos morir de calor o frío, yo siempre elegía frío. Y en la vida cotidiana, prefiero tener frío antes que tener calor.

–Si tienes frío –le explicaba–, siempre te puedes poner más ropa, pero no puedes hacer nada si tienes calor.

Ella pensaba que mi lógica era absurda.

–Morir de frío es solitario –me decía–, pero morir de calor es sexy.

Después yo me reía porque no solo su explicación tenía menos lógica que la mía, sino que directamente no la tenía. Pronto ella también se echaba a reír, porque que nos riéramos juntas era lo que más le gustaba.

Charleston era el lugar más caluroso en el que había estado. Eso me agradaba, porque entonces mudarme allí no había sido solo por Ryan ni por la película, sino que también daba la pequeñísima sensación de que era un castigo. Vivía en una casita en Sullivan's Island, a dos puentes y dieciséis kilómetros del centro de la ciudad. Nunca fui a los sets ni a la ciudad mientras filmaban la película, pero sí fui a esos lugares el día después de que terminaron, y traté de absorber las sobras que habían quedado de Ryan y su emocionante vida.

Poco después de que terminara el rodaje de la primera película, empecé a escribir el segundo libro de la trilogía. Escribí con

urgencia. Para que Ryan pudiera seguir interpretando a Perséfone (un papel que la conectaba conmigo, aunque fuera de forma invisible), yo debía seguir escribiendo su historia.

Durante ese primer año en el sur, salía a caminar por largo rato con cuarenta grados de calor, una humedad de locos, sudando tanto que me ardían los ojos. Siempre buscaba formas de escurrirme, con la esperanza de que el sudor se llevara la culpa y el dolor que sentía por lo que le había hecho a Amanda.

Algunos días pensaba que lo había logrado.

CAPÍTULO 50
AMANDA

Octubre de 2007
Bolton Landing

Fiel a mi palabra, no volví a Alcohólicos Anónimos al día siguiente. Tampoco el que vino después. Pero un viernes, ocho meses más tarde, cerca de la hora en que pensaba que Kerri llegaría a casa para pasar el fin de semana, oí un golpeteo en la puerta y después el crujido de que se abría. Desde el cuarto de estar, donde miraba los programas de entrevistas de la tarde, dije:

–¿Hola?

Un segundo después apareció Patricia Callahan.

–Te echamos de menos –dijo–, así que se me ocurrió venir a ver cómo estabas.

Se le notaba en la voz que entendía el riesgo que corría al ir a verme, que yo podía exigirle que se marchara. Fue ese dejo de duda, junto con mi arma secreta: la verdad sobre *Los últimos de todos*, lo que evitó que le gritara que se largara de mi casa y no volviera nunca más. Al final, no dije nada, que era lo máximo que podía hacer.

–Renté una furgoneta. ¿Quieres dar una vuelta conmigo? –Antes de que yo dijera nada, sacudió la cabeza y agregó–: Perdón, mejor dicho: incluso si no quieres, *¿considerarías* la posibilidad de dar una vuelta conmigo?

Esta versión de Patricia Callahan era desconcertante. Era cálida, con la mirada clara y, como venía sucediendo con más frecuencia

últimamente, me dolía el corazón al pensar en Annie. Delante de mí estaba la madre que ella había soñado tener, pero no estaba aquí para disfrutarla. Me daba tristeza. De todos modos, me recordé que eso era todo culpa suya.

–Me encantaría pasar tiempo contigo –dijo Patricia, reacomodándose la correa del bolso en el hombro.

En ese instante, llegó mi hermana a casa. Entró como una tromba, exclamando "¡Amanda!" con tono preocupado. Se detuvo de repente al ver a Patricia, aunque yo no sabía si alguna vez se habían visto antes. Kerri no le prestó atención, me miró a mí.

–¿De quién es la furgoneta que está en la entrada? –inquirió.

Patricia levantó la mano.

–Es mía.

Después de años de sentirme aislada, porque las visitas de amigos habían decaído enseguida, sentí una oleada de adrenalina al tener a dos personas compitiendo por mi atención. Me empezó a correr la sangre como si estuviera de vuelta en el escenario.

–¿Qué está pasando aquí? –me preguntó Kerri.

–Patricia, ella es mi hermana menor, Kerri –dije, me sentí muy bien de actuar como una persona normal, que se acuerda de presentar a dos personas que nunca se han visto. Me hizo sentir civilizada y adulta. Después agregué–: Ella ha estado cuidándome.

Lo dije para que Patricia recordara quién *no* me había cuidado y quién tenía desequilibrada la balanza del karma. Ella extendió la mano.

–Kerri, qué fantástico conocerte, aunque creo que nos vimos una vez, cuando eras mucho más pequeña, en una de las obras de Amanda y Anne Marie. –Los ojos de mi hermana se dispararon hacia mí, buscando una confirmación que llegó unos segundos después cuando Patricia añadió–: Soy la mamá de Anne Marie.

Qué valiente, pensé. Entrar a nuestra casa, directo a la boca del lobo, y declararse dueña de Annie de una forma que nunca había hecho cuando ella estaba aquí y valía la pena hacerlo. A veces Annie incluso se había preguntado en voz alta si su madre, cuando iba a un bar o salía con un tipo nuevo, haría de cuenta que no tenía hija.

Kerri era un amor de persona, así que se volteó y me dijo:

–¿Estás bien? –Y yo le respondí que sí. Lo que sentía, por primera vez en mucho tiempo, era curiosidad: por lo que Patricia tenía para decir, por saber qué había cambiado. Y antes de poder filtrarlo, se me vino otra idea. Necesitaba reconocer el terreno, en nombre de Annie.

–Vamos a dar una vuelta –dije.

***

Patricia tomó para la zona del lago. La esperanza que me había permitido tener era que ella hubiera recibido noticias de Annie, pero enseguida me dijo que no. La desilusión me sorprendió. Las lágrimas, en realidad. Y rogué que Patricia no se diera cuenta, mantuve la cabeza girada hacia la ventanilla, pero ella extendió un brazo y me cubrió la mano con la suya, le dio un apretón. Me pregunté si se culpaba por lo que había pasado con Annie, pero no junté el valor para decirlo.

Una pregunta que me había hecho mil veces: ¿qué deuda tenía Annie conmigo? Porque éramos mejores amigas, porque teníamos planes, porque había estado presente cuando me caí, ¿acaso todo eso significaba que su vida debía estar atada siempre a la mía? Cuando mi existencia de repente se volvió sumamente inmóvil, ¿ella debía cortarse las alas por solidaridad? No, claro que no. Pero también sí, un poco. ¿Por qué estaba enojada con Annie si lo que había hecho, marcharse, fue lo que yo le habría pedido que hiciera? Por más que ella se hubiera quedado y luego marchado, o por más que se hubiese ido cuando lo hizo, mi vida sería exactamente la misma.

Sin embargo…

–¿Estás enojada con Annie? –terminé preguntando.

Patricia ya me había contado su historia, que no se había dado cuenta de que Annie había desaparecido hasta dos semanas después. Ni se había enterado de mi accidente, estaba viviendo con un tipo en una cabaña de un pueblo cercano, hasta que un policía pasó por el Chateau mientras ella trabajaba. Esa noche, volvió a su

casa y empezó a rebuscar entre las cosas de su hija, donde encontró una camiseta vieja de *Tom y Jerry* que al parecer Annie usaba siempre cuando era niña. La estiró sobre la cama de Annie y se quedó mirándola, recordando lo mucho que la había enojado, pero sin saber por qué. Me contó que al principio la camiseta era su kriptonita, pero que terminó convirtiéndose en su talismán.

Sujetaba el volante con la mano derecha y se llevó la izquierda al pecho, donde toqueteó un collar. Trató de mostrármelo, pero no alcancé a verlo, así que me explicó que era un regalo por el Día de la Madre que Annie le había hecho hacía mucho… ¿En quinto año, quizá? Una baratija con dibujos esmaltados de los personajes de esa camiseta que tanto le gustaba. Patricia nunca se lo había puesto, pero ahora se negaba a quitárselo.

–No, no estoy enojada con Anne Marie –respondió.

Mi intención era herirla con *Los últimos de todos*, otro ítem de la lista de cosas sobre su hija que ella no conocía. Clavarle hondo el cuchillo y retorcerlo. Pero en ese paseo, me di cuenta de que Patricia Callahan no era un monstruo. Solo era una mujer rota que estaba armándose de nuevo.

Aparcó delante de mi casa y apagó el motor. Soltó el volante y me miró.

–Fue muy lindo esto, Amanda –dijo, llevándose las manos al corazón como si este se hubiera aliviado. Por más que Annie hubiera visto el gesto como algo muy cursi, que de hecho lo era un poco, me hizo sentir bien. Luego extendió un brazo y apoyó la cálida palma abierta sobre mi mejilla, me miró directo a los ojos, sonrió. La intimidad del momento me reconfortó. Hubiera deseado que no. Tenía sabor a traición, pero también me parecía que necesitaba el amor de Patty Callahan.

–No sabía si iba a decir esto, pero… –me detuve.

Tuve el deseo repentino de hacer mi arma a un lado, mi mejor carta: lo que sabía de *Los últimos de todos*. La conexión íntima que tenía con el libro y cómo capturaba nuestros recuerdos me hacía sentir cerca de Annie y, en ese momento, quise darle un poco de eso a su madre.

Volteé la cabeza hacia la ventanilla, miré el caos del patio lateral, donde mi padre jugueteaba con autopartes y motores viejos.

–¿Has leído *Los últimos de todos*? –pregunté.

–¿*Los últimos de todos*?

–El libro –dije–. Va a ser una trilogía, ya han anunciado el segundo. Creo que también va a salir una película en Navidad.

Bajé la vista. Ella tenía la mano apoyada en la palanca de cambios, admiré su delicadeza, su encanto.

–No, no lo leí –respondió.

–Bueno, podrías comprar un ejemplar –sugerí–. Búscalo, por favor.

***

Esa noche, me quedé mirando el ejemplar de *Los últimos de todos* que tenía en la mesa de noche. Sin mi consentimiento, el libro empezó a transformarse. Dejó de ser la encarnación de mi ira y pasó a ser una conexión con mi mejor amiga. Y, no pude evitarlo, lo abrí de nuevo. La segunda lectura fue una experiencia totalmente distinta.

Cate Kay.

Cate… Kay.

Cate con K (Kay en inglés).

Cate con una maldita K.

CAPÍTULO 51
CASS

2011
Charleston

El día en que terminé de revisar el último libro de la trilogía *Los últimos de todos*, me anoté en un club de lectura para madres jóvenes. No, no era madre, tampoco me consideraba joven[24], aunque la edad es una dismorfia extraña que nos aflige a todos.

La historia de cómo me anoté en ese club de lectura incluye una interacción tan fuera de mi elemento que me pregunto si las dos mujeres habrán percibido mi esfuerzo exagerado y se apiadaron de mí. Estaba caminando sin rumbo por las viejas calles de Charleston, una de mis actividades preferidas. A veces trataba de encontrar la casa que Ryan había alquilado para el rodaje de la primera película, unos años antes. En la foto de un paparazzi, se veía la esquina de un edificio de color salmón. Caminaba por las calles y la imaginaba aquí o allí o allá, construía escenas en mi mente de esos meses que habían quedado atrás. Me hacía sentir cerca de ella por un momento. Después recordaba que yo era un cliché, suspirando por una estrella de cine que evidentemente no me quería.

En esa tarde en particular, me senté en un parque a leer un libro. Unos minutos después, se acercaron dos mujeres con carritos de bebé. Me había acomodado en el centro del banco a propósito para disuadir a la gente de que hiciera precisamente eso, pero era notorio que una de ellas necesitaba sentarse en serio. Me moví y la mujer me miró con ojos agradecidos, se sentó en el borde con un suspiro

de alivio y se bajó la camiseta para darle el pecho a su bebé. La amiga me asintió con la cabeza, sonrió.

Bajé la vista al libro abierto, pero me concentré en la conversación de las mujeres. En un momento me preocupé de que notaran que no había pasado la página, así que volteé una. Después otra. Escuchar conversaciones ajenas ayudaba a atenuar mi soledad y me daba material para mis libros. Creo que el último volumen de *Los últimos de todos* fue más mordaz beneficiado por ese voyerismo.

Se me pararon las orejas cuando empezaron a hablar del club de lectura, que iba a reunirse esa noche. No recuerdo qué libro estaban leyendo ese mes, pero era uno que me había gustado. La imagen de estas mujeres en una sala de estar acogedora, comiendo galletas recién horneadas, bebiendo vino, conversando sobre libros me pareció tan hogareña y reconfortante que contorsioné el cuerpo para mirarlas.

–¿Aceptan integrantes en su club de lectura? –pregunté, torpe.

Parecieron sorprendidas. No solo había estado escuchándolas, sino que ahora estaba invitándome a su casa. Pero como buenas sureñas que eran, enseguida corrigieron la expresión de sus rostros.

–En realidad, es para mamás recientes –respondió con tacto, por si eso me disuadía, la que estaba de pie hamacando el carrito.

¡Estaba pidiendo entrar a un club de lectura para madres! ¿Qué estaba pasando? Me imaginé a Amanda mirándome, boquiabierta. Siempre nos habíamos burlado de cualquier cosa remotamente doméstica. Una vez, la madre de una de nuestras compañeras del campamento de teatro había horneado galletas con chispas de chocolate para todos, y Amanda y yo nos miramos por encima de la mesa plegable que estaba tras bambalinas y pusimos los ojos en blanco. Nunca reconocimos la profunda verdad que se escondía en esos momentos, que era que queríamos con toda el alma, tanto que nos daba ganas de llorar, tener madres que nos hornearan galletas. Pero también sé que pronto habríamos enfrentado esa verdad juntas.

Deseaba, como me pasaba unas diez veces al día, poder hablar con ella. Por suerte, las mujeres no llevaban a sus hijos a las reuniones del club de lectura, así que no me vi obligada a alquilar un

bebé. Sí me sentí mal por mentir sobre tener un hijo. La verdad es que no fue uno de mis mejores momentos, pero necesitaba con urgencia un poco de compañía sin estrés. Y ¿qué mejor lugar para esconderme que en un grupo de madres? Sorteaba alguna que otra pregunta personal, pero la mayoría de las veces las desviaba y volvía a poner el foco en el nuevo dentífrico orgánico para bebés o algún otro producto de moda. (Hacía mis investigaciones). Funcionaba de maravilla.

Me gustaba en serio. Me gustaba lo que tenían para decir sobre los libros que leíamos. Muchas veces notaban cosas que yo no había visto y expresaban sus observaciones con calidez e inteligencia.

Por eso me dio pavor cuando eligieron mi primer libro. Una lo sugirió al final de la reunión de ese mes –"Ah, ¿saben qué sería bueno?"– y a todas les encantó la idea. Mi interpretación era que se consideraban más literarias, preferían libros ganadores de premios prestigiosos y *Los últimos* era un malvavisco. Eso no me ofendía, solo me daba miedo de que usaran sus afilados dientes literarios para despedazarme el vientre.

Cuando llegó el día, no planeaba ir. ¿Para qué hacerme eso? Pero esa tarde, la curiosidad fue más fuerte que las ganas de quedarme en casa. Nunca había tenido una oportunidad como esta de escuchar a lectoras hablar sobre mis libros en un ambiente íntimo y personal. La idea me fascinaba.

Fui.

Para mi gran alivio, la conversación iba sobre ruedas. Mi libro se sostenía bien en su opinión, lo cual me agradó oír. Valoraba los comentarios de estas mujeres. Para mí, hablaban en nombre de los lectores de todo el mundo. Entonces, cuando parecía que ya estábamos terminando, una intervino.

–Pero hay una cosa que no puedo superar –dijo–. ¿Cómo es que Samantha simplemente se aleja de Jeremiah? Lo deja así nada más… ¿A su mejor amigo? No pude entenderlo y no sé por qué el mundo sigue celebrándola después. Es algo que me molesta y nadie siquiera lo menciona.

Todas voltearon la cabeza y pensaron en ese comentario. Entonces otra mujer preguntó:

–¿Lo que no te agrada es que en el mundo del libro nadie la critique o que en *este* mundo, en este club de lectura, nadie critique a los personajes que conforman el del libro? –Hizo un gesto de que le explotaba la cabeza, luego le dio un delicado mordisco a una galleta. Todas habíamos quedado aturdidas, pero nos acercamos para escuchar la respuesta.

La mujer que hizo la primera observación se tomó un momento.

–Las dos cosas –concluyó luego.

Yo estaba sentada en el sofá y me apoyé contra el respaldo, volví a cruzar las piernas. Mi pie rebotaba y no lo podía parar. Recorrí el grupo con la vista y me permití un momento de asombro en medio del pánico que borboteaba en mi interior: nadie tiene la oportunidad de escuchar la evaluación honesta de su trabajo por parte de otros. Esos próximos minutos serían un regalo o un descenso a las profundidades del infierno, era difícil saberlo.

–Sí, lo entiendo –dijo otra–. Pero no podía quedarse solo con la relación entre ellos en ese momento. El mundo necesitaba que tomara la decisión que tomó. Por el bien común.

Otra mujer se apuró, como si hubiera estado pensando en ese tema toda su vida:

–Pero ¿no es posible que la autora esté tratando de mostrarnos el ejemplo más extremo del falso dilema que nos presenta el mundo? ¿Que hay que elegir entre la ambición o las relaciones?

Analicemos esa teoría, amigos.

–Ah –respondió la primera, ladeando la cabeza con exageración, como si estuviera viendo la vida desde un nuevo ángulo–. Eso sí que es interesante.

–Nada más creo –continuó la que se había entrometido– que el mundo y, quizá más precisamente, la sociedad, siempre está tratando de convencernos de que el trabajo nos hará felices, que nuestra ambición es saludable, que perseguirla es satisfactorio. Ese es el gran lavado de cerebro capitalista, ¿no creen?

–Bueno, eso es verdad en parte, sí –dijo la que había iniciado esta tangente–. Parece que nuestra sociedad, en particular, quiere que creamos que el trabajo será un camino directo a la felicidad, pero no podemos hacer de cuenta que el trabajo no importa. Además,

Samantha deja a Jeremiah porque necesita ayudar a toda la gente de Nueva York, darles información. Salvó miles de vidas. Si lo que motivó esa decisión fue su ambición más que el altruismo, ¿importa en realidad?

Ahora me estaban sobrevalorando. Yo solo quería darme consuelo, a la vez que recibía los elogios y la adulación del mundo... Aunque es muy posible que esté describiendo la motivación de todo escritor desde el principio de los tiempos.

–Pero volvamos a la pregunta clave –dijo la mujer en cuya sala estábamos sentadas–. ¿Quién piensa que Samantha es una malparida por dejar a Jeremiah muriéndose? Votemos.

Dios mío, ¿una votación? Quería inclinarme hacia adelante, pero me detuve. Había nueve mujeres presentes, yo incluida. Se rieron, algunas con incomodidad. El insulto "malparida", incluso dicho con un eufemismo, era un poco subversivo para estas distinguidas damas sureñas que iban al parque para perros en carritos de golf.

–Votemos –insistió–. ¿Quién piensa que Samantha es de lo peor? Arriba esas manos.

Cuatro mujeres levantaron la mano.

–¿Y quién piensa que la decisión de Samantha fue... heroica?

Cuatro manos distintas.

Era consciente de que necesitaba votar, pero no podía extraer la esencia de la pregunta. Al menos, no a tiempo para cumplir con este plazo. ¿Estaba votando sobre si Samantha era una persona espantosa o yo? Finalmente, me incliné hacia adelante y entrelacé las manos, comencé a mecerme hacia adelante y hacia atrás.

–Hay una que se resiste –dijo nuestra anfitriona, disfrutando su momento de maestra de ceremonias–. ¿Qué dices, Cass? ¡El voto decisivo!

Lo bueno era que las demás pensaron que mi evidente malestar estaba actuado.

–Sí, tómate tu tiempo –bromeó una–. Elige sabiamente.

Levanté los ojos.

–¿Puedo votar por... ninguna de las dos?

Se alzó un coro de abucheos entre algunas mujeres, las demás lo silenciaron enseguida. Todo habría sido fascinante si yo hubiera sido

una observadora imparcial.

–Es que no puedo tomar una decisión basándome en ese único acto. Todos somos mucho más, y mucho menos, que nuestro mejor o peor momento –dije.

Parecía trilladísimo, pero profundizar más en el tema estaba fuera de discusión. No sé si hubiera podido volver de esas profundidades.

–Samantha no es ninguna de las dos –agregué–. Respuesta final.

–Ah, una respuesta matizada –dijo la anfitriona, cuyo papel había cambiado súbitamente a pacificadora. Me eché contra el sofá, fingiendo estar agotada.

Todas se rieron y entonces, de repente, el club de lectura terminó.

24 Nota de Cate: Recuerdo que, cuando estábamos en el último año de la secundaria, una exestudiante fue a los ensayos y mencionó que acababa de cumplir treinta. Amanda y yo casi nos desmayamos. Nos sujetamos la una a la otra para no caernos. En parte estábamos actuando, pero también su edad nos resultaba inconcebible. Yo ahora tenía esa edad, tenía treinta años.

CAPÍTULO 52
RYAN

2011
Los Ángeles

A lo largo de los años, *People* publicó dos veces que me había comprometido ("una fuente cercana a la pareja dijo") y que "la pareja" planeaba celebrar una boda íntima. En realidad, el hombre mencionado y yo ni siquiera estábamos saliendo. Aunque la culpa de esas noticias no puede recaer completamente en la revista, ya que en su mayoría fueron plantadas por mi equipo, o el equipo de mi supuesta pareja, o una empresa de relaciones públicas. Sin embargo, siempre me decepcionaba un poco cuando veía esos artículos impresos. Esperaba que el o la periodista se hubiese esforzado un poco más.

Una vez leí que hay algo llamado "efecto Gell-Mann". Básicamente, ocurre cuando lees algo de lo que eres experta y entonces eres muy consciente de los errores de comprensión y las fallas en cómo se da la información. Pero luego das vuelta la página y tomas como cierto otro tema que no conoces tanto. Lo jodido de esto, para mí, fue darme cuenta de que ni siquiera soy experta en mí misma. Imaginen la situación: leo algún chisme en una revista, llamo a Janie para desahogarme, y ella al final me explica por qué se publicó, entonces yo termino mareada por lo borrosa que es la línea entre mi yo real y mi yo falsa. Eso tiene un efecto erosivo en el propio sentido de identidad.

Salir con otras personas del mundo de la actuación, lo cual he hecho bastante, solo es satisfactorio si te gusta perderte dentro de un laberinto de espejos.

En ese entonces estaba haciendo unas dos películas al año de diferentes géneros, aunque me sentía más cómoda interpretando a mujeres valientes como Perséfone, desesperadas por demostrar de lo que son capaces. Janie me convenció de hacer un par de comedias románticas, según ella "para mostrar mi versatilidad", pero no me gustaron nada. El objetivo de cada escena era que yo me viera sabrosa para la cámara.

Una mañana cuando estaba en casa entre filmaciones, llamé a Janie. Le pedí verla en Los Feliz. La esperé en el patio, caminando por el borde de azulejos de la piscina. Ocho pasos de largo, tres pasos de ancho. Había visto a Cass hacerlo muchas tardes.

–Me tranquiliza –me había dicho cuando le pregunté por qué, básicamente, caminaba en círculo.

Pero tenía razón. Era una especie de meditación.

En los años que siguieron, había pasado horas caminando por ese patio, preguntándome si tenía el valor para lo que finalmente estaba a punto de hacer. Janie aún estaba hablando por teléfono cuando llegó. Me saludó con la mano, levantó un dedo. Continué caminando por el borde de la piscina. La cabeza gacha, la mente maquinando. ¿Iba a hacer mi vida más difícil o fácil? No sabía.

–Toda tuya –dijo Janie.

Hice una pausa. Estaba en el lado opuesto de la piscina.

–Creo que es hora –anuncié–. Voy a salir del clóset.

Janie levantó las cejas, las mantuvo así.

–Llama a *Vanity Fair* –continué–. Sé quién quiero que lo informe.

CAPÍTULO 53
AMANDA

2011
Bolton Landing

Annie siempre armaba juegos con el universo. Como esa vez durante una excursión escolar al Egg, un teatro extraño en Albany que parecía la mitad inferior de un huevo de chocolate. La profesora llamó al elevador para subir y Annie se acercó.

–Si viene en diez segundos –me dijo–, no nos pasará nada.

Enseguida le clavé la mirada.

–Eh, no, gracias. Yo no juego –susurré.

Annie no habló, pero cuando el elevador tardó mucho, tanto que la profesora volvió a presionar el botón, finalmente dijo en voz baja:

–¡Qué loco!

Una vez, le pregunté al respecto.

–El tipo detrás de la caja registradora –me acababa de decir–, si lo primero que dice es "hola", pedimos queso. Pero si dice cualquier otra cosa, pedimos pepperoni, ¿sí? –Annie estaba sosteniendo la puerta de una pizzería para que yo entrara.

Seguí el juego porque me daba igual. Pero cuando nos sentamos con nuestras porciones (de pepperoni, el tipo había dicho "¿En qué las puedo ayudar?"), tomé un largo sorbo de mi refresco y luego solté:

–¿Puedo hacerte una pregunta?

Ella estaba dando un mordisco a la pizza, así que solo asintió.

–No entiendo estos juegos que haces –dije, señalando el mostrador.

Annie puso los codos sobre la mesa y apoyó el mentón en los puños, soltó una exhalación larga y lenta.

–Estas cosas aparecen en mi cabeza –explicó– y no puedo sacarlas. Pero trato de ahorrártelas, la mayoría de las veces.

–Es raro –comenté.

–¿Raro cómo? –preguntó, dando otro mordisco y masticando despacio, mirándome. Mis ideas no estaban del todo formadas, así que me llevó un rato. Annie siguió comiendo mientras esperaba. Mi pizza estaba intacta.

–Bueno –dije, finalmente llegando a una explicación–. Creo que es... extraño ver que te sometes al universo. No es algo propio de ti.

No parecía molesta, parecía estar pensándolo en serio.

–Ajá –dijo, empezando a comer el borde de la pizza–. Qué curioso que digas eso porque para mí es como un alivio, la forma en que mi cabeza me salva de obsesionarme eternamente con cada decisión.

Después se metió el resto del borde en la boca, apenas podía mover la mandíbula. Miró mi refresco.

–¿Vas a compartir? –masculló.

Esos juegos extraños que jugaba Annie con el universo deben de haber dejado más huella de la que pensaba, porque cuando se marchó, terminé jugándolos yo también. Unos años después de recobrar la sobriedad, empecé a trabajar en la recepción del taller de mi padre. ¿De verdad él necesitaba mi ayuda? Seguramente no, pero quería que yo encontrara un propósito en la vida y pensó que ir a un lugar tres veces por semana era un primer paso.

Más que nada me la pasaba leyendo libros. O miraba el reloj que estaba encima de la puerta. Entonces una tarde, de la nada, una vocecita dentro de mi cabeza introdujo una idea: si la próxima persona que entrara por la puerta sonreía, mi vida iba a mejorar. Y juro que, sin que hubiera pasado un segundo, entró el profesor Riley. Al principio no me vio, estaba con la cabeza gacha buscando algo en la cartera, pero cuando llegó al mostrador, levantó la vista. Sacudió la cabeza, sonrió con ternura.

–Amanda, no tienes idea de la alegría que me da verte.

Rodeó el mostrador, se inclinó, y me dio un abrazo largo y cálido. Mientras tanto, yo pensaba en lo rápido que había cumplido el universo, mi vida ya era mejor.

–Justo estuve pensando en ti esta mañana –dijo, sacudiendo la cabeza con incredulidad–. En serio lo digo. Estamos haciendo *Noche de Reyes* otra vez. Hoy fue el primer día de ensayos. Así que, desde luego, me hizo pensar en… –vaciló un poco, un gesto casi imperceptible, antes de terminar rápido la oración–: ti.

Entonces se produjo una pausa en la que ambos pensamos, pero sin decir absolutamente nada, en Annie.

Un segundo después golpeó la cartera contra la palma abierta.

–¿Sabes qué? –dijo–. ¿Por qué no vienes a darnos una mano? Nadie conoce esta obra tanto como tú. Me encantaría que nos ayudaras.

Sinceramente, estaba atónita por lo rápido que había llegado ese momento. Tal vez Annie tenía razón con esa cuestión del universo. Tartamudeé un segundo, muy raro en mí. Entonces me detuve, respiré hondo y miré al profesor Riley pidiéndole con los ojos un segundo para recomponerme.

–Sí. Me encantaría –acepté un momento más tarde.

Él asintió, sellando el acuerdo, y me dio la tarjeta de crédito. Casi me había olvidado de que había venido por su coche. Cuando se fue, unos minutos después, no pude entender por qué mi alegría se manifestaba como lágrimas ardientes. Entonces me tapé los ojos y rompí en llanto, y solo me detuve para revolear una engrapadora contra la pared.

Creo que mi enojo tuvo que ver con darme cuenta de que incluso en ese instante, después de todo lo que había pasado, Annie seguía siendo parte de todos los momentos buenos de mi vida[25].

CATE KAY
LOS ÚLTIMOS DE TODOS

La ciudad aún dormía cuando Perséfone Park, la hija de Samantha Park, se marchó para siempre. Perséfone, que aún era una muchacha, se había criado siendo una figura pública porque era la única hija de una de las

personas más veneradas del mundo. Era parte de una dinastía estadounidense.
Perséfone, que nació tres años después de la explosión, fue considerada un milagro, pero de niña siempre se sintió como algo secundario. No le guardaba rencor a su madre, solo sentía una profunda desilusión, además de tristeza. La había criado una mujer moribunda cuya energía y atención estaban consumidas por la misión de mantenerse con vida.
Y Samantha Park lo había logrado, había vivido casi diez años después de esa transmisión legendaria. Murió cuando Perséfone tenía siete. El funeral fue visto por miles de millones de personas.
Perséfone comandaba la devoción del mundo. Sin embargo, se sentía vacía. Y el vacío, supo, daba hambre, aunque no sabía de qué.
Poseer cosas no era lo que quería. Quería la sensación que generaba el esfuerzo, la creación y la construcción de algo jamás visto. Y para eso, creía que tenía que empezar desde cero.
Entonces, había decidido abandonar esa versión de su vida y buscar otra. Iba a ir a El Núcleo. A la isla desierta que alguna vez fue Manhattan donde, según informaban los medios, se había establecido una comunidad que vivía sin conexión alguna y fuera del control del gobierno.
Habían tardado diecisiete años en limpiar los restos de la explosión que había destruido Manhattan. Al principio, los científicos tenían la esperanza de que pudiera reconstruirse la ciudad, pero con el costo, el agua que subía cada vez más, las zonas que aún tenían niveles de radiación muy altos… tomaron la determinación de que no debía hacerse. Se decidió devolver Manhattan a la naturaleza.
Pero en los últimos días de la limpieza, un pequeño grupo de neoyorquinos se propuso volver y construir algo nuevo. Había un pacto tácito entre esos repobladores y los últimos obreros que abandonaron el lugar. Y cuando el gobierno se marchó oficialmente de la isla, dejaron una decena de contenedores llenos de chatarra y objetos encontrados.
Fue a partir de esos elementos que se construyó El Núcleo: de los restos de la ciudad que alguna vez había sido la más famosa del mundo. El Núcleo era una sociedad que estaba fuera del sistema, con leyes, reglas y costumbres propias, y Perséfone iba a sumarse porque necesitaba demostrar de lo que era capaz, aunque fuera a ella misma.
Se fue una noche de verano, una semana después de graduarse de la universidad. Su mejor amiga, Kelly, estaba dormida en el cuarto de invitados de su *penthouse*. Perséfone la espió al salir; detestaba el dolor que le causaría, pero debía irse.
Apenas pasaba la medianoche, el mejor momento para evitar las patrullas que montaban guardia en el río. No estaba permitido cruzar, como si fuera una frontera, lo que le parecía contraproducente: la gente siempre quiere ir adonde le dicen que no puede.

La joven llevaba dos cosas: una mochila en el hombro derecho, una bolsa de dormir roja en el izquierdo. Pasó junto a dos barricadas que decían PROHIBIDO EL PASO y una advertencia sobre lluvia radioactiva, luego se metió por un agujero en la cerca. Se sorprendió de sí misma, de la audacia con la que estaba actuando, aunque también, si lo pensaba mejor, le preocupaba que fuera a arrepentirse de esa noche, de esa decisión tan extrema.

Pero, sobre todo, se sentía imparable, lo que notó que era un arma de doble filo. Se sentía poderosa, pero también fuera de control.

Perséfone pudo percibir el río antes de verlo, porque el cielo parecía más abierto, por la brisa sin obstáculos. Divisó el bote de remos que le había prometido su contacto. Lo habían llevado hasta la orilla del río, justo donde dijeron que estaría.

Miró de un lado a otro de la ribera. Nada más que maleza. Nada raro. Tenía poco tiempo para remar hasta la otra orilla antes de que regresara la patrulla. Con prisa, soltó la mochila y la bolsa de dormir en el tablón de madera central, luego se adentró en el agua.

No podía creer que estuviera haciéndolo. Miró al cielo oscuro, un momento que recordaría el resto de su vida, y comenzó a remar por el río Hudson hacia el único lugar donde creía que podría descubrir quién era de verdad.

Semanas después, Perséfone dormía en su bolsa de dormir roja en un rincón de la casilla que había armado con madera y chapas encontradas. En El Núcleo la había absorbido el trabajo de construir una vida nueva. Paredes, un techo, comida, agua. Empezar desde cero era agotador, emocional y físicamente.

Esa mañana, la despertó una lengua húmeda sobre la mano expuesta. La sensación la sobresaltó al principio y se retiró, pero después recordó y apoyó la mano en la cabeza suave de Puck, la pitbull con la que la vida en El Núcleo se había vuelto un millón de veces mejor.

Puck había sido una sorpresa, Perséfone aún no sabía a quién pertenecía y le daba pavor que en algún momento alguien fuera a reclamarla. Con Puck se sentía como si fueran un dúo en una aventura épica, y a Perséfone le gustaba el aire cinematográfico que eso le daba a su vida.

Le acarició la cabeza a la perra, luego se puso de pie y caminó hacia la mochila, sacó su sudadera favorita: gris claro con Tom y Jerry recostados contra unas palmeras, la palabra "California" escrita arriba en cursiva. "La pesadilla de mi existencia", era lo que opinaba su abuela sobre la sudadera cada vez que Perséfone se la ponía, que era todos los días, siempre. Le recordaba a la última vez que se había sentido protegida, plena y querida.

–Vamos, chiquita –le gritó a Puck mientras iba hacia la vieja cortina de ducha que ahora servía de puerta principal. La corrió y se asomó.

Perséfone se maravilló del mundo que ahora habitaba. Contempló las zonas de tierra seca llenas de maleza, árboles jóvenes y vegetación silvestre, atravesadas por ríos poco profundos. El mar había subido. El agua de los ríos, del océano, había llegado más alto y empantanado muchas partes del sur de la isla. La pequeña población de El Núcleo, noventa y nueve según el último conteo, usaba botes de remos para navegar por las arterias y pasajes, y Perséfone observó a una mujer a la distancia en un bote descascarado color plata que había sacado de su cobertizo.

Respiró hondo, exhaló. Había estado a punto de regresar, de volver a su casa en Filadelfia, unas cuantas veces. Siempre estaba a un segundo de volver.

Pero no iba a irse a su casa. No podía. Sabía cómo era esa vida. Y no era suficiente.

25 Nota de Cate: Y ella de los míos.

CAPÍTULO 54
CASS

2011
Charleston

S*tar, US Weekly, Variety, In Touch, People, Vanity Fair*… estaba suscripta a todas las revistas de espectáculos. Iban acumulándose pilas ordenadas sobre mesas auxiliares y encimeras, hasta que llegaba el momento de la limpieza anual, cuando tiraba a la basura todos los números excepto aquellos en los que aparecía Ryan. Esos iban en una caja, cada tanto bebía vino de más (un cabernet intenso y opulento, siempre) y me pasaba la noche leyendo cada artículo, reevaluando cada foto: Ryan caminando por su vecindario en Los Ángeles con un gorro y unos Jordan; hablando por teléfono fuera de un restaurante de moda; caminando con su nuevo novio (¿en serio, Ryan?) por la playa. Observaba con detenimiento cada imagen, buscando pistas, fingiendo que ella había estado pensando en mí cuando la fotografiaron.

Pero también me preocupaba que el amor no fuera para mí. ¿De cuánto amor puedes escapar en la vida antes de que se te corte para siempre? Primero Amanda, después Ryan y, por último, Sidney. Aunque lo de Sidney fue distinto. Fue un acuerdo: nos habíamos usado la una a la otra. Yo para salir del limbo doloroso de Plattsburgh. Sidney, para tener a la persona perfecta sobre la que ejercer su control.

Una tarde, unos meses antes de que empezara el rodaje de la última entrega de la trilogía *Los últimos de todos*, yo había vuelto de

correr, el método que usaba en ese momento para silenciar mi mente. Hacía calor y estaba pesado, como de costumbre. Me detuve junto al buzón de mi casa, que estaba cubierto de jazmines. Me encantaba lo exuberante y exótico que era Charleston en comparación con la austeridad del norte de Nueva York. Tomé el contenido, que era más que nada correo basura, y mientras lo revisaba, paré en seco.

Allí, mirándome, en la tapa de *Vanity Fair*, estaba Ryan. Me quedé inmóvil. Estaba alejándose de la cámara, con una chaqueta de jean sobre el hombro, mirando hacia atrás a la lente. Tenía el cabello recogido y la imagen parecía capturar su forma de moverse, en medio de una zancada, con un par de Nike Dunk negros y blancos en los pies. Admiré que le mantuviera encendida una velita a la chica deportista que llevaba dentro.

El titular: RY CHANNING TIENE ALGO PARA CONTAR. La oración prometía cierta intimidad. Un artículo en serio, no una foto de paparazzi con una leyenda.

Me apresuré para entrar a mi casa y me refresqué al instante con el aire acondicionado al máximo. Dejé el resto del correo en la mesa de la entrada y caminé sudorosa hasta la escalera, donde me senté en el tercer escalón, con el ejemplar de *Vanity Fair* a mi lado. Por un momento, me quedé mirando el vacío, preguntándome si sería buena idea leer el artículo. ¿Era una decisión sana? Quizá el universo estaba enviándome una señal de que ya era momento de despegarme de Ryan y de mi obsesión con lo que podría haber sido.

Sin embargo, sabía con un cien por ciento de certeza que iba a leerlo. Pero hacer una pausa me daba la sensación de que tenía el control, que era madura. Ahí estaba, tranquila y serena, contemplando otras opciones. Cuando ya había pasado tiempo suficiente, unos dos o tres minutos, abrí la revista en el artículo.

RY CHANNING TIENE ALGO PARA CONTAR
Jake Fisher

Ry Channing no está contenta. No con la vida, aunque ya llegaremos a eso, sino con lo que está pasando ahora. Está en Lawrence, Kansas, en su pastelería preferida, y se acabaron los croissants. Está de pie frente al mostrador, estirando el cuello para ver el interior de la cocina, como si otra tanda fuera a aparecer mágicamente. Su reacción es en parte actuada y en parte genuina, lo que luego Channing dirá que es un buen resumen de su vida hasta ahora. (Y algo que quiere cambiar). La cajera le ofrece a Channing una palmera, que describe como "prácticamente un croissant aplastado con azúcar".

"No se diga más", responde Channing. "Una palmera y un moca con leche entera".

Con el desayuno en la mano, se sienta en un rincón. Está vestida con ropa informal, con unos pantalones de chándal, y nadie la molesta. Ese es uno de los motivos por los que le encanta su pueblo natal, me comenta. Le da un mordisco enorme a la palmera y lo baja con un trago de moca, parece que la comida es su cable a tierra.

"Es mi ritual", dice, levantando el vaso. "Ya no quiero matarme más de hambre. ¿Para quién lo hago? Por lo que yo sé, es…". Se detiene y parece que estuviera pensando, después continúa. "Bueno, hay una escena en la película Notting Hill *en la que Alec Baldwin, que interpreta al novio de Julia Roberts (los dos hacen de estrellas de cine), pide al servicio a la habitación que le lleven una ensalada o algo así para ella, y cuando ella se queja, él le da una palmada en el trasero y dice: 'No quiero que la gente ande diciendo que ahí va ese actor famoso con la novia gorda'. La verdad es que pienso mucho en esa escena. O sea, ¿me mato de hambre para ese tipo de gente? ¿Para eso? ¿Para que sujetos como Alec Baldwin puedan sentirse mejor consigo mismos? Y eso no es una cuestión de Hollywood, por cierto. Lo digo en general: ¿para eso se minimizan las mujeres de todo el mundo? ¿Para que los hombres se sientan mejor?".*

"Sí, bueno… no, gracias", agrega y da otro mordisco.

Cuando termina de comer, charlamos unos minutos sobre Los últimos de todos*. Pronto partirá rumbo a Charleston. Después se detiene, respira hondo, me mira. Está lista para ir al grano; la verdadera razón por la que me ha invitado a Kansas a charlar con ella.*

"Qué curioso que haya mencionado Notting Hill*", dice. "Es curioso que justo hoy la haya tenido en mente. Es mi película preferida. Por muchas razones, pero más que nada porque fue mientras la veía que me di cuenta de que era lesbiana".*

A continuación, figura lo que conversamos, editado para mayor claridad.

Jake: *¿Y por qué* Notting Hill*? No era una película muy queer que digamos.*
Ry: *Bueno, a ver, lo he pensado mucho. Lo que pasa con esa película es que la historia se cuenta desde el punto de vista de una persona común y corriente que se enamora con locura de una mujer de una belleza sin igual. Es una película sobre la fascinación con una mujer. No importa que Hugh Grant sea hombre, en realidad. Solo era un personaje en el que podía proyectarme.*
Jake: *Si no te molesta, voy a hacerte preguntas que me parecen de interés, sin preámbulos: ¿alguna vez te has enamorado?*
Ry: *Directo a la yugular.*
Jake: *Estoy al servicio de nuestros lectores. ¿Y…?*
Ry: *Una vez.*
Jake: *¿Eso es todo lo que me vas a contar?*
Ry: *Prefiero hablar de cosas más generales, sabes. Del porqué. Por qué estoy saliendo del clóset. Mi vida amorosa no es tan interesante.*
Jake: *Tu vida amorosa es la razón por la que la gente leerá este artículo.*
Ry: *¿En serio crees eso?*

Jake: *Sí, en este momento estarán pensando: "cuenta lo bueno de una vez".*
Ry: *¿Por qué fue que te elegí a ti?*
Jake: *Iba a preguntártelo.*
Ry: *Me gustó tu trabajo. Has escrito cosas buenísimas desde que saliste del clóset, te comprometiste con tu esposo… y también por tu cobertura de Cate Kay. Se podría decir que soy tu fan.*
J**ake:** *Me halagas. ¿Y qué pasó… esa "única vez" que te enamoraste?*
Ry: *No funcionó.*
Jake: *¿Tú o ella?*
Ry: *Le escribí una nota, profesándole mi amor. Fue algo importante… Pero no, fue ella, no quería.*
Jake: *¿Y por qué… por qué lo haces público ahora?*
Ry: *No podía ser de esas personas que renuncian a la dicha de amar a alguien abiertamente a cambio de, digamos, más popularidad. En serio, piensa en lo enfermizo que es eso. Es inquietante. El salvajismo de lo que estaba haciendo: clavarme un cuchillo de carnicero en el corazón. No podía seguir así. No es eso lo que quiero en mi vida.*

Leí el artículo completo, incluidas las leyendas de las fotos. Después lo volví a leer. El corazón me había dado un vuelco cuando vi que mencionó a Cate Kay, y leí el resto del artículo con la esperanza de encontrar algún mensaje en código de parte de Ryan. Pero nada. Y lo peor: reconoció haberse enamorado de otra mujer, de declararle su amor en una carta. Apoyé la revista con cuidado a mi lado. Ryan había salido del clóset. Un acto audaz. Si era posible, ahora me parecía aún más sexy. Me alegré por ella, en serio. Pero también, desde un punto de vista egoísta, acababa de perder algo: la intimidad de ser una de las pocas personas en el mundo que sabían cómo era de verdad. Había pasado de ser mi icono *queer* personal a ser el de todo el mundo.

Ya era hora, me di cuenta. Hora de salvarme de mí misma. No podía seguir perdidamente enamorada de ella.

***

El único sombrero que tenía era una cosa espantosa de color verde militar con un cordón debajo del mentón, una compra necesaria para una excursión que había hecho dos años antes. En la escala de vestirse con estilo, el accesorio estaba en el cero. Pero proporcionaba dos capas de protección: el sombrero en sí era un disfraz y su fealdad me daba una motivación extra para ocultarme de Ryan mientras lo tuviera puesto. Imaginen la historia que tendríamos que contarle a la gente: "Los carrizos se agitaban con la brisa cuando la vi al otro lado del lago con un sombrero de pesca…".

Tampoco pensaba que Ryan y yo aún tuviéramos chance. Eso ya se había terminado. Esa excursión para ver el rodaje de la escena final de la trilogía *Los últimos de todos* era para tener un cierre: de los tres libros, Ryan, Sidney, de toda la era. Mi objetivo era, al despertar a la mañana siguiente, comenzar un nuevo capítulo de mi vida. No tenía idea de cómo sería, pero me convencí de que estaba lista.

Estaban filmando en un lugar llamado Isla Gold Bug, que en realidad no era una isla como tal. Se ocultaba tras una leve pendiente, justo antes de un puente bajo, a unos veinte minutos del centro de Charleston. No había casas en un kilómetro a la redonda, pero afortunadamente el lugar estaba lleno de palmeras para esconderme. Estacioné a medio kilómetro de distancia, a un lado de la carretera. Como usaban terrenos públicos y solían filmar en cursos de agua, no podían cerrar el paso a los sets. Trataban de que no trascendiera la ubicación, aunque siempre terminaba filtrándose. Tenía una barra de granola en el bolsillo y un libro en la mano: estaba preparada.

Caminé junto a la carretera con la cabeza gacha. En mi mente se reproducían pensamientos e imágenes de Ryan, de esas semanas en Los Ángeles que, por más que las echaba, volvían a aparecer. Había puesto las revistas de espectáculos en el ático, pero no había conseguido superar lo que había pasado con Ryan.

Eventualmente, para mantener la mente ocupada, empecé a contar los pasos que daba. Corría agua a ambos lados de la carretera de dos carriles, abriéndose paso entre la vegetación y la marisma. Pasó una garceta a vuelo rasante, casi rozando la superficie. Era el atardecer de una de esas noches hermosas de Charleston. Un entramado de tonos rosados y dorados se mezclaban entre sí y con el cielo, y la temperatura era tan ideal para el cuerpo humano que el factor del clima había desaparecido por completo. Sin dudas el director y el director de fotografía estarían a las corridas para aprovechar semejante perfección.

La bajada a la isla estaba más adelante, troté un poco para llegar a ella, ansiosa por perderme entre los árboles y la vegetación. Justo en ese momento, una furgoneta Mercedes Sprinter gris me pasó por la izquierda, demasiado cerca para mi gusto. Por instinto, se me dispararon los ojos hacia arriba y el corazón se me subió a la garganta: Janie Jonhson estaba sentada en el asiento trasero, junto a la ventanilla, con el teléfono al oído. No me había visto, mi querido sombrero de pesca había cumplido su objetivo. Me lo encasqueté un poco más y crucé la carretera en dirección a los árboles.

Adonde estaba Janie, estaba Ryan. No cabía duda de que iba en esa furgoneta, que ya había desaparecido al doblar la esquina. Me detuve y esperé a que me embargara la emoción, incluso extendí un brazo y toqué un árbol para mantener la calma. Pero no llegó nada. No sabía si estaba contenta o desilusionada, aunque creo que lo segundo. Emprendí el largo camino para rodear la isla y encontré una palmera, me senté debajo, abrí el libro. Había consumido mucho contenido de Ryan Channing a lo largo de los años, quizá me había inoculado.

Pero entonces la vi de verdad y se me desbocó el corazón. Caminaba con el director, alejándose de los tráileres en dirección a un pequeño muelle. Tenía puesta la sudadera de *Tom y Jerry* que tanto se destaca en la historia de Perséfone. Sabía que era Ryan por muchas razones, pero más que nada por cómo se tocaba las puntas del pelo, con esa especie de curiosidad distraída. Estaba haciendo eso mientras avanzaban, evaluando la textura de su cabello con las yemas de los dedos. Más tarde se detuvo, lo recogió y se hizo un

moño descuidado. De lejos, me dio la sensación de que eso la relajaba, que le permitía replegarse en sí misma. Siempre estaba más cómoda cuando no había formalidades. Un segundo después, el director y ella se rieron.

Me empezó a zumbar el cuerpo, un cosquilleo por lo bajo. Me gustaba la sensación y traté de no pensar en lo que pasaría después, cuando volviera sola a mi coche, condujera hasta mi casa vacía y llegara el amargo bajón. Por ahora, allí estaba, mi foto de revista hecha realidad. Ellos se dirigieron hasta el muelle, señalaron un par de lugares y ella se puso a contemplar la puesta del sol que se avecinaba, los anaranjados y morados. Luego, el director miró el reloj: era hora de empezar.

Menos de una hora más tarde, estaba todo listo. Un equipo de rodaje mínimo. El director estaba en el muelle con otra persona y la cámara. Detrás había un grupo pequeño, en el que se encontraba Janie, parada de brazos cruzados, con el teléfono en la mano derecha. Estaba conversando alegremente con una mujer que debía de ser maquilladora, porque llevaba una riñonera grande en la cintura. Había un bote de remos en el agua, cerca del muelle. Justo cuando el director habrá pedido por Ryan (su asistente estaba llevándose un *walkie-talkie* a la boca), ella salió de detrás de un tráiler y empezó a caminar hacia ellos.

Pero no era Ryan, era Perséfone. La forma en que se desplazaba, la inclinación del mentón, ahora encarnaba a una mujer que había enfrentado penurias y se había fortalecido gracias a ellas. Y ese era el propósito de la escena final, mostrar a Perséfone Park deshaciéndose de la última conexión con su antigua vida, con el mundo que le ofrecía todo, pero nada que ella valorara.

Ryan se dirigió al muelle sin hablar con nadie. Un asistente acercó el bote y ella se subió, con la vista puesta en el agua, las manos metidas en unos pantalones cargo.

El director miraba la zona de tráileres con impaciencia, me pregunté a quién más estaría esperando. Luego vi a Puck. ¿Cómo pude olvidarla? Estaba trotando alegremente junto a una adiestradora y saltó con gracia al bote. Ryan se arrodilló para

saludarla, la rascó detrás de las orejas, le sujetó el hocico, le besó la nariz húmeda.

La interacción me hizo doler las entrañas. Deseaba que fueran mi familia, las dos. Deseaba poder acurrucarnos juntas en el sillón, que Ryan y yo pudiéramos llevarla de paseo, verla jugar y mirarnos la una a la otra, sonrientes. "Qué vida sencilla y perfecta", transmitiría la sonrisa.

El director aplaudió, lo que me trajo de vuelta. Y entonces empezó. Empujaron el bote del muelle. Ryan y Puck flotando en el agua tranquila. El sol tocaba el horizonte, y sin duda el director de fotografía estaría extasiado y nervioso. Todos tenían la atención puesta en el bote, se hizo silencio.

Unos segundos después, el director dijo "acción", con tono urgente.

Ryan estaba de pie, dando la espalda a la cámara, con la mano apoyada en la cabeza de Puck. El bote se movía despacio, un giro leve para el que estaba acomodándose el camarógrafo en el muelle. Yo estaba sentada contra la palmera y dejé que mi cabeza se inclinara poco a poco hacia atrás, hasta quedar apoyada en el tronco. El cosquilleo leve se había transformado en piel de gallina. Cerré los ojos, solo por un momento, para ver qué más podía sentir. Mi corazón, un círculo dorado, latía con fuerza en mi pecho. Visualicé a Amanda, el primer amor de mi vida, vi los colores intensos y vívidos del lago de montaña a sus espaldas, sus saltos y retozos, su brazo rodeándome los hombros. Y después vi a Ryan, entrecerrando los ojos ante la suave luz de la Costa Oeste, visualicé su belleza única, sus labios a tan solo un susurro de los míos. Las dos, la electricidad de mi corazón.

Abrí los ojos de golpe justo a tiempo para ver a Ryan quitarse la sudadera. Sus movimientos eran seguros pero gráciles, con cierta melancolía. Después de quitársela, se llevó la tela al rostro e inhaló profundamente, luego la soltó y la sudadera cayó fuera de la vista. Del sol solo quedaban brasas en el horizonte, la noche era de un rosado ceniciento y, según cómo se lo viera, Perséfone Park estaba contemplando el último atardecer de su antigua vida o el primero de la nueva.

Yo creo que estaba viviendo en ambas, una última vez.

Las dos se quedaron así en el bote un largo rato, tanto que empecé a preguntarme cuándo el director gritaría "corten". Cuando finalmente lo dijo, todos empezaron a aplaudir, pero yo me levanté y les di la espalda, empecé a volver al coche.

Al llegar a casa, me eché sobre la cama con la ropa puesta.

Había tenido razón: el bajón fue feroz.

***

A la mañana siguiente me desperté con un apetito voraz. Como si no hubiera comido durante días. Comí pan tostado, luego huevos, luego granola. La sensación no se aplacaba. Tenía un té de menta haciendo infusión en una esquina de mi escritorio mientras abría la tapa de uno de mis cuadernos espiralados. El vacío… era más profundo que lo que me generaba Ryan. Ya había pasado ese piso y seguía bajando al sótano. Miré a mi alrededor y me di cuenta de que era el agujero con forma de Amanda que tenía en mi interior. Ya había estado aquí. Pero no podía seguir escribiendo a partir de la pérdida, implorando perdón, esperando que ella me percibiera, donde fuera que estuviera. Lo que necesitaba era alegría para escribir algo que nos devolviera a la vida, juntas.

Presioné la punta del bolígrafo contra la hoja en blanco y escribí "El viaje", lo subrayé, salteando la cola de la *j*. Unos segundos más tarde, taché lo que había escrito y lo reemplacé con "Un nuevo intento". Me gustaba que ninguna de las letras bajara del renglón, su uniformidad me resultaba agradable.

Qué escribiría luego, no sabía. Pasé unos minutos con la vista perdida, evaluando cada idea que entraba en mi mente, acompañando a la salida a las mediocres. Entonces apareció un recuerdo y mi brazo aterrizó en el escritorio con determinación. La escritura comenzó.

CAPÍTULO 55
RYAN

2011
Los Ángeles a Charleston

Janie y yo estábamos sentadas en la sala de estar de mi lujosa casa de Hollywood Hills. Tenía cinco habitaciones, seis baños, paredes de vidrio y sillones bajos. Mucha energía de estrella de cine top. Una decoradora de interiores había elegido las obras de arte. Me parecían horribles. Tuve un amorío con ella durante unas semanas y pensé que sería algo más. Pero una noche, preparando la cena, me dijo que no le gustaban los libros. Aunque las revistas, con esas no tenía problema. Dejé de saltear las cebollas y pregunté:

–¿Dices que no te gustan los libros, o sea, en general?

Ella se encogió de hombros como si no tuviera importancia. Ni siquiera valía la pena invertir esos segundos en comentarlo. Leer siempre me había hecho sentir más cerca del mundo y todo lo que lo compone. Supongo que no sorprenderá a nadie que las obras de arte que colgó me parecieran violentas.

Tomando un té con Janie, en la comodidad de mis pantalones de chándal, pensé, una vez más, que necesitaba cambiar la decoración. Pero esa casa en Hollywood Hills nunca iba a ser lo que yo quería. Mi corazón estaba en la casita de Los Feliz.

–Como si estuviera por ir a un funeral –respondí cuando Janie me preguntó cómo me sentía sobre el hecho de filmar la escena final de la trilogía *Los últimos de todos* ese fin de semana. Después de interpretar a Perséfone durante seis años, sumergida en las palabras

de Cass, en su creación, esto tenía sabor a último adiós. Janie frunció el ceño, dijo que le encantaría acompañarme. Pero que no tenía sentido, porque íbamos a filmar una sola escena y ni siquiera tenía diálogo.

Cuando dijo que "no tenía sentido", me levanté de un salto. Fui a la biblioteca, revisé los estantes hasta encontrar mi ejemplar de tapa dura de *Los últimos de todos*, el que Matt me había enviado a mi tráiler tantos años atrás. Sostuve el lomo con la mano derecha, dejé que se abriera como si fuera la Biblia y yo, evangelista. Había guardado la nota que le escribí a Cass entre las páginas y la saqué con cuidado.

Estaba arrugada, gastada y, por desgracia, manchada de café, pero aún era legible. Fui hasta donde estaba Janie y se la mostré como prueba de mi corazón roto, de mi necesidad de que me sostuviera la mano en ese último día de rodaje. Ella estaba enviando un mensaje de texto, pero cuando alzó la vista, soltó el teléfono y levantó las manos como si no quisiera que la nota se acercara más. Como si quisiera protegerse de los malos espíritus o algo así. Con el correr de los años, había notado que Janie, a quien aparentemente le encantaba decirme que no, no ofrecía resistencia cuando tenía que ver con Cass. Supongo que el amor no correspondido es algo terriblemente triste para todos, incluso para una implacable manager de Hollywood.

–Entiendo, entiendo –dijo, de vuelta en el teléfono–. Pero ¿sabes qué? –agregó sin levantar la vista de la pantalla–. Voy a tener que reprogramar unas reuniones clave por ese guion que querías para tu debut como directora.

Mi debut como directora. Tenía las esperanzas puestas en la dirección. Pensaba que podría satisfacer algo profundo dentro de mí. A esa altura, la actuación y Hollywood me resultaban puro vacío. Una voz insistente en mi interior se preguntaba si me habían metido gato por liebre. No había tesoro al final de este arcoíris hollywoodense.

Pero ¿quién sabía? Tal vez mi amor por la actuación ya había cumplido su ciclo y me sentiría realizada dirigiendo. Esperaba que sí. Estaba a unos seis meses de vender todo, afeitarme la cabeza y

desaparecer en el bosque. (Bosque = un camper bien equipado con una cafetera y leche de almendras, a unos quince o veinte minutos de una ciudad grande).

–Janie, te necesito conmigo en Charleston –dije.

Ella no dudó ni un segundo.

–Entonces allí estaré, RyRy.

***

Una Mercedes Sprinter pasó a recogernos por el hotel en el centro de Charleston. Janie estuvo todo el viaje hablando por teléfono. Ahora era mi manager, mi agente (había despedido a Matt) y la directora de mi productora, así que no podía quejarme cuando descuidaba sus deberes como mejor amiga y confidente. Aunque también era esas cosas.

Tenía la nota que le había escrito a Cass en el bolsillo. Estuve a cada rato cerrando los ojos y tratando de meditar. Pero todas las veces me atacaba una fantasía: aparecía Cass después de filmar la última escena. El director gritaba "corten" y entonces la veía, caminando hacia mí. La luz era increíble porque cómo no iba a ser así. No hay nada mejor que las puestas de sol en Charleston[26]. Entonces recordaba que debería estar meditando. No estaba enojada, era una fantasía preciosa.

Finalmente, la furgoneta iba a toda velocidad por la Isla Gold Bug. El nombre de la isla, que significa "escarabajo de oro", viene del cuento que Edgar Allan Poe escribió después de vivir allí, según me contaron. (Y me contaron y contaron y contaron… sentían mucho orgullo por él en el sur). Luego llegamos a la zona de tráileres. El chofer estacionó la furgoneta y me bajé. Janie guardó el teléfono. Afuera me aguardaba un final para el que no estaba lista, pero que iba a llegar de todas formas.

–Dime cómo te sientes –dijo Janie.

Saqué la nota del bolsillo, me dispuse a abrirla, pero ella me tapó la mano.

–Olvida eso por un segundo –dijo.

–Quiero que este día se sienta, no lo sé, profundo de alguna manera –respondí, disfrutando de la calidez de su mano sobre la mía–. Pero tengo miedo de que solo sienta un vacío.

–Sentirás lo que sientas –me dijo con una palmada en la mano.

Inspeccioné sus palabras, buscando sabiduría. ¿Me había dado lo mejor de ella o había puesto el cerebro en piloto automático? La miré con una ceja levantada.

–¿Eso no lo dijo Yogi Berra?

–¿Y si lo dijo qué? –rio.

–Es cierto que ha hecho observaciones excelentes –señalé.

–Exacto –concordó Janie y volvió a ponerse seria. Me encantaba que pudiéramos hacer cosas serias, graciosas, serias, una atrás de la otra. Recordé que también me encantaba poder hacer lo mismo con Cass, aunque pensar en eso no era de mucha ayuda en aquel momento.

Janie me soltó la mano, se volteó hacia mí.

–Una vez pasé todo un viaje en tren desde Milán hasta Roma imaginando el Coliseo y en que iba a sentirme transportada a otra época cuando entrara en él. Pero cuando llegué, parecía una trampa para turistas abarrotada, sin nada de lo que esperaba encontrar. Nunca me había desilusionado tanto. Puede que aún sea la desilusión más grande que me he llevado. Y me desmoroné. Me sentía tan sola que cambié el vuelo de regreso para irme un día antes porque me sentía pésimo. ¿Y quién quiere estar sola y triste en Roma, con toda esa gente comiendo pizza y *gelato*? Así que volví a casa antes, triste y pensando en qué sentido tenía la vida. O sea, ¿de qué sirve si ni siquiera puedo encontrarle sentido a un lugar como ese?

Hizo una pausa, y esperé a que continuara. Al ver que no hablaba más, le pregunté:

–¿Esta historia tiene algún giro que la vuelva relevante?

Ella me miró con mala cara.

–Y en ese vuelo de regreso fue donde conocí a Nick.

Nick era su esposo desde hacía dieciséis años.

–¿Cuál es la moraleja?

Janie me tomó el antebrazo, lo sacudió apenas.
–Nunca tienes ni puta idea de lo que va a pasar en esta vida, ¿sí?

26 **Nota de Cate:** El gran debate sobre las puestas de sol: la ciudad de Nueva York vs. Charleston.

CAPÍTULO 56
AMANDA

2012
Bolton Landing

Lo que me sorprendió del profesor Riley (perdón, de *Richard*) fue lo franco que era. No estaba muy acostumbrada a la franqueza. En los primeros meses que trabajamos juntos, trataba de buscarle un segundo o tercer sentido a todo lo que decía, para después darme cuenta de que no había nada más. Si me invitaba a tomar un café a la mañana siguiente, enseguida le respondía: "¿Está todo bien?". Y cuando me miraba extrañado, le decía: "¿No van bien los ensayos?". Él se reía, me apoyaba una mano en el hombro y decía: "En serio me encantaría invitarte un café, nada más".

Cuando me invitó a ver una obra de Broadway, resistí la necesidad de preguntarle si en realidad quiso decir "te voy a mostrar cómo lo hacen los *actores de verdad*". Pero al final dije: "Sí, por favor", y me entusiasmé aún más cuando me dijo que veríamos la obra que él había elegido para interpretar en primavera, *Doce hombres en pugna*. Fue un alivio porque Annie y yo nunca habíamos hecho esa. (Siempre comparaba la interpretación de todos con mi recuerdo de la actuación de Annie. Era agotador, en especial para los chicos).

–¿Te molesta si pongo música? –pregunté cuando él se sentó al volante de mi furgoneta. Ya estaba abriendo mi app de iTunes.

–Adelante, por favor –respondió.

Deslicé el dedo por la pantalla y sentí la fuerza de gravedad que siempre me llevaba a mi compilado *Vuelta libre*, que con el correr de

los años había recreado, primero en CD, después en MP3 y ahora en una *playlist*. Había algo en esas canciones, en ese orden, que era magia pura. Me rendí ante ella, le di *play*, y metí el teléfono en el portavasos.

Como siempre pasaba, regresé en el tiempo a esa noche de primavera, en 1998. Annie me había rescatado del suelo del baño de Tommy, nos había llevado a casa en el auto y las canciones que había seleccionado habían copado la cabina de la camioneta de mi padre. Esa noche yo estaba atrapada en la confusa burbuja del exceso de alcohol, pero igual escuché con atención. Sabía que la tercera canción era la que importaba, porque conocía a Annie. Y cuando comenzó –la voz de Sarah McLachlan, sensual y sedosa como la pintura fresca–, me empezó a cosquillear el cuerpo y la letra a producirme pinchazos, como shocks eléctricos. Cuando terminó la canción, resurgí por unos segundos, lo que fue toda una lucha.

–Es sobre nosotras –dije.

Quería que supiera que no estaba sola en lo que sentía.

***

–¿Recuerdas cuando hicieron *Noche de reyes*? –dijo Richard cuando llevábamos una hora de viaje. Me pareció extraña la pregunta, porque fue la primera obra en la que me pidió que lo ayudara y también una en la que había actuado, así que no, no me iba a olvidar. Pero cuando la mencionó, sentí la consabida punzada. Nunca entendí por qué él había elegido esa obra, una a la que siempre culpé por habernos separado a Annie y a mí. Siempre me había parecido que la elección no tenía sentido, pensaba que le encantaba vernos juntas en el escenario.

–¿Por qué hiciste eso?

Se dio cuenta de que había algo en mi tono de voz y me miró.

–¿Qué cosa? –preguntó, entrecerrando los ojos, estirando ambas palabras.

–Por qué escogiste esa obra –dije–. Nunca lo entendí.

Pareció desconcertado, como si estuviéramos en conversaciones distintas. Y entonces, unos segundos más tarde, se dio cuenta de algo y se le relajó el rostro.

–Ah –dijo–. ¿No lo sabías?

–¿A qué cosa?

–Que Annie me pidió que eligiera *Noche de reyes*. Fue a mi oficina una tarde, segura de que era lo mejor.

Un momento… *¿qué?* Puse a prueba la posible veracidad de ese acto, lo cotejé con lo que sabía de Annie en ese entonces. Según mi instinto, era cierto. Empecé a responder un par de veces, pero no me salían las palabras. ¿Qué iba a decir al respecto? ¿Acaso iba a reconocer que no lo sabía? ¿Reírme como si no importara? ¿O tal vez debía mentirle, decirle que sí sabía pero que me había olvidado por un segundo? Nada parecía correcto.

Y mientras farfullaba, la revelación retrocedía en el tiempo a toda prisa, un virus que amenazaba con corromper todos mis recuerdos preferidos. Bloquearlo era primordial, de repente nada más importaba. Y así fue como, demasiado rápido, terminé diciendo:

–¿Sabes que Cate Kay es Annie? Digo, Annie, ella es Cate Kay. La autora secreta… Annie escribió esos libros.

Richard llevó la otra mano al volante y lo sujetó con fuerza.

–Guau –dijo. Se quedó mirando la carretera unos segundos–. Eso es algo *impresionante*. –Sacudió la cabeza rápido y volvió a decir–: Guau.

–Sí –fue todo lo que alcancé a decir.

–¿No te preocupa que se lo diga a alguien?

¿Me preocupaba? Busqué si había inquietud en mi cuerpo, no había.

–No –terminé respondiendo–. Es decir, no es mi secreto.

–¿Y por qué lo guardabas?

Ah. Es curioso que nunca se me hubiera ocurrido no guardarlo. Estábamos juntas en esto, ella y yo. Aunque ya no lo estuviéramos, lo estábamos todavía. Eso solo tiene sentido para quienes hayan tenido una amiga que pudiera mirarte desde el otro lado de una sala y hacerte reír.

–Porque la quiero –respondí. Luego lo miré y nos sostuvimos la mirada un segundo. Entonces me encogí de hombros como diciendo "puede que sea una tonta por eso, pero no me importa".

Durante la hora siguiente, hablamos sobre todo: cómo me di cuenta de que era ella, qué sentía al respecto, cómo lo pasé en los años posteriores al accidente, cómo estaba ahora.

Es una sensación extraña cuando se rompen alianzas antiguas y se forman nuevas. La única palabra que se me ocurre para describirlo es, irónicamente, "distópico". Mi yo de la escuela secundaria estaría desconcertada ante el orden social, las reglas de esta sociedad del futuro en la que me encontraba. Pero como todo en la vida, es sorprendente las cosas a las que una puede llegar a acostumbrarse.

***

Unas horas más tarde, cuando volvíamos a casa, Richard oía a Bruce Springsteen e intentaba cantar, pero se trababa con la letra. (Cantar las canciones de Springsteen no es para cualquiera). Yo tenía los ojos cerrados desde hacía rato, pero no me había dormido. Estaba escuchándolo acertar una de cada tres palabras y murmurar las demás. Después, de repente, recordé una vez, cuando Annie y yo estábamos en el último año de la secundaria, que él se equivocó tanto con una expresión que usamos su versión incorrecta el resto del año escolar. Abrí el recuerdo para curiosear y me metí con Annie, sonriendo en plena noche.

Cuando Richard me dejó en casa un rato más tarde, fui directo al cajón de la cocina y saqué una hoja de papel, en la que escribí la que estaba segura de que sería mi última carta. Lo di todo. Dejé todo en el campo. Mientras pasaba la lengua por el sobre, me pregunté si Annie leería las cartas de sus fans o si alguien las leería por ella. Como fuera, si lo que acababa de escribir no me la traía de vuelta, no había palabras capaces de hacerlo.

CAPÍTULO 57
PATRICIA

2012
Bolton Landing

El período más largo en el que estuve sobria cuando Anne Marie era niña fue de casi siete meses. Antes de eso, duraba unos días cada tanto, a veces una semana, pero no lograba mantenerlo. Entonces empecé a limpiar los cuartos del Chateau con una mujer llamada Christie. Ella había ido por la temporada de verano. Bebía demasiado, como yo, y tenía una hija pequeña, también como yo. Además, quería cambiar. Igual que yo.

Trabajábamos juntas y nos rendíamos cuentas la una a la otra, hasta que un día la llamaron para avisarle que su madre se había caído por la escalera y tenía que volver a su casa. Vivía en Watertown, a tres horas de viaje.

Desde el 2 de junio, el cumpleaños de Annie, hasta la Nochebuena de 1988, no pasó una sola gota de alcohol por mis labios. Anne Marie tenía seis años. Los recuerdos de esos meses están en primera fila en mi mente. Uno es más nítido que el resto.

Era finales del verano. Recién me ponía a hacer la limpieza general que suele hacerse en primavera. Como siempre, tarde y mal, igual que todo lo que hacía en esa época. Pero bueno, lo estaba haciendo, algo es algo. Limpiaba el ropero. Era pequeño, un barral corto para colgar ropa y un estante. Había una caja de cartón allí arriba, metida en el rincón. Me puse de puntillas, apenas alcanzaba a rozar el cartón con los dedos, pero al final la empujé y la bajé.

Adentro había ropa mía vieja. La mayor parte de la secundaria, algunas prendas incluso de antes. Desdoblaba cada una y las sostenía frente a mí, recuerdo. El último artículo de la caja era una camiseta blanco hueso. *¡Ay, mi camiseta de Tom y Jerry!* Cómo me encantaba esa cosa. Pensar que me había olvidado por completo de ella. Se me llenó el corazón de alegría al encontrar algo tan preciado.

Oí a Anne Marie reírse en la sala de estar, donde estaba mirando la televisión. El sonido me hizo sonreír. Había tanto que no había logrado observar en mi hija antes de esos meses. Miré otra vez mi camiseta vieja, asomé la cabeza a la sala, tratando de calcular si la prenda le quedaría. Un poco grande. Pero estaba bien.

–Anne Marie –exclamé. Ella apagó el televisor de inmediato. Ya había notado que, cuando quería su atención, la tenía.

–Hola, mami.

–Tengo algo especial para ti –dije, acercándome. Me daba la espalda y admiré su cabecita que apenas sobresalía del respaldo del sofá. Entonces, estiró el cuello y me vio caminar. Me senté en la mesa de centro delante de ella, que balanceaba los pies, emocionada.

–Bueno, mi amor, lo que te voy a enseñar es muy, muy especial. –Tenía la camiseta escondida atrás. Anne Marie fingió espiar por un lado, pero sin mirar del todo. Era obvio que para ella yo era la estrella del espectáculo.

–Cuando tenía tu edad me gustaba mucho, pero mucho, mucho, *mucho*, una caricatura de un gato y un ratón llamados Tom y Jerry. Me gustaba tanto que hasta tenía una camiseta genial con los personajes, era lo que más me gustaba usar.

Saqué la prenda y se la mostré, sosteniéndola como un torero. Las dos la miramos. Ella alzó las cejas y abrió los ojos de par en par como si fuera lo mejor que le hubiera pasado en la vida. Me dieron ganas de apretujarla. Había tenido un poco de miedo de que pensara que la camiseta era tonta.

–Obviamente no le puedo dar esta camiseta a cualquiera –continué–. Se la tengo que dar a alguien que pueda continuar su

legado. Alguien que sea buena, divertida e inteligente. ¿Y sabes qué?

–¿Qué? –preguntó Anne Marie, con la voz llena de esperanza. Ya se estaba animando a creer que tal vez ella fuera esa persona.

–Eres tú –dije, confirmando sus sospechas. Ella levantó ambos brazos, me acerqué y la envolví en el abrazo más fuerte y largo que pude, soltándola solo cuando sentí que estaba a punto de alejarse.

Nunca me había permitido revivir ese recuerdo por completo. Siempre ha estado en primerísima fila, pero detrás de una cinta amarilla de precaución. Sin duda eso lo hizo mi cerebro para evitar que me sintiera como me siento ahora, que es como si una bomba de arrepentimiento me hubiera explotado encima y por más que refriegue, la mancha no se va a ir.

CAPÍTULO 58
JAKE

2013
Cabo

Mi esposo, Danny, era de esos que siempre hacen buenas obras. Un alcohólico en recuperación que cree en la energía kármica del mundo y en que todos tenemos la obligación de hacer nuestro mejor esfuerzo para que dé bien el balance general. La historia de cómo fue que nos enamoramos queda para otro día, pero estar con Danny significaba que mis días de ocultar que era gay habían terminado y ahora que ya estaba del otro lado… Bueno, al fin me había librado de tanto mentir, que era una mierda. Ocultarse puede causar mucho enojo. Sin siquiera saber por qué, actúas como si la humanidad estuviera corrompida hasta la médula porque ¿cómo puede ser que un mundo que rechace el amor pueda tener algo de bueno? Y ni hablemos de la empatía, eso es solo un tema de conversación para los programas de entrevistas de la tarde.

Fuimos de luna de miel a Cabo. A mitad de esa semana, estábamos sentados en unas reposeras uno junto al otro, él bebía un té de hierbas y yo, un café negro con crema. Lo loco de aquel día es que yo ya estaba pensando en Sidney Collins, que nunca era un pensamiento bienvenido ni agradable. Pero siempre que en un restaurante o una cafetería había un recipiente en particular para servir la crema, de porcelana blanca con detalles plateados, pensaba en aquella entrevista que le había hecho en el Blue Star hacía años.

Me daba pavor tener que contarle a Danny lo que había hecho, pero sabía que debía hacerlo.

Llevaba el *New York Times* doblado bajo el brazo. Me recosté en la reposera y lo abrí delante de mí, uno de esos pequeños placeres que he aprendido a notar y apreciar gracias a Danny. Justo en medio de la sección de Artes, vi el titular: *LOS ÚLTIMOS DE TODOS* POR FIN LLEGA A BROADWAY. Cada día que pasaba sin que le contara a Danny era un día más en el que tendría que explicarle por qué me había demorado tanto. Al menos la luna de miel estaba bastante lejos del que la muerte nos separe.

Leí el artículo y me enteré de que la obra de *Los últimos de todos* iba a estrenarse en Broadway el año siguiente, siete años después de la publicación del libro original, y luego de muchos retrasos porque ningún director estaba dispuesto a dar el brazo a torcer por su visión de El Núcleo. Crear la ilusión de marismas y botes de remo en una Ciudad de Nueva York postapocalíptica era, al parecer, siempre más costoso de lo que incluso los contadores más habilidosos podían presupuestar. Pero, según decía el artículo, al fin habían encontrado un productor dispuesto a pagar la cuenta. Y se estimaba que sería la obra de Broadway más cara de la historia. Aún no se había vinculado a nadie al proyecto, pero la siempre escurridiza Cate Kay, desde su cueva en medio del bosque o casilla en la cima de una montaña o base en las estrellas, había aprobado la adaptación al escenario.

Leí el artículo dos veces. Y una tercera vez. Finalmente, doblé el periódico a la mitad, lo volví a plegar, y lo apoyé en mi regazo. Tenía las piernas extendidas y cruzadas a la altura de los tobillos. Danny estaba a mi derecha, mirando el teléfono. Le había enseñado bien: el día no podía empezar hasta terminado el crucigrama. Percibió que lo miraba, alzó la vista.

–¿Listo para entrar en acción? –preguntó.

–Casi –dije–. Una cosita primero… ¿tienes un minuto?

–Todos los minutos que necesites –respondió él, arrojando el teléfono a la reposera–. ¿Qué pasa?

Llevaba el cabello rapado muy corto porque se sentía inseguro por sus entradas, y tenía la manía de pasarse la mano por la cabeza

como para asegurarse de que todo siguiera ahí, que era justo lo que estaba haciendo en ese instante.

–Sé que este no es el momento indicado para contártelo –dije–. Pero hoy se me ha presentado dos veces y tú siempre mencionas el poder del ahora.

–Bueno, sí –intervino él–. Pero, en rigor, ese es el título de un libro, no un dicho personal.

El tipo no quería plagiar ni siquiera en una conversación personal, ese es el nivel de integridad con el que estaba lidiando y el comentario no me ayudaba con lo que estaba a punto de decir. Estiré la mano y tomé un sorbo de café.

–Bueno –empecé, exhalando fuerte al decirlo para indicar que estaba por meterme de lleno–. Hice algo hace unos años. No estaba en una buena situación en aquel entonces, lo cual no es excusa, pero te lo cuento para ponerte en contexto. Y acepté una oferta para hacer algo, que no era ilegal para nada, pero sin dudas no era lo que uno consideraría *moral*. Me sigue atormentando, digamos, y bueno, quería contártelo, porque ahora estamos… –Me detuve por una milésima de segundo.

–Casados –saltó él antes de que yo pudiera terminar.

–Casados es lo que iba a decir. –Lo miré con ojos de "paciencia, por favor". Esa microinteracción me distrajo, pero solo por un segundo, de la cosa mucho más importante que intentaba contar.

–Gracias por compartirlo –dijo él despacio–. Pero eso fue sumamente vago. Hagamos de cuenta de que quieres venderme algo en el elevador, o que es un pie de foto y tu trabajo es transmitir la mayor información posible en la menor cantidad de palabras.

Lo amaba en serio.

–Está bien –dije y respiré varias veces como si fuera un levantador de pesas preparándose para intentar romper un récord–. Hace siete años, una mujer llamada Sidney Collins me llamó para pedirme que le hiciera un llamado un poco amenazante a quien creo que era la verdadera Cate Kay. Después, esa Sidney Collins me pagó un montón de dinero para que jamás publicara algo sobre Cate Kay. Todo el asunto fue… sospechoso.

Tras un largo rato, él se recostó en la reposera y revoleó los brazos como si lo atacara algo terrible. (Había estudiado teatro en la Universidad de Virginia).

–¿Es tan malo? –pregunté, lo que por supuesto era retórico. Sabía que era *malo*, si no, no me habría atormentado todo ese tiempo.

–¿Qué carajos, Jake? Pero ¿qué carajos?

–Por favor, y lo digo en serio, debes ser más elocuente que eso para saber qué estás pensando en verdad y si necesito hacer algo al respecto.

Él se quedó contemplando su té, concentrado, bebió un sorbo. Luego me miró a los ojos y alzó las cejas mientas tomaba aire. Más tarde, esa noche, hablaríamos de cómo eso afectaría nuestra relación, pero en ese momento él quería un acto de mi parte.

–¿Qué le dijiste a Cate Kay?

A Danny le importaban los detalles. Aquellos no eran recuerdos que me gustara analizar, pero no quedaba otra que hacerlo.

–Le dije que sabía que su anonimato se debía a que estaba involucrada en una muerte en su pueblo natal –respondí–. Esas fueron las palabras exactas "una muerte en tu pueblo natal".

–¿Y era cierto?

–Bueno, colgó cuando se lo dije –señalé–. Evidentemente había algo de real.

Él ladeó la cabeza, que era lo que hacía cuando yo trataba de hacerle creer una mentira.

–No sé si era verdad –agregué–. Parte del trato era no indagar más.

–Llama a esta tal Sidney Collins y dile que lo arregle. Que, si no, vas a violar el acuerdo de confidencialidad y hacerlo público.

–Imposible.

–Llámala. –Miró mi teléfono, que estaba en la mesa, al lado del café–. Llámala y dile que, si no lo arregla, escribirás un artículo sobre todo el asunto. Y cuando hayas hecho eso, le escribiremos una carta a Cate Kay para pedirle disculpas.

–¿Y si esta abogada poderosa amenaza con demandarme?

Danny se abrazó las piernas en un gesto exagerado y se dispuso a ponerse de pie, pero extendí la mano y le toqué el brazo para que

volviera a sentarse.

–Bueno –dije–. Bueno. Dame un minuto.

Era casi el mediodía en Nueva York. Sidney Collins respondió en el primer timbre.

CAPÍTULO 59
SIDNEY

2013
Nueva York

Me había casado dos veces desde mi relación con Cass. La primera, un romance relámpago con Astrid, mi instructora de SoulCycle. Esa relación llegó a un tabloide porque ella había estado casada con un productor de Broadway en ascenso. Él inventó algunas cosas, tratando de hacerme ver como una tremenda mujeriega. Le salió el tiro por la culata, en realidad me sentí halagada. Pero Astrid y yo duramos un año nada más. Yo estaba bajo los efectos de las endorfinas de SoulCycle, decidida a olvidarme de Cass. No era una buena base para una relación a largo plazo.

Pero mi segundo matrimonio; ese sí que fue en serio. Helene. Trabajaba en política. Jefa de gabinete del alcalde. Estábamos en igualdad de condiciones, no había ninguna dinámica de poder extraña; una relación sana. Un marcado contraste con lo que había vivido con Cass. Cass me había usado. Y como no podía tener su amor, la había obligado a depender de mí. Sexo genial, pero trastornado hasta la médula. Le conté a Helene las cosas que había hecho en esa relación, culminando en la jugarreta con Jake Fischer para separar a Cass de Ryan. Helene me entendió. No era que ella nunca hubiera recurrido a tales tácticas, como toda persona que triunfa en la política. Ambas nos habíamos ensuciado las manos a lo largo de nuestra vida y era probable que volviéramos a hacerlo, pero por otro lado, todos los meses hacíamos donaciones a seis

organizaciones sin fines de lucro y formábamos parte del directorio de otras tres; la moralidad es un ecosistema delicado.

Recibí el llamado de Jake Fischer un lunes casi al mediodía. Había salido a correr un largo rato antes del trabajo, la mejor corrida que había hecho en años, y estaba sentada en mi oficina de ventanales gigantes, contemplando la espectacular vista de Nueva York mientras pensaba en cómo era que lo tenía todo. El empleo, el apartamento (con un elevador que llegaba directamente a nuestra sala de estar) y, lo más importante, la mujer; por fin. Entonces sonó el teléfono y vi el nombre de Jake. Cualquier otro día, habría ignorado la llamada y le habría enviado una carta documento para demandarlo por violar el acuerdo de confidencialidad. Se suponía que no iba a guardar mi número. Pero, por suerte para él, ese día estaba generosa. Respondí en el tercer timbre[27].

–Señor Fischer –saludé.

Me dijo que estaba reparando daños causados. Sus palabras exactas fueron "enmendando errores del pasado", y me dio curiosidad; el periodista renegado que buscaba subsanar su pasado turbulento. ¿A qué se debía ese cambio? Dijo que iba a escribirle una carta a Cass Ford ("Cate Kay") y que quería que yo se la entregara, para "blanquear" lo que había pasado años antes. Jake tuvo la astucia de no amenazarme con un artículo, pero sabía que le había ido bien en *Vanity Fair*; había seguido su carrera de cerca.

Lo cierto era que ya era hora. Había llegado el momento de soltar a Cate Kay y devolvérsela a Cass. Había sido una guardiana fiel, siempre había hecho lo correcto: había protegido todos sus activos, creado un imperio. Incluso después de que se marchara, había administrado el negocio como si fuera mío. Y ahora que la trilogía estaba terminada y las películas hechas, mi trabajo había terminado.

Me imaginé a Cass el primer día que nos conocimos, en ese salón de clases. En lo jóvenes y desvergonzadas que éramos, en las ansias que teníamos; todo podía perdonarse, todo. Como gesto de buena voluntad, junto con las carpetas incluí una nota escrita por mí, en la que le expliqué lo que había pasado en Los Ángeles.

27 Nota de Cate: ¿Sidney respondió en el primer timbre (como dice Jake) o en el tercero (como dice ella)? Aunque la respuesta es una absoluta nimiedad, es fundamental para entender a cada uno y cómo se ven a sí mismos.

CAPÍTULO 60
CASS

Abril de 2013
Charleston

Mi café de cabecera quedaba a un kilómetro de mi casa y caminaba esa distancia casi todas las mañanas. No porque el café fuera bueno, sino porque si no iba, podía terminar sin ver a nadie en todo el día. Tenía buena relación con uno de los baristas, comento esto porque siempre que entablaba una conexión con alguien, empezaba a imaginar cómo sería contarles que era la autora de la famosa trilogía. ¿Qué pensaría esa persona de mí?

Para el mundo exterior, no era más que una mujer promedio que vivía en una casa promedio en Charleston, que trabajaba de forma remota como representante de servicio al cliente de Delta Airlines. Era el empleo de fantasía ideal: ¿quién podría demostrar que yo *no* era una empleada de la aerolínea que trabajaba desde su casa? Una vida mundana falsa era lo que estaba viviendo, el tipo de vida que me habría horrorizado de niña cuando me infecté con el deseo de comerme el mundo.

–Qué temprano –dijo mi barista cuando abrí la puerta. Tintineó la campanilla. Lo que más me gustaba del chico era que, a pesar de estar en la universidad, era madrugador, lo que me daba la profunda impresión de que el futuro estaba en buenas manos. También me hacía acordar a Amanda: a ella también le encantaban las mañanas y tenía la misma energía despreocupada. Siempre tenía el cabello

caído sobre los ojos y hacía un pequeño giro con la cabeza para sacárselo del frente cuando espumaba la leche.

–¿Soy la primera en entrar? –pregunté. Él negó con la cabeza y señaló una mesa en el rincón del fondo. Fue entonces cuando la vi: la cubierta de *Los últimos de todos*. Había una mujer sentada en la mesa, mirando su teléfono, con mi libro cerrado al lado. Para una autora, la tapa de su libro es inconfundible. Podemos identificarla con tan solo atisbar una puntita, aunque estemos a millones de kilómetros de distancia. Pero a esa la reconocen todos, en todas partes. La imagen mitad negra, mitad canela, con el cartel del metro desmoronado que decía CITY HALL. La primera vez que vi ese diseño, pensé en ese trago con cerveza que es mitad stout, mitad rubia, y aún pienso en ese cóctel cada vez que la veo. Mi madre lo pedía demasiado seguido.

–¿Alcanzas a ver lo que está leyendo? –pregunté, dando un paso hacia él y espiando la escena a mis espaldas. *¿Conocía él mi libro?* Ante la oportunidad de averiguarlo, no pude resistirme.

–Parece el primero de *Los últimos*. –Su voz transmitía tal familiaridad que traté de absorberla y dejar que la sensación me satisficiera–. La misteriosa Cate Kay –agregó distraídamente mientras presionaba una dosis de café molido para hacer un expreso. Después me miró y preguntó–: ¿Lo de siempre?

Asentí con la cabeza. Traté de no pensar en la mujer del rincón, en mi libro apoyado sobre esa mesa como una señal, una oportunidad. Cien veces, quizá más, he estado en presencia de un ejemplar de uno de mis libros.

Muchas veces, en cafés o en vagones de metro. Una vez, en un juego de los Kansas Jayhawks[28], donde vi a una niña preadolescente con lentes gruesos leyendo un ejemplar.

Sin dudas la habían obligado a ir al juego como parte de una salida familiar.

Todas las veces en las que he estado en presencia de mi libro en el mundo exterior, nunca me he sentido atraída a él. Una vez cada tanto, cuando me distraía con otras cosas para no ponerme a escribir, me quedaba mirando la tapa de una revista que había

mandado a enmarcar, la que tenía el titular ¿QUIÉN ES CATE KAY? encima de nueve recuadros, cada uno con una representación distinta de cómo podría ser yo. Siempre pensé que la de la esquina inferior derecha era la más parecida a mí: cabello castaño, pómulos marcados.

A veces, como una niña que aplasta la nariz contra el cristal, vivía durante días enteros dentro de la vida de mi alter ego. Volvía a ver las películas y leía todas las revistas de chismes y los extensos artículos en los que se intentaba descubrir mi identidad.

¡Qué vida esa que no estaba viviendo!

Incluso había imaginado el primer párrafo de un artículo real sobre mí, con detalles reconocibles para los escritores.

Algo así:

> *La taza de té de menta yace sobre el escritorio de Cate Kay. Sí,* esa *Cate Kay. Está sentada en su silla de oficina verde lima, mostrándome el estudio donde escribe: un "cobertizo" (según ella) diminuto, pero bien equipado, en el patio de su modesta casa en Charleston. Ese es el único lugar en el mundo en el que la mujer que está delante de mí y la figura mitológica en la que se ha convertido* Cate Kay *se vuelven una sola.*

A modo de ejercicio tranquilizador, una especie de catarsis, me he imaginado vista desde la perspectiva de otros. He sido tanto aduladora como implacable ("sus pómulos dibujan una línea cruel", escribí una vez en un artículo ficticio). Conviene liberar la mente de esos pensamientos filosos. Suelo preguntarme si soy más severa conmigo misma de lo que lo serían los demás.

Me apoyé contra la pared mientras mi barista molía granos de café. Saqué el teléfono del bolsillo trasero del pantalón, abrí la app de notas y escribí unas oraciones que quería recordar luego. Por fin había conseguido empezar mi cuarto libro. Mi *latte* ya estaba listo en el mostrador. Pagué y me di la vuelta para irme.

–Hasta la próxima –dijo él, y de repente caí en la cuenta de que quizá no sabía mi nombre. ¿Nunca se lo había dicho o él no pensaba

que valiera la pena recordarlo? A mis espaldas, sentía la presencia del ejemplar de mi libro. Me desvié de la puerta y fui hacia donde estaba la mujer.

Llevaba unas mallas rectas y calzado deportivo, y deseé un poco que la situación no fuera tan cliché para lo que estaba a punto de hacer. Al acercarme, la mujer me percibió y levantó la vista, con el semblante cálido y franco, pero también un poco desconcertada. Apoyé la mano sobre la tapa del libro y me oí decir:

–Este es mi libro.

La mujer pareció confundida, miró el libro y después a mí, procesando un millón de otras variables, quizá había querido decir que el libro era de mi propiedad, un objeto perdido.

Abrió la boca y consiguió decir:

–Es… ¿un gusto conocerte?

Un pequeño paso hacia mi futuro, no fue nada más que eso.

–Espero que disfrutes la lectura –dije y el bonito tintineo de la campanilla anunció mi partida.

Lo loco es que ese mismo día, cuando volví a mi casa, el paquete del correo me esperaba en el porche.

28 **Nota de Cate:** Quise ver el pueblo natal de Ryan, buscar la casa de James Naismith, ver el mundo de ella. Un poco de autocompasión para el corazón roto. Lo recomiendo mucho.

CAPÍTULO 61
CASS

Abril de 2013
Charleston

Cargué la caja, que pesaba bastante, hasta mi estudio en el patio y la apoyé en el escritorio. Con unas tijeras, corté la cinta, abrí las solapas de cartón y descubrí una pila de carpetas azules. Encima había una nota escrita a mano. Estaba claro que era de Sidney. Era capaz de reconocer su letra en cualquier parte: mayúsculas diminutas e inclinadas. Ninguna gracia tenía. Encontré una segunda nota debajo de las carpetas. Al principio, el autor me resultaba un misterio. Levanté la carta de Sidney, para sacarla de en medio. Habían pasado seis años sin tener novedades de su parte (toda la correspondencia comercial pasaba por su asistente) y la verdad era que no había pensado mucho en ella.

Leí a toda velocidad, adelantándome para identificar palabras clave, tratando de encontrar cuál era el objetivo. Me explicaba las carpetas, lo que contenían, la documentación, la información bancaria, la casilla de correos para los fans, la correspondencia clave. Todo bien organizado, eficiente, típico de Sidney.

Estaba ansiosa por saber la razón; por qué estaba enviándome toda la correspondencia de Cate Kay. Conociendo a Sidney, era probable que no me diera el gusto de una explicación. Entonces, al fin, el último párrafo:

Cass, sé que nos turnamos para lastimarnos mutuamente; lamento eso. En algunos casos, no hubo grandes consecuencias, en otros sí. Cuando te fuiste a Los Ángeles, yo fui la que le pidió al periodista que te llamara. Su nombre era Jake Fischer; escribió una nota que incluí en el paquete. Estaba dolida, enojada, celosa. Ryan no tuvo nada que ver.

Que estés bien.

Pensaré en ti… con cariño.

Besos, Sidney

Jake Fischer. El nombre no me sonaba. Leí por encima la nota. No significaba nada para mí, no fue más que el peón de Sidney. Lo perdoné al instante, un pequeño pago para ir saldando mi gigantesca deuda cósmica. Y no podía enojarme eternamente con Sidney. No podía enfadarme con ella porque me daba pena. Una vez oí una historia, una parábola, sin duda, sobre cómo los peces equilibran sus relaciones y su entorno alternando qué pez persigue y cuál es perseguido. Solo podía imaginar a Sidney, que no comprende ese delicado equilibrio, que solo persigue, y que vaya adonde vaya, desata una vorágine con sus obsesiones. Ser ella ya es castigo suficiente. Además, para ser honesta, casi toda mi capacidad mental estaba abocada a recuperar recuerdos de Los Ángeles, a reconstruir esa última noche con Ryan. Apreté los párpados y reproduje esos últimos minutos: Ryan inmóvil en la acera mientras yo me subía a la Escalade, el desconcierto en los ojos, al parecer, cien por cien auténtico.

¿Qué había hecho?

Me apoyé en el respaldo de la silla y traté de recordar cómo se sucedieron los hechos tantos años atrás. Ahora entendía el papel que había desempeñado Jake Fischer, con Sidney manejando los hilos desde Nueva York, pero no todo encajaba. ¿Y los fotógrafos que estaban afuera del restaurante? Y Ryan, esa misma noche, con otra mujer… Ninguna de las dos cosas tuvo que ver con Sidney. Sin embargo, ¿quizá esta era justificación suficiente para llamarla? "Hola, acabo de enterarme de esto. ¿Quizá eso cambie cómo te sientes? Si no, no pasa nada". Como mínimo, podría decirle que

había leído su entrevista en *Vanity Fair*. Ella no necesitaba saber cuántas veces.

Entonces, antes de poder detenerla, mi mente descarriló y empezó pensar en situaciones lejanas, como si debería vender mi casa en Charleston y mudarme a Los Ángeles, por si acaso. Una pregunta que contemplé durante un minuto entero hasta que me di cuenta de lo absurda que era. Sacudí la cabeza, me obligué a calmarme. Una cosa a la vez.

Primero, las carpetas azules. Pasé una hora estudiándolas. Dos objetos me llamaron la atención: la nota de mi agente, Melody Huber, en la que me proponía escribir unas memorias. (Quizá, algún día). Pero lo que más me entusiasmó fue tener los datos de la casilla de correos para los fans de Cate Kay/*Los últimos de todos*. ¿Cómo no se me había ocurrido nunca preguntar por la correspondencia de los fans? Imaginé las bolsas de cartas, de fanfics, de ilustraciones. Durante casi una década, había subsistido con comentarios en foros. Ahora me imaginaba sintiendo el papel entre los dedos, sonriendo ante una línea tachada o una palabra mal escrita, esa intimidad con los lectores.

La casilla de correos estaba en Nueva York. Iba a ir en coche hasta allí al día siguiente, un viaje por la carretera. Esos viajes siempre me hacían pensar en Amanda.

Con eso, ya tenía una decisión tomada. Volví a reclinarme en la silla, con la vista fija en el teléfono que estaba sobre mi escritorio. ¿Debería?

Había borrado el número de Ryan dos años antes, la mañana después de verla filmar la última escena de *Los últimos de todos*. Pero aún tenía el número de Janie. Levanté el teléfono, fui a Contactos, la busqué. Me quedé mirando los números hasta que se pusieron borrosos y se me vació la mente. Unos minutos más tarde, regresé y miré la hora, la vi cambiar de 11:10 a 11:11.

Hazlo, me dije, y llamé a Janie Johnson.

CAPÍTULO 62
RYAN

2013
Los Ángeles

Los vuelos de larga distancia se habían vuelto sagrados para mí. Nada de teléfono, nada de internet. La capucha puesta, los auriculares también. Un nivel de anonimato y tranquilidad que pocas veces conseguía en público. Pero este vuelo desde Australia era interminable. Fui al baño una vez por hora con tal de hacer algo. Y cuando el avión finalmente aterrizó en Los Ángeles, ya deliraba. El brillo del día me parecía una falta de respeto.

Normalmente me esperaría un chofer, pero Janie me envió un mensaje de texto para avisarme que iría a recogerme ella. Estaba esperando junto a la acera en su Range Rover. Ese vehículo nunca le quedó bien. Para mí, ella tenía más aire de Volvo: confiable, seguro, cierto atractivo para quien lo mira desde afuera. Metí el equipaje en la cajuela y me subí al asiento delantero.

–A la cama, por favor –dije, cerrando los ojos y echando la cabeza hacia atrás. Janie me entendía y yo necesitaba alguien que me entendiera. Acababa de pasar tres meses de filmaciones nocturnas en las afueras de Perth. Otro amorío fallido con una coprotagonista que no había salido del clóset. Necesitaba el toque tierno de Janie. Pero estaba callada. ¿Y por qué no nos movíamos? Después de unos segundos, abrí los ojos, la miré. Se había volteado ligeramente hacia mí.

–Ryan –me dijo–. Tengo que contarte algo.

Estaba despatarrada en el asiento. Me senté derecha.

–Me da miedo eso.

–No, no es nada malo –me aclaró–. No creo que sea malo.

–¿Qué pasó?

Janie me miró a los ojos, transmitiendo algo. Preparándome, quizá.

–Me llamó Cass –dijo–. Me explicó lo que pasó.

–Te llamó Cass –repetí.

–Sí, hace dos semanas –agregó–. Me contó que acababa de recibir información sobre la última noche que estuvo en Los Ángeles. Me dijo que eso cambiaba todo y que quería que te contara, si me parecía que a ti te importaría. Y creo que sí. Digo, que te importaría.

Sacudí rápido la cabeza. Una cosa a la vez.

–¿¡Hace dos semanas?! –Era algo que me hubiera gustado saber preferentemente en el instante en que ocurrió. Y ella lo sabía.

–No te lo conté porque ¿qué ibas a hacer? Estabas terminando de filmar, luego tenías un viaje largo de regreso. No tenía sentido.

No valía la pena discutir por eso, considerando toda la información deliciosa que había en el menú.

–¿Qué te dijo sobre lo que pasó en Los Ángeles?

–Me dijo, bueno, el resumen es que se equivocó al irse como lo hizo. Había pensado que había ocurrido algo y acaba de enterarse de la verdad.

–Okey –dije.

Me apoyé contra la puerta, miré por la ventanilla. Cass. Mi fantasma. Me había acechado en todas mis relaciones. Nadie me había hecho sentir como ella. ¿Qué más había que pensar?

–¿Y qué me toca hacer? –pregunté, juntando las manos.

Janie me sonrió.

–Bueno, le dije que estabas en Australia y que te transmitiría esto cuando volvieras. ¿Por qué no la llamas y hablas con ella?

La miré como si acabara de decir una locura. Me imaginé llamando a Cass, sentí la intimidad del momento. Los silencios, las interrupciones, los titubeos. Había perdido la práctica con la incomodidad. Ser estrella de cine te destroza las habilidades humanas.

–Sí, pensemos otras ideas –propuse.

–O –dijo Janie– podrías subirte a un avión. El momento cumbre de la película.

La miré con ojos de "no se diga más". Siempre me arrepentí de no haberme atrevido a más tantos años antes, de haber confiado en algo tan delicado como una nota de puño y letra.

–Bueno, hablamos un par de veces –me contó Janie–. Me avisó dónde iba a estar. "Por si acaso", me dijo.

Levanté las cejas.

–¿Por si acaso?

–Sí, "por si acaso".

CAPÍTULO 63
CASS

Abril de 2013
Nueva Jersey

Pasé el viaje hacia el norte imaginando sacos de arpillera llenos de correspondencia de mis fans, rebosantes de cartas de mis lectores. Tantos que, cuando los cargara a mi auto, no podría ver por la luneta. Una cantidad peligrosa de cartas de mis fans es lo que imaginaba.

Mi primera parada fue la sucursal en la que se encontraba la casilla de correos de Cate Kay en sí. El encargado me dijo que todo el correo no reclamado se enviaba al depósito que estaba al otro lado del río y no parecía tener mucha fe en que fuera a recuperarlo. Le dije que entendía, pero que me gustaría ver qué tenían, así que me dio una tarjeta con la dirección.

Una hora más tarde, mientras entraba por la puerta principal del depósito y veía el inmenso espacio, en el que podría caber una flota de aviones gigantescos, me di cuenta de que en realidad lo que necesitaba era un milagro.

–¿En qué puedo ayudarla? –preguntó alguien a mis espaldas. Al voltearme, me encontré con una mujer mayor de voz áspera que parecía sobrevivir a fuerza de cigarrillos.

–Hola –respondí–. Tengo una casilla de correos desde 2006, más o menos, y me dijeron que quizá aquí haya quedado correspondencia no reclamada de estos últimos años.

La mujer rio, lo que no me dio ninguna tranquilidad.

–Entonces buscas la oficina administrativa, cariño –dijo. El "cariño" fue un lindo detalle–. ¿Ves ese cartel grande?

Seguí la dirección en la que señalaba su mano huesuda.

–La oficina está justo bajo ese cartel. Y fíjate de hablar con Carl. Es el único que va a saber dónde está tu correspondencia.

***

Mi querido Carl tenía puesta una gorra de una empresa de tractores que parecía quedarle chica: no la tenía puesta, más bien estaba apoyada sobre la cabeza. Supe que era él por la etiqueta que llevaba con su nombre y la poca probabilidad de que otro Carl trabajara en una oficina del tamaño de una cámara frigorífica.

–Hola, señorita –dijo sin levantar la vista, golpeteando las teclas de una computadora amarillenta que puede que haya sido uno de los primeros modelos de IBM.

–Hola –saludé y después esperé. En el remoto caso de que la correspondencia de Cate Kay aún existiera en alguna parte de este edificio, sabía que solo iba a encontrarla si Carl decidía que así fuera. Siguió buscando y golpeando teclas en la computadora durante unos minutos, tocó un botón con un último ademán y me miró con su cara alargada y ojos vivaces.

–Ahora sí –me indicó, así que me acerqué, apoyé un codo en el mostrador y dije con mi mejor voz de espía:

–Tengo una misión para usted.

Por suerte, eso lo hizo sonreír.

–Mi vida es una seguidilla de misiones –comentó, lo que me pareció una reflexión perspicaz de la vida cotidiana.

–Bueno –dije, inclinándome con complicidad–, en alguna parte de este edificio inmenso hay unas bolsas de correspondencia de una casilla de correos y me muero por encontrarlas.

Él ya había vuelto a tipear en la computadora, con la vista baja.

–Vamos a encontrarlas –dijo–. ¿A nombre de quién está la casilla?

(Me encantó el "vamos", me dio la sensación de que éramos compañeros de equipo).

Justo antes de decirlo, me pregunté por un momento cómo reaccionaría, pero finalmente respondí.

–Cate Kay.

–Cate Kay –me repitió mientras lo escribía, entonces se detuvo y me miró–. ¿Cate Kay, dice? ¿La de *Los últimos de todos*?

–Exacto –respondí. No voy a mentir, me gustó que Carl, un empleado de correos que usaba una gorra de una marca de tractores, nos conociera a mí y a mis libros.

–Y usted es Cate Kay –soltó tras observarme un momento.

Me miró en serio y juro que se me llenaron los ojos de lágrimas, Carl se puso borroso y se me cerró la garganta por un segundo.

–Sí, soy Cate Kay –dije después.

Él esbozó una sonrisa de oreja a oreja, como si el universo acabara de impresionarlo.

–No puedo creerlo.

CAPÍTULO 64
CARL

2013
Nueva Jersey

Mi esposa se llamaba Charlene. Murió de cáncer de mama el año en que se publicó el último libro de la trilogía *Los últimos de todos*. Se lo leí. Agradecí su existencia porque ella esperaba con ansias el momento de leerlo cada día, una de las pocas cosas que hacía en aquel entonces. Nos conocimos cuando éramos niños, Charlene y yo. En un pueblito de Nueva Jersey. Sí, eso existe. Siempre me dio miedo que ella se arrepintiera de haberse casado conmigo, pero yo nunca me arrepentí de haberme casado con ella, ni un poquito. Mis gustos eran simples. Almorcé siempre lo mismo, un sándwich de mortadela y pepinillos en pan de centeno, durante cuarenta años. Pero ella era aventurera, siempre quería probar cosas nuevas. Yo no sabía cómo cambiar para que ella fuera más feliz.

Pero la amé muchísimo y espero habérselo demostrado. Los últimos años que compartimos fueron buenos, iban poniéndose cada vez mejores. Y entonces llegó el cáncer. Me pedí una licencia en el trabajo y jamás me aparté de su lado, tampoco quería. Fui firme y leal. Puede que esas no fueran cualidades que la hicieran suspirar de joven, pero fueron buenas al final.

El tercer libro de *Los últimos de todos* fue el único que leí. Charlene era la lectora de la familia. Leía todas las noches hasta que se enfermó, entonces yo empecé a leerle a ella. Me llevó tres semanas leerle el libro en voz alta y, cuando terminé la última

página, lo cerré y lo apoyé en mi regazo. No quería que terminara. Lo definitivo me asustaba. Esquivaba todos los finales en aquellos meses. Aún siguen sin gustarme mucho.

Esa noche miré a Charlene con ternura, me llevé su mano a los labios y la besé, la devolví con delicadeza a su lado. Me daba cuenta de que estaba pensando, era fácil saber cuándo pensaba. La vista perdida, los ojos apenas entrecerrados. Cuando veía esa mirada, le preguntaba qué pensaba, lo que le encantaba cuando éramos jóvenes, pero no tanto cuando fuimos haciéndonos mayores. Le gustaba guardarse algunas cosas. Teníamos esas diferencias. A mí no me molestaba que ella supiera todo lo que yo pensaba.

Me contuve de preguntarle esa noche. *Debo dejarla tranquila,* pensé. Pero un minuto después, ella dijo, no a mí en realidad, sino en voz alta:

–Creo que la persona que escribió estos libros es joven. Es como si intentara entender algo del mundo.

–¿Sí? –dije, porque la verdad es que no tenía nada más para decir.

–Los personajes principales, Samantha y Perséfone, me recuerdan a cuando yo era más joven. Quieren tantas cosas del mundo. Parece que aún no han aprendido la lección más importante.

Se me pararon las orejas. Ay, Dios. ¿Quería saber qué era? Sí, quería saber todo lo que Charlene pensaba sobre la vida y cualquier otra cosa.

–¿Qué lección, mi amor?

–El truco de la vida –dijo. Después le dio un ataque de tos. Le ofrecí el vaso de agua que tenía junto a la cama, pero ella lo rechazó, continuó–: El truco de la vida, como lo veo ahora, es hacer que todo lo que te rodea sea hermoso. A partir de ahí, surgirá el resto. Me llevó mucho tiempo darme cuenta de eso.

Me apoyé contra el respaldo. Esperaba, esperaba de verdad, que con eso quisiera decir que, aunque nuestro amor no había sido perfecto, había sido hermoso a su manera. Las cosas rotas eran hermosas. Más hermosas al final que las perfectas, que suelen ser una especie de ilusión. Esperaba haberle dado una vida hermosa.

Poco a poco, giró la cabeza y me miró a los ojos. No sabía qué pensaba en ese momento, pero me tomó la mano y no la soltó, y

eso fue suficiente para mí.

Murió unas semanas después.

Ese invierno, me transfirieron al depósito y me pusieron a cargo de las casillas de correo. Cuando vi a Cate Kay/*Los últimos de todos* en mi lista, lo tomé como una señal de Charlene. Creo que incluso alcé la vista y asentí con la cabeza.

Y cuando esa joven preciosa vino a preguntar por esa casilla, lo supe. En cuanto entró en mi oficina diminuta, me acordé de Charlene, que siempre estaba impaciente por lo que podría pasar. Supe, con una profunda certeza, que ella era la joven que mi esposa había predicho, la que hacía todo lo posible por entender algo del mundo.

CAPÍTULO 65
CASS

Abril de 2013
Nueva York

Esa noche, mi hogar era una suite de cuatro ambientes en el hotel Mandarin Oriental con vistas al Central Park. Un gasto extravagante para lo que esperaba que fuera una noche extravagante. El valet me trajo las bolsas de correspondencia. Le di cien dólares de propina, ofreciéndole el billete mientras lo miraba a los ojos. Por dentro le imploré que comprendiera que yo no era de esos ricos de siempre, yo era la sal de la tierra. Después me pregunté si eso sería lo que pensaban todas las personas adineradas. Cuando él cerró la puerta al salir, corrí la mesa de centro y eché las cartas sobre la alfombra, una bolsa después de la otra.

Me senté en el sillón, con las luces de la ciudad titilando a mis espaldas, y me quedé mirando la montaña de papel. ¿Por dónde empezar? ¿Con una plegaria, como antes de una comida importante? ¿Una copa de champagne para conmemorar el momento? O simplemente podría acercarme, tomar una carta al azar y empezar a leer, que fue lo que hice. Elegí una cuya punta sobresalía del resto, la sostuve en mis manos; gruesa y rectangular como una tarjeta de cumpleaños. Me fijé de dónde era: Minneapolis, Minnesota. La letra era redonda, parecía ser de una mujer. La abrí, inhalé el mensaje: "Me encantó el libro, eres increíble, ¡la atracción de Universal Studios estuvo espectacular!".

Puse la carta sobre la alfombra, separada, después tomé otra.

Esto continuó durante muchas horas, hasta que la segunda pila alcanzó el mismo tamaño que la primera: una minicordillera a mis pies. Me levanté y extendí los brazos por encima de la cabeza, forcé un bostezo. El teléfono me dijo que eran las 3:53 de la madrugada, pero no tenía nada de sueño.

Lo que más me había gustado hasta ahora habían sido las ilustraciones de Puck. Con crayones, de parte de niños. Al óleo, de parte de hombres mayores. Me eché sobre el sillón, me retorcí hacia la izquierda, hacia la derecha, aflojando la parte baja de la espalda. La edad nos llega a todos.

Me incliné hacia adelante y seleccioné otra carta de la pila. Un sobre comercial, palabras al otro lado. Lo giré en mis manos, observando primero la estampilla, fijada con precisión en la esquina superior derecha, después mis ojos se posaron en el remitente y me quedé sin aire, un shock eléctrico me estremeció el pecho.

AK
Bolton Landing, NY

Pero no, no podía ser. Me contuve antes de que me estallara el corazón. La letra no se parecía en nada a la de Amanda, que era muy vistosa. "Canalizo a Marilyn Monroe", me había explicado una vez. No había pensado en eso durante años. No… no era ella. Era otra persona con sus iniciales. Hay muchos nombres con *A* y apellidos con *K*. Sin embargo, el corazón se me había hinchado al doble, me estaba cortando el aire.

Amanda está muerta, me recordé. La adrenalina me invadía el cuerpo. La sensación no era buena.

Abrí el sobre con cuidado. Dentro había una hoja suelta plegada en tercios con precisión. Se me puso la piel de gallina. Enseguida abrí la carta:

Querida "Cate Kay":
PÚDRETE.
–A

Las comillas tenían algo que me sacudió por dentro. Me abalancé sobre la pila de correspondencia sin abrir, revoleando cartas, revolviendo y separando, con los ojos volando por los remitentes y entonces… encontré una. El mismo sobre comercial, la misma letra, la misma dirección. Lo toqué, reverente. Después lo puse con cuidado en el sofá y volví a zambullirme en el montón.

Cuando terminé, había encontrado cinco sobres.

Me rodeaba un mar de papel. Fui gateando hasta el sillón, me senté junto a mi tesoro. *Cálmate,* me dije. *Amanda murió, esto no es más que una terrible coincidencia.* El universo estaba jugando conmigo. Acomodé las cartas en orden cronológico, por matasellos. Después cerré los ojos, agaché la cabeza.

–Querido universo –susurré–, si hay alguna posibilidad de que esto sea real, de que ella esté… Daré lo que sea. Lo que sea con tal de hacerlo realidad. Todo el dinero, lo que sea, todo… todo lo que tengo. No necesito nada de eso. Lo prometo.

Abrí los ojos, tomé la carta del 2008, la abrí.

El mismo tipo de papel, el mismo doblez preciso, las mismas oleadas de calor en mi pecho. Esta no era mucho más larga que la primera:

Querida "Cate Kay":
¿Quién inspiró el nombre Samantha?
–A

Mi corazón dio un latido fuerte y profundo. Amanda siempre había deseado llamarse Samantha y yo quería llamarme Kelly. Abrí la siguiente carta:

¿Y Puck?

Después la otra:

¿Las puestas de sol de Nueva York?

Todas eran igual de crípticas y me desesperé, fui a toda prisa. Luego, la anteúltima carta:

Ahora estoy viva otra vez, viviendo de verdad. Ojalá supiera que tú también.

Tomé la bocanada de aire más grande que pude, inhalé un poco más, y abrí la última carta, con fecha de 2012. La desplegué. Un mar de tinta azul:

Querida Cate con K:

¿Recuerdas aquella vez durante los ensayos de Noche de reyes, cuando el profesor Riley trataba de mostrarnos el marcaje de una escena, pero no había forma de que entendiéramos? Él estaba muy estresado y las dos nos acercamos poco a poco sobre el escenario hasta tocarnos los hombros, viendo su ataque de nervios. No eran algo frecuente esos ataques, pero cuando pasaban… uf, ¿no?

Bueno, luego Eric hizo una pregunta tonta y el profesor Riley perdió la paciencia y empezó a gritar: "Damas y caballeros, ¡tenemos que poner los patitos en pilas!". Y tú y yo nos miramos lentamente y nos reímos a carcajadas. (Los patitos, había que ponerlos en pilas… ¡y que no se cayeran!). No podíamos parar, el profesor Riley se acercó y dijo: "¿Qué es lo gracioso, señoritas?". Después, todo el año siguiente, o el tiempo que haya sido, les decíamos a las personas a las que les costaba algo, así fuera poco o mucho, que se pusieran los patitos en pilas y nos íbamos muy serias.

Sé que te acuerdas. Sé que todo lo que compartimos está entretejido en tu ser tanto como en el mío.

En los últimos doce años, cada vez que alguien dice "poner los patitos en fila", siento que se me clava una astilla en el corazón. Si esa fuera la única vez en que mi corazón siente eso, no habría problema, podría sobrellevarlo. Pero también pasa cada vez que veo un espejo quebrado o una patita de pollo o un auto rojo o un Honda de cualquier color o una comedia romántica o un bote o una puesta de sol, siempre.

Estás en todas partes, todo el tiempo, en todas mis conversaciones. La semana pasada, una estudiante me contó que decimos cinco mil palabras por día. En ese instante apareciste a mi lado, fascinada con el supuesto dato, tratando de hacer cálculos: "a ver, digamos que la mitad de nuestras palabras nos las decimos entre nosotras, son 2.500 multiplicadas por 365 días multiplicado por… ¿hace cuántos años somos

amigas?". Te imaginé calculando los millones y millones de palabras que nos habríamos dicho.

Por muchas que fueran, estuvieron lejos de ser suficientes.

Mi vida no se parece en nada a lo que había imaginado. Y no por el accidente, sino porque tú no estás en ella.

Vuelve a casa, Annie. Aún te quiero.

Amanda

Me atravesó un terremoto. Me lo imaginé sacudiendo el piso del hotel, los rascacielos vecinos, los kilómetros que seguían. Amanda, viva.

Me enderecé, rígida, con la vista clavada en el frente. Se me empezó a cerrar la garganta. Un acto de supervivencia. "No entra nada más –decía mi cuerpo–, ni siquiera aire". Después, finalmente, un grito ahogado y el pecho que subía y bajaba con rapidez. Solté la carta, me llevé las manos al rostro y empecé a llorar en silencio hasta que incluso sentarme erguida parecía demasiado y me dejé caer a la derecha. Quedó una almohada debajo de mí, la saqué de un tirón y me acurruqué contra ella como si estuviera de vuelta en el seno materno, con la cara apoyada en el terciopelo violeta.

Aparecieron imágenes de Amanda: encendiendo el motor del bote, saltando mientras se ajustaba el calzado, luchando para que no se le cerraran los ojos mientras le contaba algo. Lloraba, reía y lloraba. No quería abrir los ojos, no quería que se terminara la película de Amanda en mi mente, pero tenía que moverme. Necesitaba darme una ducha, empacar el bolso, llamar al valet para que me trajera el coche.

Amanda me estaba esperando.

CAPÍTULO 66
ANNIE

Abril de 2013
Bolton Landing

La autopista era un borrón de pavimento fuera de mi ventanilla y, al estar de vuelta en la interestatal Northway, mi cabeza pensó en Sidney, en ese viaje encubierto a mi pueblo natal que terminó con ella sentada en mi coche, diciéndome que Amanda había muerto. Dejé que esa escena se reprodujera una y otra vez, busqué la mentira que ahora sé que debería haber detectado. ¿Estaba en sus ojos? No, no pude encontrarla allí. ¿En lo que dijo? No, allí tampoco.

Esa hija de puta de Sidney, qué buena era. Me pasé la mano izquierda por el cabello. La había subestimado. Claro que sabía que era demandante, pero pensaba que era algo dentro de lo normal, algo típico. Que como mucho, podría llegar a bloquear mi número si nos separábamos. Qué equivocadísima estaba. El sabotaje a mi relación con Ryan parecía una nimiedad comparado con esta nueva revelación. Apreté con más fuerza el volante. Pero mi furia contra Sidney empezó a transformarse en algo mucho más potente: arrepentimiento. Podía sentirlo enredarse en mi corazón.

Nunca había amado a Sidney. ¡Ni siquiera me había *gustado* Sidney! Entonces ¿por qué estuvo dentro de mi coche y por qué la dejé besarme, y por qué la besé yo, y por qué había hecho todo eso si cada momento con ella me entristecía y todo mi ser deseaba que fuera Amanda?

Bajé las ventanillas y dejé que el viento me despeinara. Después saqué la mano, hecha un puño, y dejé que el viento me separara los dedos poco a poco. Basta de perder el tiempo.

***

Mientras conducía por el último tramo antes de llegar a Bolton Landing, sentí… bueno, la puta madre, no conocía una sola palabra para describirlo. A Amanda le encantaba aprender palabras de otros idiomas que capturaran significados que para el nuestro era imposible. Empezó con "schadenfreude", que el profesor Riley dijo en algún momento, al hablar de cómo era ser suplente y todos lo miramos de reojo, entonces se detuvo y explicó la definición.

–Pero, a ver, "alegría maligna" o "regodeo" no sirven ni para capturar una pizca del sentido –dijo Amanda, entusiasmadísima por la palabra y lo que nombraba–. Es como si conocer la palabra hubiera abierto el sentimiento. Es muy loco.

–Es genial –respondí, en respuesta ella me empujó con un gesto juguetón.

–Eh… es *más* que genial.

Después de eso, cada vez que escuchábamos una palabra que le provocaba esto, me la traía y me la explicaba. Y siempre con la misma energía: agitando las manos, hablando a mil por hora. Una vez mencionó la palabra japonesa "boketto". Una traducción medio torpe sería "quedarse en blanco", pero no es eso exactamente, es más una cuestión de no hacer o de cultivar la quietud contemplando la inmensidad.

Estaba contemplando la inmensidad en ese momento. Con las dos manos en el volante, la vista al frente, *boketto*. Pasaban lugares conocidos por la ventanilla y en el fondo de mi mente se disparaban recuerdos, pero se hacían polvo apenas se formaban.

El edificio donde solía vivir estaba a mi izquierda, los mismos sillones verdes de plástico. No tenía los ojos puestos en la carretera sino más allá, al otro lado, *boketto*. La biblioteca, el café, la escuela secundaria. Luego giré a la izquierda. Estacioné fuera de la casa

donde vivía Amanda. Apagué el motor y, cuando lo hice, corté el hilo invisible que me ataba a mi universo alternativo y por mí eso estaba bien. Este era el universo en el que quería estar, igualmente, porque ahora sabía que en este seguía estando Amanda.

***

Tras golpear unas veces a la puerta y esperar un rato para estar segura, caminé por la calle hasta la cafetería, que estaba igual que cuando me había ido. Me pregunté si pensarían lo mismo de mí. Era la hora del almuerzo y el lugar estaba vacío salvo por dos albañiles que estaban sentados en el mostrador, comiendo una hamburguesa con patatas fritas.

Una mujer de mediana edad con un menú de plástico se acercó para ofrecerme una mesa, haciéndome señas para que la siguiera. Estiré la mano y le toqué el brazo.

–¿Conoce a Amanda Kent? –dije.

La mujer se volteó y, por cómo me miró, recordé lo que yo pensaba, tantos años atrás, sobre la gente de afuera que venía esperando cosas. Tenía las llaves del auto en la mano. Bajé la vista y me pregunté si las estaría sosteniendo como un accesorio sexy, si para esta mujer yo era una ricachona despreocupada de la ciudad.

–Yo antes vivía aquí –agregué, sorprendiéndome por el orgullo que me daba ese hecho.

A la mujer se le relajaron los hombros.

–Bueno, cariño, solo se me ocurre que Amanda estará en la escuela. ¿Quieres pedir algo?

–No, grac… –empecé, pero después, un destello de recuerdo–. De hecho, sí… una porción de tarta de lima para llevar, por favor.

***

Es curioso lo ruidosas que son las puertas de los auditorios. Amanda y yo nos preguntábamos por qué. Cada vez que una las abría, en

especial cuando se necesitaba silencio, sonaban como si estuvieran poseídas, como si toda la energía de la sala corriera hacia ellas junto con la atención del público. Una falla de ingeniería, quizá. Con eso en mente, tardé muchos segundos en girar la manija de bronce de la puerta pesada. Lo hice despacio como si me escabullera para ir a una fiesta. Finalmente, me metí de lado sin que se enterara ninguno de los que estaban en el otro extremo, sobre el escenario.

De repente me di cuenta de que, en realidad, todo lo que había querido era que el universo me diera permiso para volver a casa. Y quizá escribí *Los últimos de todos* para pedirlo. Creo. No lo sé. Puede que sea una estupidez.

Entonces vi a Amanda en el escenario. Sus movimientos, aún tan generosos y seguros, como siempre habían sido. Podría haber divisado a Amanda desde cualquier distancia. En ese instante, estaba mostrándole a un estudiante el lugar preciso en el que debía detenerse, rodó hasta allí con una maniobra rápida y luego giró hacia el público imaginario con un ademán exagerado.

Y ahí fue cuando me vio. Tal vez ella también podía reconocer *mis* movimientos desde cualquier distancia. Había visto a la mujer reclinada contra la pared del fondo, con una porción de tarta de lima en la mano, una rodilla doblada, el pie apoyado contra la pared. Quizá para Amanda esa silueta decía "Annie" a gritos. Qué sentimiento sublime, que te vuelvan a reconocer.

Interrumpió lo que estaba diciendo y se quedó mirándome, y fue como si su vista hubiera creado una energía. Primero la sentí en los brazos, en los vellos que se me erizaron, un cosquilleo. La sensación era agradablemente aterradora, como si mi alma estuviera calentándose por un incendio.

Luego volteó la cabeza hacia los estudiantes que esperaban con paciencia a sus espaldas.

–Empiecen de vuelta desde el principio de la escena –les indicó.

Con eso, los chicos se desparramaron y pasaron a ser el telón de fondo mientras yo observaba a Amanda bajar en su silla del escenario hasta la primera fila, para poder verlos como si estuviera en el público. El profesor Riley solía hacer lo mismo.

Por unos segundos, me pregunté si tal vez no me había visto, tal vez había malinterpretado el momento, pero después cerré los ojos y juro que la energía tenía pulso de verdad, podía hacer florecer los capullos, estallar los focos de luz. Amanda me había visto, estaba esperándome, y no debía hacerla esperar ni un segundo más.

Me despegué de la pared del fondo y caminé con cuidado por el pasillo, como si hubiera llegado tarde a la noche de estreno. Cuando llegué a la primera fila, me incliné y pasé entre los asientos para no tapar la vista del público imaginario que tenía detrás. Amanda mantuvo los ojos en el escenario todo el tiempo, incluso cuando mi mano izquierda empujó silenciosamente el asiento junto a ella, incluso cuando me senté, acomodándome, con la cajita de tarta de lima en el regazo. Ahora estábamos a centímetros de distancia. Ella miraba a los estudiantes, que parecían listos para empezar la escena de nuevo.

–Cuando gusten –les dijo y aproveché el momento, me volteé hacia ella y abrí la boca para decir su nombre. Pero en ese instante, Amanda levantó la mano derecha y me hizo callar. El brillo de las luces del escenario se reflejaba con delicadeza en sus preciosas facciones y al menos eso me tranquilizó. Más allá de lo demás que hubiera cambiado, más allá de lo atroz que hubiera sido lo que había pasado, más allá de lo que viniera después, esto se mantenía igual: Amanda, bella en cualquier lugar, en cualquier escenario.

Los estudiantes comenzaron la escena, mi mente empezó a pensar en qué decir cuando terminaran. Inhalé largo y profundo, tratando de sintonizarme con lo que estaba pasando en el escenario. Tal vez podría identificar la obra que estaban haciendo. Pero mi cabeza estaba demasiado llena de pensamientos: *¿interpreté todo mal?*, *¿Amanda me odia en realidad?* y *¿qué voy a hacer si me desprecia?*

Nos quedamos así sentadas un minuto tras otro. La atención de Amanda enfocada como un láser en el escenario. Por fin, se inclinó apenas en mi dirección, con la vista aún puesta en sus estudiantes. Mi cuerpo respondió instintivamente, inclinándose hacia ella. Amanda ladeó unos pocos grados la cabeza hacia mí, ahora más

cerca de mi oído, y el momento fue como los mil otros que tuvimos cuando éramos jóvenes, un susurro tal que solo la otra podía oírlo.

Ella se detuvo, aún mirando el escenario, y nos quedamos así. Después lo vi. Observé al joven caminar con confianza, llegar a su marca y girar hacia el público con los ojos brillantes. A mi lado, oí a Amanda exhalar con satisfacción mientras los compañeros del chico festejaban y vitoreaban, y la cortina imaginaria bajaba al final del primer acto.

–Y… –dijo Amanda, volteándose hacia mí y señalando mi regazo con la cabeza–. ¿Vamos a comer eso o qué?

CAPÍTULO 67
AMANDA

Abril de 2013
Bolton Landing

No había vuelto a comer tarta de lima desde que Annie se marchó. Estaba más rica de lo que recordaba. Compartimos una porción todas las noches de esa primera semana.

CAPÍTULO 68
RYAN

Mayo de 2013
Los Ángeles a Bolton Landing

Volví a casa para darme una ducha y hacer un cambio de vestuario, después Janie me llevó de vuelta al aeropuerto. Me disfracé en capas: lentes grandes, una gorra de los Jayhawks, una sudadera con capucha. Para el resto de los pasajeros sería alguien que convendría esquivar. Una mujer malhumorada y con resaca, que vuelve a su casa después de una despedida de soltera, quizá. Me parecía que eso era signo de madurez, que me importara menos lo que pensara la gente.

Salvo Cass. Estuve todo el vuelo leyendo el último número de *The New Yorker* con la esperanza de impresionarla con mi intelecto y sofisticación. Necesitaba un curso acelerado. Había pasado siete años en una cinta transportadora, una película después de la otra. Partes enteras de mi vida en tráileres. Meses completos inmersa en burbujas de producciones. El mayor cambio que había hecho había sido contar que era lesbiana. Esperaba que eso me reconectara con el mundo. (Bueno, sí, y tal vez también con Cass). Fue un delirio, visto en retrospectiva, pensar que por una nota de tapa en *Vanity Fair* la gente podría identificarse conmigo. Lo que hizo el artículo fue cambiar el eje de mi carrera, impulsándola en otra dirección: papeles más arriesgados, una legión nueva de fans apasionados. No me había vuelto más real para la gente, solo me convertí en otro tipo de ícono.

Cuando el piloto anunció el descenso a Albany, pensé en todos mis amigos actores que habían salido con otros actores. Siempre daban la misma explicación: "nos entendemos". Esa extraña compatibilidad de la vida y el trabajo. Yo creía que, si dos personas buenas se encontraban, podían aferrarse la una a la otra y mantenerse a flote. Pero a mí solo me había pasado que me tomaran de la mano y termináramos hundiéndonos en el abismo.

Nada más… esperaba que yo aún fuera normal. ¿Era posible que aún fuera normal?

El diminuto aeropuerto internacional de Albany era lo más lejos de Los Ángeles que podía estar sin salir del país. Habían pasado años desde la última vez que había hecho cosas como esperar en una fila para alquilar un coche, que fue lo que hice, detrás de un hombre de negocios con pantalones caqui que no dejaba de ojearme. Por un ratito, me deleité con mi independencia, con esa experiencia exótica. Pero, vaya si las filas para alquilar autos iban lentas. Después de una media hora, le envié un mensaje de texto a Janie:

"Ser una persona real es excitante y engorroso".

Ella respondió:

"Pero *eres* una persona real".

Mi destino era un hotel llamado el Chateau. Janie me había preguntado varias veces si podía organizar un encuentro, pero le dije que no. Necesitaba que fuera una sorpresa. Necesitaba encontrar a Cass por mi cuenta. No quería una reunión coordinada, quería saber si aún me amaba. Necesitaba verle los ojos cuando me viera, allí estaría la verdad.

***

El lobby del Chateau tenía una opulencia anticuada. Sillones de estampados floreados, tapetes de encaje, aparadores de roble. Pero la vista del lago y las montañas nunca pasaba de moda. Ahora que estaba en el mismo pueblito que Cass, sentí que se me llenaba el cuerpo de un sentido de conciencia. Ya conocía esa sensación. Me pasaba cada tanto, cuando filmaba alguna escena sumamente

emocional. O antes de un discurso o una aparición pública en los que no tenía un personaje para ponerme. Cada vez que me sentía expuesta, en realidad. Me daba frío, empezaba a temblar.

Janie siempre había intentado corregir esa reacción mía, tratando de convencerme de tomar ansiolíticos. Pero yo no quería eso. Aunque fuera incómodo, mi cuerpo me daba indicaciones: "presta atención, está pasando algo importante". Junto a la recepción había un termo grande plateado y me serví un poco de té. El agua caliente era el único remedio natural que había encontrado. Sostuve el vaso de papel con ambas manos, me llevé el vapor al rostro. Bebí un sorbo, después caminé hasta la recepción.

–Hola, qué tal –dije.

–¿En qué puedo ayudarla? –preguntó la joven. Lentes de montura negra con mucho estilo, postura admirable.

Janie me había dado un nombre y se lo dije a esta mujer.

–¿Podrías llamar a su habitación? –agregué después.

Empezaron a castañetearme los dientes y me adentré en el temblor, me llevé el té a la boca. La mujer sonrió al levantar el teléfono. Nos quedamos unos segundos mirando cada una para un lado distinto.

–Disculpe –me dijo, apoyando el tubo–. ¿Volvemos a intentar más tarde?

Mientras caminaba hacia los elevadores, resignada a ir a mi habitación por el momento, oí que alguien me decía "Disculpe" y luego me tocaba el hombro. Me sobresalté, un hábito. El muchacho abrió los ojos de par en par, parecía nervioso.

–Se fue a caminar hace un rato –susurró–, la mujer que está buscando. La vi yendo hacia el centro, no sé a dónde, claro, pero ¿tal vez eso ayude? Y… me *encanta* su trabajo.

Detestaba ese tipo de interacciones. Quería retribuir el entusiasmo y la franqueza de la persona, pero cualquier respuesta ("gracias", "qué amable de tu parte", "te lo agradezco muchísimo") parecía ensayada, cansada. Dijera lo que dijera, me iba con la sensación de que vivía en una caja de cristal.

Pero esa vez fue distinto. Al chico le brillaban los ojos. Le choqué el puño, lo que al parecer le encantó.

Había estado esperando la oportunidad de darme un baño caliente, pero al final le pedí al valet que me trajera el coche. Un minuto después, estaba detrás del volante de mi Nissan Altima alquilado, conduciendo al centro.

Fui lo más despacio posible por Bolton Landing. Iba evaluando a todas las personas que veía en la acera. Miraba a quienes estaban dentro de las tiendas. El asunto empezó a parecerme un sinsentido. Lo que necesitaba hacer era pedirle a Janie el número de Cass, abandonar la fantasía de sorprenderla. Pero, pero, peeero… ¿tal vez podría dar una vueltita más por el pueblo?

Por fortuna, mi sistema nervioso se había calibrado y vuelto casi a la normalidad. Quizá pensaba que no iba a encontrarla. Estaba respirando hondo, con calma, disfrutando la sensación de tranquilidad. Iba acercándome al final del pueblo cuando vi a mi derecha un complejo de apartamentos. El edificio era color café, con puertas de un amarillo descolorido. Divisé una silueta sentada afuera, en un sillón verde de plástico. Sentí una punzada al reconocerla. La mujer tenía la forma de Cass. Se abrazaba las piernas, con la vista puesta en el lago.

Reduje la velocidad, traté de voltear, pero el radio de giro del Altima tenía otros planes. El giro en tres maniobras no me salió muy bien que digamos y el vehículo que venía detrás me tocó el claxon. Mi reacción fue chistar para que no me arruinara la sorpresa, pero Cass no me esperaba y no estaba atenta al tránsito.

Puedo informar que el sol se ponía cuando estacioné junto a la carretera y me apeé del auto, eso era algo a mi favor. Además, también tenía a mi favor los sonidos del lago, de ranas y grillos. Miré a ambos lados y crucé la calle al trote, muy consciente de que, después de tantos años, de repente no se interponía absolutamente nada entre nosotras.

CAPÍTULO 69
ANNIE

Noviembre de 2013
Nueva York

La primera presentación de mis libros que hice en mi vida ocurrió ocho meses después. Para ese entonces ya había vendido unos setenta y un millones de libros en todo el mundo y me habían incluido dos veces en la lista *TIME100* de las cien personas más influyentes. Eso me preocupaba. No tenía la preparación de alguien con tales antecedentes. ¿Se desilusionaría la gente?

Por eso, cuando los empleados de Strand me ofrecieron esperar en un cuarto en el fondo, dije que no. Necesitaba ver entrar a mi público. No por mi ego, sino por mi salud mental. Mi ansiedad estaba cociéndose a fuego medio, amenazando con empezar a hervir, y ver llegar a la gente me ayudaba a aclimatarme al momento. Además, la alternativa era estar sola en un cuarto con mi cabeza. No, gracias.

Cuando faltaban treinta minutos para comenzar y el lugar estaba lleno por la mitad, sentí que alguien se acomodaba a mi lado. Eché un vistazo: un hombre, barba recortada, ojos color chocolate.

–Jake –dije con tono formal, asintiendo con la cabeza.

–Hola, qué tal –saludó él, apoyándose contra la pared.

–Gracias por hacer esto.

–¿Bromeas? –dijo–. Gracias por invitarme.

Sin dudas, él esperaba un intercambio más largo, pero justo en ese instante vi entrar a Amanda en su silla de ruedas, mientras una

joven le sostenía la puerta. Amanda dijo algo y las dos se rieron; su sonrisita indicaba que acaba de desplegar su ingenio habitual. Llevaba puesta una chaqueta de cuero negro con el cuello levantado, unos aretes dorados y una impecable blusa blanca debajo, cool de forma natural. Por milésima vez desde que volvimos a encontrarnos, tenía un recordatorio de lo mucho que la había subestimado tantos años atrás. Nada podía evitar que fuera ella.

Agradecí a Jake de nuevo y me acerqué a Amanda, captando su atención a mitad de camino. Se había acomodado fuera del paso, delante de una estantería. Llegaría el día en que la existencia de Amanda no me haría sentir en las nubes. El subidón perdería fuerza. Pero eso aún no había ocurrido y saboreé el sentimiento mientras me inclinaba a darle un abrazo. La estreché un segundo de más, sentí su aroma.

–¿Qué tal tu día? –le pregunté. Venía del teatro, faltaba un mes para el estreno de *Los últimos de todos* en Broadway. Ryan dirigía, Amanda interpretaba a Samantha en el tercer acto. Yo había querido encargarme de la producción, pero Ryan dijo que de ninguna manera, y Amanda agregó "olvídalo". Ambas pensaban que necesitaba seguir adelante.

Fue la decisión correcta, obviamente. Pero reconozco que sentí que me dejaban un poco afuera.

–Ahora están haciendo las últimas pruebas de vestuario –respondió Amanda–. Ryan me pidió que te deseara suerte y que te avisara que intentará llegar más tarde.

Pero ella no iba a perderse ni un segundo. El evento había sido idea suya.

–Sería *muy* poético –había dicho–. ¡Es demasiado irresistible cómo todo encaja al final!

–Pero un evento… no es tiempo suficiente para explicar todo. ¿Y si me odian? ¿Quizá sea mejor esperar a que salga el libro?

–Nadie sería capaz de odiarte –me había respondido–. Lo digo en serio, yo lo intenté.

Y ahora, ya había llegado la velada.

–Me muero de nervios –solté y me arrodillé junto a ella mientras la gente nos pasaba por al lado. Me dio una palmadita en la mano

como diciendo "bueno, tranquila", y le pregunté si ese sería todo el apoyo que podía darme en ese momento fundamental de mi vida.

–Annie linda –dijo–, no te dejes engañar por ese cerebro tuyo. Lo que sientes no son nervios, es *entusiasmo*.

–Guau –exclamé.

Ella encogió los hombros, volteó las palmas hacia arriba…

–Lo sé, lo sé. Soy una fuente de sabiduría.

–No, no es eso –dije, apoyando las dos manos sobre la rodilla doblada, haciendo una mueca de dolor–. Mis rodillas, ya no puedo sentarme más así. Ay, por Dios, nos estamos poniendo viejas.

–Gran verdad. Pero ¿qué dices de mi sabiduría?

–Sí, desde luego –respondí–. Es tan profunda que impacta.

–Gracias –dijo ella, después se detuvo y me miró a los ojos, calmándome–. Y además… sería un honor.

Me encantaba cuando hacía estas cosas, tomaba una capa enterrada de nuestra conversación y volvía a sacarla a la superficie. Se había despertado mi curiosidad. Qué aburrida había estado todos esos años, sin Amanda con quien hablar.

–¿Qué sería un honor? –pregunté.

–Ah –respondió–. Ya sabes… envejecer juntas.

Nos miramos unos segundos, seriamente, con el corazón, y después ella me hizo señas de que me volteara. Se acercaba la coordinadora del evento, que se disculpó y me dijo que me necesitaban detrás del escenario.

***

No quedaba un solo asiento vacío. Salí con Jake ("entrevista a", como les gusta decir). En cuestión de segundos, recordé lo mucho que me gustaba estar sobre el escenario, se me cristalizó la mente ante la atención del público. Amanda, como siempre, tenía razón: lo mío era entusiasmo.

Mientras nos sentábamos en los sillones mullidos, vi que la puerta se abría apenas y entraba Ryan. Tenía la cabeza gacha mientras se

quitaba la bufanda. Esos momentos son un pequeño milagro, ver a tu chica antes de que te vea a ti.

En los meses que siguieron, muchas veces deseé haber sido Ryan la noche que me encontró fuera de mi apartamento de la infancia. Pero no podía ser codiciosa, cada una tiene sus momentos.

Esa noche en Bolton Landing había cierta cualidad difusa, etérea. Había vuelto a mi hogar, Amanda estaba viva, y me sentía conectada con el mundo de nuevo. Me habían devuelto la vida. Estaba sentada en ese sillón verde de plástico, el sol me daba en los ojos justo lo necesario y, cuando los abrí, la luz se refractó y apareció Ryan, un montón de Ryans, como si la viera por un caleidoscopio. Sentí que mis ojos eran rayos de amor.

–Hola –le dije en tono soñador.

Y ahora allí estaba Ryan, apareciendo de nuevo. Jake estaba dando la bienvenida al público mientras ella atravesaba sigilosamente el fondo de la sala para hacerse lugar junto a Amanda, después le apoyó una mano sobre el hombro y la dejó allí. Con la otra, me saludó.

Calma, corazón.

Durante la hora siguiente, Jake hizo todas las preguntas habidas y por haber, desde todas las perspectivas posibles: cuéntanos qué pasó, por qué huiste, por qué "Cate Kay", y qué tal esto, y después qué.

Era la primera vez que contaba mi historia. Algunas cosas no iba a mencionarlas, por supuesto. En ese entonces, solo se había escrito la mitad del libro que ahora tienen en sus manos.

Después de una hora de preguntas, Jake cerró su cuaderno y lo apoyó en la mesita que tenía al lado.

–Bueno –dijo–, la última antes de abrir el micrófono al público. Si pudieras decirle a la Annie más joven…

–No, Jake –lo interrumpí–. Por favor.

–¿Qué?

–Es que… No creo que deba aconsejar a nadie jamás.

–Pero no es un consejo para ellos. –Señaló al público–. Es un consejo para *ti*.

Lo miré con mala cara.

–¿Qué diferencia hay?

Él alzó las manos.

–Bueno, bueno, yo puedo –dije, intentando disipar la incomodidad que había generado. Todos rieron. Era un público generoso y estaba agradecida por su calidez. Cuando expliqué lo que había pasado en esa isla tantos años antes, con el corazón que se me salía del pecho, había oído algunas inhalaciones bruscas, ruidos de desaprobación. Me había obligado a mirar a Amanda al terminar de contar nuestra historia y ella asintió con la cabeza para alentarme. Milagrosamente, el público siguió escuchándome. Y ahora quería ofrecerles la respuesta más honesta que podía dar a la última pregunta de Jake.

Bajé la cabeza, pensativa, imaginé mi infancia: un borrón de colores, movimientos y aromas. Y pensé en todo, volando de un instante y un recuerdo a otro, tratando de destilar todo, de repasar mi vida en busca de una perla de sabiduría.

Y entonces la encontré.

Miré a Jake.

–Le diría que solo el amor llenará el agujero negro, que es lo único que vale la pena perseguir.

Él se quedó pensando un momento.

–Suena a que hay una historia de fondo, ¿quizá?

Reí.

–Siempre… siempre hay una historia de fondo.

–Seguramente estará en el libro –señaló él.

–Sí, estará ahí –respondí, guiñando un ojo.

Me debatí sobre si guiñar o no en el microsegundo previo a que pasara, pero me arrepentí de inmediato. (Estuve dos veces en la *TIME100*, amigos). Luego Jake se dirigió al público:

–Es toda suya –dijo, reclinándose contra el respaldo.

Se dispararon unas cuantas manos. Le acercaron un micrófono a una mujer que estaba casi en el fondo. Se levantó para recibirlo con las manos temblorosas.

–Hola, me llamo Violet –se presentó con voz tenue, claramente fuera de su zona de confort.

–Hola, me llamo Annie –dije, y me gustó decir mi nombre verdadero.

Violet continuó:

–Bueno, sí, eh, quería preguntar… ¿por qué le pusiste el título *Los últimos de todos* al libro? –Devolvió el micrófono de inmediato, aliviada, y se sentó. La versión del mundo editorial de "me retiro del ring".

–En realidad yo no puse el título –respondí–. Lo decidió la editorial. Yo no intervine.

Violet ya no tenía el micrófono y parecía molesta por ello: ¡ahora quería preguntar algo más! Hizo señas para que se lo dieran nuevamente, pero se rindió y exclamó:

–¿Nos dirías cuál era tu título original?

Se me vino el título a la mente. En los años posteriores, me di cuenta de que la editorial había hecho bien en cambiarlo. El mío era muy personal, muy específico.

–Claro –respondí, pero me detuve.

Miré a Ryan, a Amanda a su lado. Pensé en mi madre, que me esperaba en casa, haciendo todo lo posible para reparar nuestra relación. Esas mujeres eran mi mundo.

–¿Sabes? –dije–. Creo que eso me lo voy a guardar.

AGRADECIMIENTOS

Mi más sincero agradecimiento a Laura Brown y Darcy Nicholson, que se enamoraron de esta historia desde el principio y trabajaron sin descanso para mejorarla con cada borrador. No estaba segura de volver a encontrar un verdadero trabajo en equipo después del deporte, pero nos hemos acercado mucho, y creo que este libro refleja esa rara mezcla de alegría, dedicación y cohesión. Es una experiencia que no olvidaré fácilmente.

Katie Greenstreet, mi agente en Paper Literary, es una superestrella y un sueño. Ella vio el potencial, en una versión mucho más rudimentaria, y guio y aconsejó a Cate Kay hacia un mejor lugar. (Todo esto a pesar de que lo primero que supe de ella fue que es fanática de los Dukes). Muchas gracias también al resto de Paper Literary, incluyendo a Catherine Cho y a Melissa Pimentel.

A todos los de Atria: ha sido una suerte para mí trabajar con una editorial que está tan al tanto de las últimas tendencias del sector. Gracias a Lindsay Sagnette, a Holly Rice (¡una publicista extraordinaria!), a Zakiya Jamal y a Morgan Pager. Leora Bernstein defendió este libro desde el principio. Mi agradecimiento a ella y al resto del equipo de ventas, producción y edición.

A todos los miembros de Bloomsbury: gracias por su entusiasmo desenfrenado desde el primer día. Lauren McBrayer, tus primeras y detalladas notas fueron una bendición. Mi intención es devolver esa generosidad. Algunos de los primeros lectores también me dieron confianza o me ayudaron a dar forma a la historia (¡o ambas cosas!). Son Kelly Wild, Marion Nelson, Caroline Shea, Rachel Zoller, Shawna Hawes, Jess Vande Werken, Kristen LeQuire, Meg Younger, Brit Liegl, Tess Carver, Sweet Lu y muchos otros de la maravillosa

comunidad de *Inky Phoenix Press*. Muchísimas gracias a Kate Scott (¡mi b!) por proporcionarme la banda sonora en constante evolución para la escritura de este libro –primero Janelle, luego Carlie, luego Maggie y luego Chappell– y por leer múltiples versiones y creer en todo el proyecto desde el principio. (Por favor, dale las gracias a Nicole y Piper/Puck de mi parte también).

Mi madre ha estado conmigo en cada paso. De hecho, retrocedamos y rebobinemos... ¡desde mi primer paso! Así de afortunada soy. Mamá, sé que sabes lo importante que eres para mí. Mi hermana, Ryan, leyó un borrador inicial y su entusiasmo me hizo creer que estaba en el buen camino. Las quiero a las dos. (Papá, a ti también te quiero. El 11:11 era para ti; te echo de menos).

Kathryn, no es de extrañar que tu nombre aparezca al principio y al final de este libro. Eres lo más importante en mi mundo (junto Ragnar, por supuesto). Somos la mejor historia de todas.

Índice

Prólogo
Capítulo 1. Anne Marie Callahan
Capítulo 2. Annie
Capítulo 3. Annie
Capítulo 4. Kerri
Capítulo 5. Annie
Capítulo 6. Ryan
Capítulo 7. Annie
Capítulo 8. Ryan
Capítulo 9. Annie
Capítulo 10. Ryan
Capítulo 11. Annie
Capítulo 12. Profesor Riley
Capítulo 13. Annie
Capítulo 14. Cass
Capítulo 15. Brett
Capítulo 16. Sidney
Capítulo 17. Sidney
Capítulo 18. Cass
Capítulo 19. Sidney
Capítulo 20. Sidney
Capítulo 21. Cass
Capítulo 22. Amanda
Capítulo 23. Sidney
Capítulo 24. Cass

Capítulo 25. Melody
Capítulo 26. Amanda
Capítulo 27. Jake
Capítulo 28. Amanda
Capítulo 29. Cass
Capítulo 30. Ryan
Capítulo 31. Cass
Capítulo 32. Ryan
Capítulo 33. Cass
Capítulo 34. Ryan
Capítulo 35. Cass
Capítulo 36. Sidney
Capítulo 37. Ryan
Capítulo 38. Cass
Capítulo 39. Amanda
Capítulo 40. Kerri
Capítulo 41. Janie
Capítulo 42. Ryan
Capítulo 43. Cass
Capítulo 44. Ryan
Capítulo 45. Amanda
Capítulo 46. Sidney
Capítulo 47. Ryan
Capítulo 48. Janie
Capítulo 49. Cass
Capítulo 50. Amanda
Capítulo 51. Cass
Capítulo 52. Ryan
Capítulo 53. Amanda
Capítulo 54. Cass
Capítulo 55. Ryan
Capítulo 56. Amanda
Capítulo 57. Patricia
Capítulo 58. Jake
Capítulo 59. Sidney
Capítulo 60. Cass

Capítulo 61. Cass
Capítulo 62. Ryan
Capítulo 63. Cass
Capítulo 64. Carl
Capítulo 65. Cass
Capítulo 66. Annie
Capítulo 67. Amanda
Capítulo 68. Ryan
Capítulo 69. Annie
Agradecimientos

Fagan, Kate

Las tres vidas de Cate Kay / Kate Fagan. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : V&R, 2026.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
Traducción de: Vanesa Fusco.
ISBN 978-631-300-628-1

1. Narrativa Estadounidense. I. Fusco, Vanesa, trad. II. Título.
CDD A810

Título original: *The Three Lives of Cate Kay*
Dirección editorial: María Florencia Cambariere
Edición: Melisa Corbetto con Stefany Pereyra Bravo
Coordinación gráfica: Leticia Lepera
Diseño de interior: Florencia Amenedo
Diseño de tapa e ilustración: James Iacobelli
Ilustración de tapa: Roberta Murray/Arcange
Conversión a formato digital: Estudio eBook

© 2025 Kate Fagan
© 2026 V&R Editoras
www.vreditoras.com

Publicado en español mediante acuerdo con MB Agencia Literaria, S.L.

ARGENTINA
Florida 833, piso 2, of. 203
(C1005AAQ) Buenos Aires
Tel.: (54-11) 5352-9444
e-mail: **editorial@vreditoras.com**

MÉXICO
Dakota 274, colonia Nápoles - C. P. 03810
Alcaldía Benito Juárez, Ciudad de México
Tel.: 55 5220-6620 • 800-543-4995
e-mail: **editoras@vreditoras.com.mx**

ISBN 978-631-300-628-1

Todos los derechos reservados. Prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra, el almacenamiento o transmisión por medios electrónicos o mecánicos, las fotocopias o cualquier otra forma de cesión, sin previa autorización escrita de las editoras.

¡TU OPINIÓN ES IMPORTANTE!

Escríbenos un e-mail a
miopinion@vreditoras.com
con el título de este libro en el "Asunto".

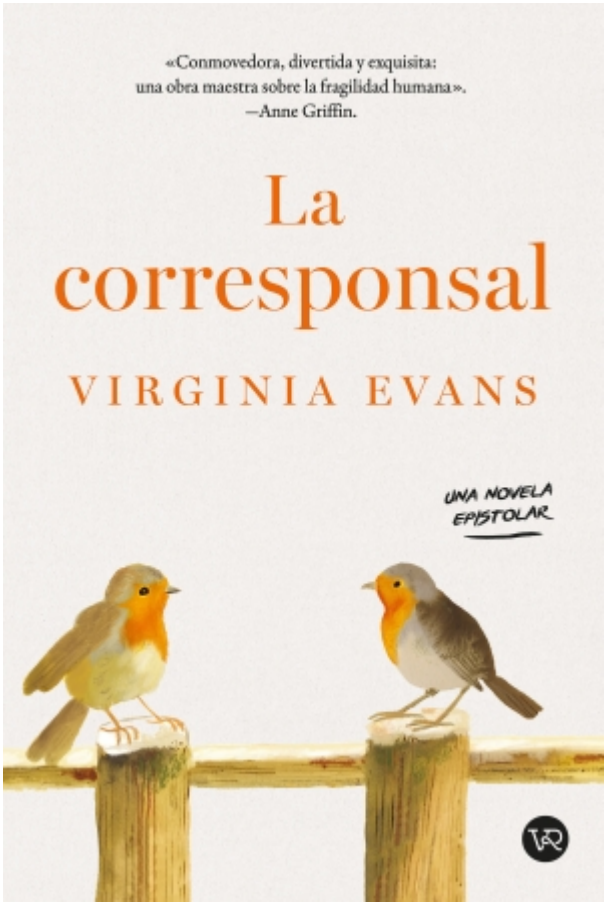
Conócenos mejor en:

www.vreditoras.com

VR.Editoras

VR.Editoras

VREditoras



La corresponsal

Evans, Virginia
9786313005796
376

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

«Imagine: las cartas que uno envió al mundo y las que recibió de vuelta son como piezas de un rompecabezas magnífico... ¿No hay algo maravilloso en eso? Pensar que la historia de una vida queda preservada de alguna manera,

que esta misma carta podría significar algo algún día, aunque sea algo pequeño, para alguien».

Durante toda su vida, **Sybil Van Antwerp** ha utilizado la correspondencia para dar sentido al mundo y a su lugar en él. Casi todas las mañanas, alrededor de las diez y media, se sienta a escribir cartas: a su hermano, a su mejor amiga, al rector de la universidad que no le permite asistir como oyente a una clase que desea cursar, a Joan Didion y a Larry McMurtry para decirles lo que piensa de sus últimos libros, **y a una persona a la que le escribe a menudo, pero a la que nunca le envía las cartas.**

Sybil ha vivido una vida plena como madre, abuela, esposa, mujer divorciada y abogada prestigiosa, y espera que su mundo siga como siempre. Pero cuando la correspondencia de alguien de su pasado la obliga a examinar uno de los períodos más dolorosos de su vida, se da cuenta de que la carta que ha estado escribiendo durante años debe ser leída y que no podrá seguir adelante **hasta que encuentre en su corazón la capacidad de perdonar.**

La corresponsal es una joya literaria sobre el poder de encontrar **consuelo en la literatura** y la conexión con personas con las que tal vez nunca nos encontremos. Y aunque la vida epistolar de Sybil Van Antwerp pueda parecer «algo insignificante», puede ser también **uno de los personaje más memorables sobre los que jamás hayas leído.**

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



No estás en la lista

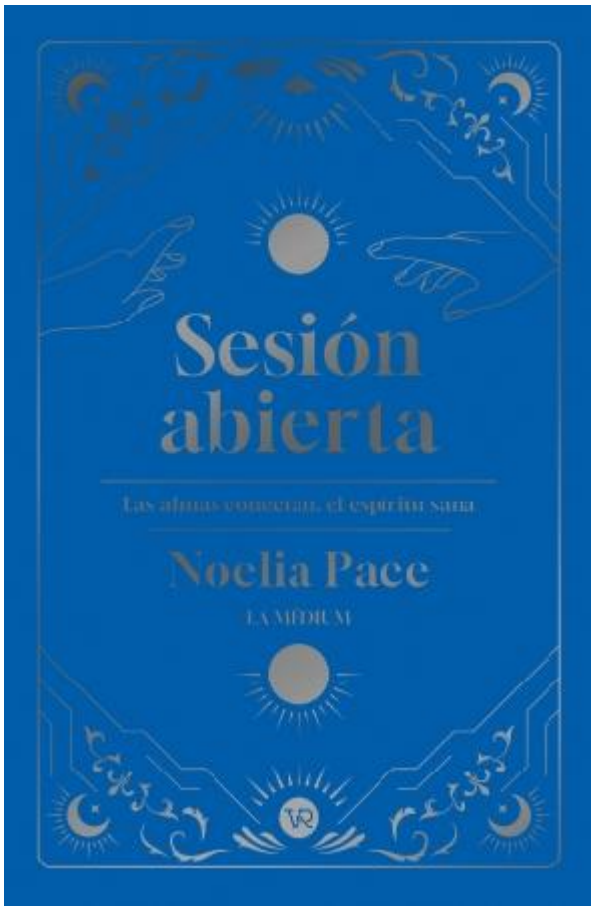
Espach, Alison
9786313003389
480

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Es un día precioso en Newport, Rhode Island. Phoebe Stone llega sola al majestuoso Cornwall Inn con un vestido verde, tacones dorados y sin ningún equipaje. Todos en el vestíbulo piensan que es una invitada más a la boda, pero en realidad es la única huésped que no está allí para ese gran evento. Ha ido al hotel porque llevaba años soñando con ese viaje y esperaba compartirlo con su marido,

pero ahora está sola, tocando fondo y decidida a darse el último lujo de su decadente vida. Mientras tanto, la novia ha previsto cada detalle y cada posible desastre que pudiera depararle este fin de semana, excepto una cosa: Phoebe y su plan. Sin embargo, contra todo pronóstico, las dos mujeres se ven dispuestas a compartir sus secretos más íntimos desde el mismo instante en que se conocen. Con momentos que van desde lo absurdamente cómico hasta lo desgarradoramente tierno, No estás en la lista de Alison Espach es, en última instancia, una mirada matizada y conmovedora sobre los caminos sinuosos que podemos tomar hacia lugares que nunca imaginamos y sobre los encuentros azarosos que a veces son necesarios para reconducir nuestra vida.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



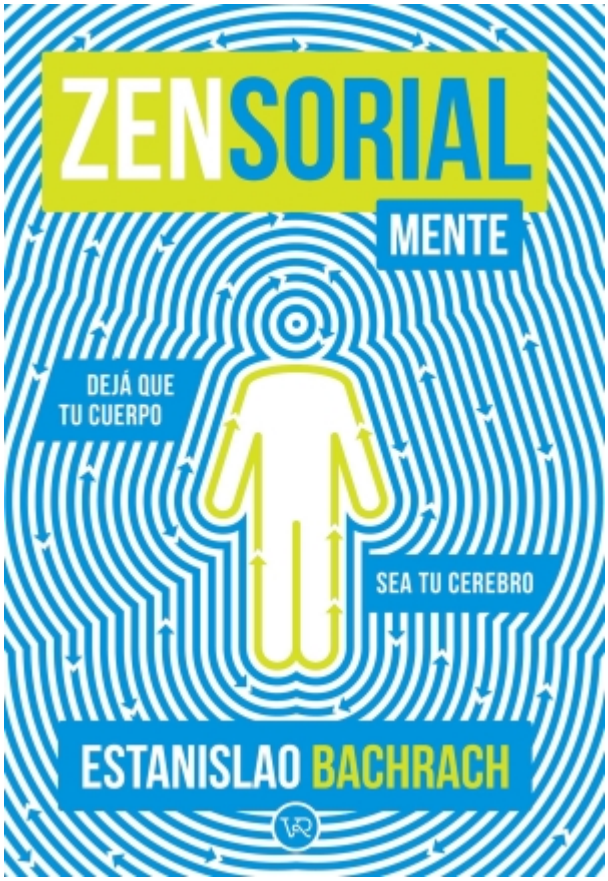
Sesión abierta

Pace, Noelia
9786313003082
208

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

No hay experiencia más universal que la muerte, a la que tarde o temprano todos nos enfrentaremos. Y, al mismo tiempo, es un episodio que nos llena de temor: cuando alguien muere, quedan las preguntas, ninguna certeza. Pero lejos de ser un hecho devastador, tenebroso e incierto, puede ser visto como una evolución, un pasaje a una nueva vida, a una nueva existencia. Como la posibilidad de vivir plenamente, de aprovechar nuestro tiempo en este plano, de conectar y sanar. Para ello, en vez de escaparle a la muerte, hay que aceptarla. Noelia Pace, la médium, se propone en su libro dar respuesta a esas preguntas que nos invaden al momento de enfrentarnos a la pérdida: ¿qué pasa con nuestros seres queridos cuando mueren? ¿Hay forma de contactar con ellos? ¿Morir es el final? ¿O solo es un inicio? Sean bienvenidos a esta Sesión abierta, en la que las almas.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Zensorialmente : Dejá que tu cuerpo sea tu cerebro

Bachrach, Estanislao
9786313001026
256

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

¿Alguna vez escuchaste la expresión "El cuerpo no miente"? ¿Por qué durante estas últimas décadas estuvimos más interesados en los misterios del cerebro y no de nuestro verdadero templo único, nuestro cuerpo? Luego de años de dedicarme al estudio del cerebro, me di cuenta de que nos faltaba algo: aprender a sentir lo que

sentimos. La experiencia de nuestra experiencia. Escuchar, registrar y entender a nuestro cuerpo y su relación con el cerebro. ZensorialMente es la bitácora para que fortalezcas entonces la inteligencia que te falta, tu inteligencia sensorial: el vehículo fundamental para que aprendas cómo tus sentidos internos distribuidos por todo tu cuerpo se relacionan con el afuera y le envían información al cerebro. La sensación es tu primer sentido en desarrollarse y junto con el movimiento son los datos crudos que tu cuerpo aporta para construir tus emociones y tu realidad. Pensá en las sensaciones como la banda de sonido de una película. Tienen el poder de hacerte sentir feliz, triste, esperanzado o al límite. Te propongo seis movimientos a través de los cuales sentir tu cuerpo. Cuando desarrolles el poder de entenderlos y distinguirlos, podrás habitar un estado de calma atenta, uno de los pilares de la filosofía zen. Así tus acciones serán guiadas mucho más por tu intuición que por tu esfuerzo consciente. Solo necesitás dejar que tu cuerpo, esta vez, sea tu cerebro.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Por Amor

Nejafian, Alaleh
9786313002825
168

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Quienes hayan construido un vínculo que haya permanecido en el tiempo, un vínculo que haya soportado, en el sentido más positivo de la palabra, saben que hay que atravesar determinados conflictos. Quienes hayan compartido un tiempo suficiente con otro donde la ilusión, la proyección y el amor marcaron el camino, saben que el final del amor es el desmoronamiento. Como un rompecabezas que

se desarma y convierte en un montón de piezas mal recortadas. Las personas solemos tolerar mal lo incierto, no podemos ver el rompecabezas roto, necesitamos enmarcar rápidamente los sucesos de nuestras vidas, acallar el dolor y sacar conclusiones. Por amor les habla a todas aquellas personas que se sienten solas, frustradas, decepcionadas o dolidas y, a la vez, resisten al cinismo con la fe de quienes entienden que, en definitiva, las alegrías y los dolores tienen algún sentido si son compartidos. Este libro no toma el atajo de la solución fácil, aunque costosa, del sálvese quien pueda del individualismo. Este libro habla de todas las dificultades actuales de sostenerse en vínculo, no para salir huyendo ni demonizar al otro, sino para retomar una pregunta central de estos tiempos atravesados por la deconstrucción del amor romántico y patriarcal: ¿cómo se construye un vínculo? ¿Por qué pasamos de soportarlo todo a no soportar nada?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Índice de contenido

Cubierta
Sobre este libro
Sobre Kate Fagan
Portada
Dedicatoria
Prólogo
Capítulo 1. Anne Marie Callahan
Capítulo 2. Annie
Capítulo 3. Annie
Capítulo 4. Kerri
Capítulo 5. Annie
Capítulo 6. Ryan
Capítulo 7. Annie
Capítulo 8. Ryan
Capítulo 9. Annie
Capítulo 10. Ryan
Capítulo 11. Annie
Capítulo 12. Profesor Riley
Capítulo 13. Annie
Capítulo 14. Cass
Capítulo 15. Brett
Capítulo 16. Sidney
Capítulo 17. Sidney
Capítulo 18. Cass
Capítulo 19. Sidney
Capítulo 20. Sidney
Capítulo 21. Cass
Capítulo 22. Amanda
Capítulo 23. Sidney
Capítulo 24. Cass
Capítulo 25. Melody
Capítulo 26. Amanda
Capítulo 27. Jake
Capítulo 28. Amanda
Capítulo 29. Cass

Capítulo 30. Ryan
Capítulo 31. Cass
Capítulo 32. Ryan
Capítulo 33. Cass
Capítulo 34. Ryan
Capítulo 35. Cass
Capítulo 36. Sidney
Capítulo 37. Ryan
Capítulo 38. Cass
Capítulo 39. Amanda
Capítulo 40. Kerri
Capítulo 41. Janie
Capítulo 42. Ryan
Capítulo 43. Cass
Capítulo 44. Ryan
Capítulo 45. Amanda
Capítulo 46. Sidney
Capítulo 47. Ryan
Capítulo 48. Janie
Capítulo 49. Cass
Capítulo 50. Amanda
Capítulo 51. Cass
Capítulo 52. Ryan
Capítulo 53. Amanda
Capítulo 54. Cass
Capítulo 55. Ryan
Capítulo 56. Amanda
Capítulo 57. Patricia
Capítulo 58. Jake
Capítulo 59. Sidney
Capítulo 60. Cass
Capítulo 61. Cass
Capítulo 62. Ryan
Capítulo 63. Cass
Capítulo 64. Carl
Capítulo 65. Cass
Capítulo 66. Annie
Capítulo 67. Amanda
Capítulo 68. Ryan
Capítulo 69. Annie
Agradecimientos
Índice
Créditos


Cubierta